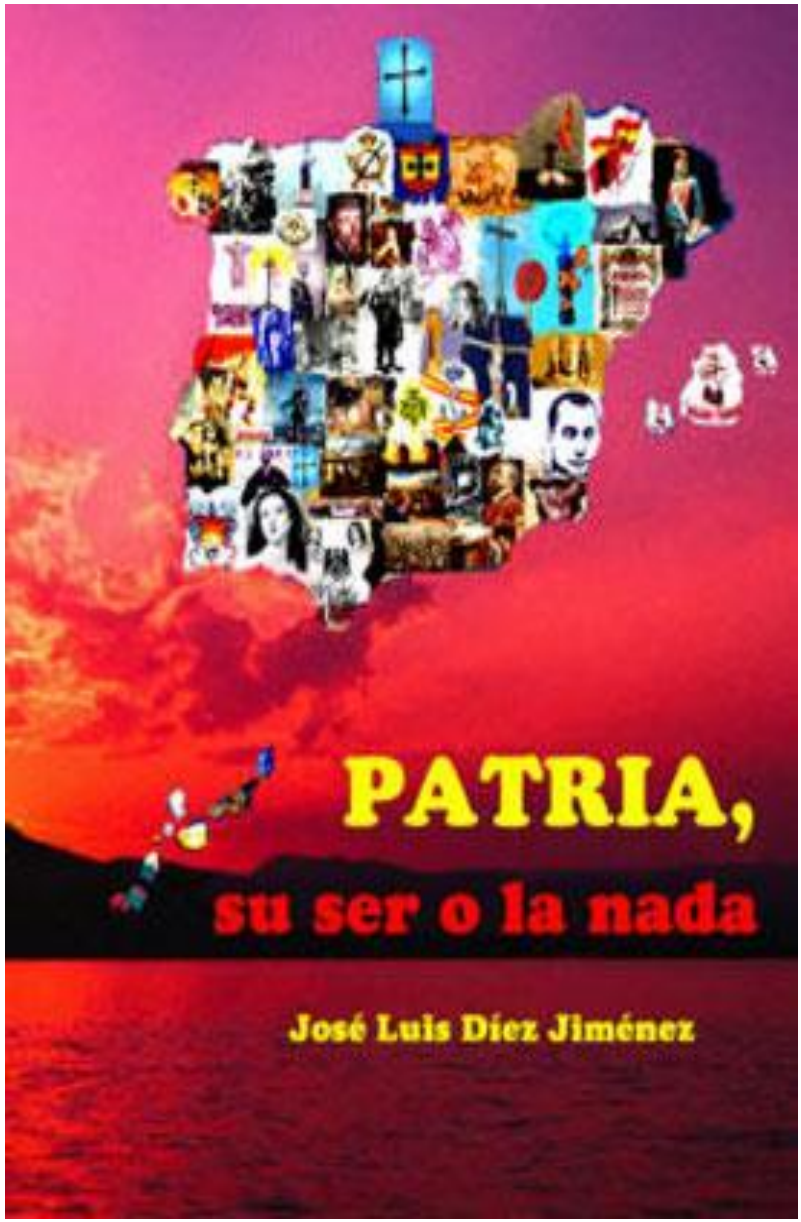
PATRIA,
su ser o la nada
José Luis Díez Jiménez

PATRIA,
su ser o la nada

José Luis Díez Jiménez

PATRIA,
su ser o la nada

de

José Luis Díez Jiménez

Edita: José Luis Díez Jiménez
Calle Oriente, nº 13
Brunete 28690 (Madrid)

Edición revisada

Título*:* **PATRIA, SU SER O LA NADA**

Diseño e ilustración: *José Luis Díez Jiménez*

Depósito Legal: NA-2767-2007

I.S.B.N.: 84-611-4458-9

Impreso en España. Printed in Spain.

Imprime: Graficas Iratxe

Queda rigurosamente prohibida, sin el permiso y la autorización previa y escrita del titular y bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial, su tratamiento informático, la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos de esta obra.

PRÓLOGO DE POESIA Y COMBATE

Decía José Antonio que a los pueblos sólo los mueven los poetas. No se refería, evidentemente, a la poesía juglaresca, muy propia de sus contemporáneos y del siglo anterior, poesía de galanteos de salón y de jovenzuelos desocupados, de sonrisas que valen un cielo y demás ñoñerías románticas. Ni tampoco, sobra decirlo, se podía referir a nuestros pseudo-versos actuales que ya en su época empezaban a apuntar, y que desconocen los elementos esenciales de carácter formal de la poesía, como son la rima y la métrica y, sobre todo, que desconocen el más mínimo sentido del buen gusto.

La poesía a la que aludía José Antonio no es la que se plasma en la imprenta. Se trata de la que transversalmente recorre la historia humana, la que, efectivamente, conmina a los corazones de los hombres hacia la acción heroica; y recuérdese que no hay mayor heroísmo posible que el cumplimiento exacto del deber. Esa poesía que a veces, sí, adquiere una forma fundamentalmente literaria, como bien ejemplifican los hexámetros de Homero, y que, en otras ocasiones, se encarna verbalmente en la arenga de uno de esos personajes singulares que, por capaces de cambiar el destino de un pueblo, se empeñan en atentar contra la ciencia oponiéndose al análisis marxista.

Esa poesía, motora de hombres y de naciones, llega a tocar en ellos una fibra inmaterial pero sensible. Les dispone para encontrar su destino, ese destino único que les corresponde en el Cosmos y al que generaciones enteras pueden permanecer absolutamente ajenas, sumidas en un ritmo vital lánguido e intranscendente, hasta que, de repente, las manecillas del reloj se paran para cada cual, y cada cual debe afrontar ese período de tiempo un tanto largo que se llama Eternidad…

Sería sencillo ahora, mediante ilación directa, asociar la nuestra y la anterior a ese conjunto de generaciones anodinas, y lamentar los frutos podridos y venenosos que la falta de poesía y la falta de poetas están dando a nuestra Patria y al conjunto de Occidente. Sería sencillo, y sería cierto; pero no sería lo suficientemente profundo.

Porque a esta brevísima reflexión sobre la poesía que mueve a los pueblos, sobre esa poesía que promete, esa poesía constructora y

edificadora, esa poesía que hace amar lo que es amable y que, a quien deja que resuene en su interior, eleva sobre la mediocridad plana de la vida material, se la debe complementar desde la constatación de un hecho que muchas veces olvidamos: estamos en guerra.

Estamos en guerra desde que el mundo es mundo; la eterna guerra de la Luz contra las Tinieblas. Esa guerra que se libra dentro de cada uno de nosotros, en la que, como nos propone San Ignacio, podemos alinearnos con las huestes del que alza su trono poderoso y pestilente de humo y fuego, o bien podemos formar, con armadura refulgente y vestiduras blanqueadas, junto a las legiones del Señor que acampa en la tranquilidad de Jerusalén. Nunca olvidemos que, por pequeño y aparentemente inocuo que nos parezca, cada acto nuestro nos coloca en uno u otro lado. Nunca olvidemos esto.

Pero esa guerra, lejos de tentaciones inmanentistas, también se libra con crudeza sin igual en el exterior, en la Geografía y en la Historia. Pues quien es Señor del Universo, no sólo es Señor de las almas, sino también de las sociedades y de las naciones. Y quien, en su soberbia, le desafía, busca sustraerle para su eterna perdición a esas almas que rescató a precio de Sangre, al tiempo que procura también retirar de su obligado servicio a las comunidades, que ya no son así ayuda, sino obstáculo, para la salvación de los individuos que las constituyen.

Mas la guerra no se detiene ni siquiera ahí; es una guerra total, que la insondable voluntad divina ha permitido se extienda con sus últimas consecuencias hasta la societas perfecta constituida por la Sponsa Inmaculata Christi, es decir hasta nuestra Santa Madre Iglesia.

Así pues, la guerra individual desde nuestros primeros padres hasta nuestros últimos descendientes, el combate social y político encarnizado desde el triunfo de las ideas revolucionarias a finales del siglo XVIII, y el combate de nuestra Iglesia eclipsada contra el modernismo arrollador, se unen hoy para tensar más que nunca la cuerda de la Historia. Tratando estos temas con un buen amigo hace ya un par de años (¡Dios mío, lo que ha llovido en dos años!), me brotó espontáneamente la expresión “encrucijada cósmica” de los labios. Recuerdo que sentí con carácter inmediato cierto pudor, por la rimbombancia de la expresión. Sin darme tiempo a intentar hacer olvidar la pedantería con una sonrisa de disculpa, mi amigo me miró y asintiendo con la cabeza se limitó a decir “Sí, así es”.

Desde entonces, no pocas veces he cavilado sobre ello, intentando demostrarme a mí mismo que no puede haber tanta diferencia con épocas pretéritas. Pero ni las grandes herejías. ni las grandes crisis de la civilización cristiana; ni Arrio, ni Lutero; ni Focio, ni Enrique VIII; ni Guadalete, ni la caída de Constantinopla; ni 1789, ni 1917, ni 1945, supusieron lo que hoy estamos viviendo. Son estos los tiempos en los que, como decía Nuestro Señor, "viendo no ven, y oyendo no oyen". Por eso, tal vez suene pedante, pero realmente tú y yo, el hombre y la entera Creación, se acercan a una encrucijada cósmica.

Los tiempos antes durante y después de esa encrucijada sólo los maneja la Providencia. Las hojas de la higuera pueden estar tiernas durante años, decenios, siglos tal vez; no nos toca a nosotros escrutarlo ni adivinarlo. Pero, al menos, veamos, pensemos y actuemos.

Poesía que enciende la llamarada del amor y la búsqueda de la misión en lo universal, y combate permanente en una encrucijada cósmica. Toca ahora reunir estos dos elementos, lo que es particularmente necesario cuando uno tiene a España como Patria.

Particularmente necesario y particularmente sencillo. La Patria española no se concibe sin su vocación imperial. No se concibe la vocación imperial sin la vocación evangelizadora. Y no se concibe la vocación evangelizadora sin la vocación de servicio, sin la humildad de una raza de héroes hincando la rodilla en tierra ante el paso de su Señor, y doblegando su voluntad y su intelecto ante la única doctrina salvífica.

No hay distinción entre el lugar temporal y el lugar espiritual de España en el orden político. Porque la misión específica de España, su unidad de destino, no es otra que la de haber encarnado, cuando la Providencia así lo dispuso, al Sacro Imperio, la unidad de poder secular subordinada jerárquicamente a la unidad de poder espiritual, a la Iglesia Católica.

Errarán siempre los que busquen la esencia nacional fuera de esta realidad. Se perderán en inútiles devaneos dialécticos; entrarán en el juego de las categorías políticas creadas artificialmente por los teóricos de la subversión, o por los filósofos idealistas que prefirieron ignorar cuanto les rodeaba para construirse un mundo a su medida. Basta con observar la realidad y aplicar los principios elementales del pensamiento para destruir de raíz una tentación tan burda.

Por lo tanto, quien escuche la poesía que le llama, quien se vea movido al obligado servicio a la Patria, verá con claridad meridiana que ese servicio ha de prestarlo librando, desde el puesto que se le asigne, esa triple gran batalla que antes describíamos. Conocerá sin duda entonces esa encrucijada cósmica y habrá tomado partido por el lado acertado. Y el que así no llegue a hacerlo quedará, quiéralo o no, encuadrado en las tropas enemigas. No existen países neutrales en esta guerra.

Así pues, la "solución" para España, el nuevo amanecer que puede que aguarde tras esta noche de traición, ha de venir del desenlace del combate en todos sus frentes, y en un orden preciso. Primero, serán necesarias unas cuantas victorias en un puñado de corazones individuales; en un puñado o en miles, como sucedió hace no tanto tiempo en este mismo solar ibérico, que se tiñó del color carmesí de la sangre martirial. Primero, pues, harán falta santos y mártires.

Segundo, quien ha tenido su razón de ser en la unidad de Fe, quien se ha gloriado en ser la espada de Roma, no podrá encontrar de nuevo el rumbo perdido ni marchar una vez más hacia su destino si esa Roma a quien sirvió no vuelve a alumbrarle el camino.

Y tercero, por su propio peso volverá la España eterna a brillar en el orbe sobre todas las naciones si se dan los dos desenlaces anteriores. Quizás entonces vuelvan a bajar riadas de boinas rojas por los valles navarros, marchando con el paso acompasado al cimbrear de los prados con la brisa. Quizás entonces los leones de Castilla vuelvan a ofrecer pechos azules bordados en rojo a las balas del enemigo. Quizás entonces los caballeros españoles vuelvan a usar gola, porque no tendrán que inclinar su cabeza más que ante su Rey y ante el Sagrario. O quizás entonces rasgue el aire un atronador "¡Santiago y cierra!", como preludio de un último asalto. Quizás sea así, o quizás sea de cualquier otra manera.

Descubrirá quien se acerque a este libro los ecos vibrantes de la poesía que ama a Dios y ama a España, en el corazón de un autor que ha buscado plasmar estos amores con su pluma. Y podrá con él, tal vez, entonar el himno de combate que le prepare para librar una batalla que sólo podrá terminar cuando acabe su tránsito por este mundo.

Y ya para concluir, me atrevo finalmente a decir que el lector que tiene en sus manos el presente volumen es un hombre afortunado. Pues afortunado es si tiene un amigo o conocido que sea de esa especie en extinción, conocida como "patriota", que se lo haya

hecho llegar; aún más afortunado le considero si es él el que pertenece a tan rara especie; y todavía lo, es más, si, viviendo una vida corriente en medio de un mundo ciego, ha tenido la suerte de que caiga en sus manos por casualidad. No será cosa fácil desde luego, pero quién sabe si estas páginas abrirán de nuevo en él esa facultad de amar lo sublime que está aparentemente desecada, y fertilizarán el campo de la voluntad para que crezca en ella el deseo del cumplimiento del deber, hasta ahora quizás simplemente ignorado con poca culpa. Muchos de esos amores y de esas voluntades necesitará mi pobre España, si algún día Dios lo quiere.

Arturo Fontangordo

En Barcelona, a 18 de Julio de 2007
71º Aniversario del Alzamiento Nacional

A MODO DE INTRODUCCIÓN

De entre los muchos comunicados que recibo diariamente, quiero hoy revivir uno cuya lectura me hace vibrar en lo más profundo de mi amor patrio. Se trataba de la petición desgarrada de un padre de familia, amigo entrañable a quién admiro y respeto por su ecuanimidad y rectitud de vida, y "*que ante la angustia de la situación actual de nuestra querida España y tras de analizar el sentimiento que compartimos"*, me decía: "*Le sugiero que ensalce la esencia de la contribución experimentada por los españoles en la historia de nuestra patria, eliminando todo aquello que pueda hacer dudar de la pureza de intenciones en el engrandecimiento de España y en el amor a nuestra catolicidad, que poco a poco se van diluyendo y silenciando en el escenario incongruente de un sistema que engaña al pueblo imponiéndole un dique de libertinaje y pasotismo impidiéndole acceder a la verdad. Es como un rompeolas de silencios y suplantaciones, hincado por las izquierdas y las derechas masónicas, para que se estrellen en él todas las olas de búsqueda histórica de la verdad; y así, hacernos parecer ante los ojos del mundo, a los que nos sentimos católicos y españoles, como ciudadanos fascistas, obcecados y retrógrados anclados en unos ideales sin fundamento existente. No podemos consentir tal infamia, puesto que sabemos que tenemos la razón, y que nuestros conciudadanos y nuestra juventud, por desconocimiento, piensen que nos movemos sola y exclusivamente un afán radical de nuestros pensamientos. Démosles donde más les duele: defendiendo la esencia de nuestra patria y nuestra condición de españoles. Es por lo que le emplazo, desde mi humilde opinión, puesto que lo necesito espiritualmente, a que redacte, sin prisa, pero sin pausa, un documento (libro, ensayo, tratado o vademécum) abierto a la realidad actual que haga de nuestros sentimientos y creencias una norma de vida y realización personal que transcienda a cuantos estén abiertos a la verdad.*

Por favor, se le ruego nuevamente, escriba un libro donde la esencia de nuestra España sea la protagonista eterna para que quede viva y pueda aprovechar a nuestros hijos. Limpia y pura, sin equívocos, sin engaños, sin traiciones, como cuando se prestaba

juramento en los juicios: solo la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.

Ten por seguro, querido amigo, que ello dará vida a cuantos tengan acceso a su lectura y sobre todo dará vida a nuestros hijos."

Ante tan precisa y sincera petición y valorando el vacío existente en el conocimiento del ser o no ser de la Patria, quien marcha rota y a la deriva mientras nosotros caminemos sin esa unidad en la esencia del espíritu, característica que vitaliza nuestro ser, y sigamos enclaustrados en esos moldes absurdos que mantienen rígidas e insensibles nuestras potencias intelectuales, la comprensión y el discernimiento del ser patrio permanecerá oculto a nuestro intelecto.

Además, si los hombres que vivifican son seres morbosos o anárquicos, fuera de virtud, que es su propia esencia, éstos, las familias, los pueblo, las regiones y la Nación desenvolverán su desarrollo no en la vida sino en la muerte, porque vivir en el mal o en el mal menor, es un bastante morir, un no vivir.

Vivir requiere una proyección plena, completa de espíritu, sin más código que la verdad. En ella está la vida, porque de ella sola y únicamente nacen los dictados que rigen las almas a vivir en la virtud, en el respeto, en el amor puro que es el ser natural de nuestra esencia, con capacidad cognoscible e inteligible del equivalente ser de la Patria y por consiguiente de llegar a amarla. En tanto que los dictados que nacen del cuerpo o de la avirtud o invirtud son la muerte, la nada y consecuentemente el no ser de la Patria.

El espíritu vivifica, es y da vida, la carne, que es ciega y sin luz, desde que nace tiende a la destrucción, a la muerte.

Hoy, nuestra Patria se encuentra entre la vida y la muerte, entre el ser o la nada. Y por ello, en este preciso momento tan importante como crucial, quiero, a través de este estas páginas, tratar no solo ontológicamente de su ser sino de una forma más sencilla, para que tanto jóvenes como maduros, puedan acceder, sin grandes esfuerzos a conocer y a amar la esencia y naturaleza de nuestra Patria, con sus características, principios y peculiaridades, que es el objeto principal de este libro.

Dedicatoria

A ti mi Patria, para que dejes de ser lo que no eres y seas; para que participando del Ser alcances en justicia y dignidad tu verdadera dimensión y puedas mostrar al mundo, según lo bueno de tu corazón, que sigues siendo la España justa, noble y valerosa en unidad de grandeza y libertad, que todos tus hijos deseamos para la mejor de las madres.

I
EL SER

Creo que no es necesario demostrar la trascendencia del ente o ser a todas las cosas, porque en la comprensión de todas ellas está contenida la noción de ente o, en otras palabras, porque cualquier cosa que existe o puede existir, es ente. Lo primero que concibe y considera el entendimiento de las cosas es que "son". Pero además de esta significación existencial por el que actualiza la esencia de las cosas, el entendimiento del ente resuelve en el propio concepto de todas sus concepciones.

Que la Patria existe es tan obvio como que el círculo es redondo. Y es en esa existencia en la que radica su ser o su fundamento ontológico. Ahora bien, para adentrarnos en el ser de la Patria preciso tener una pequeña noción de lo que es Ontología. Para ello, debemos aunar antes íntimamente todas las partes de la filosofía y así resolver los tres problemas que se presentan en la Filosofía perenne. Primero demostrar, apoyándonos en la lógica, el valor de nuestros conocimientos buscando las normas directivas de la razón en su caminar hacia la verdad para alcanzarla, seguidamente investigar mediante la metafísica la naturaleza íntima de los seres y cuáles son sus leyes, de las que se sirve la Ética para establecer las normas del bien obrar.

Así pues, ¿qué es la Ontología? Es la rama de la metafísica (Μετα τα φισιχα) que estudia, en sus últimas consecuencias, la naturaleza y organización de todo lo que existe y de sus propiedades trascendentales (unidad, verdad, etc.) que como tal le corresponden. Como vemos tiene por objeto el más abstracto de cuantos puede considerar el entendimiento humano. Y es que los grados de abstracción de menor a mayor, pasan de despojar a la materia de su individualización o singularidad quedándose con el ente extenso y sensible como objeto de las ciencias físicas, o avanza en un segundo paso para abstraer también las cualidades sensibles, pertenecientes solo al ente como extenso, en objeto matemático; llegando por fin, a un tercer grado, que añade a los anteriores una nueva y fragante abstracción: la inteligible o cuantidad que nos muestra al ente en cuanto ente en sus dos formas abstractas, primeramente comprendiendo a todo lo que, de alguna manera -real, posible o

concebida como tal- le compete el existir; y el aspecto bajo el cual se estudia ese mismo ser en cuanto que contiene en sí una noción comunísima con todo los demás seres: la noción de ente. Del ente inmaterial en general se ocupa la ontología, en tanto que la metafísica especial versa sobre el ente creado o finito e increado o infinito. Las demás ciencias también consideran al ente como sujeto, pero no como al ente en cuanto es ente, sino en cuanto es tal clase de ente.

El interés ontológico al estudiar el ente en cuanto ente, originó que los diferentes filósofos antiguos en la necesidad de dar explicaciones racionales, no mitológicas, a los fenómenos del mundo físico, hicieron hincapié en cual podría ser el fundamento del mundo físico, y observando que al estar compuesto por objetos diferentes: líquidos, sólidos o gaseosos, pero siempre de materia viva o inerte, y dado que el raciocinio exigía pensar en un solo elemento constitutivo de los demás, los pensadores antiguos propusieron diferentes hipótesis como cimiento y apoyo de todos los otros; y así para Tales de Mileto fue el agua, el fuego para Heráclito, el aire para Anaxímenes y la combinación de estos elementos con la tierra lo fue para Empédocles. Fijada esta base, Anaximandro propuso que el elemento constitutivo debería ser indeterminado y lo llamó Apeiron. Pero fue Parménides quien propuso un mejor procedimiento, al sostener la existencia de dos caminos para llegar al conocimiento, el primero de ellos es el de los sentidos, que nos hace llegar a lo cambiable, a lo inseguro, a lo transformable y a lo convertible en los objetos, y el segundo, llamado camino de la razón, quien al seguirlo propuso que por él se alcanza que cualquier elemento natural antes de tener alguna característica específica tiene un elemento fundamental, común e indispensable a todo objeto llamado οντοσ (ser) y que sin el cual no existiría, y es a partir de este descubrimiento que se constituye la ontología como estudio del ser (οντοσ + λογοσ) como fundamento de toda realidad.

Ahora bien, para llegar al fundamento o principio ontológico de cualquier ente hemos de tener en cuenta las propiedades comunes que lo caracterizan, que son universales (porque son propias del ser en cuanto ser), y de las cuales se derivan los principios del ser, que vienen a constituir el fundamento, la base y la esencia misma de la ontología

Las propiedades del ser son aquellas características o aspectos inteligibles que le podemos aplicar o predicar a todo lo que es, por

el mismo hecho de ser. De estas características, se derivan los primeros principios, absolutos, necesarios, y universales, que son un juicio o afirmación del que nos servimos como punto de partida para alcanzar conocimientos.

La primera característica del ser es la unidad, en cuanto trascendental, es decir uno es lo que en sí mismo es individido y al carecer de partes es indivisible no solo en acto sino en potencia; pero no decimos que sea único, ya que entonces sólo existiría un solo ser, lo que sí afirmamos es que dentro de su naturaleza interior solamente es uno y no multiplicidad de seres diferentes esto es, que puede dividiste como cualquier otro objeto físico, pero no puede ser dividido en otro.

El ser en cuanto tal ser no admite oposición, ya que lo único que podría oponérsele sería algo que estuviera fuera de él, y ese algo externo sería el no-ser, el vacío, la no-existencia, la nada, y por simple lógica la nada, lo que no-es no puede oponerse a algo que es, por lo tanto el ser, no puede ser determinado por otro que no sea él mismo, y de ésta afirmación podemos concluir como su segunda característica que todo ser en cuanto ser es distinto o determinado por sí mismo.

Las dos características anteriores no admiten oposición, es decir que algo distinto se le oponga y dado que el ser es absoluto y no se relaciona con otro que fuera de él, llegamos a una tercera característica que hace al ser idéntico a sí mismo, puesto que fuera de él no concibe sino la nada.

El ser además de las características anteriores tiene una cuarta llamada la semejanza, que consiste en que todos los seres se parecen y semejan en cuanto son seres

El ser es trascendente, esto es, que abarca toda la realidad, y por tanto tiene extensión ilimitada, y como nuestra inteligencia tiene también ese poder ilimitado de captación, hemos de afirmar que le puede conocer, es decir que nuestra inteligencia puede captarle, conocerle y entenderle, porque el ser es inteligible, y a esta inteligibilidad o conformidad del ser con la inteligencia es lo que llamamos verdad ontológica, y entonces el ser en cuanto ser es verdadero. Esta quinta característica no quiere decir que el ser, que aun siendo inteligible y verdadero, podamos, sin embargo, captar y conocer todos los seres, sino que todo ser por el mero hecho de que es puede ser captado o ser conocido por nuestra inteligencia.

En el horizonte ontológico definimos el mal como algo que no le conviene a sí mismo, y el bien como algo que le conviene al apetito, y por tanto al ser idéntico a sí mismo, no puede no ser algo que no le conviene a sí mismo, a su apetito de ser, ya que al ser apetecido por sí mismo es porque es amable y bueno, y por tanto también conveniente al apetito de otros. Así llegamos a la sexta característica que definimos diciendo que el ser es amable y bueno.

De lo anteriormente expuesto podemos afirmar que, si el ser ontológicamente es bueno, el mal por no ser es carencia de bien y de perfección. Por tanto, el mal absoluto sería equivalente, a la total carencia del ser.

Por la relación directa que existe entre el sujeto y el predicado, educimos el primero de sus principios, al afirmar que el ser es el ser, nos damos cuenta de que el ser posee el principio de identidad.

Y si el ser es idéntico a sí mismo no podemos negar su identidad, puesto equivaldría a poner al no-ser dentro del terreno del ser, con lo cual se destruiría el ser al ser nada, y así como no podemos afirmar y negar algo de un mismo sujeto en el mismo momento (yo no puedo estar en dos posturas diferentes a la vez), de igual forma si alguien niega la identidad del ser, niega la misma realidad. A este segundo principio se le denomina "de no contradicción".

Como vemos tenemos dos opciones en cuanto al ser, podemos afirmar o negar su identidad, pero nunca podremos pensar en una tercera posición entre ambas, y es lo llamamos el tercer principio "exclusión".

Hemos visto que el ser es idéntico e inteligible en virtud de que es, y a esa virtud la llamamos razón o fundamento del ser. Pero si esa razón o fundamento del ser fuera insuficiente, se perdería su identidad consigo mismo y se volvería en no-ser, en nada y no sería inteligible y se le concebiría como un no-ser, como un absurdo, como una no-realidad, luego para que siga siendo idéntico consigo mismo e inteligible ha de tener un cuarto principio, que llamamos "razón suficiente"

En la vida nos servimos de unas cosas, como medios necesarios, para conseguir otras, que son fines, y estos a su vez se convierten en medios para otros fines superiores, hasta llegar a un fin supremo. De ello se deduce que toda agente obra por un fin y que éste es un bien que mueve el apetito y lo sacia, Ahora bien, el ser por el solo hecho de ser, está dotado de un apetito o deseo natural, así el deseo natural de todo ser es su propio fin o bien. Este sería el quinto principio del

ser: “Su finalidad”, esto es, la conexión que tiene el fin con el bien, más aún el fin es el bien.

Dado que la Patria existe y es un ser, podemos concluir afirmando que la Patria es una e idéntica a sí misma y distinta de las demás, semejante a todas ellas, verdadera y buena, entendiendo esta última característica en cuanto que hablamos de su esencia, es decir, de la naturaleza interior de su ser, y no de la naturaleza exterior cuya conducta está manejada por los hombres.

II

HABLAR DE LA PATRIA

Lo primero y ante todo es pedirte perdón ¡Oh Patria mía! por el atrevimiento, que por mi ignorancia y pequeñez me aventure a escribir de ti. Estoy seguro que escribiré muy poco o casi, o lo que es peor, en mi tosquedad quizá te describa tan pobremente que sea menos que imposible el reconocerte o por el contrario que en mi apasionamiento te sublimice y ensalce en una plenitud desbordante y por tanto carente de tu verdadero ser. Patria, tú que eres distinta de las otras, porque eres idéntica a ti misma en unidad permanente, muéstrame tu grandeza para que alcance el conocimiento de la verdad de tu ser y aflorando en mí esa apetencia amable de tu bondad pueda, libre de perjuicios, ofrecer en estas líneas tu esencia fresca y pura a mis semejantes.

Cuando se habla hoy de España, en ella y fuera de ella, acuden en tropel a la mente y la los labios la valía de una Patria que, en el aspecto de pueblo decidido a gozar de la vida de nación libre, ha manifestado su amor a la independencia, no reparando para defenderla o para recobrarla en sacrificar haciendas y vidas, luchando denodadamente con fenicios, cartagineses, romanos, bárbaros, árabes y algunas naciones europeas, cuando han pretendido sojuzgar el suelo español, y, vencido en ocasiones, pero siempre animoso, siempre valiente, siempre rehaciéndose, ha podido formar una aureola de gloria con los hechos y nombres de Indíbil y Mandonio, Sagunto, Viriato, Numancia, Covadonga, Pelayo, Insa, Garci-Jiménez, Clavijo, San Esteban de Gormaz, Calatañazor, Fernán-González, El Cid, Toledo, Valencia, Don Sancho, las Navas de Tolosa, Fernando III, Sevilla, Tarifa, Guzmán el Bueno, Isabel y Fernando, Ganada, Orán, Gonzalo de Córdoba, El Nuevo Mundo, Cortés, Magallanes, Elcano, Lepanto, Trafalgar, Bailén, Gerona, Zaragoza, San Marcial, El Callao. El Alcázar, Moscardó, El Jarama, Zamalloa, Brunete, Belchite, Teruel… y tantas y tantas gestas imposibles de puntualizar una por una, pero que dejaron encendida la llama del amor en el ser de la Patria.

Y si su Historia es brillante, no lo es menos el haber contado con la primera legislación escrita, contenida en el Fuero Juzgo, como

tuvo la primera en la Edad Media con las Siete Partidas de Alfonso el Sabio; el descubrir y conquistar el Nuevo Mundo para cuyo gobierno hizo las renombradas Leyes de Indias; el restablecer el régimen municipal por medio de los Concejos y el General con las Cortes; el cultivar los santos ideales de Religión, Patria y Libertad; el completar el conocimiento del planeta con el descubrimiento del estrecho de Magallanes y el primer viaje de circunnavegación realizado por Juan Sebastián Elcano; el formar y perfeccionar la lengua castellana, que hoy hablan millones de habitantes y que forman un lazo espiritual que nos une con todos los pueblos que pertenecen ligados espiritualmente a la Madre-Patria que un día los sacó de la oscuridad y les dio un idioma, una fe, una cultura e incluso mezcló su sangre en un mestizaje hermano; el contar con la copiosa y brillante literatura que en esa lengua de Cervantes se produjo; el tratar esas portentosas creaciones de la Bellas Artes, que han extendido por todo el mundo la fama de nuestros pintores, escultores, arquitectos y músicos; el honrarse con la historia de nuestras Universidades, que compartieron gloriosamente la vida intelectual de los pueblos cultos; hechos memorables como el que el español realizara el descubrimiento de la circulación de la sangre, y otra gloria nacional inventara el modo de hacer hablar a los sordomudos, y muchos de todos los tiempos formen la inmensa pléyade de cultivadores de todas las artes y ciencias; el componer la más singular e inigualable composición musical; además de otros timbres de honor que son los que unidos forman la gloria de la Patria

He aquí un enorme abanico repleto de acontecimientos verdaderos y dignos del más limpio orgullo de esta Patria, tan querida y amada por tantos y tantos españoles que vemos, con asombro impotente, como se nos está muriendo herida de muerte por el silencio de aquellos, verdaderos mendigos de la Patria, que fueron por ella elevados a la categoría de caballeros, y que hoy permiten el ultraje y el desprecio a su memoria.

III

A PROPÓSITO DE LA PATRIA

No podría adentrarme en un tema de tan trascendental materia como es el ser y la nada de la Patria, sin anteponer previamente algunas de las luminosas opiniones, que a lo largo de nuestro devenir histórico han sido formuladas por las plumas de mayor pujanza y por la oratoria más representativa de los personajes punteros en el panorama nacional.

"*Nación propia nuestra, con la suma del pasado, presente y futuro, ya material o inmaterial, que atrae o ejerce irresistible influencia en el ánimo de todos los patriotas, cautivando su amorosa adhesión*."

DICCIONARIO DE LA LENGUA ESPAÑOLA

"*Y tenedlo entendido de ahora para siempre: Yo amo con exaltación a mi Patria; y antes que la libertad, y antes que la república, y antes que, a la federación, y antes que la democracia, pertenezco a mi idolatrada España. Y me opondré siempre con todas mis fuerzas a la más pequeña, a la más mínima desmembración de este suelo que íntegro recibimos de las generaciones anteriores y que íntegro debemos legar a las venideras dentro de una sola y verdadera nación*."

EMILIO CASTELAR Y RIPOLL

"La *Patria es una e idéntica a sí misma y distinta de las demás, semejante a todas ellas, verdadera y buena*"

DEFINICION ONTOLÓGICA

"*Sabemos que la Patria no es una finca heredada de nuestros abuelos; buena no más para ser defendida a la hora de la*

invasión extranjera. Sabemos que la Patria es algo que se hace constantemente y se conserva sólo por la cultura y el trabajo. El pueblo que la descuida o abandona, la pierde, aunque sepa morir. Sabemos que no es Patria el suelo que se pisa, sino el suelo que se labra; que no basta vivir sobre él, sino para él; que allí donde no exista huella del esfuerzo humano no hay Patria, ni siquiera Región, sino una tierra estéril, que tanto pude ser nuestra como de los buitres o de las águilas que sobre ellas se ciernen. ¿Llamaréis Patria a los calcáreos montes, hoy desnudos y antaño cubiertos de espesos bosques, que rodean esta vieja y noble ciudad? Eso es pedazo del planeta por donde los hombres han pasado, no para hacer Patria, sino para deshacerla. No sois patriotas pensando que algún día sabréis morir por defender esos pelados cascotes; lo seréis acudiendo con el árbol o la semilla, con la reja del arado o con el pico del minero a esos pasajes sombríos y desolados donde la Patria está por hacer."

ANTONIO MACHADO

"*La Patria es una realidad histórica, cuya unidad indestructible fue forjada, no tanto por la comunidad de territorio, de raza o de lengua, sino ante todo y esencialmente por la unidad de la fe católica y destino común de los diversos pueblos que concurrieron a formarla*."

MANUEL DE SANTA CRUZ

"*España es un país en el que el patriotismo ha perdido durante un siglo su legitimidad, pero en el que han crecido patriotismos imposibles de patrias que nunca lo fueron, basados en la manipulación interesada de la verdad histórica y de los elementos objetivos de la identidad nacional*."

PASCUAL TAMBURRI

"*La Patria no admite eclecticismos ni mudanzas según el "viento que sople" o el "color que predomine" en una u otra facción,*

grupo, formación o partido político. La Patria siempre ha de estar muy por encima, -siempre ARRIBA del todo, - de esas mezquinas egolatrías, egocentrismos, "yoísmos" con los que se pretende definirla."

ENRIQUE T. BLANCO LÁZARO

"La Patria es espíritu. Ello dice que el ser de la Patria se funda en un valor o en una acumulación de valores, con los que se enlaza a los hijos de un territorio en el suelo que habitan."

RAMIRO DE MAEZTU

"La Patria es el único destino colectivo posible. Si lo reducimos a algo más pequeño, a la casa, al terruño, entonces nos quedamos con una relación así física; si lo extendemos al universo, nos perdemos en una vaguedad inasequible. La Patria es, justamente, lo que configura sobre una base física, una diferenciación en lo universal; la Patria es, cabalmente, lo que une y diferencia en lo universal el destino de todo un pueblo; es, como decimos nosotros siempre, unidad de destino en lo universal."

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

"La Patria es una herencia recibida por derecho natural, y no es un mero pacto, acuerdo o convención voluntarista. Es algo natural, no ideológico. Solo se conoce por amor. Se forma en la larga cadena de generaciones, siendo los padres la realidad sustentante y originaria, siendo Dios y la Religión Católica el principio vivificador que identifica el ser de la Patria. Y si España es algo, es historia, grandeza y tradición"

JOSÉ FERMIN GARRALDA

"La verdadera Patria, la auténtica España no es simplemente la bandera o el himno, la emoción o lo simbólico. La Patria es saberse

parte de ella, en el sacrificio y en el compromiso, y siendo leal a sus raíces, proyectarla hacia el mañana con el mejor espíritu de servicio. es, en definitiva, tener la capacidad dentro de uno mismo - y saber usarla en consecuencia y correctamente - para cambiar el presente, y construir un futuro con lo bueno del pasado. Porque quién profesa amar a la Patria, sólo demuestra dicho amor mediante el sacrificio y el riesgo que por ella está dispuesto asumir".

JESUS IBERIA

"*La Patria es la conciencia y el sentimiento de la nación, o, si se quiere, para abarcar todos los grados, la comunidad moral e histórica de que nos reconocemos parte. Sin el sentimiento de un lazo de unión en el presente y en pasado, que junta en unidad corazones y conciencias, no hay Patria.*

Dos vínculos que la constituyen: el sucesivo de la tradición histórica y el simultáneo de la unidad espiritual, forman, al juntarse en cada corazón, un nudo.

Así, la trama interior que liga unas generaciones con otras y que pasa con sus hilos invisible, penetrando las almas, nos asocia en una hermandad que va a lo largo de los siglos contando sus noches y sus auroras, estremeciéndose de júbilo en los días venturosos, y juntando las lágrimas, y lavando con ellas las heridas de la madre en las horas trágicas en que el crespón de la tristeza vela el blasón de la casa solariega.

La conciencia de esa gran comunidad moral e histórica puede ser refleja o directa, clara o confusa, según la capacidad y el estado de concordia o de excitación mental dominante; el sentimiento puede ser difuso o débil, o acentuado o enérgico; pero es preciso que los dos existan de alguna manera, que sea conocida y sentida la unidad común para que la Patria no haya quedado reducida a un nombre vacío."

JUAN VÁZQUEZ DE MELLA

«*La expresión Patria se relaciona con los conceptos de pater (padre) y de atrio (casa). La Patria es el bien común de todos los ciudadanos que hemos recibido como herencia de nuestros*

antepasados, y, como tal, un gran deber: el ser patriotas, que es parte del cuarto mandamiento, que exige honrar al padre y a la madre.

El Evangelio ha dado un significado nuevo al concepto de Patria, puesto que la ha abierto a la dimensión de la eternidad sin haber quitado nada a su dimensión temporal. Es más: la idea de la Patria eterna ha servido a la Patria temporal."

JUAN PABLO II

"*Háblame de España amigo:*
Patria son todas las cosas
que pueden hacerse carne
dentro del hogar que adoras.
Patria es el sol sobre el trigo,
la palabra con que nombras,
la voz de todos los muertos,
la costumbre silenciosa
que da al corazón del hombre
todo lo que el tiempo logra:
Patria es todo lo que tienes
que no es tuyo y es tu gloria."

LUIS ROSALES

"*A España hay que buscarla en sus gentes, en sus generaciones históricas, en los hombres y las mujeres que alientan a nuestro alrededor; no en su idea concreta de la nación o en sus fórmulas políticas, sino en su modo peculiar de ser y de entender la existencia.*"

JOAQUÍN AGUIRRE BELLVER

"La Patria es madre amorosa que hace milagros de amores"

JOSE MARÍA GABRIEL Y GALÁN

"*España es abundada de mieses, deleitosa de frutas, viciosa de pescados, sabrosa de leche et de todas las cosas que se della facen; llena de venados et de caza, cubierta de ganados, lozana de caballos, provechosa de mulos, segura et bastida de castiellos, alegre por buenos vinos, folgada de abondamiento de pan; rica de metales, de plomo, de estaño, de argent vivo, de fierro, de arambre, de plata, de oro, de piedras preciosas, de toda manera de piedra mármol, de sales de mar et de salinas de tierra et de sal de peñas, et dotros mineros muchos: azul, almagra, greda, alumbre et dotros mineros muchos de cuantos se fallan en otras tierras; briosa de sirgo et de cuanto se face dél, dulce de miel et de azucar, alumbrada de cera, complida de olio, alegre de azafrán. España sobre todas es engeñosa, atrevida et mucho esforzada en lid, ligera en afán, leal al señor, afincada en estudio, palaciana en palabra, cumplida de todo bien; non ha tierra en el mundo que la semeje en abondanza, nin se eguale a ella en fortalezas et pocas ha en el mundo tan grandes como ella. España sobre todas es adelantada en grandez et más que todas preciada por lealtad. ¡Ay España! non ha lengua nin engeño que pueda contar tu bien*."

ALFONSO X EL SABIO

"*Quién no tiene en su interior un sentimiento único de Patria, no puede considerarse un ser racional. Yo solo tengo una Patria, y esa es mi España, mi tierra, la tierra de mis ancestros, la que tiene solo una bandera, por la que dejaría mi vida defendiéndola para que mis hijos sientan y hagan sentir a los suyos, que son los míos, de dónde venimos y quienes somos. Entonces no te extrañes o escandalices al referirme a ella como 'Una, Grande y Libre'*.

SERGIO CARRETERO POLEY

"*Dulce nombre que vibra y centellea,*
es el nombre de la Patria bendecido;
el que mueve el corazón, late en la idea
y arrulla con su mágico sonido.

La Patria es el hogar donde nacemos.

la Patria es el rincón donde morimos,
la plegaria primera que aprendemos,
la caricia postrer que recibimos.

Patria es el suelo venerable y sano
que el hombre siempre embellecer procura,
el habla maternal y el primer canto,
el aire bienhechor, la luz más pura…

La Patria es fe, la Patria es heroísmo,
fe del mártir, emblema del soldado,
lazo del porvenir que une el pasado
como puente de luz sobre un abismo."

LEOPOLDO DÍA

"*España es un campo histórico inteligible, es decir, una realidad compleja que puede explicarse por medio de su trayectoria temporal.*"

ALVARO DE MAORTUA

"*La Patria se hace y se acrece cada día y es una unidad indivisible.*"

FRANCISCO FRANCO BAHAMONDE

"*La Patria es tierra de antepasados, marco de vida común, conjunto de aspectos físicos y morales transmitidos de generación en generación, costumbres, acciones y pasiones tradicionales de la inteligencia y del alma, civilización proyectada en el espacio y en el tiempo...Pero todas estas notas, por muy verídicas y desbordantes de significación que sean, no agotarán jamás el contenido misterioso de la Patria*"

PROFESOR SR. DE CORTE

"Apenas se pude expresar qué delicias encierra la Patria; se comprende mejor cuando se carece de ellas que cuando se las disfruta."

CICERÓN

"Con el alma te bendigo Patria, noble augusta y brillante cual sol. Y bendigo a los cielos que hicieron que naciese en tan noble nación.

En tus glorias dichoso y contento, como te amo también gozaré, y si sufres desgracias dolientes, con tu amargo dolor sufriré.

Eres tierra fecunda y bendita, de virtud y del bien manantial, amoroso por ti el cielo vela, Dios te libre por siempre del mal.

Ufanémonos nobles hermanos, en hacer envidiable nación, de esta Patria amorosa, que debe ser objeto de ardiente pasión.

Y si llega el momento terrible de mirarla afligida gemir, valerosos, gallardos y activos juremos por ella morir.

Que el que muere cantando a la Patria, defendiéndola fiel con valor en el cielo consigue la gloria y en la tierra enaltece el honor"

HIMNO A LA PATRIA

"España es mi carta de navegación y mi polar, mi brújula y mi sextante. Es la necesaria referencia para saber dónde estoy y, por lo tanto, hacia dónde voy y hacia dónde puedo ir."

ARTURO ROBSY

"Aquí descansan los restos de Arturo Pechan, un católico inglés que, al separarse Inglaterra de la Iglesia, abandonó su Patria, porque no podía vivir allí sin su fe; vino a Roma, y murió, porque no podía vivir aquí sin su Patria".

EPITAFIO EN TUMBA DE LA IGLESIA DE SAN GREGORIO (Roma)

"España somos tú y yo y *el hogar que nos ampara,*
la tumba de nuestros padres y el jardín de nuestra casa.
España es el cielo azul que amanece en tu ventana
y las montañas agrestes que te velan y te guardan.
España es el limpio orgullo de la historia de la raza;
es el incierto futuro donde pones tu esperanza
y es tu voluntad de ser español cada mañana.
España son tus costumbres y el idioma en el que hablas;
y el pan de trigo que comes también es un poco España.
España es el "Padre nuestro" que rezas por las mañanas
y el rojo y gualda que pone ese nudo en tu garganta.
España es el pulso alegre de tu sangre alborotada
porque el futuro, que es tuyo, también lo será de España.
España es la fe que tienes en tus padres y en tu casa
y cuando todos te falten estará contigo España."

JOSE LUIS DE SANTIAGO

" Patria española es para nosotros la tierra bendita que nos vio nacer y nos sustenta y mantiene bajo el cielo más hermoso del mundo, ganada palmo a palmo por el esfuerzo de nuestros padres, fundada con su trabajo y santificada con su sangre en una y otra generación. Es el ordenado conjunto de municipios, antiguos reinos y principados, con sus fueros y libertades. Es la sociedad verdaderamente cristiana que nuestros mayores fundaron y conservaron, al amparo de la Iglesia, para que sus hijos vivieran en verdad y justicia, y en la Patria terrena construyesen camino libre, seguro, fácil y amable de la Patria celestial y eterna. Es más: La Unidad Católica es la primera ley fundamental de la sociedad española, es nuestra constitución secular, raíz, base, norma y guía de toda autoridad y de todo derecho, y código supremo de toda acción y de toda doctrina."

RAMÓN NOCEDAL

"Santa España,
extremo de Europa,

condensación de la fe
masa dura.
Fortaleza d la Virgen Madre,
último avance de Santiago
que no acaba más que con la tierra.
Inquebrantable España.
Reñida siempre con el "no puedo"
y con las medias tintas.
Baluarte contra la herejía.
Por ti paso a paso
rechazada y contenida.
Exploradora de un doble firmamento
colonizadora de un nuevo mundo…
La que llamaban desierto
Mirad… ¡Ah! ¡Qué es eso? ¿un desierto?
No. ¡Es manantial y palmera!"

PAUL CLAUDEL

"De todas las tierras existentes desde el Occidente hasta la India tú eres, España, piadosa y madre siempre feliz de príncipes y de pueblos, la más hermosa. Con razón tú eres ahora la reina de todas las provincias, de ti no sólo el ocaso sino también el Oriente recibe su fulgor. Tú eres el honor y el ornamento del orbe, la más célebre porción de la tierra, en la que se regocija ampliamente y profusamente florece la gloriosa fecundidad de la estirpe goda. Con razón la naturaleza te enriqueció y te fue más benigna con la fecundidad de todas las cosas creadas. Tú eres abundante en frutos, rica en uvas, dichosa en cosechas; te cubres de mieses, gozas la sombra de tus olivos y te ves coronada de vides. Esmaltados de flores están tus campos, frondosos en tus montes, llena de peces en tus costas. Tú te encuentras en la zona más grata del mundo, ni te quemas con los ardores estivales del sol ni languideces con los rigores glaciales, sino que, rodeada por una templada zona del cielo, te alimentas de suaves céfiros. Produces todo lo fecundo que dan los campos, todo lo precioso que dan las minas, todo lo hermoso y útil que dan los seres vivientes; y no eres menos por los ríos, que ennoblece la esclarecida fama de tus vistosos rebaños. Debe ceder

ante ti el Alfeo con sus caballos, el Clitumno con sus vacadas, por más que el sagrado Alfeo haga correr sus veloces cuadrigas por los ámbitos de Pisa al estímulo de las palmas olímpicas y por más que el Clitumno inmolara en otro tiempo abundantes novillos como víctimas capitolinas. Tú, ubérrima en pastos, no ansías los prados de Etruria, ni tienes por qué admirar, llena como estás de palmas, los bosquecillos de Molorco, ni tendrás envidia de los carros de Élide en las carreras de tus caballos. Tú eres fecunda en ríos caudalosos y fulva por los torrentes auríferos; tú tienes la fuente engendradora de caballos, a ti te brillan con la fuerza de los colores tirios las lanas teñidas con púrpura indígena, a ti se te enciende con brillo semejante al del sol la piedra fulgurante en las oscuridades recónditas de los montes. Y, además, eres rica en hijos, en gemas y en púrpura, a la par que fértil en gobernantes y genios de imperios, y eres tan opulenta en realzar príncipes como dichosa en engendrarlos. Con razón por tanto la dorada Roma, cabeza de pueblos, te ambicionó tiempo atrás, y aunque el mismo poder romúleo te poseyó primero como vencedor, luego, sin embargo, el linaje floreciente de los godos, tras numerosas victorias en todo el orbe, te arrebató con afán, y te amó, y goza de ti hasta ahora entre regias ínfulas y enormes riquezas segura en la dicha del Imperio."

SAN ISIDORO

"La Patria, nombre sagrado que hace latir hasta los corazones más insensibles, es como concha de nácar que contiene ricas y finas perlas, el relicario que guarda religiosamente las sonrosas de una madre y los tiernos abrazos de un padre."

RIBAS FERNÁNDEZ

"España limita al norte: Arqueros, ¡pronto apuntad!
Flecha la de Santa Clara, arco el de San Sebastián.
Al oeste, yo te visto siempre verde Portugal
repartirse el río Tajo y ensancharlo hasta estallar.
Al este, Calpe hacia Roma, antiguo peñón de Ifac

Y al sur, al sur no lo olvido, aunque no lo vea más:
un león arrodillado que no quemó nuestra sal,
un león vuelto de espaldas que se llama Gibraltar".

JOSÉ GARCIA NIETO

"España es el único país de la historia que se ha hecho en la afirmación de la fe, en la recuperación de la fe y en el mantenimiento de la misma. Sin la unidad religiosa conseguida hace catorce siglos no puede entenderse la Patria común ni nuestra unidad histórica y cultural".

ANTONIO CAÑIZARES, Cardenal primado de España

"La Patria es un subjetivo proyecto de vida común"

JOSE ORTEGA Y GASSET

"El amor a la Patria es incompatible con el fin ulterior de la Orden"

WEISHAUPT, Patriarca de la masonería y fundador del iluminismo

"Ama a tu prójimo; más que a tu prójimo, a tus padres; más que a tus padres, a tu Patria; y solamente más que a tu Patria, ama a Dios"

SAN AGUSTÍN

"Escucha, España, la voz de un hijo
que te habla en lengua no castellana;
hablo en la lengua que me ha legado
la tierra áspera;
en esta lengua pocos te hablaron;
en la otra, demasiado.

Demasiado de los saguntinos
y de los que mueren por la Patria;
y por tus glorias y tus recuerdos,
recuerdo y gloria de cosas muertas,
triste has vivido.
De distinta manera quiero hablarte.
¿Por qué derramar la sangre inútil?
La sangre es vida, si está en las venas,
vida hoy, vida para los que vengan;
vertida, es muerte.
Demasiado pensaste en tu honor
y escasamente en tu vida:
tus hijos, trágica, diste a la muerte.
Mortales honras te satisfacían;
tus fiestas eran tus funerales,
¡oh triste España!
Yo vi barcos zarpar repletos
de hijos que a la muerte entregabas:
sonriendo iban hacia el azar,
y tú cantabas junto a la mar
como una loca.
¿Dónde tus barcos? ¿Dónde tus hijos?
Pregúntalo al Poniente, a la ola brava:
perdiste todo, a nadie tienes.
¡España, España, vuelve en ti,
rompe el llanto de madre!
Sálvate, sálvate de tantos males;
que el llanto te haga alegre, fecunda y viva;
piensa en la vida que te rodea;
alza la frente,
sonríe ante los siete colores del iris.
¿Dónde estás España, dónde que no te veo?
¿No oyes mi voz atronadora?
¿No comprendes esta lengua que entre peligros te habla?
¿A tus hijos no sabes ya entender?
¡Adiós, España!"

JOAN MARAGALL

"El *buen católico y precisamente en virtud de la doctrina católica, es por lo mismo el mejor ciudadano, el más patriota, el perfecto amante de su Patria*."

PIO XI

"*Por España; y el que quiera*
defenderla honrado muera;
y el que traidor la abandone
no tenga quien le perdone,
ni en tierra santa cobijo,
ni una cruz en sus despojos,
ni las manos de un buen hijo
para cerrarle los ojos".

DIEGO DE ACUÑA

"*La Patria es el país de nuestros padres; el país donde hemos visto por primera vez la luz del día; donde nuestras madres han mecido nuestra infancia; donde hemos vivido rodeados de nuestros hermanos y nuestros amigos; donde se nos han trasmitido esas consoladoras tradiciones que ligan a las generaciones vivas con las pasadas y las futuras; es el lugar donde hemos amado, donde hemos padecido; es la vieja encina que nuestros padres han plantado, el campo santo donde reposan sus restos, donde está la tumba que los cubre. La Patria es esa porción de tierra que todos sus habitantes tienen interés en conservar, y que nadie quiere abandonar, porque no abandona uno voluntariamente su reposo, su gloria, sus aficiones y su felicidad: es una madre que quiere a sus hijos, que no los distingue, hasta que se distinguen ellos mismos, que creería no haber hecho nada dándoles el ser si no añadiese el bienestar; no acepta ofrendas sino para distribuirlas; exige más cariño que temor; sonríe al hacer bien, y derrama copiosas lágrimas cuando se ve obligada a hace mal.*

Triunfo, gloria, honor, amigos, parientes, la palabra Patria encierra todas esas ideas.

Un individuo ama a su Patria cundo hace todos sus esfuerzos para que sea respetada en lo exterior, pacífica y feliz en lo interior.

Victorias y tratados gloriosos la hacen respetar de las demás naciones; pero el mantenimiento de las leyes y las costumbres pueden únicamente afirmar su felicidad y hacerla duradera. No quiere a su Patria el que no trata de cumplir para con ella todos estos deberes. No olvidemos nunca que la Patria tiene derechos imprescriptibles y sagrados a nuestros talentos, nuestras virtudes, nuestros sentimientos y nuestras acciones; que en cualquier estado en que nos encontremos, no somos más que soldados de facción en el umbral de la Patria, siempre obligados a velar por ella y a volar en su socorro al menor peligro.

La Patria no exige a sus hijos los mismos sacrificios. Unos, que han jurado morir por ella, vierten su sangre gloriosa en los combates; otros, para mantenerla, riegan sus campos con su sudor; éstos, levantando manos puras e inocentes hacia el Padre de todas las cosas, ruegan en los templos por su prosperidad; al paso que aquellos, velando el depósito de las leyes, mantienen entre los ciudadanos los derechos de la equidad o de la justicia; a otros finalmente, está confiado el cuidado de ilustrarla con sus escritos, de enriquecerla con sus invenciones o trabajos útiles

A cada ciudadano sea cualquiera su condición, pertenece el honor de defender la Patria. Al tomar las armas por ella, recibe como en depósito la seguridad de nuestros campos, la tranquilidad de nuestras poblaciones, la vida, la libertad de sus hermanos; se constituye en espada en broquel del que no tiene, o de aquel cuyo brazo, demasiado débil para sostener armas ofensivas o defensiva, no puede hacer uso de ellas. Armado, y con el corazón palpitando por un noble ardor, oye la Patria que exclama, admirándole: ¡Ve a combatir, serás valiente porque peleas por tu madre!...

¿Hacer traición a la Patria! ¡Vergüenza y desgracia para el que se atreve a cometer este crimen, aun cuando sea ingrata para con él! Como otro Caín, lleva por todas partes en su frente envilecida el sello indeleble de su reprobación. A cualquier parte donde va a ocultar su delito, oye de su conciencia y la de su país que proclaman su infamia a la vista de sus conciudadanos; no hay ya para él más gloria, más porvenir, más esperanza. La posteridad se encarga de imponer a él y a los suyos la pena que ha merecido. Su tumba estará solitaria y desierta; y si alguno por casualidad se acerca a aquel

paraje, se retirará horrorizado después de haber leído estas infamantes palabras: ¡Ha vendido a su Patria!

ZUAZUA

"El Catolicismo es el elemento intrínseco y esencial en la constitución real y legal de la Patria española; es el eje sobre el que gira nuestra legislación y toda nuestra vida social»

.

TORRAS Y BAGES

"La tierra que ocupáis es só1o el lugar de vuestro nacimiento y donde queréis morir, pero vuestra Patria es el universo".

BAZOT, Secretario el Gran Oriente Francés

"España es una realidad y no una invención. Es más, se trata de una realidad reconocida en la mismísima Sagrada Escritura. San Pablo, en su Carta a los Romanos, por dos veces, menciona a España (Hispania), al anunciar un viaje de evangelización (Rom 15:24 y 15:28). En consecuencia, el respeto a la verdad exige reconocer que España existe desde los tiempos apostólicos".

CARLOS RUIZ MIGUEL

"La Patria es algo más que la tierra en que nacemos y el conjunto de familias que la pueblan. Es mucho más que un mapa de colegio en los muros de las aulas y mucho más que el trigo y la cosecha."

MANUEL LÓPEZ JURADO

"La Nación Española considera como timbre de honor el acatamiento a la Ley de Dios según la doctrina de la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana, única verdadera, y fe inseparable de la conciencia nacional, que inspirará su legislación".

LEY ORGÁNICA de 10-I-1967

"España es la frontera de Europa"

STEFFANO LECCISI MÉRIDA

"La Patria es la gran familia regida por la autoridad al servicio el bien común".

ANTONIO DÍEZ HERNANDEZ

"La Patria sigue siendo todavía un misterio, es algo inobjetivable e incodificable, que se encuentra al mismo tiempo dentro y fuera de nosotros".

GABRIEL MARCEL

"El amor de la patria es el más enérgico, y delicioso de todos los sentimientos"

CAMILO HENRRIQUEZ

"La Patria es, ante todo, patrimonio, conjunto de bienes transmisibles, y de los cuales participa todo hombre por su nacimiento como de un capital común"

SR. ROLIN

"La Patria es tierra, raza, costumbres, leyes, religión, lengua; es espíritu y carne, y abarca valores ónticos y étnicos, geográficos y culturales".

PROFESOR SR. ESTEBAN

"La Patria no es la tierra de los padres sino la tierra de los hijos".

NIETZCHE

"Con la Patria se está como con la madre: con razón o si ella."

ANTONIO CANOVAS DEL CASTILLO

"La Patria es el lugar y el tiempo del afecto, su ubicación espacial y temporal. Las coordenadas espaciotemporales del amor, que hay que hacer, que hay que construir; y del odio, que está desde siempre, que siempre estará, y contra, con y por el cual hay que luchar".

RICARDO LORIO

"En Hispanoamérica, se llama madre patria al territorio español del cual provinieron los primeros conquistadores de Las Américas, por extensión me refiero a la actual nación de España. Este es sólo un reconocimiento que hacen Las Españas o Repúblicas Americanas a la identidad heredada del antiguo imperio español, y crea un vínculo fraternal, afectivo, cultural, valórico e histórico.

GENERAL JUAN PERÓN

"¡España, Una!, ¡España Grande!, ¡España libre!"

POPULAR

"*La Patria, esa empresa común, esa unidad de destino, con todos sus defectos humanos, y con esa tremenda carga potencial que día a día se acrecienta en la aportación de todos los ciudadanos en busca del bien común, de las mayores gestas de justicia y libertad, de orden y paz, de trabajo y bienestar, de unidad permanente entre los hombres y las tierras que formamos esa idea y esa hermosa realidad, cimentada en la mixtura de Catolicidad e Hispanidad, que se llama España*."

JOSE LUIS DÍEZ JIMÉNEZ

IV

¿QUE ES LA PATRIA?

Definir a objetivamente la Patria es una ardua tarea de difícil consecución. Principalmente, porque los que somos apasionados, en todos nuestros actos, aún sin proponernos, ponemos el corazón con más intensidad que el entendimiento, y hacemos que las coordenadas de amor y de razón, de las que ha de surgir la línea que da el resultado buscado, puedan quedar descompensadas a la hora de concretar el efecto del ser patrio, que en definitiva es nuestro propósito.

Creo, no obstante, que en esta ocasión y dada la grandeza del ente a definir, pondré el máximo cuidado y la más recta ecuanimidad para que, tras haber estudiado y sopesado las que se han atrevido a dar muchos e insignes pensadores que nos han ofrecido multitud de ejemplos sencillos y expresiones claras e imparciales, pueda, partiendo de sus axiomas, emplearlas para tratar de resumir en este boceto la descripción de las diferentes facetas y manifestaciones de mi Patria, España.

A pesar de mis escasas fuerzas mi voluntad no puede ni debe sustraerse a tan gran reto, y con el ánimo consolidado en mi firme voluntad espero poder concretar, gracias al amor que tengo a España, y en mi vehemente deseo de inculcar ese amor no solo a mis compatriotas, sino también a los hermanos hispanos que quieran recorrer conmigo ese camino de amor a la Madre-Patria, me voy a atrever, con el empuje característico de nuestra raza a hacer una síntesis de todas las definiciones que conozco.

¿Qué es la Patria? Dicen muchos que es la tierra donde nacemos y vivimos; sus paisajes, alegres unos, bravíos y escarpados otros, austeros y de lejanos horizontes aquellos. Es la historia de sus victorias y sus infortunios, que se desarrollaron en sus valles y vegas, en el laberinto de sus montes, o en los mares que bañan nuestras entrañables playas. Es el pequeño pueblo de nuestra niñez, acostado en la ladera de un cerro, en donde se alza -aún altivas- las imponentes ruinas de un castillo medioevo. Es la populosa ciudad con sus industrias y sus fábricas productivas. Es la inmensa catedral, con su encaje de piedra y sus multicolores vidrieras que amortiguan

el fuego de los rayos del sol. Es la pequeña capilla en donde fuimos bautizados y la Cartuja en donde unos frailes austeros conservan, junto a la fe de nuestros mayores sus legendarios pergaminos.

Es la tierra donde se trabaja hoy el surco del barbecho para segar mañana las mieses maduras. Es la vendimia de nuestras ricas cepas, manantial del vino, o la recogida de las sabrosas aceitunas. Los naranjales y almendros en flor. Son los trajes típicos de cada región, sus costumbres tradicionales, las viejas canciones heredadas que se continúan cantando, las muchas leyendas que pasan de padres a hijos mientras brillan calientes las brasas del hogar.

Es la herencia de nuestros mayores; el recuerdo de la ternura de la madre o la ilusión del primer beso de la novia. Es la bandera roja y amarilla flotando en el azul inigualable de nuestro cielo. Es la tierra donde se sueña y se muere. El apartado cementerio, donde al abrigo de los cipreses, reposan para siempre nuestros antepasados. Y también es la tierra donde han de trabajar nuestros hijos, sus futuros poseedores

Son los hechos de armas de nuestros mejores paladines, con la gloria de sus acciones victoriosas o con el dolor de las traiciones. Es la herencia de nuestros escritores, poetas, pintores y músicos. Y son los santos de nuestros altares que protegen nuestra marcha a su encuentro. Son los mártires que nos patrocinan y salvaguardan con sus testimonios. Son nuestras fábricas e industrias, nuestros verdes bosques, nuestras obras públicas. Es el ámbito mágico donde la semilla del hombre fructifica y se abre hacia una nueva vida consciente y personal.

Es el aluvión de hombres y mujeres con honor y honra. Es, en resumen, la geografía y la historia, con los hombres que las habitan; es el depósito inmutable de la fe, de los valores espirituales y de las virtudes; pero es también, la ilusión en el horizonte del futuro, porque la Patria no es un edificio acabado, es un palacio en continuas construcciones, en el que las futuras generaciones tienen, además del deber de conservar lo edificado, la obligación de fijar nuevas ampliaciones aunando la importancia de su estilo tradicional con el de su época. Por último, resaltar, sobre todo, la unidad de sus tierras y regiones, cimentada en su unidad católica, raíz, tallo y fruto de la esencia Patria.

No quisiera terminar, este intentar definir a la Patria, sin dar rienda suelta a los sentimientos sublimes y apasionados, que en estos momentos embargan mi alma, para que hechos poesía, broten desde

lo más profundo de mi ser al ser de la Patria, como el más puro y limpio piropo de amor, que deseo compartir con cuantos vibren conmigo al decir: ¡España!

¡España!, Patria bendita;
¡España!, reina de amores;
¡España!, trono de dicha.
¡Corazón de corazones!

¡Mi España! pura y rica,
caudal de fe y de honores.
Hija de la Pilarica.
Madre de los españoles.

Como los cielos de bella
tu historia deja tu huella,
grabada tan firme y fuerte,
que más allá de la muerte,
aun sin razón mi cabeza,
proclamará tu grandeza!

V

EL SER DE LA PATRIA

De entre todas las opiniones vertidas anteriormente sobre la Patria, existe una, que a mí particularmente y a pesar de ser escueta siempre me ha estremecido y hecho palpitar, me estoy refiriendo a la de D. Antonio Cánovas del Castillo: *"Con la Patria se está como con la madre: con razón o sin ella.",* porque realmente creo que al pronunciarla se aúnan las dos palabras más significativas de nuestro acervo afectivo y temperamental: Madre y Patria; y es porque en ella se expresa la síntesis del amor por el lugar común de suelo patrio y fraterno de hermanos que en bloque indivisible está representado por una sola bandera, amparando y personificando a todos los que murieron, incorporando y constituyendo a todos los que somos y encarnando a todos los que vendrán.

Madre y Patria, alma imperecedera y escarnecida por poseer la verdad en su corazón y defender por sí misma en su integridad la esencia de sus hijos.

¡Patria! ¡Mi Patria! ¡Nuestra Patria! ¿Existe algo más hermoso en el mundo? Hoy es el alma de la raza hispana; mañana el ser de un paraíso que cumplirá en su vivir la Ley del más allá. Esa es absoluta y sinceramente en su esencia la Patria, aunque moldes absurdos la ridiculicen y traten de impedir por el fariseísmo y el odio de las fuerzas ocultas en las tinieblas, que emerja, nazca y se realice a la luz, porque una mala amalgama de hombres, pueblos y regiones en descomposición y, al amparo de la ley del más poderoso y del temor, del egoísmo y de la cobardía, de la convivencia en coalición de la injusticia con una anarquía creciente y destructora, están haciendo de su corazón, cáliz de sangre redimida, un manantial marchito entre el ser y el no ser.

¿Has visto cualquier pueblo vacío de nuestra geografía? Si has tocado sus piedras, sus ruinas, su descomposición, te sentirás tú, y sentirás el alma Patria como algo tuyo. Si te absortas y el sentimiento vivido de amor patrio invade tu alma, verás cómo este sentimiento destruye fronteras, destruye tiempos y, en el amor como al de tu madre, te identifica, te universaliza y te hace inquirir en el depósito preciado de la verdad de la Patria, verdad que es la verdad del

hombre mismo, y que desborda e identifica el pasado, el presente y el futuro, porque es al mismo tiempo farola, camino y meta.

El silencio dominante de la palabra Patria es el tabú actual. Programado intencionadamente al desuso por la falsa mudez de los que más hablan y piensan que callando y eclipsando esa voz y su dicción, su ser deja de ser, y que lo que es depone su existir por el simple adormecimiento de quienes esperan la redención de los que no admiten ser redimidos, haciéndoles olvidar también el engaño venenoso que amenaza y ataca de forma directa y despiadadamente la esencia de nuestro ser patrio. El oscurantismo de estas "cabezas parlantes" cegadas por la luz y la virtud, hace que su propia ignorancia la avirtud sea el inmolde humano que imponga en nuestro solar patrio la substitución del vocablo Patria por la declamación de país, nación, nacionalidad, pueblo, terruño, etc. Mientras España, la Patria de todos los españoles, permanece paciente e impertérrita sufriendo por la falta de esforzados que lleven con su ejemplo, su acción y su palabra a la sublimidad al hermano, a la verdadera órbita del caminar patrio, esperando ese ¡basta! ¡Se acabó! Y que se oiga por doquier: ¡No calles! ¡No calles más! ¡Es la hora de la Patria! Hora de aplacar el remolino de confusión que el contubernio de unas banderías inventadas y sostenidas por la verborrea incoherente y absurda de los más ineptos vividores, que hablan de justicia sin conocerla, presumen de un pasado e historial vacío y ajeno al viaje de cuantos andamos en la verdadera órbita del caminar sublime de la hermandad sagrada, de esa realidad que Menéndez y Pelayo nos resumió así en el Epílogo de Historia de los Heterodoxos Españoles : "*Dios nos concedió la victoria y premió el esfuerzo perseverante dándonos el destino más alto entre todos los destinos de la Historia humana: El de completar el planeta, el de borrar los antiguos linderos del mundo. Un ramal de nuestra raza forzó el cabo de las tormentas, interrumpiendo el sueño secular de Adamastor. Y reveló los misterios del sagrado Ganges, trayendo por despojos los aromas de Ceylán y las perlas que adornaban la cuna del sol y el tálamo de la aurora. Y en otro ramal fue a prender en tierra intacta aún de caricias humanas, donde los ríos eran como mares y los montes veneros de plata, y en cuyo hemisferio brillaban estrellas nunca imaginadas por Tolomeo ni por Hiparco.*

¡Dichosa edad aquella, de prestigios y maravillas edad de juventud y de robusta vida!

España era o se creía el pueblo de Dios y cada español, cual otro Josué, sentía en sí fe y aliento bastante para derrocar los muros al son de las trompetas o para atajar al sol en su carrera, nada parecía o resultaba imposible; la fe de aquellos hombres que parecían guarnecidos de triple lámina de bronce, era la fe que mueve de su lugar las montañas. Por eso en los arcanos de Dios les estaba guardados el hacer sonar la palabra de Cristo en las más bárbaras gentilidades; el hundir en el golfo de Corinto las soberbias naves del tirano de Grecia y salvar, por ministerio del joven de Austria, la Europa occidental del segundo y postrer amago del islanismo; el romper las huestes luteranas en las marismas bátavas con la espada en la boca y el agua a la cinta, y el entregar a la Iglesia Romana cien pueblos por cada uno que le arrebataba la herejía.

España, evangelizadoras de la mitad del orbe. España, martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de san Ignacio, esa es nuestra grandeza y nuestra unidad, no tenemos otra".

Mirad ahora a España, ¿La reconocéis? ¿Cómo explicar la destrucción de los valores humanos, el comulgar con el crimen y la desmembración de la Patria? ¿No tenemos derecho a justicia, a defender nuestro patrimonio, futuro y paz? ¿Acaso la ceguera, el egoísmo, la injusticia, el separatismo, la maldad y los malvados pueden dar los verdaderos caminos de la justicia en el amor a la Patria? Mirad si no las banderías y el aplauso a la iniquidad y al crimen, inmersos en una organización que destruye hombres, familia, Patria y a Dios mismo si pudiera. Ya no es la inmoralidad, es la amoralidad el espíritu de destrucción. Es un hacer una Patria sin Dios.

Todo fue tergiversado y una vez más no nació España. Por eso o saltas como el que es acometido por una fiera o, lo que es aún peor, por una serpiente venenosa con pretensión de ángel demócrata, o seguirá España sin nacer a la justicia; y tú también, entérate bien, pues los problemas de España seguirán sin la luz y sin la ley que se requiere para solucionarlos.

El ser de nuestra Patria está en peligro, y para salvarlo es necesario que sea arrojado fuera de todos los estamentos lo que es nocivo, ineficaz o pura ficción de otros tiempos, bien sean leyes, conceptos, hombres. Todo lo que no da fruto, o aun lo que es peor, lo que trajo tras de sí la destrucción, el mal a la Patria o a sus hombres, no debe tener sitio en España, y en contraposición a la sentencia de ese minúsculo ex ministro de defensa socialista, que en

los albores del siglo XXI, se atrevió a afirmar que en España no cabe más que lo que cabe en la Constitución; recordemos que la Patria, es la principal protagonista de lo que cabe o no en España, pues es la razón de ser de esa Constitución, y que amar a la Patria con amor maternal es satisfacerla en su andadura común con leyes justas y conceptos verdaderos que den cabida solamente a los hombres con auténtica e indiscutible dignidad y que sean temerosos de Dios. No podemos fiarnos de las palabras suaves y engañosas que solo velan por sus propias ambiciones como trayectoria única de vida, como los que son progresistas con lo ajeno. En la verdad todo será descubierto, y nada permanecerá oculto, y de lo ocurrido deberá hacerse un exhaustivo informe para conocimiento de la historia y defensa del hombre. La justicia, vida del hombre, reclama sus derechos, no como venganza, que es de Dios, sino como equidad que de ella es depositario el hombre y sabe (sobre todo si se es católico) que transgredirla engendra destrucción.

Tú eres la Patria; vosotros sois la Patria; todos somos la Patria y en nosotros está la solución. No voy a deciros lo que ya conocéis, porque no sois ciegos y por tanto sabedores del problema y de su solución, y si no salimos al paso la hecatombe que se cierne sobre España hará que seamos tachados de cobardes por nuestros descendientes, porque bajo ningún motivo y circunstancia debemos permitir dejar de creer en nosotros mismos y en nuestra querida España; no en la oficial, sin respeto a la esencia de los españoles, emergida como un mal aborto, por las circunstancias, introducidos por la puerta del engaño y la traición antidemocrática. Sino en la Patria que juramos defender hasta con la última gota de nuestra sangre. La Patria que ha de nacer en todo coherente, un recipiente de sangre de hermanos, un trozo de Cristo, donde la libertad de hacer el bien sea una realidad palpable, vivida, fuente de progreso y sin más fronteras que las impuestas por el amor. No aplaudamos la injusticia ni toleremos lo inicuo que sobradamente se conoce, que cada uno opine según su idea, pero si la idea lleva consigo la destrucción del hombre, de la familia, del pueblo, de la región, de la Patria y de Dios, alejémosle de nosotros con cuantos medios sean necesarios, por encima de nuestras vidas, más allá de la muerte, venga de donde venga, y sea quien quiera que fuese, sin más temor que transgredir la verdad de que sólo es Dios. El ser de nuestra Patria, como la deseamos todos los españoles de bien, se fundamenta

y ha de fundamentarse siempre en la verdad, en el Ser, en Dios y para Dios.

VI

ESENCIA Y DESTINO

No es necesario demostrar los predicamentos patrios, ya que, como ente, y cualquier naturaleza es esencialmente ente, se resuelven en todas las concepciones sin añadir nada como naturaleza extraña, sino en cuanto que dice un modo, una modificación de ella misma que su nombre no expresa. Ahora bien, si esa modificación se dice de cada Patria en sí misma, tal modo afirma o niega algo de todo su ser, pero nada se afirma absolutamente de esa Patria sino lo que esa Patria "es", su naturaleza o lo que normalmente se llama "cosa" (res), que en la terminología ontológica se conoce por esencia, aquello por lo cual un ser es lo que es; y en nuestro caso, la esencia de nuestra Patria es aquello por lo cual su ser se constituye en Patria española diferente a las demás. La esencia de la Patria no es un ideal, porque existe fuera de nuestra mente, individual y concretamente de forma universal, sin despojarse de sus notas indivisibles, necesarias, inmutables e inmortales. La esencia de nuestra Patria está injertada en el tronco de su vieja Historia y vivificada día a día por su savia…Continuar la trayectoria espiritual de su ser, es andar el camino marcado por los siglos pasados para alcanzar el presagio de su destino futuro. Destino quizás el más alto que jamás haya alcanzado Patria alguna, y que fue definido por Ramiro de Maeztu como "*la colaboración con Dios en la salvación de las almas*"; definición magistral y propia de un mártir que supo entregar su vida por Dios y por la Patria, quien antes de ser fusilado dio su última lección a sus asesinos, afirmándoles: *"¡Vosotros no sabéis por qué me matáis! ¡Yo sí sé por qué muero: porque vuestros hijos sean mejores que vosotros!"*

Algunos librepensadores, de mentes enanas, argumentarán que ese destino es demasiado alto para una Patria tan pequeña, y nos preguntan incluso ¿a qué mezclar a Dios -si existiera- con algo cuya existencia también es más que dudosa?

A tales pseudointelectuales les trascribo las palabras de otro mártir que ha pasado toda su vida estudiando y escribiendo la historia y el destino de España; "*Tenían los españoles del siglo XVI*

-dice- *el convencimiento pleno de que la España había sido escogida por la Providencia divina en el plan histórico de la humanidad, para colocar al mundo entero bajo su cetro, y así poder mantener en todo él la Unidad Católica, supremo ideal del fruto de la redención… España era el pueblo escogido por Dios para el mantenimiento del catolicismo en Europa y para su implantación en los países nuevamente conquistados"* Así habló el Zacarías G. Villada.

Por si acaso hay quien persiste aún en que es un destino demasiado elevado, le ruego lea o relea una vez más a Menéndez Pelayo, a Donoso Cortés, o a Aparisi y Guijarro, o a los Nocedal –Cándido y Ramón–, Rafael Gambra Ciudad, Manuel de Santa Cruz, por no citar sino a algunos de los más destacados representantes de la España eterna, que vale tanto como decir católica.

Cuando nos encontramos en la encrucijada y en la incertidumbre de las inquietudes que marcan el acontecer actual de nuestra Patria y nos preguntamos sobre el rumbo que ha de seguir España, hemos de contestarnos con la certidumbre de que la orientación de nuestra Patria está marcada, y no por un hombre, ni por un gobierno, ni por los partidos políticos, sino que está señalada por la historia de nuestra Unidad Católica: solamente hemos de asomarnos a ella para caminar en su rumbo y descubrir los siglos de nuestra espiritualidad y grandeza pasada que son el índice que marca la ruta de un porvenir glorioso.

¿Quiere decir esto que hay que volver atrás, desandando el camino recorrido en los últimos tiempos, para colocarnos en el punto aquel en que nos encontrábamos el 6 de diciembre de 1978? De ninguna manera, no; hay que rectificar, pero no retroceder. El tiempo no tiene retroceso ni estancamiento, es como un río, sin marcha atrás, pero al que se le puede corregir su curso.

En su marcha laicista "aconfesional" durante esos últimos años han ocurrido muchas cosas –traiciones, entregas, rupturas, revoluciones religiosas y sociales, fracasos, desuniones, desarrollo de teorías globalizas, sistemas y tácticas sublimadas-, qué han modificado la mentalidad católica de nuestros pueblos, y por ende el ser de la Patria, otrora unida entrañablemente, y que ha sido herido con intentonas separatistas de roturas latentes que acusan situaciones recientes, cuyo motivo aún no solo no han desaparecido sino que son consentidas.

El destino de España no ha cambiado: lo que sí ha cambiado han sido las circunstancias en que éste se ha de realizar. Pero las circunstancias no están para aceptarlas sino para vencerlas, alumbrando con nuestra espiritualidad a restablecer el destino de la Patria, que aunque disimulado o escondido sigue presente como una de las cuestiones de más peso en nuestras vidas.

Hemos de dar base y nervio espiritual a ese anhelo vehemente que los pueblos sienten de patriotismo que remedie las minúsculas divisiones con que tratan de destrozar a la Patria, en estos últimos tiempos: divulgando y proclamando la existencia de ese destino común espiritual, de mejor condición y más duradero que este otro de la materia, al que la civilización relativista reduce la vida y las actividades humanas al efímero fin de vivir pendiente de las cuentas bancarias, de los vaivenes de la política o de las exigencias del estómago. Convenzamos a nuestros semejantes inmersos, en las modernas sociedades, de que el hombre es para algo más que para pasarse el día sin un acomodo digno, envejeciendo sin futuro y en definitiva inconsciente fundamentalmente del destino de España.

Nuestra Patria tiene su esencia y su destino, y ella lo realizará con nuestro afán incansable de producir y comunicar espiritualidad al mundo, como corresponde a nuestra historia y hasta por nuestro carácter racial. Y es ese destino es el que reclama con urgencia y como suma necesitad no solo España sino el mundo entero, porque se han ensayado, ya sin resultado positivo, en esos años democráticos, todas las demás soluciones: el utilitarismo inglés, la mecánica norteamericana, la ciencia y costumbres francesas, la filosofía alemana, el devenir ruso, la vida regalada de la política improductiva…Y la solución única a la que se ha de volver es a la espiritualidad, y con el ornamento que la compete se nos dará por añadidura todo lo demás.

Estoy segurísimo que otros pueblos idearán la, organización de los nuevos Estados; creando el mecanismo internacional imponiéndolo en Congresos y Cancillerías. A España le toca dar calor de vida por un sentido espiritual y eterno a esas entidades, que, de otra manera, resultarían huecas por dentro y demasiado rígidas, frías y algebraicas por fuera.

Eso es lo que da sentido al resurgimiento español: un sentido que está ratificado, y de una manera clara e irrevocable, que no admite rectificación, primeramente, por la sangre que fecunda nuestro suelo de tantos héroes como cayeron en el campo de batalla y de tantos

mártires como fueron sacrificados por defender esos ideales del espiritualismo universalista de España; y en segundo lugar, por la actitud de nuestros enemigos. Porque nuestra orientación ha de ser lo contrario de lo que éstos piensan, quieren y hacen. Si ellos piensan que la vida no es más que un problema económico, nuestra obra ha de ser elevarlo a categoría de problema espiritual y trascendental; si ellos quieren borrar, la idea de Dios quemando altares, destruyendo templos y profanando imágenes, el destino de España ha de ser llevar a Jesucristo, como Rey Universal, hasta el centro mismo de los pueblos para que él presida y oriente no solo nuestros corazones, sino todas las familias, los pueblos y las naciones; si ellos abrieron bárbaramente el vientre a las doncellas para, matar en su origen la familia y el hogar, la labor de España, entre otras, ha de ser rodear a la mujer de todas las consideraciones que reclama su dignidad, facilitándole el cumplimiento de su trascendente oficio de esposa y de madre.

Y se logrará reconquistando la Catolicidad del Estado con los procedimientos del siglo XXI. Todo esto no lo digo yo, sino os lo dicen mis más ilustres compatriotas, por lo que podemos deducir que el destino de la Patria es la Unidad Católica para la defensa y propagación de la fe otra vez en el mundo, como cuando antaño la mayor gloria de España fue el influjo que tuvo el establecimiento de la fe católica.

El esmero de Dios, dueño de la viña, en su cultivo, es argumento más que suficiente de que había de sacar de ella copiosísimo fruto. Yo rezo para que sea el necesario y suficiente para que sirviendo a tan alto destino acreciente, sobre todas las demás naciones, a la exaltación de la fe católica.

Quienes acepten este hermoso destino de la Patria comprenderán cómo el Sagrado Corazón de Jesús pudo prometer al P. Hoyos aquella gran promesa: "*Reinaré en España y con más veneración que en otras naciones…*" Y así poniendo su fe en el obrar y convencidos de que Dios ha escogido a España para poner un dique a la apostasía oficial de las naciones y para ser el paladín del Estado católico contra la apostasía oficial, comiencen a unirse a los grupos de seglares católicos que, en lucha permanente y si tregua, intentamos la reconquista del Estado católico perdido oficialmente en 1978.

Gracias te doy Patria, por haberme dado un título gratuito, un título que poseo sin la pérdida de energía que supone el esfuerzo de

conseguirlo. Gracias por el regalo de ser español, gracias por haberme dado parte de tu ser y coger parte del mío. Gracias porque tus características esenciales han hecho feliz al hombre que soy, y lo que es más importante, Patria, has hecho que mis palabras no osen ofenderte, porque es como si hubieses puesto un juez en mi interior que les da luz verde. Pon también, por añadidura, en mis escritos ese espíritu patriótico, para que pueda expresar cuanto te agrade. Porque yo ¿qué se yo de tí que no me hayas enseñado y mostrado en tu excelsa historia?

Tú eres ¡oh Patria! una y distinta, luminaria esplendorosa que se percibe única y diferente como se siente que las estrellas precisan de la noche. Cuando miro al firmamento, una congoja me invade y mi alma siente la añoranza como nostalgia provocada por la ausencia. Solo sé que eres, apenas si te conozco y paradójicamente te amo. Mi espíritu quiere hablar de tu verdad y aunque supuestamente no fuese tal verdad, estoy más que seguro que sería tu verdad y solamente tu verdad, en tu propio ser, la realidad capaz de agotar mi amor hacia ti.

Patria, también sé que eres idéntica a tí misma, equivalente a esa proporción que nos invita a identificarnos contigo, en esa atracción permanente, impregnada de amor que estimula a amarte con perseverancia, mientras tú, derramando tu misma identidad solamente nos sales al encuentro para absorbernos y empañarnos de tu propio amor patrio, porque quien verdaderamente hace patriotismo no nos engañemos, eres tú, Patria mía. Y es precisamente tu misma identidad la que sale a nuestro encuentro, aunque te volvamos la espalda y te defraudemos, puesto que precisamente ese buscarnos con firme insistencia es propio de tu misma identidad. Sé también, que en tu misma identidad jamás nos pones obstáculos para tu acercamiento, sino que nos los quitas y nos allanas el camino según el hacer de tu bondad, que es la apetencia que nos sacia cuando realmente te encontramos en esta andadura patriótica que se forja realmente día a día al elegir, a pesar de nuestra debilidad y arrogante falta el sacrificio, tu insistente atracción. Y a pesar de nuestra cobardía, a pesar de nuestras tareas, hemos de reconocer que en tí nos sentimos como los buenos hijos en el mejor de los goces, y además de sentirnos orgullosos con tu amor, también nos sentimos con la fuerza necesaria para defenderte de aquellos que en su altanería te odian, te perjuran y te mancillan queriendo cambian tu ser por el no ser.

Sé, además, Patria, que ensayas, una y otra vez, la unificación de tus hijos para que podamos ser lo que pretendes, y pruebas también constantemente que te seamos leales con una lealtad caritativa en la sinceridad entre lo congruente y lo inadecuado, porque amas en demasía a pesar de que conoces lo realizado y el pensamiento de lo consumado. Por último, sé que lo visible es sólo una parte de lo real y que tú eres cognoscible porque tienes en tu entraña esa verdad patriótica que todos pueden y deben conocer. Y así cuanto más te conozcan, cuanto más se aperciban de tu verdad mayor será en amor que sentirán los que, orgullosos de ese patriotismo, como más adelante veremos, proclamen con sus actos que, como versaba Emilio Romero, "*no hay otra Patria mejor que nuestra Patria, ni credo mejor que nuestro credo, ni pueblo mejor que nuestro pueblo, a no ser que sea más azul y luminoso su cielo"*, y porque al igual que todo hijo ama a su madre, todo bien nacido ama a su Patria, y yo como español (me atrevo a hablar en nombre de todos los hombres de España) amo a la mía con un amor como el de ningún otro hombre, porque España es quizá la mejor de las Patrias, porque España tiene una Historia como no la tiene ninguna. La Historia España es única en el mundo. Y porque España ha sido y es para Dios.

Todas estas cosas las creo y las cantaré al igual que lo hiciera Alfonso el Sabio en la contemplación más generosa de tu amor:

"No hay lengua ni ingenio que pueda contar tu bien.
A cada Nación del mundo honró Dios a su manera.
Más entre todas las tierras la que Él honró más,
España la de Occidente fue.
A cada tierra del mundo dio Dios su don.
Más a España la dio todos los dones juntos.
España sobre todas es ingeniosa,
Atrevida y mucho esforzada en la lid.
España sobre todas es grande y leal.
España es como el paraíso de Dios".

VII

EXISTENCIA Y REALIDAD

Llevo, Patria, escribiendo un rato y sin embargo no he dicho nada. Quizá haya dicho algo. Quisiera escribir algo tan importante que, para el que lo leyera, fuera fuente de credibilidad. Escribir algo de la sublimidad de tu ser, que les lleve a tí, para que les hagas nacer en sus ojos tus grandezas. ¿Qué escribir para sensibilizar el alma? Me siento incapaz, ¡Oh, Patria!, pero quiero hacer algo por mis compatriotas, porque ¿qué mejor cosa podría hacer que llevarlos a tu amor, para que sintiéndose amados por tí ensalcen tus grandezas? Quisiera decirles: ¡Creed!, pero eso no es suficiente. También podría apuntarles diciendo: Abrid vuestros corazones, vuestras mentes, vuestros espíritus, pero tampoco sé si eso sería suficiente para el encuentro con tu ser, solamente podría asegurarles que no hay encuentro igual. Y cuando esto ocurra sabrían lo mucho que aún debemos hacer por tí para que sigas siendo la que eres, muy a pesar de la antipatria generadora de ruina, quimera, animadversión y destrucción intentando en cada acto tu paso al no ser, a la nada.

Mi fe de español en la Patria, no es sensiblera ni produce dudas al dejar de sentir, llegando incluso a la seguridad cuando los ojos limpios del espíritu dejan y abandonan su identificación con el ser de la Patria, pues España es un ser real, permanente e inmortal, que regala maternidad. Pero existen otros "paisanos", nacidos en esta piel de toro que tienen dudas de tu existir y sobre todo de tu ser. ¿Cómo disipar las dudas de quienes te representan como una entelequia, una ficción, una irrealidad y un ensueño? Podrán inventar muchas banalidades, imaginar las más audaces trivialidades, incluso conjeturar las sutilezas más disparatas con la agudeza absurda de imputarte el mal, el dolor y la nada; porque el odio es ciego y, aunque tenga ojos, no ve más que tierra y materia. Ahora bien, a pesar de pretender anular y despojar de tu ser todas las características que te hacen diferentes de las demás, para que llegues al no ser, jamás podrán, por mucho que se empeñen, en ocultar la existencia de tu ser. Y ¿por qué? Porque España no solo brilla con su luz propia, con esa luz del ámbito de su ser, que se ve desde lo alto de su cielo puro y azul hasta el más recóndito y escondido

paisaje de su geografía, sino porque también los que, odiándote hasta el extremo de negarte y pretender aniquilarte, tratan por todos los medios de desautorizar, anular, suspender y silenciar cualquier prueba de tu existencia, no se dan cuenta de que es exactamente su odio a España es la prueba concluyente que con más fuerza reafirma tu existencia, ya que no se puede odiar lo que no existe.

¡Siempre y tras las nubes sale el sol! Tú eres España, la Patria del sol, tan real como tu propia esencia en el existir diario de tu acontecer histórico.

Podría diluirme contando mucho y largo de tus epopeyas para convencer a los detractores. ¿Verdad, Patria mía? Pero prefiero adentrarme en el alma de tu ser, donde conservas la Historia más grande jamás igualada, una Historia henchida de hechos heroicos, de magnas hazañas y de sucesos grandiosos. Puede afirmarse que su relato es una épica constante, una epopeya ininterrumpida, miles de veces en el restallar de sus armas y miles de veces, también, en el latir de los corazones por nobles causas y por la fe de Cristo, que es orgullo hispano y es sublimidad de nuestra raza. Y además, es en donde, enraizada a ella, se encuentra la respuesta de tu amor maternal a todos los que te repudian, te desprecian, te relegan y te abandonan desarraigados como mendigos fracasados por su traición, su perjura y su infamia.

Es precisamente en tu corazón donde radica ese acontecer efervescente y encendido que prende el patriotismo de cuantos acuden a ti peguntándote ¿Quién eres? Y tú das por respuesta la sencillez de tu verdad íntima: "Soy *la que existe y tiene algo de Dios por la inmensidad de su amor, un poco de ángel por la incansable solicitud de sus cuidados; una mujer por la capacidad de sumisión y entrega, que tiene los años precisos con la energía de una joven cuando ha de trabajar y la madurez de una anciana si ha de reflexionar. Se llorar, sufrir, comprender, dar y recibir. Mi pobreza radica en que entrego con gusto el tesoro de mi amor incluso a cuantos hieren mi corazón con su ingratitud. Ante el lloro de cualquiera de vosotros tengo el vigor suficiente para revestir mi debilidad de hembra con la bravura de un león. Soporto con dolor amargo el que diariamente se me ignore y se me niegue el saludo, incluso por los que otrora entregué el laurel del honor y de la gloria. También aguanto, pacientemente quebrantada, los desmanes y puñaladas de los que desean suprimirme con el silencio y la omisión, dejando deliberadamente pronunciar mi nombre e*

intentando usurpar mi ser cambiándolo por una servil sustituta muda, ciega y sorda, que ni es ni puede ser la que yo soy, porque su propio vacío es la negación de mi ser como lo es la carencia, la oscuridad, la banalidad, la trivialidad, la insipidez y la chabacanería quimérica de su propia nada. Soy la que, ocultada oficialmente, siempre aflora auténtica, en los momentos precisos, con la misma raza, identidad y blasones. Español, soy tu madre." Pero a pesar de la claridad de tus palabras aún habrá quien machaconamente te injiera de nuevo:

"¿No serás una ilusión recreada en el olvido?
O tal vez ¿un sueño inútil, caduco y desvalido?
¿Una quimera fugaz, sin corazón ni latido?
Dime, ¿Quién eres?
Y respondes con amor:

La que en sencillez sin merma fue la cuna de culturas.
La que, al ser altar de Historia, se la tiene por medida.
La que, siendo tan exigua, alcanzó tan gran altura.
La que, por cruz y espada, por todos fue muy temida.
La que descubrió otro mundo y asombró todo el planeta.
La de los grandes pintores, la de los grandes poetas.
La de los mágicos triunfos y la de las magnas gestas.
La que, entregando su paz, recibe a cambio protestas.
La rodeada de mares que a África está rozando.
La tierra de recias vías y pueblos patrimoniales.
La que es fecunda en hijos y a Dios ofrece rezando.
La que los cuida y protege de los morbos y los males.
La que, siendo risa y llanto, es música y es canción.
La que es honrada en sus hembras y en sus hombres es honor.
La que soñaba en grandezas y alcanzó meta y misión.
La que forjó el más grande Imperio, dando vida y dando amor.
La que, con hondo sentir y recio querer, tiene el alma llana.
La que enciende y aviva la llama de las grandes proezas.
La que, ante sus grandezas, se enmudece y calla.
La que, herida de muerte, no se rinde ni doblega sus noblezas.
La que es crisol de Toledo y es el temple de Numancia.
La que cree con firme fe en "¡Santiago, y cierra España!"
La que funde en sus alturas el eco y la resonancia.

La que es presencia candente del ayer, del hoy y del mañana.
La que con fuerza suprema iza al viento sus banderas.
La que espera amanecer sin enervarse y con calma.
La que, al pedirla un favor, te da más de lo que esperas.
La que al sonar sus clarines hace vibrar cuerpo y alma.
La que más allá del horizonte gusta alumbrar su alborada.
La que, al ofrecerse en prenda, siempre cumple y siempre paga.
La que es sangre en sus costados y entre ambos, muy dorada.
La que cuando se la hiere, ni se inclina, ni se asfixia, ni se apaga.
La que ha sido anestesiada, la que ha sido adormecida
La que agoniza sin ira, por perjuros traicionada.
La que su postrera acción será besarte en su herida.
La que quieren eclipsar los sin rostro, por la nada.
La que nunca te abandona, porque te guarda en su entraña
La que por ser la que es, se la persigue y engaña.
La que en el huerto del Señor será siempre tu compaña.
La que es tu Madre y tu Patria... ¡Soy España!

VIII

EL ESTILO DE LA PATRIA

El estilo de la Patria española esta, en cierta medida, forjado de nuestra propia personalidad, -de la que somos responsables-. Esto quiere decir que, cuando los españoles hacemos algo en el devenir histórico imprimimos en la fragua de nuestra vida una determinada modalidad peculiar, que nuestro ser no nos muestra, sino que los deriva, como actos singulares, hacia nuestra personal participación en nuestro espíritu y como aportación de singularidad en el ser inmortal de la Patria. Así, cada uno de nuestros actos y cada una de nuestras obras pueden considerarse como medio para conseguir y obtener un determinado fin y como expresión de un conjunto personal de preferencias absolutas. Ahora bien, la estructura general de cada acto encuentra su explicación y razón de ser en el principio de finalidad. Es decir, que hacemos un acto para lograr un fin; el cual, a su vez, lo deseamos para el logro de otro fin; el cual, a su vez, nos lo hemos propuesto como medio para la obtención de otro fin. Podríamos seguir así hasta el infinito, pero no, hemos de detenernos en ciertas imágenes, en ciertos pensamientos, que cada uno de nosotros desea en el fondo de su corazón acerca de lo que es absolutamente preferible, y ese conjunto de pensamientos e imágenes absolutamente adopta en cada uno de nosotros un determinad estilo, es nuestra imagen ideal, la que quisiésemos ser con todo lo valioso, bueno y perfecto. Esa imagen trascendente e inmanente al mismo tiempo deseada es invisible, pero siempre está presente en todos los momentos de nuestra vida, en todas nuestras obras, imprimiéndolas una huella especial de su ser ideal en todos los actos realizados, y es lo que llamamos personalidad. Y así, en todo acto y en todo producto humano hay, además de las formas o estructuras, determinadas por el nexo objetivo de la finalidad, otras formas o estructuras o modalidades, por decirlo así, libres, que vienen determinadas por las preferencias absolutas residentes en el corazón del que hace el acto y produce la obra. Estas modalidades, que expresan la íntima personalidad del agente y no la realidad objetiva del acto o hecho, son las que constituyen la personalidad.

Ahora bien, el estilo de nuestra Patria, partícipe de nuestros actos en un proyecto de destino común, ha de ser congruente con la personalidad de la colectividad de españoles. Y es que cuando en el transcurrir de vida del pueblo español existe unidad de personalidad en los diversos actos, en las empresas y producciones, así como en gestas y en las epopeyas, podemos decir que existe una Patria española. El estilo de nuestra Patria es la idiosincrasia que la hace ser, ni mejor ni peor que las otras Patrias, sino diferente.

Es decir, para mayor abundamiento, todo lo que en España hay y se hace, en nuestro territorio con sus cultivos y sus modificaciones humanas, en nuestra raza con sus caracteres, sus modalidades, sus gestos, sus preferencias, sus ritmos, en nuestro idioma con todos sus vocablos, sus giros, sus dichos, todos los actos que en España se han realizado desde los tiempos remotos y primitivos hasta hoy, todas las creaciones que se han engendrado, todas esas cosas, formas y productos, mantienen entre sí cierta homogeneidad especial, un aire de familia, un carácter común impalpable, invisible, indefinible, que es el estilo común de todo lo español. Y eso es España.

Considerad, por ejemplo, las figuras de Guzmán el Bueno y del general Moscardó. ¿Qué hay de común entre ellas, si atendemos sólo al contenido material de las dos vidas? Nada. Sin embargo, la personalidad es la misma. ¿Qué hay de común entre Numancia y la defensa heroica del Alcázar toledano? En el contenido material, nada. Pero el estilo es el mismo. Repasad en vuestra imaginación las más variadas producciones del arte y de la literatura española. ¿Qué hay de común entre un cuadro de Velázquez y la mística de Santa Teresa? El estilo. Las cosas mismas no pueden ser más diferentes. Sin embargo, en ellas palpita un mismo soplo; en ellas hay un mismo modo de ser, el estilo de todo lo español. Los conquistadores, la estatuas de Alonso Cano, el monasterio del Escorial, los cuadros de Goya, la figura de Felipe II, el duque de Alba, San Ignacio de Loyola, las costumbres de los estudiantes salmantinos, el Quijote, el Lazarillo de Tormes, Don Juan Tenorio, la colonización de América, la conquista de Méjico, nuestras letras, nuestras artes, nuestras músicas con sus zarzuelas y cuplés, nuestros campos, nuestras iglesias, nuestros oficios, nuestros talleres, nuestras instituciones, nuestras diversiones, nuestros monarcas, nuestros gobiernos, nuestro teatro, nuestro modo de andar, de hablar, de reír, de llorar, de rezar, de cantar, de vestir, de nacer y de morir, toda nuestra vida en cualquier época de la historia que la tomemos y cualquiera que

sea el corte que en ella demos a lo largo del tiempo, ostenta siempre una modalidad común, una homogeneidad indefinible, pero, eso sí, absolutamente evidente e innegable. En todo eso esta forjado el estilo español.

IX

EL PRINCIPIO INMUTABLE DE LA PATRIA

La Patria es lo que es y no otra cosa por su esencia, participe de la esencia del Ser, teniendo en Él su principio y su fin, y es conjunto de características comunes y propias en una misma naturaleza para todas. La Patria nace al impregnarse su esencia de existencia. Vive en cuanto esa impregnación participa de cuanto hicieron nos ancestros, hacemos hoy nosotros y harán mañana nuestros hijos, dependiendo de ello parte de su bien y de su mal. Nada vale más en su ser, aparte del mismo Dios, que su condición de madre, por su espíritu y su corazón maternal, sin límites ni escalas en su amor tanto en el más encumbrado patriota como en el más desheredado e incapacitado de sus hijos, tanto en el más constante colaborador de su ser como en el mayor de sus detractores que buscan siempre su no ser. En ella hay una igualdad de jerarquía en el ser inamovible de su naturaleza, que, a todas luces, implica los mismos respetos, los mismos derechos y las mismas obligaciones en el entorno profundo de la justicia. La trasgresión de esta igualdad jerárquica lleva consigo una injusticia de relación patriótica. Siendo la desconsideración de este escalafón sin límites o la desigualdad de esta consideración un insulto a la dignidad de sus hijos, y es que ella nunca rompe el respeto a ellos, bajo ningún motivo o por razón alguna permite este quebrantamiento, pues este sagrado respeto es el primer ser de su relación. No caben en ella diferencias: hombre, mujer, niño o anciano, sabio o inculto, pobre o rico, cualquiera que sea su color o raza, es la misma naturaleza con diferente nombre, y de esta consideración nace el respeto en obligación sagrada.

Ahora bien, la naturaleza patriótica en su psique pide más, no se conforma ni se satisface con el respeto que en sí es una garantía de relación; exige y pide más, aunque el egoísmo de algunos hombres quiera silenciar su conciencia, ella grita y suplica amor del ser al ser, y ello lleva implícito la misericordia, la permisión de la reconstrucción por la reconstrucción, si ello es viable y no destructivo. ¿Alguien ha oído la voz desgarrada, lastimera y angustiosa de un ser pidiendo ayuda? El otro se inclina para dar, para socorrer la injusticia, la debilidad, la pobreza, la enfermedad, o se

crispa por la impotencia. Todo valor se pierde o se rompe cuando dos almas se juntan, una para dar y otra para recibir. Después quizá vuelva la oscuridad y la jerarquía de valores trastoque el fondo de su ser, pero muy a su pesar de algunos hombres ella continúa siendo respeto y amor, principio inmutable que permanece en su esencia porque así lo ha dispuesto Dios, y para que pueda seguir siendo, además de nuestro paño de lágrimas, ese paraíso patriótico que porque sabemos incompleto deseamos completarle con nuestra actitud de entrega, solidaridad y constancia, sobre todo cuando la sabemos herida por la revancha, la envidia, el perjuro y la traición.

Ese principio inmutable ni debe ni pude se trasgredido por ninguno de los que nos decimos españoles, porque se rompería lo excelso de nuestra propia vida. La vida es algo más que vegetar, algo más que reproducirse, es ante todo respeto, comprensión, amor y perdón. Vivir amando, es vivir en nuestro ser natural según nuestra propia esencia de españoles.

Hagamos una Patria en la que la reflexión de este principio sea renglón obligado desde que nacemos, y promulguemos leyes que amparen con toda su fuerza este principio.

Es necesario amar y respetar al hermano, pues en ese amor radica su jerarquía de español al que hemos de ayudar para que nadie atente contra su dignidad, ni contra su libertad. Realmente hemos de defender sus derechos como si fueran propios, y para ello hemos de facilitarle el camino para que la verdad ocupe el lugar que en justicia la corresponde, al tiempo que caminamos por la misma senda que estamos defendiendo en la construcción del ser patrio.

Reflexionemos profundamente, pues, en nuestros adentros, y aflorará la veracidad de ese amor que ya hemos experimentado y volveremos a nacer. Hagamos que ese principio sea el fondo filosófico de nuestra reflexión, para que avancemos por los cauces naturales y viables a la resolución del problema de la convivencia, y que las clases, los estrados, la jerarquía y los niveles queden reducidos, sin contemplación alguna, al respeto del hombre por el hombre, al simple trato del ser al ser.

Imperativo del deber y espíritu de sacrificio son las dos grandes dimensiones de ese principio inmutable, que ha de quedar sentado en todo español con convencimiento pleno, total y absoluto de la importancia y necesidad de abarcar en él todas las demás virtudes, desde la más sencilla y modesta, hasta la más sublime y excelsa, estando, por ese principio inmutable de amor y respeto, dispuestos a

ofrecer la propia vida cuando el honor de la Patria lo exija, En ello estriba nuestra grandeza y dignidad de españoles.

En los momentos actuales se promociona un vicio que se está haciendo de uso frecuente, consistente en pretender conocer nuestros derechos, sin que anticipadamente sepamos y aceptemos cumpliéndolos cuales son nuestros deberes. Solo aquel que cumple honestamente con su deber, perseverando en él y manteniéndole como norte y guía de su conducta, pude moralmente exigir el pleno ejercicio de sus derechos.

El deber manda y obliga siempre. Cumplir con él voluntariamente, gustosamente, a sabiendas del sacrificio que impone e implica por el alto pecio exigido, abrillanta el amor propio y enaltece el íntimo y personal honor. Y tiene tanto más mérito si lo cumple con sencillez, calladamente de forma anónima y sin esperar recompensas, porque una conciencia satisfecha es el mejor premio para una vida honrada. No vaciléis nunca, queridos jóvenes, el deber y el honor están, antes que nada, y bien trabados estos dos conceptos hacen del honor la obligación viva y presente el cumplimento del deber.

X

LA NACION ESPAÑOLA

España no surgió por la voluntad de miniterritorios agrupados, con mayor o menor autonomía, para constituir una nación. No, España, en su territorio toda la península Ibérica, ya existía como reino unitario antes de que naciesen los señoríos, los condados, los principados y los reinos que aunados para reconquistar la unidad de España, perdida por la invasión árabe, lograron con la toma de Granada por los Reyes Católicos, rescatar y restablecer el antiguo reino visigótico, que en tiempos de Recaredo y tras su pública abjuración arriana, se convirtió al catolicismo y proclamó en 8 de mayor de 589, en el III Concilio de Toledo la unidad religiosa, unidad que habíamos conservado los españoles durante XIV siglos, hasta que paradójicamente la propia Iglesia Católica propició su desmembración al consentir, favorecer y espaldar la Constitución atea de 1978. Fecha que quedará, en los anales de la Historia, como la más nefasta, desfavorable, despectiva, dañosa, negativa, agresiva, ofensiva e hiriente para el ser de la Patria, ya que la ruptura de la Unidad Católica es la razón de esa herida de muerte que padece hoy la Patria y que, si no rectificamos a tiempo, será la causa de la desunión, segmentación, mutilación, división y separación de la Unidad Territorial de España. Unidad territorial que se consumó el Rey Visigodo Suntila en el 630 al expulsar definitivamente a los bizantinos y la conquista del Algarbe, consolidado así la Unidad Peninsular. La Unidad Católica rubricada con la Unidad Territorial alcanzó su cenit con la Unidad Jurídica cuando en el 672 el rey Recesvinto promulgó "Liber Judiciorum" o "Fuero Juzgo" (nombre con él fue traducido en tiempos de Fernando III), por el que se ponía bajo la misma ley a godos e hispanorromanos y se permitían los matrimonios entre ambos. Esta triple Unidad de nuestra Patria, forjada en esta tierra de sangre y de sol que nos empaña, es y fue definida históricamente como España.

España, realidad histórica cuyo ser fecundo de unidad, grandeza y valor se engendraron en Nación, con un estilo propio de hispanismo y un destino universal del que recibirían, años después, luz Oriente y Occidente.

Esa es la nación española, nacida en el tiempo anterior a que traidor gobernador de Ceuta, Don Julián, ayudara al berberisco Tarik a desembarcar en Gibraltar, para que a orillas del Guadalete o Barbate y, tras derrotar en el 711 a los cristianos, comenzase la invasión musulmana de España. Pero, aunque se perdió gran parte del territorio, jamás se perdió la idea de España. Y ésta, a través de los siglos perdura en un ideal de valor sin tacha, de honor y de hidalguía, y que con el arrojo bravío característica esencial de nuestra raza se organizó en entorno a las montañas de Asturias, para la magna obra de, tras de ochocientos años de lucha, reconquistar, como así sucedió, la unidad patria, y podernos donar, en perenne unidad e indivisión, la heredad de este vergel de fe y de gallardía, que, como realidad existencial, en su ser, es la Nación Española.

XI

OCHOCIENTOS AÑOS DE RECONQUISTA

Este es el entrenamiento de un pueblo gigante desfilando durante ocho siglos repletos de hazañas heroicas.

Ocho siglos de caminar escuchando en los corazones españoles las palabras señeras de Don Pelayo en Covadonga: "*Con estos pocos que estamos, recobraremos toda España que está perdida, así como en los pocos granos se crían las muchas mieses."*

¡Ocho siglos! Percibiendo aquella maldita saña del traidor Julián, maldiciendo su perjuro y su traición, y nombrándole siempre, por las generaciones futuras, con desprecio merecido por su traición a este reino tan noble, tan rico, tan poderoso y tan honrado.

¡Ocho siglos de reconquista! ¿Qué pueblo tuvo jamás un entrenamiento parecido? ¡Ninguno! ¡España es mucha España! al igual que su fe y su destino.

¡Ochocientos años! Sembrando granos al grito de ¡España para los españoles! Grito noble que siguió resonando ocho siglos por valles y montañas hasta que, recobrando paso a paso el territorio nacional, grano a grano hasta comerse la granada, tras gloriosa carrera de triunfos llegó por fin a tremolarse en Granada el estandarte de la Cruz enarbolado en Covadonga.

Y es que Dios quiso guardar a Don Pelayo como una pequeña brasa encendida entre cenizas hispanas para prender e inflamar de la luz que iluminase al levantamiento de España…

Don Pelayo supo rodearse de aquellos valientes españoles que entendió como los mejores y en donde el rio Auseba da nombre a la montaña que encierra y da vida a una cueva tejada, cerrada y segura, se guareció de las huestes que iban contra él. Y allí, en aquella cueva bajo la peña viva, rogaban a Dios Nuestro Señor que demostrase en ellos su piedad.

Mientras se preparaban para la lucha contra los moros, Don Opas llegó un día a la cueva y con palabras engañosas, como ya hiciera a otros cristianos, le preguntaba: *"¿Por qué de este encierro en la cueva y por qué esa preparación para luchar contra los árabes, cuando el Rey Rodrigo, con toda su caballería no pudo resistir? Mira por tu vida y hacienda,* le dijo, *y la de esos que contigo están*

y entrégate a Tarif y tendréis honras, y seréis ricos y respetados de por vida". A lo que el Caudillo de las montañas le contestó: *"¿No sabes que Dios castiga a los hijos pecadores por algún tiempo, pero que no los desampara ni olvida siempre? Yo y los míos nos fiamos de la misericordia de Jesucristo y no tememos a los que te han enviado, porque nosotros los cristianos, y tú debes saberlo como obispo, tenemos ante Dios Padre por abogado a Nuestro Señor Jesucristo, en el que creemos y fiamos, y ponemos en Él toda nuestra esperanza, al tiempo que confiamos en la Virgen gloriosa Santa María su Madre, seremos salvados y libres por sus ruegos. Y ayudándonos ella, porque es Madre de misericordia, creemos que con estos pocos que aquí somos bastará para que recobremos lo perdido, Al igual que los pocos granos se crían las muchas cosechas"*. El poder de Dios lucho con los suyos, porque las piedras y las saetas volvían sobre los que las tiraban y los mataban y viendo esto Don Pelayo loó mucho al Señor y saliendo de la milagrosa cueva de Covadonga comenzó la Reconquista.

Pasó un siglo y de nuevo la mano de Dios intervino para mostrar al Obispo de Iría el sepulcro de Santiago, donde el rey Alfonso el Casto edificó una iglesia en honor del Apóstol de su fe.

Y sucedió que cuando los cristianos a las órdenes del Rey Ramiro se dirigían al campo de batalla, apareciese en un caballo blanco, con un estandarte también blanco en las manos, el mismísimo Apóstol Santiago, quien le dijo: "*Ten ánimo y valor porque hoy vencerás en nombre de Dios a toda esa multitud de sarracenos".* Cabalgando al frente de los cristianos aterrorizando y matando a los adversarios, mientras todo el ejercito cristiano, animado y valeroso comenzó a decir: *"¡Dios con nosotros! ¡Santiago con nosotros*!" Considerando el milagro de tan insigne e inesperada victoria, se determinó nombrar a Santiago Patrono de España, y ofrecerle un donativo todos los años. Con ese grito de victoria, santo y seña de todas nuestras guerras de religión, como lo han sido todas las de España, desde San Hermenegildo hasta nuestros días, el ¡Santiago y cierra España! fue el grito de la reconquista española, mientras el sepulcro del Santo era cita obligada de incontables muchedumbres de peregrinos durante toda la Edad Media, que acudían a Galicia para testimoniar su fe.

En el verano del 997, tercer siglo de la reconquista, Almanzor salió de Córdoba hacia la tierra áspera y quebrada de Galicia, para apoderarse de las riquezas antes de destruir sus edificios, su muralla

y la iglesia con la intención de hacer desaparecer los restos del Apóstol, y así romper el hechizo, que, según los musulmanes, ejercía entre los cristianos. Pero plugo a la Providencia que sobre el sepulcro del Apóstol encontrase Almanzor un venerable monje sentado que lo guardaba y ante su inalterable serenidad se contuvo con un misterioso impulso y respetó el sepulcro, pero no así las campanas de la Catedral que sobre los hombros de los cautivos llevó a Córdoba para que sirviesen de lámparas en la Gran Mezquita de Mahoma.

Después de esta expedición anual se preparaba para dar el último golpe a Castilla y anexionarla al Imperio Musulmán. Pero unidos los leoneses, navarros y castellanos lo esperaron en Cañatalazor, y Almanzor que siempre había vencido, halló su primera derrota, y adolecido con el pesar de lo acontecido, se negó a comer y murió de inanición, llevándose a enterrar a Medinaceli.

El cuarto siglo podría resumirse en un romance cantado en castellano antiguo a la memoria de El Cid Campeador, el gran héroe de España, el héroe nacional, el tipo del valor y de la lealtad española. No es del corte de los Palmerines y esplandianes, entelequias imaginativas creadas por la fiebre caballeresca en los horizontes del absurdo. Rodrigo Díaz de Vivar es el héroe real de carne y hueso, con pasiones, lágrimas añoranzas y amores legítimos; que no va tras las damas ideales en búsquedas románticas, sino que tiene esposa e hijas, por las que suspira en sus ausencias y a quienes dedica lugares santificados de su corazón. Es el héroe que tiene amarrada la victoria al carro de su deseo y al cumplimiento de su deber. Deber que le llevó al destierro cuando habiendo sido asesinado el Rey Sancho II el fuerte junto a los muros de Zamora por el traidor Bellido Dolfos, mientras la estaba sitiando; y no queriendo los castellanos tomar por Rey a su hermano Alfonso VI sin cerciorarse de que no tuvo parte en la muerte alevosa dada a su hermano, solamente un hombre, caballero entre los caballeros, honorable entre los acreditados en la Corte, El Cid se atrevió, con dura y humillante pregunta, a pedirle juramento sobre su inocencia. Fue en la Iglesia de Santa Gadea de Burgos, donde el Cid colocándose frente al monarca, y con ademán imperioso exigió al Rey, en medio de un imponente silencio y ante una gran expectación:

"*Que te maten, Rey Alfonso, villanos que no hidalgos… Mátente con aguijadas, no con lanzas ni con dardos, con cuchillos cachicuernos; no con puñales dorados.*
Mátente por las aradas, que no en villas ni en poblados, sáquente el corazón por el siniestro costado, si no dijeres verdad de lo que seas preguntado:
Si fuiste ni consentiste en la muerte de tu hermano".

El Rey Alfonso juró, pero resentido de tal atrevimiento, le desterró de Castilla, de donde El Cid salió con unos cuantos vasallos leales, y a su paso por tierra ocupada por moros fue una cadena de victorias. Sus dos espadas, Celada y Tizona, jamás fueron envainadas vencidas, sino que brillaron al aire para honor de la Patria; y su caballo Babieca no piso nunca tierras sino para hacer triunfar la justicia, porque así era reclamado por su alma, que guardaba para Dios sin manchas de felonía, ni fealdades de envidias, venganzas y sin razones.

Vence al Conde de Barcelona y les quita a los moros Valencia, cediendo siempre al Rey el fruto de sus sacrificios y conquistas. Y éste ante el repetido ejemplo de fidelidad sin tacha de tan leal servidor, le perdona para vivir unidos el ideal patriótico.

¡Bendita santa lealtad de El Cid! Sano orgullo de los hombres dispuestos a reconquistar la el Derecho de la Patria. Y ejemplo de los luchadores que saben que cuando la ingratitud, el cansancio, la desgana o la injusticia hagan vacilar sus cetros, sus armas, sus plumas, sus pinceles, sus arados, han de fortalecerse en el manantial inagotable del Campeador, el alma de la Patria, para que les de fuerza para luchar hasta el fin, hasta el sacrificio y la muerte.

El quinto siglo está marcado por la Gran Batalla de las Navas de Tolosa, donde los moros quebrantados y aterrados no alcanzaron a levantar la cabeza, y en donde Dios fue loado al tomar venganza de la sangrienta batalla de Alarcos.

Y esta Gran Batalla fue preparada desde el mismo día en que el Rey Don Alfonso exhortó a aragoneses, gallegos, asturianos y navarros a la unión para que le ayudasen a combatir a los que habían arrebatado las tierras por la fuerza, y para a tomar venganza y enmienda del mal acaecido sobre su propia persona y sobre la cristiandad.

Reunidos en Toledo todo todos los conjurados, excepto el Rey de Navarra que se retrasó, partieron de Calatrava y fueron primeramente a Alarcos donde retomaron la fortaleza. Después,

inesperadamente, cuando se encaminaban al sur, apareció el rey de Don Sancho y el día 12 de julio reunidas todas las tropas cristianas capitaneadas por Don Alfonso de Castilla, Don Pedro de Aragón y Don Sancho de Navarra, llegaron a lo más fragoso de Sierra Morena y hallándose encajonados en aquellas angosturas, no sabían cómo salir, hasta que un pastor, presentándose a Don Alfonso, le indicó el lugar por donde el ejército podría franquear la sierra para salir de aquella embarazosa situación, y dos días después acampaban y establecían su campamento en las Navas de Tolosa. En vano fuero las provocaciones de los musulmanes por disgregarlos y llevarlos a su terreno, pues los españoles permanecieron impasibles hasta el tercer día en el que, ya preparados recibieron la bendición del Arzobispo y la gracia sacramental del cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, se armaron y enderezando sus ojos a Dios levantaron los estandartes de los tres reyes, donde figuraba la imagen de Santa María Virgen, la que de toda España fue siempre venerada como Patrona, y las huestes cristianas con voluntad de vencer, comenzaron a colocarse en orden de batalla. El Rey de Navarra con su estandarte real y las banderas de Segovia, Ávila y Medina del Campo, ocupaban el ala derecha; el rey Don Pedro de Aragón, con sus caballeros y prelados de su reino y tremolando el pendón de San Jorge, el ala izquierda; la retaguardia y el centro la mandaba Don Alfonso VIII, rodeado de sus prelados, de los nobles de castilla y otros españoles de las diversas comunidades. La acometida de las dos alas fue muy bien dirigida y afortunada, más no así la de los castellanos, sin embargo, el arzobispo de Toledo y los magnates que rodeaban al monarca, se lanzaron en lo más ardoroso de la pelea, y alentados por el estímulo cayeron sobre los almohades al mismo tiempo que las dos alas cargaban sobre la base del centro enemigo. Avivados sus corazones con el atrevimiento que da la libertad comenzaron, unos a herir al enemigo, otros a perseguir y matar a los que huían y tornaban las espadas, y todos como en un haz de voluntad alzaron las enseñas de la victoria, en tanto que el Rey de Navarra rompiendo las cadenas que rodeaban la tienda del Califa, fue el primero en arrollar aquel muro de carne humana que lo resguardaba, haciendo huir a Mohamed en dirección a Jaén, dejando a cien mil muertos musulmanes en el campo de las Navas de Tolosa.

Los tres reyes, con sus soldados y la clerecía, que allí estaba con ellos, alzaron las manos y las voces al cielo, y con lágrimas de alegría en sus ojos y la alabanza en sus bocas cantaron aquel cántico,

tan usual ayer como hoy tan en desuso, para dar gracias a Dios: "*Te Deum laudamus…"*

Su memoria se celebra aún en la cristiandad el día 16 de julio con la fiesta del Triunfo de la Cruz y desde ella puede ya concluirse con certeza que la Gran Cruzada empezada en Covadonga clavaría su gloriosa bandera en el último baluarte del islanismo en España.

El sexto siglo se distingue por la presencia de un gran guerrero, un gran político y un gran santo. Me estoy refiriendo al Rey Don Fernando III, quien con su sola persona bastaría por si sola para dar gloria inmortal a nuestra Patria.

Fernando III tras apoderarse de la Plaza de Úbeda fue ayudado por sus habitantes y los de Adujar, amparados de una noche lluviosa, escalaron los muros de Córdoba y penetraron en la ciudad, pero descubiertos y perseguidos por los infieles, tuvieron que retroceder hasta el arrabal, desde donde pidieron socorro, acudiendo en su auxilio Pérez de Castro, quien aviso al Rey de lo sucedido, quien al recibir tan fatal noticia y tomando cien caballeros partió a socorrerlos, y llegando allí sitió la ciudad hasta su rendición, y aquel mismo día, 29 de junio de 1236, el estandarte cristiano tremolaba en la gran Mezquita cordobesa , convertida en templo católico, y como se encontraban en ella las campanas de Compostela, arrebatadas por Almanzor para deshonra del pueblo cristiano, dispuso el Rey Santo retornarlas a la Iglesia de Santiago en Galicia, donde los romeros que venían y sabían la razón de ellas, alababan a Dios y bendecían al Rey, rogando todos por él .

Fernando III vivió como Rey de Castilla, y de León, pero cuando entendió que era llegada su hora, hizo traer a su salvador, que es el cuerpo de Dios, y al momento que vio asomar al arzobispo Don Raimundo de Sevilla portando en sus manos el cuerpo de Cristo, hinco las rodillas en tierra y con un crucifijo que tenía en sus manos comenzó orar verbalmente nombrando cuantas penas sufrió Nuestro Señor Jesucristo en ella por nuestros pecados, y besándola muchas veces lloro amargamente sus culpas. Y pidió perdón al pueblo y a cuantos allí estaban, rogando a la clerecía rezasen la letanía en voz alta. Enseguida recibió el Cuerpo de Dios su salvador. Y dando gracias a Nuestro Señor, tendió sus manos al cielo y dijo: "*Señor, dísteme reino que no tenía, y honra y poder más que yo merecía… Gracias te doy, y entrégote el reino que me disté, con aquel aprovechamiento que yo en él pude hacer. Y ofrézcote mi Alma*". Después inclinó sus ojos y entrego su espíritu a Dios.

Ateniéndonos a todas sus virtudes cristianas, políticas y militares, podemos asegurar con toda verdad que en otra nación alguna no se ha encontrado semejante como a él.

El siglo séptimo de la reconquista se caracteriza por la expedición de los almogávares a oriente. Ocho mil veteranos españoles con innumerables campañas en la reconquista se ofrecieron al Emperador griego de Constantinopla para luchar contra los turcos. El Emperador los recibe como si vinieran del cielo. Junto al Cáucaso se enfrentan contra treinta mil turcos mostrando al mundo que eran los soldados más bravos y temibles de su época.

Según el Código de las Siete Partidas de Alfonso X se habla y se regulan las tropas almogávares como tropas ligeras, normalmente de infantería, armados con lo justo pero que se movían con sorprendente agilidad en cualquier campo de batalla. Se agrupaban en compañías no muy numerosas, lideradas por un caudillo o adalid que las sometía a una disciplina férrea. O vencían o morían: no había término medio. Se les iba la vida en ello, y no sólo porque no daban cuartel en el combate, sino porque carecían de impedimenta: vivían de lo que saqueaban al vencido tras haberle aniquilado. Así de sencillo.

Los almogávares eran los hombres de la montaña, donde eran reclutados muy jóvenes, casi niños, que obraron mil hazañas en tiempos de la Reconquista. La vida que llevaban era durísima: sometidos a mil privaciones, dormían al raso y comían un día sí y tres no. Vivían por y para la guerra. En el Monasterio de San Juan de la Peña se reunían los cristianos de los Pirineos antes de salir a luchar con los moros. La parte más terrible de aquel ejército invencible, estaba formado por unos hombres altos, fornidos, ligeros, generosos y valientes, arrogantes y despreciadores de la vida y sedientos de batallas.

No llevaban armadura, ni casco, ni siquiera la socorrida cota de malla, tan en boga en aquellos tiempos. Su equipo se limitaba a una lanza colgada al hombro, unos dardos o azconas -que lanzaban con tanta fuerza que eran capaces de atravesar los escudos de los adversarios- y un afilado chuzo, su arma más mortífera. Antes de entrar en combate golpeaban con fuerza el chuzo contra las piedras, hasta que saltaban chispas; entonces, cuando el sonido era ya ensordecedor, gritaban al acorde: "*Desperta, ferro*!", seguido de los más tradicionales "¡*Aragón, Aragón*!", y se lanzaban sobre el enemigo como auténticos diablos. Estremecedor.

A los enemigos, según veían de lejos el dantesco espectáculo, se les helaba la sangre en las venas. Su destino estaba sentenciado. Y no era para menos. Los almogávares no tomaban prisioneros ni hacían distingos; mataban a todos y se jactaban de que, durante la batalla, su chuzo había pasado más tiempo dentro del cuerpo del adversario que fuera.

En definitiva, los almogávares, españoles al fin de cuentas, feroces, rápidos y de un valor singular protagonizaron en Bizancio la crónica de la mayor aventura que jamás haya realizado un ejército hispánico durante la alta edad media.

En el octavo siglo y último de la Reconquista terminó aquella maravillosa epopeya de la España cristiana con aquel glorioso grito: ¡Granada por Castilla!

Fue el 2 de enero de 1492 cuando Boabdil, melancólico y lloroso, entregó a Don Fernando y Doña Isabel las llaves de la ciudad diciéndoles: "*Estas llaves son lo único que resta en España de la dominación árabe* -era el momento de la rendición de Granada a los Reyes Católicos- *Todo desde este momento es vuestro, invencibles reyes, nuestro reino y nuestras personas. Tal es la voluntad de Dios.*" Poco después la Cruz de la Cruzada brillaba en lo más alto de la torre de la Vela, y a su lado el estandarte de Santiago. Espectáculo inolvidable, en que todos los presentes se arrodillaron, y tras el grito soldadesco de "¡*Santiago, Santiago!*" y dar gracias a Dios, todo el ejército como un solo hombre gritaba: "¡*Castilla… Castilla… Castilla… por los invictos soberanos Don Fernando y Doña Isabel*!"

Desde el Mediterráneo hasta el Cantábrico tronaron los cañones y replicaron las campanas en señal de gozo por la victoria de España ¡La derrota e Guadalete, después de ocho siglos quedaba vengada!

El Vicario de Cristo premió a los Reyes de España, por sus servicios a la cristiandad en la compensación por la pérdida de Constantinopla, otorgándoles para siempre el título de "Católicos". Título que han conservado todos los soberanos españoles hasta que la pérdida, en el pasado siglo XX, de la catolicidad del Estado ha descatolizado la corona española.

¡Ocho siglos! Y de cada uno de ellos podemos vislumbrar en el ser de la Patria: El caudillaje, la religiosidad y la catolicidad, el inconformismo, el heroísmo, la unidad, la santidad, la bravura y la alegría.

XII

LA GRANDEZA ESPAÑOLA

La Iglesia Católica que nos había unido primero por la profesión de una misma fe, con el final de la Reconquista y tras ochocientos largos años nos unía ahora con lazo indisoluble en una Unidad Territorial de régimen temporal, y la que, con la zancada última de Santiago en Finisterre, donde se creía acababa la tierra, concentraba en la fe su vocación y explicaba en ella su unidad católica y su reunificación de unidad perdida.

Santa España, Santa Nación independiente y personal constituida políticamente bajo la soberanía de los Monarcas Católicos, quienes al dar término a la Reconquista reconstruyen la Unidad Territorial, y desde entonces quedó políticamente constituida la nación española independiente y personal, única e indivisible, forjándose la mayor ordenación, triunfo y honra de prosperidad que España nunca tuvo.

Y no es fácil poder cantar en breves líneas la grandeza de este pueblo que después de poner término victoriosamente a una lucha de ocho siglos contra la barbarie de los moros, alcanzara el destino más alto entre los destinos de la historia humana: el de completar el planeta, con el descubrimiento de un Mundo Nuevo, considerado en sí mismo el más grande y hermoso, que edad alguna vio jamás llevado a cabo por los hombres. Y sabido es que esta colosal empresa, tanto en el ánimo de Isabel la Católica como en el del Almirante Cristóbal Colón, fue por encima de todo, otro motivo secundario, el llevar el nombre y doctrina de Jesucristo a tan apartadas regiones, porque en el fondo esta colosal obra estuvo impulsada por el mismo espíritu heroico de la fe de Cristo que suscitó misioneros, guerreros, exploradores y colonizadores para que España, la Madre-Patria, pudiese engendrar y nutrir para Dios y para la Civilización Cristiana a veinte naciones hermanas que hoy, en el albor del siglo XXI no la han dejado de llamar: Madre y Patria. Porque nuestra obra ha sido, más que de plasmación como el artista lo hace con su obra, de verdadera fusión para que ni nuestra Patria pudiese ya vivir en el futuro sin sus Américas ni las naciones americanas pudiesen olvidar, aun queriendo arrancar la huella profunda que la Madre las dejó al besarla en aquel beso de tres

siglos, con el que las transfundió su propio ser y su propia alma, que España es la madre que con razón o sin ella se ha de defender.

Y mientras la Patria española, la Santa España de la sobreabundancia alimentaba de su propia vida a innumerables pueblos, constituía en Europa la fortaleza inexpugnable contra el Protestantismo, y frente a la decadencia que señalara el mismo Renacimiento, esta España tuya y nuestra, se autoconstituyó en el faro de la verdadera cultura, con las creaciones imperecederas de San Juan de la Cruz, de Santa Teresa, de Cervantes, de Fray Luis de Granada y de Fray Luis León, de Calderón y Lope de Vega y de Velázquez, etc. Imprimiendo un siglo de oro como jamás se ha alcanzado, y cuya nota característica y fundamental era el fervor religioso, que siempre hemos sobrepuesto al sentimiento del honor, al sentimiento monárquico y a todos los que impropiamente se han tenido por fundamentales y primeros; y ello es así porque los españoles somos un pueblo católico, porque para nosotros la Unidad Católica y nuestra integridad campeona en ortodoxia, nos había convertido en una especie de pueblo elegido de Dios, llamado por Él para ser el brazo de su espada y de su cruz. Y todo ello repito, porque a pesar de nuestra diversidad de razas, costumbres, fueros, tradiciones, folklore y todo cuando divide a los pueblos, estaba enraizado y apiñado en aquella unidad de fe y creencia única, sostén y garantía de toda grandeza.

España fue grande porque grande fue su Unidad Católica, grande su destino y grande su ser, como también ha sido grande, siempre que se ha olvidado de sí misma para servir y defender el honor de Dios. Y así, mientras descubría y colonizaba nuevos mundos, sus teólogos, sus santos, sus reformadores y sus artistas iluminaban a Europa y la salvaba de la pujanza turca por el genio de Don Juan de Austria en Lepanto. Esta ha sido la grandeza del imperio español. Un magnífico imperio universal, no de dominación terrena, no de aprovechamiento de las energías de los demás como si el mundo fuese una inmensa factoría, sino de expansión de cultura al servicio de la cristiandad, en la defensa de la Iglesia y en la conquista de las almas. Y este imperio grandioso forjado en el preciso momento en el que los pueblos cristianos, agitados frenéticamente por el espíritu de rebelión, se apartaban de la Iglesia, es cuando la respuesta de Dios a los hombres nos dice que solo en la fidelidad a sus preceptos se puede lograr la verdadera grandeza.

De la Grandeza Española participan de los Grandes de España. Entendiendo por tales, no sólo son los caballeros encumbrados por un título nobiliario, sino todo aquel que tiene como condición primaria su españolia, cualidad gratuita de la que nacen las preferencias de su propio ideal, permitiéndole elegir, por el pensamiento de la personal valía, el acto por el cual se da un valor superior a lo que se es sobre lo que se tiene. Estos son los caballeros cristianos que cultivan la grandeza española en menoscabo y desprecio de sus propias cosas y posesiones, al poner siempre su ser por encima de su haber. Elección libre que confiere, a quienes así eligen, un valor infinito y eterno, que en el ámbito nacional le es reconocido unas veces como héroes y otras como mártires. En cualquier caso, como todo lo contrario a los mezquinos egoístas que prefiere lo que tienen a lo que realmente son.

Así pues, el caballero cristiano y español consentirá el sufrir toda clase de penurias y de pobrezas y verse privado de toda hacienda, que rebajar su ser con el gesto vil e innoble de la mezquindad, de aquellos que adulan a las cosas materiales, atribuyendo falsamente a lo adulado valores y modalidades que éste ni tiene ni posee; El verdadero español, caballero cristiano participante de la Grandeza Española, no adula ni a las personas ni a las cosas, porque su grandeza le protege de cualquier mezquindad. Prefiere padecer toda escasez y sufrir trabajos que doblegar la conciencia que de sí mismo tiene.

Paradójicamente nuestra pura grandeza es pobre. El alma española no puede nunca conceder a lo material más valor que el de un simple medio para realzar e incrustar el valor supremo de la persona. La sobriedad personal a veces raya con la austeridad e incluso muchos españoles, verdaderos Grandes de España, cuyo aspecto impresiona por su tosquedad, dejan ver en su sencillez sublime esa generosidad aparentemente loca que es la disposición tranquila que se sacrifica por todos y se despoja de todo por la Patria. He ahí, la consecuencia práctica de esa condición hispana que llamamos Grandeza Española.

XIII

LOS VALORES

Una parte importante del tango Cambalache del compositor Santos Discèpolo dice así:

"*Hoy resulta que es lo mismo ser derecho que traidor, ignorante, sabio, chorro, generoso, estafador; todo es igual, nada es mejor, lo mismo un burro que un gran profesor, no hay aplazaos ni escalafón, los inmorales nos han igualao...*

Qué falta de respeto, qué atropello a la razón cualquiera es un señor, cualquiera es un ladrón mezclao con Strravinsky va Don Bosco y la Mignon, Don Chicho y Napoleón, Carnera y San Martín igual que en la vidriera irrespetuosa de los cambalaches se ha mezclao la vida y heridas por un sable sin remaches ves llorar la Biblia contra un calefón."

Y escuchándole las reflexiones sobre los valores se me vienen encima porque en el mundo de hoy como en el ayer y con toda seguridad en el de mañana los valores cada vez valen menos. Y ello es debido a que, careciendo de existencia real por ser meras posibilidades adheridas, suponen la existencia de una cosa o persona que los posee y de un sujeto que los descubre o aprecia, pero no es ni lo uno ni lo otro.

Los valores, efectivamente, son pautas o abstracciones que orientan el comportamiento humano hacia la transformación social y la realización de las personas. Ahora bien, si a éstas, no les importan que las excelencias y las perfecciones de esas guías, verdaderos valores, que nos hacen ser tales o cuales hombres, y que sin las cuales perderíamos nuestra humanidad o parte de ella, al tiempo que dejarían de dar una determinada orientación a la conducta y a la vida de cada individuo y de cada grupo social; y si a ésta, digo, además de ello, está cargada de contravalores, se imposibilita a otros sujetos, desde su propia perspectiva, a descubrir y apreciar, a su vez, la carga de las cualidades adheridas de esos valores menospreciados. Por ejemplo, y mirando a nuestro alrededor, hoy se advierte y fomenta la falsedad en vez de considerar

un verdadero valor el decir la verdad y ser honesto; se presume de ser un ladrón por considerar que es más valioso robar que trabajar. El listón, está tan bajo, que la práctica de los valores en nuestra sociedad no desarrolla la humanidad de las personas, al tiempo que los contravalores los despojan de esas cualidades, y lo que es peor, sin importar ese hurto.

Es una verdadera lástima que los valores no importen mucho, hasta que alguien carente de ellos nos atropella, y nos duele. Y si he dicho que el asunto de lo valores es una lástima es precisamente porque suele preocuparnos solo cuando su falta nos perjudica, es decir, cuando la carencia de valores en los demás afecta nuestras vidas.

En una rápida mirada a través de su Historia, nos maravillará y nos sorprenderá e incluso nos dejará pasmados al comprobar la amalgama de personajes nobles o miserables, que aun siendo todos nacidos en España, y por tanto partícipes de los valores patrios, surjan tan dispares y opuestos como por ejemplo: San Ignacio de Loyola y Negrín, Guzmán el Bueno y Carrillo, Pizarro y Otegui, el Gran Capitán y Rubianes, Santa Teresa de Jesús y la Pasionaria o el Almirante Carrero Blanco y el Conde Don Julián entre otros. Si todos, en cierta medida, nobles y miserables, somos participes de los valores patrios, ¿cuál es el porqué de esas diferencias antagónicas que nos hacen tan semejantes a los péndulos?

La respuesta humana a esta pregunta la dejo en aire para que a través de las diferentes posiciones filosóficas, sin llegar a una postura básica, porque por su específica naturaleza tan evanescente como subjetiva os la deis vosotros mismos, en tanto que yo trataré de responderla bajo el ángulo analítico de la Metafísica del ser de la Patria, que es donde se encuentra una relación fundamental vinculatoria entre el ser y los valores, teniendo estos como fundamento próximo al bien trascendental y como fundamento último al ser, con lo cual todo lo que existe es participe de lo bueno y de lo valioso.

Este misterio ya quedó al descubierto cuando llegamos a la conclusión de que el ser de nuestra Patria se fundamenta y ha de fundamentarse siempre en la verdad, en el Ser, en Dios y para Dios. Ahora bien, este ser de la Patria, que tiene en si la base objetiva de los valores patrios, y es el fundamento de todos ellos y en donde radica su propia bondad, se ofrece a todos los españoles de buena voluntad para que, en libertad de elegir el bien, decidan si desean

identificarse y hacer suya en pleno la bondad de esos valores patrios o si por el contrario se abstienen y renuncian del bien intrínseco de esos valores, llegando los primeros a ser patriotas, en tanto que los otro, al carecer de ser, son no ser o nada.

Como vemos la voluntad es la columna vertebral de nuestra españolia: un español vale lo que vale su voluntad.

Os voy a contar una pequeña parábola referente a un águila que se crio en un gallinero y que se comportaba como una gallina hasta que un día, otra águila, viéndola en aquel corral, adaptada y sin futuro, la preguntó: "*¿Qué estás haciendo aquí picoteando en el cieno? Tú estás hecha para empresas más altas: encumbrarte por los cielos, ser experta cazadora, contemplar la tierra desde muy, muy alto*". La convenció de que a lo menos lo intentara. Hizo que la observara despegar y aterrizar, y le invitó a probar la capacidad de sus propias alas. De este modo, el águila del corral aprendió a volar. La moraleja es muy sencilla: la altura en el patriotismo que alcancemos en la vida depende de nuestros ideales y del empleo que hagamos de nuestro potencial. Para marcarse metas patrióticas es preciso ante todo saber hacer uso de nuestra voluntad y de lo que ésta es capaz, para poder fijar y elegir los valores necesarios para alcanzar esas metas

Los valores patrios son bienes reconocidos y apreciados, que normalmente son apetecidos por nuestra voluntad Aunque también puede ocurrir que nuestra apetencia, por las idiosincrasias personales, no las reconozca subjetivamente como los bienes universales que objetivamente en sí son, porque los valores patrios son el brillo, el resplandor del su ser y bajo la razón del bien, si además son virtudes, es porque dichos valores se han tornado en cualidades adquiridas con el esfuerzo personal que hacen a quienes las conquistan unos patriotas excelentes.

Llamamos «bienes universales patrios» a aquellos valores que nos mejoran o perfeccionan, y que pude convertirnos buenos patriotas, bien por convenir a nuestra esencia de patriotas, o porque convienen al fin que deseamos alcanzar para nuestra Patria. Es decir, una cosa es buena para nuestro patriotismo cuando nos ayuda a ser mejores y más perfectos patriotas; pero también puede ser buena para nuestro patriotismo cuando nos ayuda a alcanzar el fin que deseamos para nuestra Patria. Esta distinción nos permitirá descubrir la infraestructura de los valores patrios.

¿Qué valores tenemos a nuestra disposición para alcanzar nuestros objetivos? Todos aquellos que en el conjunto condicionan el ser de la Patria, como son la religión, el patriotismo, la compasión, la honra, el coraje moral, la responsabilidad, la libertad, la humildad, la obediencia, la armonía., la generosidad, la justicia, la paz, la honestidad, la lealtad, el respeto, la confianza, la hidalguía, la decencia, la vergüenza, la valentía y el Santo Temor de Dios, entre otros como la resistencia, la verdad, el honor, la abnegación, etc.

XIV

CATOLICISMO SIN TACHA

España es una nación de cualidades excepcionales y rica en valores, yo me atrevo a decir que es la nación Apóstol de las naciones, porque estando en los confines de la tierra, tan lejos de Palestina, Santiago el Mayor y San Pablo vinieron, empleados por misión divina a plantar la fe católica, hecho que demuestra que España abultaba mucho en la soberana mente, como quién había de servir, sobre todas las demás naciones, a la exaltación de la fe católica.

Reflexionando sobre lo anterior me pregunto ¿Cómo contestó España a esta predilección de Dios? La mayor parte con la sencillez que como podía esperarse de una raza tan generosa, tan leal y tan valiente. Otra, con la soberbia de la duda y la desconfianza de que esos viajes llegasen a realizarse, dado la lejanía de nuestras costas y la escasez de medios de trasporte.

Por mi parte, yo creo firmemente que la Santísima Virgen María se apareció en carne mortal al Apóstol Santiago en Zaragoza, muy a pesar de que incluso algún arzobispo modernista lo pusiese, dentro incluso de la misma basílica del Pilar, en entredicho. Y creo también que San Pablo estuvo aquí predicando la Buena Nueva, como nos atestiguó aquel andaluz llamando Licinio en su carta a San Jerónimo: "*No en vano sabemos que cuando el Apóstol San Pablo escribía a los Romanos: "De camino para España espero visitaros…" Bastante indicaba, al exponerse a un viaje tan largo por mar, lo mucho que esperaba de nuestra nación."* También traigo a relación el Calendario griego que al igual que el Martirologio romano ponen el día 4 de octubre a San Hieroteo, Obispo de Atenas, que fue español convertido por San Pablo, y que según San Dionisio Aeropagita en la biografía del mencionado santo nos dice que predicaba a Cristo en Jerusalén, antes de que San Pablo viniese a España. Así mismo es curioso, también, constatar que cuando San Pablo vino a España, ya conocía a los españoles, y de los que tenía un buen recuerdo, dado que durante su estancia en Corinto enseñando la palabra de Dios, un grupo de judíos se apiño contra San Pablo y lo llevaron ante el Gobernador, acusándole de predicar

a la gente un culto de Dios contrario a la ley. Y cuando San Pablo iba a defenderse, el cordobés Galión, Procónsul romano de Acaya y hermano de Séneca, adelantándose dijo a los judíos: "*Si se tratase de un delito o de algún gran crimen, entonces sería razonable que admitiese lustra acusación. Pero como se trata de palabras y de nombres de lustra ley, allá os las hayáis vosotros, que yo no quiero ser juez de estas cosas*". Y los echó del tribunal.

La huella dejada por San Pablo y Santiago en la Hispania romana, esta preñada de católicos, que a machamartillo han proclamado su fe. Porque ¿qué soldado o caballero no lleva colgada al cuello una medalla de la Virgen y en su boca ese grito guerrero que se ha pronunciado en mil combates?: "¡*Santiago y cierra España*!"

El Gran Capitán, al volver de sus campañas de Italia, siempre iba a ofrecer a Santiago sus victorias.

Hernán Cortés, al volver con una nueva España, se la ofrece a la Virgen de su tierra, a Nuestra Señora de Guadalupe. Con él va su primo Pizarro a implorar la protección de su patona para conquistar el Perú.

Y aquel campeón del cristianismo que se llamó Carlos I, quien al frente de sus escuadras a la conquista de Túnez, fue preguntado presuntuosamente por sus acompañantes por el que sería el Capitán General en aquella empresa, y el Emperador, sacando un crucifijo y descubriéndose, les contestó "*Este, cuyo Alférez soy yo."*

Llama la atención, de entre todos estos actos de religión, el protagonizado por Hernán Pérez del Pulgar, cuando en 1490, dos años antes de la toma de Granada, y a la puerta de la Iglesia de Alhama, de rodillas y con una vela encendida, hizo voto solemne de entrar en Granada, de tomar posesión de su Mezquita para Iglesia mayor. Seguidamente tomando un pergamino escribe en latín el Ave maría, el Padre Nuestro, el Credo y la Salve, y en la noche el 18 de diciembre, con seis compañeros más y ante la Mezquita de Granada clava con un puñal el pergamino en su puerta, y arrodillados todos rezan esas oraciones. Luego se levanta y lee pausadamente la toma de posesión escrita por detrás en el pergamino, y aún le quedan arrestos para implorar a la Santísima Virgen que lo conceda sin derramamiento de sangre. Este es el triunfo del Ave Maria fijado en la puerta de la Mezquita, pues la Virgen concedió a Pulgar sus deseos y dos años después Granada se rindió a los Reyes Católicos sin verterse una sola gota de sangre.

Otra sangre se vertió y abundantemente, cuando con generosidad inigualable, superando a Roma o Cartago, España entrego a la Iglesia a los innumerables mártires de Zaragoza. Cristo solo lo sabe, como también sabe que hoy como ayer la tierra entera esta regada con la sangre española de sus mártires, que aún hoy son canonizados los de la última cruzada del 36, y es que por todos los poros de nuestra tierra ha bebido la sangre de que estaba sedienta. Alma española, en silencio y con cabeza descubierta oremos ante esta bendita tierra de María Santísima sembrada de Santos, para que la sangre vertida de nuestros compatriotas martirizados sea semilla de buenos cristianos.

Pero no queda ahí la religiosidad de nuestra Patria. No olvidemos que el Emperador Teodosio para suprimir el paganismo declaró la Religión Católica única religión del Imperio. Para aclarar este hecho recordaré que Constantino libertó a la Iglesia perseguida, poniéndola a la par de los cultos paganos, pero fue este español, el Gran Teodosio quien coronó la obra de su antecesor realizando por primera vez en el mundo la unión de la Iglesia y el Estado, y por tanto la Unidad Católica en el mundo.

Años más tarde, la España conquistada por los Godos los conquistó a su fe. Era el gran triunfo de la Nación Apóstol, que en boca del III Concilio de Toledo exclamó: "*Gloria a Nuestro Señor Jesucristo que junto a la unidad de la verdadera fe tan ilustre gente, instituyo una grey y un pastor…"*

Unidad de credo, Unidad Territorial y Autoridad inmutable que las custodie, solo eso constituye nación y enciende el patriotismo.

Y esa herencia, la mayor que la Patria nos legó durante tantos siglos, es esa misma Unidad Católica que implantaron sus conquistadores y misioneros en las Españas por ellos descubiertas y que se la dio a España el Cristianismo. La Iglesia nos creó y educó a sus pechos, con sus mártires y confesores, con sus Padres, con el régimen admirable de sus Concilios. Por ella fuimos nación y gran nación, en vez de muchedumbre de gentes colecticias, nacidas para presa de la tenaz porfía de cualquier codicioso, y esa misma Unidad Católica, que ha sido pódium de nuestra fe y quien ha persistido a través de los tiempos, defendida con titánicos esfuerzos por los españoles contra las herejías se ve hoy medio rota por una claudicación de una minoría progresista de la propia Jerarquía eclesiástica española.

XV

EL SIGNO DE LA VALENTIA

"*A opresar la fiera España, que nadie lo ha sufrido*." Este era el juramento de Aníbal, el gran general cartaginés. Quien mirando a nuestra Patria expresaba con esas exactas palabras que nada ni nadie ha podido detener a la España unida en la marcha segura de recobrar su ser y su destino.

El pueblo de la antigüedad que personifico, por decirlo así, el valor fue Roma, y fue ella misma el gran panegirista del valor español. Así Tito Livio, el más grande historiador del Imperio Romano que sojuzgo al mundo, dijo: "*España fue la primera nación ocupada por nosotros y la última dominada*". Y cuando el poder de Roma pasó al de los Visigodos ¿Qué nación de Europa se pudo comparar en valor a España? Y después la Reconquista donde una juventud maravillosa luchó con ahínco durante ocho siglos mostrando al mundo entero el valor derramado con su sangre por Dios y por España, tal y como lo cuenta el Feijoo cuando desde su Monasterio Benedicto dice: "*Ninguna nación consiguió tantos triunfos en toda su existencia como España los consiguió con el valor en aquellos ocho siglos.*" La Unidad Territorial a costa del valor fue un hecho innegable, como lo fue también, en palabras del papa León XII, que el descubrimiento del nuevo mundo es, sin lugar a duda, la gesta más grande y más hermosa de todos los tiempos, llevada a cabo por los españoles. Verdaderamente el descubrimiento de América es el acontecimiento más trascendental que se ha realizado a través de los tiempos. Y esto solo es el descubriendo, ¿qué decir de la conquista de tantas Patrias españolas -hijas de la Patria Madre- en una empresa que no tiene términos de comparación en los anales de todos los acontecimientos. Y después de la conquista queda todavía la colonización, en la que España descubridora y conquistadora se volcó sobre el nuevo continente derramando, además de su sangre, sus virtudes, su cultura y su fe, dando en heredad la integridad y el valor que hoy tras largos siglos perdura en el ser de esas Patrias duplicadas de la Madre-Patria Española.

Cuando toda Europa sucumbía bajos las garras del tigre napoleónico, el león de España, aparentemente adormecido sacudió su melena y el tigre que amedrentaba a Europa cayó a sus pies…, porque como explica el mariscal Suchet al describir los sitios de Zaragoza: "*Palmo a palmo, cuerpo a cuerpo, casa por casa, pared por pared así teníamos que ir luchando para tomar la posición… sin poderla tomar…"* "*Jamás he visto, Señor* –confirma el también Mariscal Launes a Napoleón- *un encarnizamiento igual al que muestran nuestros enemigos en la defensa de esta plaza. He visto incluso a las mujeres dejarse matar en la brecha… cada casa requiere un ejército…"* Y los soldados franceses, cansados de ver que en cuarenta días no habían logrado conquistar más que dos calles en ruinas, murmuraban quejándose: *"¿Es que nos han traído aquí para que muramos todos*?" Y hasta el propio Emperador confesaba: "*El sitio de Zaragoza en nada se parece a nuestras guerras anteriores. Aquí hay valor y patriotismo, para tomar las casas nos vemos preciados a hacer uso de minas. Estos desgraciados se defienden con un encarnizamiento del que no es fácil formase idea. En una palabra, esta es una guerra horrorizada. La ciudad arde en estos momentos por los cuatro costados, y llueven sobre ella centenares de bombas, pero nada les arredra y nada basta para frenar e intimidar el valor de sus defensores*."

Y es que aquellos valerosos españoles acababan de hacer un juramento: *"¿Juráis, valientes y leales soldados de Aragón* –les habría preguntado Palafox- *defender vuestra Santa religión, vuestro Rey y vuestra Patria, sin consentir jamás el yugo del francés, ni abandonar esta bandera, protegida por la Santísima Virgen del Pilar, nuestra Patrona y nuestra Capitana?".* Está claro que cuando a los españoles se nos habla de nuestra Madre, y nos juramentamos con un si aragonés, no hay fuerza humana que nos detenga, y, con razón o sin ella, acudimos a defenderla como hijos de la raza que conservan sus virtudes heroicas de los que tienen fe en Dios y amor a la Patria.

Así ocurrió y seguirá ocurriendo a los que piensen como Napoleón, que a España se la puede tratar como a una niña: *"Llego, ataco, tomo y arraso, porque país donde hay muchos frailes, es fácil de subyugar. Lo se por experiencia… es un simple paseo ya si a esta empresa ha de costarme 80.000 hombres, no la acometería, pero bastarán solo 12.000. Es una niñada. Ellos no saben lo que son las tropas francesas."* Quien verdaderamente no conocía al pueblo

español era Napoleón, porque la corta resistencia resultó de seis años, los 12.000 hombres se convirtieron en 500.000 soldados franceses muertos, la niñada le costó a Napoleón, al quedar desacreditado y perder la reputación de invencible, el Imperio y la vida… Por algo dijo poco antes de morir: "¡*Ojo con el valor de España!"*

Aún resta por enumerar el valor de aquellos hijos de España, que, en nuestra Cruzada de Liberación Nacional, -como tendremos ocasión de analizar en capítulo aparte- cuando el Comunismo Internacional, ávido de crueldad e ignominia, trató de imponer su habitual feroz sistema de horror regando nuestros campos de mártires antes de que miles de héroes les hiciesen morder el polvo de la derrota.

Y es que el valor de España, como se refleja en su historia, es la valentía de todo un pueblo que ha aprendido a defender aquello que vale la pena, a dominar sus miedos y a sobreponerse en la adversidad. ¿Qué sería del pueblo español sin la valentía? Podría decirse que iríamos a la deriva y al caos, sin embargo, nuestra fortaleza interior conducida por una conciencia recta nos ha llevado más lejos de lo que podríamos imaginar. La valentía es la diferencia entre hundirse o seguir nadando. Ser valiente no es sencillo. En ocasiones, la valentía significa afrontar las consecuencias de nuestros actos, los productos de nuestros errores.

Por otra parte, la valentía también tiene que ver directamente con defender lo que sabemos que es correcto. La valentía nos hace personas ordinarias que pueden obtener resultados extraordinarios. La valentía es afrontar riesgos, vencer miedos. La valentía es un valor que se vive día a día, en las pequeñas cosas. La valentía, al correr de la historia, ha forjado nuestra Patria de patriotas dignos de respeto y de confianza agrupados en la unidad familiar de una sociedad pujante en una nación sólida.

XVI

SIN LÍMITE EN LA LEALTAD

No podré expresar con palabras el deleite que experimenté al leer en el Diccionario de Comercio de Jacobo Sabari la admiración y el asombro con que en él se habla de la fidelidad española. Entre otras dice "*Hasta ahora jamás he visto a un español que fuese infiel al que hizo confidente suyo."* Y es que cuando un español se compromete, aún en circunstancias cambiantes, a hacer algo dando su palabra, lo cumple siempre porque en él está desarrollada de tal forma la lealtad en su conciencia que inexorablemente le conduce a sostenerla por encima de vendas y de excusas.

La lealtad es un corresponder, una obligación que se tiene con los demás. Es un ser congruente entre lo que se tiene como valor humano y lo que se hace en la vida diaria. Es un compromiso a defender lo que creemos y en quien creemos. Es mantener en absoluta consonancia lo que se dice, se ofrece, se promete o se jura, y lo que se hace en la práctica. La lealtad es un valor que lleva siempre a una etapa más profunda, al crear el compromiso que va más allá de lo bueno y de lo malo.

La lealtad es como una llave maestra que nos permite abrir las puertas de la relación auténtica y siendo como es un valor difícil de encontrar, quien la posee es espejo de confidencialidad, de respeto, de responsabilidad y de honestidad. La lealtad es el cimiento firme que da confianza en la relación de corazón a corazón de los que aspiran a la amistad mutua.

Los españoles siempre hemos tenido a gala el deber de ser leales a aquellos que dependen de nosotros: familia, amigos, empleados o empleador. La lealtad es el amor bondadoso en acción y la potenciada desarrollada en nuestra alma que nos transforma estrechamente con otras virtudes propias de nuestra idiosincrasia como la amistad, el respeto, la responsabilidad y la honestidad entre otras. La lealtad es una consecuencia de un sentimiento afectivo, es el resultado del discernimiento para elegir lo que es correcto. Si prometo amar, la lealtad me obliga con el ser amado a mantener ese amor en hechos cotidianos, pero me obliga también ante mí, para ser

leal conmigo mismo. Quien es leal respeta sus compromisos para con su Dios, su gente y consigo mismo

A lo largo y ancho de nuestra historia los pechos españoles han tenido la gran virtud del honor, principalmente por ser leales al cumplimiento de la simple palabra dada, equiparable a la comprometida por escrito en promesas y convenios de cualquier tipo, pues cuando los españoles sellaban su palabra con un simple apretón de manos, bastaba para cumplirla con mayor valor que cualquier documento, porque por encima de todo eran leales a su palabra. Quede, pues, bien reflejado que guardar la palabra dada en las relaciones que la Patria ha sabido mantener a lo largo de su historia, se deben a la vivencia habitual española del valor de la lealtad. Y así, con un apretón de manos, según Pedro Mártir, sobraba a los conquistadores de América para cumplir con honor su palabra. Y de Cortés decía: "*El nombre de Rey y Emperador fue siempre venerado en su boca y en sus cartas*". Y el mismo Cortés le da la razón en uno de sus escritos al Cardenal Mendoza: "*Bien podía S.M. hacer conmigo lo que fuese servido, con justicia o sin ella, porque yo había de obedecer y cumplir su mandato sobre todas las cosas.*" Queda reflejado que guardar la palabra dada en las relaciones que la Patria ha sabido mantener, se deben a la vivencia habitual española del valor de la lealtad.

Quien es leal, cumple sus compromisos en todo y con todos en la vida real; no es asunto de discurso vocinglero o de frases petulantes. En los hechos vitales, o se es leal o no se es, no hay términos medios; por eso Cristo nos dijo: "*el que no está conmigo está contra mí*". Y es que moralmente hablando en la lealtad no existe la neutralidad, porque en todo acto volitivo sobre los deberes adquiridos o asumidos no existe el agua templada, o está bien o mal hecho.

Pero la personificación de la lealtad española es el Gobernador Don Alfonso Pérez de Guzmán, que estando a su cargo la defensa de Tarifa supo defenderla hasta el límite de la lealtad extrema, en un acto escrito en letras de oro en los anales patrios, al protagonizar frente al antagonismo del Infante Don Juan, hermano del Rey Don Sancho, quien tras su fracaso en el intento de apoderarse de la Plaza, se apoderó del hijo del Gobernador intimidándole a la rendición so pena de degollar al inocente; y ante tal perversidad don Alfonso contestó: "*Don Juan, si el campo no hay acero, ahí va el mío, que antes diera cinco hijos si los tuviera, que una Plaza que tengo confiada por el Rey*", y le arrojo su daga. El infeliz fue degollado

con el arma de su padre y su cabeza arrojada a la Plaza, pero ésta no se rindió, y tan patético acto dio origen a que se le apellidase Guzmán el Bueno.

Cuando damos lealtad y la esperamos en reciprocidad, basamos todo en la confianza, que como dice un viejo principio, es tan difícil de ganar como tan fácil de perder y tanto más difícil de recuperar. Y cuando por deslealtad alguien en quien confiamos nos hace trampa, nos engaña, nos traiciona o saca provecho de nosotros, entonces sentimos una especie de frustración, que siempre nos causa disgusto y desilusión. La traición es la antítesis de la lealtad, y cuando es causada a la Patria nos produce rabia, disgusto y desengaño; furor e irritación y por la imponencia ante la felonía consumada, disgusto y pena por la propia deslealtad; desengaño y tristeza por la falla humana y la debilidad de carácter, propio de traidores y perjuros.

Hay que ser leales en todo, quien es leal en lo poco lo será en lo mucho; llevar la lealtad a los detalles pequeños, es no permitir pequeñas debilidades, que poco a poco pueden irse justificando con excusas encubridoras de posibles infidelidades más grandes y de mayores traiciones.

Miremos a nuestro entorno y observemos la faz llorosa de nuestra pobre España, cuyas lágrimas han sido ocasionadas por el producto de la deslealtad, el perjurio, la traición y la entrega de una Victoria, ganada con la sangre de los mejores, a los mismos que antaño la derramaron. ¿Existe mayor infidelidad? Pues, si, el querernos hacer creer que nuestro sino es perderlo todo, hasta el orgullo, y de no tener ya ni identidad ni destino.

XVII

AUTORIDAD PREÑADA DE DIOS

Querer vivir sin cabeza es propio de los que no pueden subsistir, porque al faltar el mando coordinado, el resto se convierte en masa anárquica, sin energía y vigor hacia una resultante común: la autodestrucción.

Los que quieren destruir la Patria no rompen primero la estructura política, social y moral, sino que destruyen la cabeza, el órgano de mando donde nace lo que vitaliza, agrupa y une el ser con la fuerza y la seguridad capaz de defender el conjunto integrante de la Patria. Saben perfectamente que, si falta la cabeza, el resto está desunido y sin fuerza, siendo acto para su demolición.

¡Qué importante es que los que sentimos en la libertad plena al bien, sentimiento que emana de Dios, nos agrupemos organizados en una férrea disciplina para constituir una cabeza! Disciplina, conjunta a todos en el cumplimiento del deber, en obligada obediencia y respeto al mando y a la observancia de las leyes. Disciplina, nunca bien definida y comprendida, que reviste su verdadero valor cuando el pensamiento aconseja lo contrario de lo que se nos manda, cuando el corazón pugna levantarse en íntima rebeldía o cuando la arbitrariedad o el error van unidos a la acción del mando.

Todos los que sentimos asco, tedio y hastío del rompimiento del ente vital de la Patria, somos los mismos que sentimos náuseas y repugnancia al estrabismo de tantos falsos pastores de la Iglesia Oficial y de tantos verdaderos opresores de la España Oficial, e igualmente nos dan arcadas quienes, amparados en esa oficialidad, permiten activa o pasivamente, la destrucción de la persona, de la familia, de la sociedad, de España y de todo aquello que es la Civilización Cristiana. ¿Y por qué esa aversión? Sencillamente, porque nos encontramos como huérfanos y desvalidos ante la tremenda situación de que pase a "no ser" el "ser" de la Patria.

Necesitamos, pues, una autoridad que sea de Dios y que su desvelo sea escuchar, enaltecer y agrupar en una misma bandera blanca e inmaculada, la verdad de los patriotas y la verdad de la Patria. Precisamos de una autoridad que sea ajena a obediencias

extrañas, independiente de banderías y maniobras ocultas, que pretenden hacernos creer que el caos reinante y el espectáculo esperpéntico y zafio de una juventud envejecida prematuramente sin futuro y vacía, es la herencia oprobiosa y dictatorial del pasado. Hace falta una autoridad que limpie a España de podredumbre, de traidores, de perjuros, de sinvergüenzas, de ladrones, de canallas, de ideas y seres destructivos que trastocan valores y conceptos, en vez de profundizarlos y perfeccionarlos en moldes de seres, que, sin dejar de ser oriundos de España, sean verdaderos españoles e hijos de España. Requerimos y exigimos una autoridad, que inmersa en la ley de Dios, derogue las leyes inicuas que despojan hasta el Derecho Natural, y promulguen, acordes a las Tablas de la Ley, una Constitución confesionalmente católica.

La autoridad, finalmente, debe de estar al servicio de los demás, ser el último en acostarse y el primero en levantarse, parecer y ser como un altar de sacrificio donde se da todo entero sin recibir nada a cambio, porque su única satisfacción es ver el reino de Dios en su Patria y en cada uno de sus compatriotas. Esa es la Voluntad de Dios en sus criaturas y quienes obran contra ella usurpan la autoridad.

La autoridad no es en absoluto el hombre encargado de mandar. La autoridad es la sabiduría de Dios en el hombre, es decir que el hombre es portador de ella, representándola de tal forma que la haga suya, una vez que sabe y valora que él la ostenta por expresa voluntad de Dios. La autoridad, por tanto, no es la designación votada por los partidos, ya que el ciudadano ni los conoce y, si los conoce, los conoce a través de una propaganda que es función del capital que la respalda. Es como vender una pasta de dientes. No, eso no es autoridad. En el mejor de los casos es la "autoridad" soberana del pueblo. Porque eso es, hablando claro, una imposición plena a los votantes y los abstencionistas, que han de sufrir que tan nefasto sistema promulgue una legislación impuesta al antojo de los votados. Y por si esto fuera poco, los impuestos se disparan hasta límites insospechados, al crearse, para los hijos del sistema, unos "puestos de trabajo" reiterativos e improductivos.

Llegado a esta tesitura, los demócratas preguntarán: ¿Cómo elegir al hombre que ha de gobernar? Hay que encontrarle, no en las listas prefabricadas sino en el signo de la sencillez al mejor de los hombre, que sea ejemplo de vida y de entrega, sin afiliación partidista política obligado a un sistema, sino a la verdad de su ser de hombre, y al que los demás hombres captarán, respetarán y

querrán, porque será capaz de ser cribando en el cedazo que da honradez y fiabilidad de recoger los frutos de sus mejores ideas, y despreciar las que se caen por su veneno, envidia y deshonor, y así poner freno a las malformaciones nacidas del cohecho y la corrupción de los malos sistemas. De esa selección saldrá el hombre, que así cribado por la gran criba de la Magistratura de la Nación indivisible que es España, será el elegido para proyectar su mandato en la autoridad, recibida y emanada de la voluntad de Dios, con arreglo al bien común de todos los que formamos la gran familia que debe ser España, y en la que gobernará con justicia en el Gobierno Nacional, Provincial y Municipal, con respeto y libertad al bien, para todos y cada uno de los españoles. Autoridad que es reflejo de la buena Madre, que es la Patria española, que a todos quiere, respeta y protege, porque de todos se preocupa y porque, y que esto quede bien claro, nuestra Patria no es una empresa o agrupación de intereses, sino que es la gran familia regida por la autoridad al servicio el bien común. El deber de la autoridad es constituir un todo coherente, engrandecerlo, organizarlo y disciplinarlo bajo las verdades supremas y trascendentales del Ser, luchando sin desmayo y sin pausas para lograr el destino común de esa gran familia que es la Patria, y en donde no tienen cabida las demagogias, las necedades, las envidias, las canalladas, todas ellas levadura de muerte, que buscan solo la destrucción, y en donde se apoyan los enemigos de la Patria y de la Civilización Cristiana, dadora de vida, paz, amor, respeto y bienestar material y de Buena Nueva, buena porque no la hay mejor y nueva, porque es eterna.

XVIII

EL PATRIOTISMO

El hombre llega a este mundo desnudo en sus carnes, desnudo en su espíritu. La madre le arropa y cuida de su crecimiento. El padre le inculca sus virtudes, y le enseña a amar a la Patria, como le enseña a temer a Dios. Y más hombre se hará cuanta más fe y patriotismo le inculque en su alma joven.

La gran mayoría de los españoles somos creyentes, pero si no lo fuésemos, daría exactamente igual, porque en nuestro interior la sinceridad enraizada y emanada de verdad nos hace tener conciencia de lo bueno y de lo malo, ya que nuestro ser exige su existencia gravada en todos los corazones, como participación del Ser Superior común a todos, y que, sin importar el color de la creencia, su marca identifica en común a los seres. Su manifestación principal se delata en el amor a la justicia y a la misericordia para poder relacionarse; en el amor a la libertad al bien para poder realizarse y proyectarse al culto y al amor, porque es su mismo ser; en el desarrollo de la inteligencia elevada a la sabiduría para satisfacer el ansia de perfección y progreso en los más rápidos caminos y por los mejores derroteros de relación humana y de avance técnico, que conducen paradójicamente a la celebración es el apoteosis del servicio y culto del ser.

El español comprometido y afianzado a esa esencia, puede y debe como hombre, familia, grupo, región y nación desenvolverse en el mejor vivir, esto es vitalizarse en el mejor bien, puesto que vivir en el mal no es un morir sino un no vivir. Vivir requiere proyección plena y completa del espíritu, sin más código que la verdad, y es en ella sola donde nosotros, los españoles, únicamente desarrollaremos nuestro vivir. Vivir de nuestros dictados y respetarlos con amor puro es vivir como hombres, con la dignidad y la virtud propia de nuestra esencia, en tanto que vivir de los acomodos corporales es muerte. Como vemos el espíritu vivifica, es y da la vida; la carne desde que nacemos lleva implícita la destrucción y podredumbre ciega de la noche. Y ello, porque el espíritu encuentra la vida, es la razón por la que, al buscar el ser de la Patria, la encontramos de forma espiritual en una proyección única del amor como españoles, y en la medida

que la buscamos y la encontramos en el propio ser de la Patria, que es quién, en el encuentro, nos hace ser españoles y no franceses o ingleses. Es por tanto esa proyección quien nos hace verdaderos españoles y al mismo tiempo es la medida de nuestra verdadera proyección de su ser.

Ahora bien, nuestro ser, para ese encuentro, se desarrolla, vive y desenvuelve en unión de otros seres semejantes, en ciudadanía y amor a una tierra común, suma de cosas materiales e inmateriales, pasadas, presentes y futuras, que cautivan su amorosa adhesión a un sugestivo proyecto de vida común, enlazados en ese ser que llamamos Patria, y por ese sentimiento natural e instintivo que les impulsa a amarla, hace que al mismo tiempo los españoles nos agrupemos en una asociación de orden moral, que por ley natural, se va forjando bajo la fuerza unitiva de unos mismos lazos de cultura, de aspiraciones, de religión, de raza, de lengua y de tierra, de todo eso que conforma una historia común, en una unidad de destino universal común, y que seamos llamados patriotas.

Como vemos de ese encuentro con la Patria nace el patriotismo, sentimiento de amor que vincula a un ser humano, de forma honda, sincera y leal, con el ser de la Patria. El patriotismo es amar. No es sólo el apego y el cariño por la tierra natal o adoptiva a la que uno se siente ligado por vínculos valóricos, culturales, históricos y afectivos, sino que es un espíritu que nos envuelve y que nos eleva a insospechadas alturas. Patriotismo es el amor desinteresado a la Patria. Es universal el amor a la Patria, porque es la manifestación más profunda y más rica del instinto social y porque, después del Sumo Bien, es el bien máximo de todo hombre, y por el que debemos estar preparados para que cuando el interés de la Patria lo demande sacrificaremos familia, deudos y hacienda. Para el buen patriota no se trata de sentirse orgulloso de su Patria, sino de poder sentirse orgulloso de lo que él ha hecho por su Patria. Ese sentirse orgulloso del pasado es trabajar por la Patria en el presente, cada uno en su oficio y profesión, con desinterés y sin buscar el premio, sin preguntarnos jamás qué nos dará la Patria a cambio. Debemos, por el contrario, peguntarnos a cada hora, ¿es bastante lo que trabajo y rindo por su engrandecimiento?

Patriotismo es el valor que procura cultivar el respeto y amor que debemos a la Patria, mediante nuestro trabajo honesto y la contribución personal al bienestar común.

Patriotismo es soñar por la grandeza de un porvenir defendiendo a ultranza su Unidad Católica y territorial. Patriotismo es mantener la paz de Cristo tan necesaria para trabajar y dar fruto. El Patriotismo -que se hace y que se hereda- nos exige una diaria labor al tiempo que nos marca el deber de defender a la Patria al igual que defendemos la memoria de nuestra madre o el imperativo de nuestro honor.

Patriotismo es sumergirse, por decirlo así, en el espíritu nacional de la Patria, sentir que se es como una gota de una honda de ese río que es España, sintiendo la solidaridad, no solo de los que son, de los que fueron, y por eso sentirla con los que vendrán.

Muchos "medias tintas" nos precisarán que el deber de defender a la Patria con sus vidas corresponde al Ejército, y a los militares, que para eso cobran. Pensamiento propio de los pusilánimes y egoístas, quienes jamás entregarán gratis una sola gota de su sangre a la Cruz Roja y mucho menos la derramarán por esa madre a la tienen sacrificada y acostumbrada a dar y nunca a recibir. Efectivamente los militares cobran un sueldo, como lo cobramos tú y yo por el trabajo diario. De entre nosotros, unos trabajamos, otros producimos, y los militares, además de defender a la Patria con su propia vida, tienen el alto honor de custodiar en sus cuarteles la enseña y los estandartes vivos de la Patria, así como respetarlos y defenderlos, llegado el caso, con el máximo sacrificio, mientras tienen el deber de ser vigilantes centinelas de la paz, de esa paz que permitirá al resto de los españoles trabajar cada uno en su trabajo y profesión con la alegría, el desinterés y la abnegación que obliga a todo español.

La identificación con España no es solo una cuestión emocional. La actitud patriótica se fundamenta en la conciencia sana de saberse integrado y de pertenecer a una gran Patria, pero el patriotismo no puede ser completo ni sano sin el ánimo diario de mejorar nuestra propia Patria con nuestro trabajo diario.

La Patria, al igual que la belleza o la verdad o la justicia, es un valor trascendente, inmaterial y consustancial en su ser al ser en cuanto tal del hombre, es decir, racional, espiritual y trasunto del Ser, es el patrimonio, lo que se hereda, lo que se trasmite. Es una gran familia, la obra del instinto nacional en su expresión más concreta y robusta. Desarrollar este patriotismo es poner la fe en el Ser y a su servicio.

En natural que algo tan complejo como la Patria, cuente con unos medios complejos también para materializarse. Esos medios, fundamentalmente, lo constituyen las tierras que la integran y los hombres que las pueblan. En el caso de España, nuestra Patria, esas tierras son el conjunto de regiones peninsulares e insulares que el correr de los siglos ha agrupado bajo un mismo ideal y bajo una misma y sola bandera. Y esos hombres tan distintos en la apariencia y tan iguales en el espíritu, en el ser, son sus habitantes seculares, los españoles. Y la herencia recibida de nuestros antepasados y el caudal de nuestro trabajo y esfuerzo añada a esa herencia, será el patrimonio que entregamos a las generaciones futuras en una continua mejora en las condiciones de vida del hombre y en un continuo engrandecimiento de valores espirituales y materiales para todos que es el objetivo de todos los patriotas deben fijarse.

Ejercer y preservar la soberanía y Unidad Territorial, honrar a los héroes, próceres e insignes, cuidar y seguir las normas meritorias que aseguran el bienestar común a los individuos del territorio, son vistos universalmente como valores patrios.

El patriota debe ser virtuoso en prudencia, cuidando con cordura y sensatez de no caer en la mitomanía en pro de defender su patriotismo hasta el límite de hacer un absoluto de su amor patrio. Es decir, no se puede endiosar por amor a la Patria en menosprecio de Aquel que es el Amor.

XIX

El PATRIOTA ANTE EL SER Y EL NO SER DE LA PATRIA

Vivir sin libertad al bien y en el bien es libertinaje, vivir sin justicia y sin poder proyectar lo mejor del hombre al servicio patrio es un no vivir en orden, padeciendo un continuo calvario de sublevaciones y ahogos internos con el alma y con el cuerpo encarcelados, y sin poder ofrecerse a la felicidad y la valía rentable del hombre, esto es condenarse a la nada arrastrando a la Patria a la postración y paralización de su destino común, porque su verdadera fuerza vital condenada al yugo del no ser es conducida a un no vivir, a un morir constante cavando la tumba y enterrarse anticipadamente a la muerte.

El patriotismo es un proyecto común en el que todos los españoles nos hemos de sentir integrados y del que hemos de sentirnos legítimamente orgullosos. El patriotismo garantiza que los españoles, vivamos donde vivamos, seamos realmente iguales, y que las libertades individuales estén garantizadas, así como que la integridad de la Nación no sólo no se cuestione, sino que sea respetada, y alguien osa romperla debemos defenderla hasta con la última gota de nuestra sangre española.

Hoy, en España, el patriotismo está siendo sistemáticamente desacreditado por determinadas ideologías y grupos de interés. Constituye un hecho insólito en el concierto de las naciones civilizadas, casi una anormalidad política y social, el abandono y la práctica desaparición del patriotismo en nuestra Patria. Todo ello a pesar de que se trata no sólo de un sentimiento natural y sano, -sólo equiparable a un sentir tan noble como el del amor a la propia familia-, sino de una práctica política absolutamente esencial para la pervivencia de cualquier sistema político basado en la soberanía nacional. Uno de los valores esenciales de las grandes naciones civilizadas es el patriotismo de sus ciudadanos, que se unen entorno a su profunda conciencia de pertenencia a un proyecto histórico común.

Por ello, es necesario poner en evidencia la obsesión antiespañola promovida por los movimientos separatistas que sistemáticamente niegan y humillan a la Patria, persuadiendo su existencia de provisionalidad, e imbuyéndola simplemente a una estructura meramente jurídica, a un Estado englobante sin núcleo, es decir, la nada, el no ser. El objetivo de tales grupos separatistas y antiespañoles, mal llamado nacionalistas, es que España deje de ser, fulminando su existencia, y como no pueden darla un tiro de gracia por la espalda y a traición, como están acostumbrados, pretenden logarlo con múltiples estrategias; bien incumpliendo las leyes que emanan de la soberanía nacional española, bien atacando y ocultando los símbolos nacionales, bien cuestionando la igualdad de todos los españoles, bien silenciando a quienes discrepan de la maniobra dominante, o, simple y llanamente, asesinando con la cobardía que habitualmente actúan, a quienes defienden la unidad de la Patria. Ante esa actitud de desprecio y de desmembración, en la que la única meta es la desaparición lánguida de España y por ende la desaparición posterior del Estado de Derecho que otorga la Patria Española, los patriotas decimos alto y claro que la integridad de la Patria está por encima de la Constitución, por encima de los votos, por encima de la voluntad de muchos o de pocos, la unidad de España ni se negocia ni se discute. Se defiende

El patriotismo difiere del nacionalismo en cuanto a que no necesita de una forma de gobierno para manifestarse, razón por la que el sentimiento patrio se hace presente antes de la existencia de ordenamientos o regímenes jurídicos, políticos, económicos y administrativos de un territorio y perdura si éstos llegasen a desaparecer. Esta permanencia en el tiempo e independencia de cualquier forma de poder, hacen del patriotismo un valor superior para los habitantes de un territorio, al cual apelan cuando hay ocupación territorial por parte de otra nación o existen crisis internas de ingobernabilidad, abusos e iniquidades que atentan contra en propio ser de la Patria.

La Patria, esa empresa común, esa unidad de destino, ese ser amalgama de todos los seres que la integran, con sus defectos como toda obra humana, pero con esa tremenda carga potencial que día a día se acrecienta con la aportación de todos los patriotas en busca del bien común, de las mayores cotas de justicia y libertad, de orden y paz, de trabajo y bienestar, en unidad permanente entre los hombres y las tierras que forman esa idea y esa hermosa realidad,

cimentada en la mixtura de Catolicidad e Hispanidad, que se llama España.

Es a ti, mi Patria, a la que deseo buscar tu entraña. Es a tí, causa de mi orgullo, ¡Oh Patria amada! a quién he de encontrar, para que dejes de ser lo que no eres y sea alcanzada tu verdadera dimensión, la que ha de evolucionar según lo bueno de tu corazón, de tu inteligencia y de tu alma.

En tí creo, porque eres de gran corazón, y porque conozco tu alma y sé que tu posees personalidad de justicia y de grandeza. Existe algo en tí fuera de nosotros que te hace ser la Patria que eres y no otra, es tu esencia: justa, noble, sufrida y valerosa, que ha alcanzado lo sobrenatural porque Dios está en tu espíritu, en tu mente y en tu corazón. Precisamente ello es una condición previa para poder ser.

En tí espero, porque eres capaz, estoy seguro, de mayores empresas, sin condicionantes de moldes absurdos y rígidos prefabricados en talleres o logias, que tratan de rigidizar tu ser, al tiempo que nuestros cuerpos vegetan y mueren, mientras nuestro corazón sufre y padece buscando tu encuentro, amor y servicio.

En tí amo, porque tu voluntad está por encima de los mayores esfuerzos. Pero, sobre todo, porque conozco tu alma y se que tu personalidad de justicia y de grandeza me hacen someter mi voluntad a tu amor. Y es que, al igual que el hombre ama al verdadero Ser, al mejor Ser de las cosas, así el español ama al ser patrio, y desea unirse en la esencia del espíritu común de los demás españoles que caminan al encuentro de la Patria.

XX

ESPAÑOLIDAD

La españolidad, que comprende y sirve de brújula a todos los españoles, no es el conjunto de los signos externos ni lo superfluo lo que la caracteriza, sino lo interno: su espíritu de sacrificio y de servicio a la Patria, su incontrovertible tesón y lealtad, su arraigado sentimiento religioso, el fortalecimiento militar, su forma de hacer, su comportamiento y sus obras. Todos ellos son, porque su eficacia así lo proclama, un regalo del Altísimo que hemos ido vigorizando y robusteciendo al renovarse nuestra historia, es decir al hacernos dignos de ella, pues todo lo que hemos recibido de ella, el genio, el saber o el valor humano, se pueden siempre emular, ya que renunciar a ello es empezara a decaer. Y esta es la verdadera significación de la españolidad; es la Historia de varias generaciones con un común denominador, que no se han conformado nunca del vivir de las cosas heredadas, porque siempre hemos afirmado nuestra voluntad de ser y de obrar, en todas las formas virtuosas y heroicas que nos hacen sentir con fuerzas para renovar reviviendo toda la Historia.

Y ¿qué mejor revivir y resurgir para nuestra Patria que el ejemplar comportamiento que el de aquella reina ejemplar que levantó el pendón de la españolidad, de aquella reina ejemplar que hizo de su amor a España la empresa nacional del peregrinaje por toda nuestra península hasta arrancar y hacer efectiva y física la unidad de los hombres y de las tierras de España?

La obra de los Reyes Católicos, no tiene par en la Historia, pues con su españolidad construyeron la más honda y gloriosa transformación que en su vida puede sufrir un pueblo. Dando cima a la Reconquista, alcanzaron la unidad que hoy disfrutamos, instaurando el poder real libraron al pueblo de los abusos y de la anarquía, estableciendo los Consejos de Castilla, incorporando todas las fuerzas sociales y políticas de la nación en un todo orgánico. El poder se ha ejercido, exceptuando la situación actual, por delegación de Dios en beneficio y servicio de la comunidad nacional en su sentido más hondo y pleno; se estableció el contacto con el pueblo a través de las audiencias públicas con que recorrieron los pueblos y ciudades de España; se reformó e independizo la administración de

justicia; se creó la Santa Hermandad, base de las fuerzas modernas del orden público; se ordenó también por primera vez la Hacienda nacional, sentando los principios de la circulación monetaria; se realizó una sana reforma de las órdenes monásticas; se organizó y dio vigor a la Universidad; se fomentó la industria y el comercio y se protegieron las ciencias y las letras, en tal escala, que se tacha de simiente de nuestro Siglo de Oro. Y todo ello, cuando todavía la mayoría de los pueblos no habían logrado forjar su nacionalidad.

La españolidad no es el amor a las cosas que son típicas o características de España, ni es ensalzar a España y alardear de español, aunque nos sintamos orgullosos de serlo; la españolidad es nuestra propia calidad de españoles, es decir el conjunto de cualidades que constituyen genio y figura, índole e idiosincrasia, nobleza y lustre de sangre que determinan nuestra manera de ser.

Los españoles somos solidarios en el destino, no podemos hurtarnos a los dictados de la geografía y de la historia; a golpe de invasiones se forjó nuestra españolidad, y mucho antes que otros pueblos fuimos una Nación, y al templarse nuestro carácter en la lucha fuimos fieros de nuestra independencia y proyectamos nuestro ingenio por el mundo, hasta que la invasión de las doctrinas extrañas acabó asumiéndonos en la decadencia actual. El secreto para anularnos y vencernos fue y es siempre el mismo: el dividirnos interiormente; así perdimos los mejores años en los que el mundo se transformó y avanzó, con un siglo de constantes y continuas luchas intestinas llegamos a aquella España que ni a unos ni a otros nos gustaba, empujándonos a esa lucha fratricida, que vino a romper la decadencia y cambiar la suerte de nuestra Patria, porque aunque en los dos bandos fue una lucha por nuestra liberación, la victoria nacional ocasionó una Patria como nosotros la queríamos y ansiábamos, una España mejor, una España más noble, más justa, mucho más generosa… y aunque solo hubiese sido por mantener la Unidad Católica y la Unidad Territorial entre los hombres y tierras de España, ya se habría justificado la Cruzada; pero no solo fue eso. Desde cualquier aspecto que lo miremos. En el de los bienes espirituales producidos, en el renacimiento de nuestra fe, en el cultivo de nuestras virtudes, en los sentimientos de hermandad entre todos, en todo eso, que es tan trascendente y necesario para nuestro cotidiano vivir, ya que nuestra vida en la tierra es solo un pedazo en la proyección del destino del hombre. Y este resurgimiento de los

valores del espíritu fue y es nuestra base para el resurgir en nuestra calidad de españoles cristianos.

Pero la victoria nos dio otra cosa mayor: la lección de encontrarnos a nosotros mismos, para poder superar el pesimismo que consume a España, demostrándonos a nosotros mismos que los españoles de hoy no somos distintos de los de ayer, que tenemos las mismas características de genio, valor y de heroísmo. Y así como aquella generación asombro al mundo entero al demostrar que estaba en plena forma, podemos los españoles de hoy demostrar también que no somos nosotros los decadentes, sino que como entonces lo decadente es el sistema que nos gobierna.

En definitiva, nuestros mayores, buscaron y pusieron en práctica la única solución posible a la decadencia de España, anular y sustituir la política del odio y resucitar la doctrina del amor de nuestra españolidad.

Ahora bien, ese resucitar del ser de la Patria necesitaba todos los días que se la ofrezcan nuestros corazones abiertos llenos de buen hacer nacional, y así fue hasta el 20 de Noviembre de 1975, cuando al abrirse la veda de las doctrinas fáciles y nocivas de los fraternales, comenzaron a cerrarse esos corazones, que se quedaban vacíos de amor, para llenarse de odios y de rencores. Una vez más llegó la ocasión del tránsito y se abrió la puerta de la traición, y entre la emoción cristiana de las fechas pascuales, el Comunismo acampo de nuevo en nuestra Patria. ¿Cuáles han sido las consecuencias y los abismos que hubo y hemos de sortear? No quiero ser juez de cuanto estamos padeciendo, sea la Historia la que juzgue las secuelas. Mientras tanto, no perdamos de vista los tiempos actuales donde se han sido, poco a poco, sustituyendo y enterrando los valores espirituales característicos de nuestra españolia, cambiándolos por la opulencia y la riqueza que envilecen y desnaturalizan, lo mismo a los hombres que a los pueblos, al tiempo que lanzan a nuestra Patria por la pendiente del egoísmo y la comodidad, forzándosela a caer en el humillación y la deshonra, en esa monstruosidad que en acercamiento a la naturaleza y al cultivo de los aspectos lúdicos y festivos de nuestra existencia, evocando y se alardeando, como en los momentos críticos del siglo pasado, que hemos de cerrar con siete llaves el sepulcro del Cid. Y es que el gran miedo a que el espíritu de España salga de la tumba y se encarne en las nuevas generaciones, engendrando de nuevo al pueblo recio y viril de Santa Gadea y que tome conciencia de lo que fuimos, de lo que somos y

de lo que podemos ser, les hace temblar, porque tienen bien aprendida la lección y saben que el pueblo español es un pueblo de fe que, por herencia de caballerosidad y de hidalguía, no se le puede dejar reflexionar, sino que se le ha de embotar con litronas y porros, para que en esa asfixia provocada, no pueda por encima de su modestia, de su verdadera importancia en el tablero de la política nacional, hacer resurgir a El Cid de nuestro espíritu español.

Lo primero, en orden de urgencia, que para nosotros se presenta en el orden social es salvar al hombre atendiéndole en sus necesidades espirituales, librándole del todos las leyes inicuas que esta generación de podridos políticos eunucos ha asumido, al querer establecer una pugna entre su progresismo y la espiritualidad de nuestra españolia, como si en Dios no residiese la suprema justicia y la máxima caridad. Y precisamente por ello, hoy pido a los hijos de España: la unidad, la disciplina y la fe, que todo lo puede. Yo pido a los españoles, sin distingos ni discriminaciones, que abran los ojos a lo inestable y prometedor de la oportunidad histórica nacional que estamos viviendo, que recuerden la pasada postración y decaimiento, similar a la actual de nuestra Patria, del que ya salimos, y que se resuelvan y dispongan de nuevo a misiones universales en todos los campos de nuestra actividad humana para que se recobre esa españolidad que nos quieren hacer perder.

La españolidad no es la España de los cenáculos políticos, ni la de las tertulias de los ociosos, ni la de las murmuraciones de cuatro politicastros o aspirantes a serlo. No, ni mucho menos, todo ese carnaval no es ni puede ser el signo de nuestra españolidad. Puesto que la España que veo en sus provincias, en sus campos y en sus ciudades y sus pueblos es la laboriosa, la de los crean y trabajan, la España que cree, que tiene fe, la que no se conforma con esta decadencia de los alegres estómagos satisfechos por la digestión indigesta de quienes comen lo ajeno, y, las braguetas presuntuosas por el placer que no place cuando lo vedado deshonra lo legítimo.

Precisamente por ello, hoy sugiero a los hijos de España: unidad, disciplina, honradez e integridad, para devolverlos esa españolidad que sentimos los que orgullosos nos proclamamos españoles, y que como decía José Antonio es "*una de las pocas cosas serias que se puede ser en el mundo".*

XXI

EL DIA DE LA RAZA

La Fiesta de la Raza, se celebró por primera vez en España el día 12 de octubre de 1914, en una ceremonia en la que estuvo representado el Gobierno de España en la persona del Marqués de Lema, Ministro de Estado. En el discurso inaugural, que Faustino Rodríguez San Pedro pronunció ese día expresó su voluntad de lograr el reconocimiento oficial de la fiesta de la Raza en España, y entre otras dijo: *"Sirva esta fecha del 12 de octubre, festividad de Nuestra Señora del Pilar, para que en este aniversario del descubrimiento de América, celebremos la Fiesta de la Raza Española, que ha tenido providencialmente la fortuna de llevar la bandera de la civilización y del progreso en aquella memorable empresa, realizada por Colón bajo los auspicios de la gran reina Isabel la Católica. (...) principalmente para estrechar nuestras relaciones espirituales con aquellos pueblos que, pese a su independencia, conservan vivo, firme e intenso el cariño hacia la madre España. Y para exteriorizar la intimidad espiritual existente entre España, descubridora y civilizadora, y las formadas en el suelo americano, hoy prósperos Estados. Ningún acontecimiento, en efecto, es más digno de ser ensalzado y festejado en común por los españoles de ambos mundos, porque ninguno más ennoblecedor para España, ni más trascendental en la historia de las Repúblicas hispano-americanas.*

Efectivamente, España no podía sustraerse a ésta efemérides declarada Fiesta de la Raza oficialmente, como lo había sido ya en muchos de aquellos países, y no podíamos menos de celebrar un acto especial, dando el motivo de mutua significación de estrechar el lazo que nos une más y más en las voluntades y en los espíritus con las existentes relaciones de parentesco en que nos hallamos por razón de procedencia, a los que debemos procurar se agreguen, la de la recíproca conveniencia., afecto y hermandad. (...)

La fiesta de la raza, fiesta de las gestas patrióticas, de las bellas conquistas, de las mutuas aproximaciones, de los grandes históricos dominios de la fe y de la raza, tiene, para corresponder a su elevada

significación, que ser al mismo tiempo la fiesta de la caridad en pro de los más desafortunados y humildes."

Años después y en el monumento erigido en honor de Irigoyen en los Jardines del Parque de Madrid, se grabó una lápida con el texto íntegro del decreto con que el Gobierno argentino declaró Fiesta Nacional el día 12 de Octubre de cada año, y que dice así:

"Considerando:

Primero. Que el descubrimiento de América es el acontecimiento de más trascendencia que haya realizado la Humanidad a través de los tiempos, pues todas las renovaciones posteriores se derivan de ese asombroso suceso, que, al par que amplió los límites de la Tierra, abrió insospechados horizontes al espíritu.

Segundo. Que debió al genio hispano, al identificarse con la visión sublime del genio de Colón, efemérides tan portentosas, cuya obra no quedó circunscrita al prodigio del descubrimiento, sino que la consolidó con la conquista, empresa ésta tan ardua y ciclopa que no tiene términos posibles de comparación con los anales de los pueblos.

Tercero. Que la España descubridora y conquistadora volcó sobre el continente enigmático el valor de sus guerreros, el denuedo de sus exploradores, la fe de sus sacerdotes, el preceptismo de sus sabios, las labores de sus menestrales, y con la todos estos factores obraron el milagro de conquistar para la civilización la inmensa heredad en que hoy florecen las naciones americanas.

Por lo tanto, siendo eminentemente justo consagrar la festividad de esta fecha en homenaje a España, progenitora de naciones a las cuales ha dado con la levadura de su sangre y con la armonía de su lengua una herencia inmortal que debemos afirmar y mantener con jubiloso reconocimiento, el Poder ejecutivo de la nación decreta:

Artículo 1ª. Declarase Fiesta Nacional el día 12 de Octubre.

Artículo 2º. Comuníquese, publíquese, dese al Registro Nacional y archívese.

Firmado, H. Irigoyen".

En esta misma lápida se le la siguiente dedicatoria:

"La colectividad española de la República Argentina al Presidente Don Hipólito Irigoyen, creador del día de la Raza en América. Buenos Aires, 4 de octubre de 1.917."

Ninguna nación del mundo puede presentar una hoja de servicios tan limpia como la que España puede exhibir y festejar el Día de la Raza, en memoria y referencia a la conquista, civilización y evangelización de América. A pesar de ello, nuestros tradicionales e implacables enemigos nos acusan de crueles y de no haber hecho en al Nuevo Mundo nada que merezca la pena de ser recordado.

Tales acusaciones, injustas de todo punto, constituyen la famosa Leyenda Negra, que ciertos países extranjeros, apoyados por algunos malos españoles interesados en mantener viva la falacia de una verborrea antiespañola, que a ellos envilece y a nosotros honra, han venido vertiendo sobre España a través de los siglos. Y para rebatir estas acusaciones, basta citar las palabras fidedignas del norteamericano Ch. F. Lummis sobre los españoles en América, y que, por su veracidad y documentación fehaciente, amén de una belleza sencilla que toca las fibras de nuestra española, me atrevo a reproducir como testimonio objetivo y autentico e incuestionable:

"El honor de dar América al mundo pertenece a España; no solo el honor del descubrimiento, sino el de una exploración que duró varios siglos y que ninguna otra nación ha igualado en región alguna. Es una historia que fascina y, sin embargo, los historiadores extranjeros no han hecho hasta ahora una mínima justicia. Se nos ha enseñado a apreciar lo asombroso que ha sido el que una nación mereciese una parte tan grande del honor de descubrir América, y, sin embargo, cuando lo estudiamos a fondo es en extremo sorprendente. Había un Viejo Mundo grande y civilizado; de repente se haló un Nuevo Mundo, el más importante y pasmoso que registran los anales de la Humanidad.

A una nación le cupo en realidad la gloria de descubrir y explorar la América, de cambiar las nociones geográficas del mundo y de acaparar los conocimientos y los negocios por espacio de siglo y medio. Y esa nación fue España.

Un genovés, es cierto, fue el descubridor de América; pero fue en calidad de español, fue de España por obra de la fe y el dinero de los españoles, en buques españoles y con marineros españoles, y de las tierras descubiertas tomó posesión en nombre de España.

También fue España la que envió un florentino de nacimiento, a quien un impresor alemán hizo padrino de medio mundo, que no tenemos seguridad que él conociese; pero que estamos seguros de que no debería llevar su nombre. Llamar América a este continente en

honor de Américo Vespucio, fue una injusticia, hija de la ignorancia, que ahora nos parece ridícula; pero, de todos modos, también fue España la quien envió el varón cuyo nombre lleva el Nuevo Mundo.

Pero más hizo Colón que descubrir la América, o cual es ciertamente bastante gloria para un hombre. Pero en la valerosa nación que hizo posible el descubrimiento no faltaron héroes que llevasen a cabo la labor que con él se iniciaba. Ocurrió ese hecho un siglo antes de que los anglosajones pareciesen despertar y darse cuenta de que realmente existía un Mundo Nuevo; durante ese siglo la flor de España realizó maravillosos hechos. Ella fue la única nación de Europa que no dormía. Sus exploradores, vestidos de malla, recorrieron Méjico y Perú, descubriendo nuevas tierras haciendo de aquellos reinos partes integrantes de España.

Cortés había conquistado y estaba colonizando un país salvaje doce veces más extenso que Inglaterra, muchos años antes de que la primera expedición de gente inglesa hubiese siquiera visto la costa donde iba a fundar colonias en el Nuevo Mundo, y Pizarro realizó aún más importantes obras. Ponce de León había tomado posesión en nombre de España de lo que es ahora uno de los Estados Unidos, una generación antes de que los sajones pisasen aquella comarca. Los españoles habían descubierto, conquistado y casi colonizado la parte interior de América, desde Kansas hasta Buenos Aires y desde el Atlántico al pacífico. La mitad de los estados Unidos, todo Méjico, Yucatán, la América Central, Venezuela, Ecuador, Bolivia, Paraguay, Perú, Chile. Nueva Granada y además un extenso territorio pertenecía a España cuando Inglaterra adquirió unas cuantas hectáreas en la costa americana más próxima.

No hay palabras con que expresar la enorme preponderancia de España sobre todas las demás naciones en la exploración del Nuevo Mundo. Españoles fueron los primeros que vinieron y sondearon el mayor de los golfos; españoles los que descubrieron los dos ríos más caudalosos; españoles los que por vez primera vieron el Océano Pacífico; españoles los primeros que supieron que había dos continentes en América; españoles los primeros que dieron la vuelta al mundo.

No solo fueron los españoles los primeros conquistadores del Nuevo Mundo y sus primeros colonizadores, sino también sus primeros civilizadores. Ellos construyeron las primeras ciudades,

abrieron las primeras iglesias, escuelas y universidades; montaron las primeras imprentas y publicaron los primeros libros; escribieron los primeros diccionarios, historias y geografías y trajeron los primeros misioneros. Antes de que en Nueva Inglaterra hubiese un verdadero periódico, ya ellos habían hecho un ensayo en Méjico ¡y en el siglo XVII!

Una de las cosas más asombrosas de los exploradores españoles - casi tan notable como la misma exploración- es el espíritu humanitario y progresivo que desde el principio hasta el fin caracterizó sus instituciones. Algunas leyendas que han perdurado pintan a esa heroica nación como cruel para con los indios; pero la verdad es que la legislación española referente a los indios es incomparablemente más extensa, más comprensiva, más sistemática y más humanitaria que la de la Gran Bretaña, la de las colonias y la de los Estados Unidos, todas juntas. Aquellos primeros maestros enseñaron la lengua española y la religión cristiana a mil indígenas por cada uno que nosotros aleccionamos en idioma y religión. Ha habido en América escuelas españolas para indios desde el año 1524. Por el 1 575, casi un siglo antes de que hubiese una imprenta en América inglesa, se habían impreso en la ciudad de Méjico muchos libros en doce dialectos indios; y tres Universidades españolas tenían casi un siglo de existencia cunado se fundó la de Harward. La inteligencia y el heroísmo corrían parejos en los comienzos de la colonización española en el Nuevo Mundo".

Además de lo anterior, añadiré que las famosas Leyes de Indias, en las cuales se ordena la formación religiosa y cultural del indio; la reglamentación del trabajo y la creación de subsidios y cajas de ahorro. Así como la construcción de caminos y florecientes ciudades, amén de haber llevado a tierras americanas muchas plantas y animales que ellos desconocían. Y, por si fuera poco, la recomendación de que los españoles e indios contrajesen matrimonio entre sí, para que, mezclando su sangre, llegaran a ser lo que en realidad ya eran: hijos de un mismo Dios y hermanos de Jesucristo. Pese a la leyenda negra, la obra de España en América está bien patente: sus naciones celebran todos el Día de la Raza y dan a nuestra Patria el cariñoso nombre de MADRE, y ello constituye la mejor prueba de su agradecimiento.

En 1926 el sacerdote español Zacarías de Vizcarra propuso en Buenos Aires que debiera utilizarse «Hispanidad» en vez de «Raza»

en la denominación de la fiesta del doce de octubre. Y Aunque legalmente la Fiesta de la Raza no fue renombrada en España hasta 1958 como Día de la Hispanidad, de hecho, el rótulo Día de la Hispanidad fue sustituyendo al de Fiesta de la Raza desde los últimos años treinta.

XXII

HISPANIDAD

¡Hispanidad! Qué expresión tan bella y tan sonora situada por encima del tiempo y del espacio, con una significación de afirmación permanente y vigorosa de algo tan grande como espiritual y glorioso que flota sobre las almas que vibran con un sentido y estilo hispánico.

La Hispanidad lleva el sello inconfundible de ese estilo español propenso siempre a crear magníficas obras de las que sobresale la espiritualidad de su alma por encima de los valores materiales de sus empeños. Hispanidad, la impronta que deja nuestro estilo en cuantas empresas acomete por grandes y distintas que sean. Es el sello español que es exclusivo de nuestra raza y que aparece -siempre igual- en nuestras guerras de independencia, de reconquista, en el descubrimiento, en las Leyes de Indias, en nuestras obras famosas de arte, en nuestros sobrios monasterios, en nuestra música alegre, entrañable y eterna, en los inmortales Tercios, en nuestros conquistadores, en nuestros preclaros varones sabios o santos.

Porque la Hispanidad es espíritu cristiano, viajero, místico, indomable, aventurero y español; y su trasfondo como esencia aquilatada, en el crisol de la Patria, está ese espíritu hispánico, origen imperecedero que subsiste en nuestro talante con una huella indeleble marcada en todas las situaciones y aconteceres en los interviene nuestro pueblo. Y ese espíritu que ha impregnado a hombres y épocas de la cultura hispánica en ideas y pensamientos, es la esencia de los valores más puros que florecen siempre en nuestra vieja raza. Es la fe en Dios, el fiel amor a la Patria y la lealtad a la Historia, que, como suave perfume, brota de los valles y serranías de España y en las alas del viento se recoge como rocío, en las tierras del mundo entero, llevando con el espíritu de los evangelios, la civilización, la influencia de su espiritualidad, de su cultura e incluso su mismo modo de ser.

Y es que nuestra Patria, tras crecer y fortalecer en cultura y solidaridad, plena de valores y ansiosa de extender su fe, de la que se había hecho su principal defensora, se lanzó en pos de lo desconocido, alcanzando el más colosal descubrimiento, que

colonizó fecundándolo con un predominante matiz religioso, faro y puerto de aquellas maravillosas tierras hermanas.

Hispanidad es el caudal de la sangre española que, enriquecida y fecunda, hizo el milagro de fertilizar los campos estériles más inexplorados y desconocidos. Tiene esa sangre la bravía independencia del nuestros primeros pobladores, la libertad de los Iberos, la heroica firmeza de los Celtas, el transparente y limpio marchamo de los Romanos, el coraje viril de los Visigodos, la fiereza y el inconformismo de los Almogávares, la pasión vehemente de los mozárabes, la firmeza, el heroísmo, la religiosidad, la unidad, el temple y el tesón de cuantos hicieron realidad la reconquista, así como la austeridad señorial de nuestro suelo patrio, en donde en sus limpias tierras se abrazan la vez el rojo de nuestra sangre y el oro de nuestros trigos, formando así la sagrada Bandera que se recorta orgullosa en el puro y limpio azul de nuestro cielo.

Hispanidad no es algo abstracto y etéreo, sino que es la civilización hispana concentrada del bagaje cultural, con un contenido que camina al paso ascendente y seguro de la humanidad. Es la comunión espiritual y recíproca; es la hegemonía espiritual que dirige y marca una reconocida influencia. Es la singularidad de un estilo tan español como hispanoamericano.

Hispanidad es la historia de nuestra raza, de nuestra tierra y del ser de nuestra Patria; es el cauce amplio por donde nuestro espíritu y nuestra sangre, en todas las épocas y en todos los terrenos han macado nuestro estilo. Hispanidad son los hombres que nacieron y partieron del solar patrio para fundir su sangre con la sangre india del nuevo Mundo y con el plasma oriental y tagalo de las Islas Filipinas.

Hispanidad es la aventura histórica que se inicia en el Puerto de Palos el 3 de agosto de 1492, hacia lo desconocido poniendo las proas de las tres carabelas: la “Santa Maria”, la “Niña” y la “Pinta”, pilotadas respectivamente por Juan de la Cosa, y los hermanos Martín Alonso Pinzón y Vicente Yánez Pinzón, quienes con un centenar de españoles llevaban la fe como única brújula que los guiaba en manos de Cristóbal Colón. Iban dejando las blancas espumas de sus estelas en aquel mar entonces tenebroso y desconocido, hasta que a las dos horas después de la media noche, en a madrugada del 12 de octubre del mismo año, fiesta de Nuestra Señora del Pilar, Rodrigo Sánchez de Bermejo grito: ¡Tierra! El

Almirante Colón salió en una barca con los hermanos Pinzón, y al pisar tierra clavó el Pendón victorioso de Castilla y la Cruz Redentora del Calvario, al tiempo que arrancaba de su pecho aquel grito de adoración y de amor: *"¡Gloria Dios! Y ¡Viva España!"*

Hispanidad es huella de esa magnífica epopeya, que en tierras americanas fundió en un mestizaje a esas morenas criaturas nacidas de la mezcla española y americana, porque en aquella hazaña de Indias, embajada de amor, como dijo San Agustín: "*El hombre no pude crear sino queriendo*", Por ello, aquellas nuevas naciones como todo lo que cree en Dios y habla español, es esencia viva de Hispanidad, porque nuestro soberbio orgullo está en no encerrarse en las fronteras de la raza, sino en traspasar a otros nuestros ideales religiosos haciéndoles rezar al mismo tiempo con el acento sonoro de nuestra lengua castellana.

Hispanidad es también la joya valiosa de nuestra cultura que, cual magnífico botafumeiro, vierte por el mundo el incienso de las ideas españolas. Y si pasado nuestro siglo de oro la literatura española se empobrece, allí quedan en Lima, Méjico y Santiago de Chile, las universidades creadas por nosotros, y que siguen siendo foco irradiante de cultura con una personalidad propia del estilo hispano.

Hispanidad son los soberbios cuadros, los viejos códices, los amarillentos pergaminos, los vetustos bargueños en donde se guardan los viejos relicarios de nuestros recuerdos, los antiguos fueros, nuestras antiguas tradiciones, nuestros dichos y refranes, todo aquello que es símbolo de nuestro genio hispano.

Hispanidad es el germen que fecundó veinte siglos de excelsa historia, creando, porque fuimos y somos misioneros, poetas y soldados, por docenas las Naciones y los Estados. Y por ellos, las nuevas ciudades que se fundaron fueron bautizadas sencillamente con nombres españoles, que hablan de cómo el empeño heroico iba a la par de las sanas ilusiones del sembrador: Santa Fe, Santo Domingo, Nueva España, Reino de Granada, Veracruz., San Diego… ¡Que bella y gigantesca proeza! Fue tan inmensa la grandeza alcanzada por nuestra raza que al decir de Vázquez de Mella *"avasalló el mar, rindió los Andes, triunfó en los pantanos de Flandes y en los vértices d los Apeninos; imperó sobre toda Europa dominándola por la fe de Trento y en las Universidades más famosas por la ciencia"*.

Por aquellas tierras sorprendentes y lejanas van nuestros exploradores con sus vestiduras de malla. Cortés por tierra de

Méjico; Pizarro por el maravilloso impero de los Incas; Cabeza de Vaca, desde Florida a California, mientras que en dirección distinta navegan Magallanes y Vasco Núñez de Balboa.

Esta es la tradición maravillosa que nos entregamos de una generación a otra en forma de relevo, quedando obligados a conservar y fortalecer nuestro patriotismo -tesoro material y espiritual- para legarlo como herencia honrosa a nuestros descendientes raciales. En ella van nuestros sentimientos más íntimos, nuestra forma de reír, de cantar, de llorar, de rezar, de vivir… nuestro hábito ancestral luchar y nuestro inconfundible modo de morir, único en el mundo. Y ante tal grandeza de raza y ante la magnitud de tanto heroísmo derrochado una pluma certera escribió: *"España, que había despoblado sus tierras de hombres, había llenado el cielo de Santos".* Por eso, la Hispanidad es también el recuerdo leal para los que duermen su último sueño en la paz de sus tumbas abiertas bajo el sol de todos los meridianos. Ellos y solo ellos, fueron los artífices de nuestro Imperio y propagadores, con él, de la fe de Cristo. Para ellos nuestro mejor recuerdo con el honor de nuestra exigencia en levantar a España a las más altas cimas en donde antaño acariciaba el sol continuamente nuestra gloriosa bandera. Pero no penséis que la Hispanidad es un pasivo recuerdo de glorias imperecederas, sino que es un activo vibrar sin límites ante nuestra historia pasada y un sentir en nuestros corazones de la necesidad y del ansia de rescatarlo en forma espiritual, porque la Hispanidad, es flecha viril que apoyándonos en el arco tenso de nuestra tradición que, ebrios de entusiasmo, ansiamos lanzar con todo el coraje de nuestra fe y el profundo patriotismo, contra el blanco de nuestras legítimas y justas reivindicaciones.

El centinela vigilante y las inquietudes de hoy son el yugo con el que pretendemos unir, con una continuidad machacona y permanente, los heroicos laureles de ayer con las glorias que para el mañana de nuestra Patria deseamos.

La Hispanidad por sí misma solo podemos concebirla reconociendo el derecho a ser y a vivir de cada pueblo, porque la Hispanidad no es ni fue imperialismo brutal, ni conquista de mercados, ni explotación del trabajo de indígenas coloniales, ni admitir e imponer privilegios ni hegemonías de cualquier forma. Hispanidad es únicamente la expansión y prolongación de la Patria en sus ideales, porque el ser de la Patria y su esencia es fuente de

inmortalidad y manantial inagotable de valores universales y eternos.

Hispanidad es nuestra obra de veinte naciones soberanas que, labradas con el cincel español, rezan hoy en el lenguaje castellano más puro. Y eso es así porque nos extendimos para sembrar nuestra fe y trasvasar las esencias más limpias de nuestro espíritu desinteresado y el pródigo caudal de nuestra sangre inflamada. No fue un vasto sistema de explotación colonial lo que creamos, como el odio y la envidia han pretendido levantar en una leyenda negra, que aún alcanza a nuestros días, como por ejemplo la petición formulad, en plena Cruzada de Liberación Nacional, del Presidente Roosevelt al Papa Pío XII de que declarara herética la Hispanidad, sino que al contrario sintámonos orgullosos porque llevamos como lema en nuestra cabalgada heroica la verdad del evangelio. Ayer como hoy buscamos únicamente el reino de Dios y su justicia, todo lo demás se recibirá por añadidura.

XXIII

CAIDOS POR DIOS Y POR ESPAÑA

¡Apagad los cirios, la Patria no está muerta! ¡España no puede morir! Verdaderamente está herida de expiración y sus hemorragias son múltiples, pero aún resta en ella la sangre de tantos y tantos mártires, que en el cenit del patriotismo supieron cumplir con el testimonio de su palabra dada en el juramento solemne de defenderla hasta morir.

A lo largo y ancho de tu historia, ¡Patria mía¡ ¿cuántos hijos caídos en el holocausto del verdadero amor patrio? Innumerables fueron y son los inmolados. Imposible rememorar y relatar, una a una, las cuentas del inmenso rosario de patriotas sacrificados en el altar de la Patria. Basta una sola de ellas, como muestra de esta crucifixión de España, para que la semblanza desgarradora de tanta sangre vertida muestre la semilla imperecedera del martirologio Hispano.

Situémonos en San Sebastián en los albores de la Cruzada del 36 y contemplemos la escena de trece patriotas detenidos a los que, sin juicio previo, los rojos les comunican que en breve serían fusilados por "carcas".

Al impacto de tan criminal anuncio Don Honorio Maura valientemente pidió un confesor. Solicitud que le fue denegada en el acto. Entonces, ante la tajante negativa, Víctor Pradera Larrumbe, muy entonado, reiteró la petición, e igualmente le fue denegada con una pregunta osada: *"¿Para qué confesión, si no existe Dios?"* A lo que el Sr. Pradera, alzando su voz, le contestó*: "Pues si usted no cree que Dios existe, yo lo creo y declaro públicamente en estos momentos que Dios existe."*

Esta solemne declaración pública de fe fue oída y ratificada por los demás compañeros, y por otros ocupantes de celdas contiguas que se encontraban también en tan angustiosa situación.

Con la entereza que da la razón, todos ellos, como los primeros mártires, aceptaron tranquilos y serenos aquella sentencia de muerte, al tiempo que se entregaban a las más elevadas consideraciones ofreciendo a Dios el sacrificio que de ellos exigía.

Entre los trece condenados se encontraba Javier Pradera, joven de delicada salud, que se desvaneció en los brazos de su padre, quien le dijo amorosamente: *"¿Desfalleces?"* Y casi con el sentido perdidos le contestó*: "Padre, ¡Morir a los treinta y un años, dejando a mi mujer y a mis tres hijos pequeños abandonados!"* Sin dejar un hueco al silencio, el padre le dijo: *"Pero, Javier, hijo mío, ¿No consideras que podías haber muerto, sin mérito alguno, de una simple pulmonía, y que ahora vas a tener el honor de morir gloriosamente, como yo, por Dios y por España, seguro de que el cielo y la Patria velaran mejor que tu por los tuyos*?" Y el hijo, ya reaccionado, porque la naturaleza es flaca y el espíritu está pronto, abrazándose a su padre le contestó convencido: *"¡Si, Padre!"*

Después, y sin dar tiempo al tiempo, Víctor se dirigió a todos los demás los exhortó: *"Vamos a morir como cristianos, como caballeros y como españoles. ¡Abrácenme, y a pensar en el cielo!".* El primero en hacerlo fue el Sr., Matos, después al General Musiera, al que en un apretado abrazo le dijo: *"Yo no tenía el honor de conocerle, mi General, pero Dios quiere que sellemos ahora nuestra amistad aquí, en este reducto patriótico, para cultivarla después en el cielo."*

Musiera, como General cristiano, y siguiendo abrazado a Víctor Pradera le da ánimos diciéndole: *"¡Vamos a morir por Dios y por la Patria, pero estimo como un altísimo honor el morir con un hombre como usted…"*

Y luego abraza a los Sres. Balsaga y a Vignau, modelos de patriotas y cristianos. Y al Sr. Carona, que le responde completamente resignado: *"Si de los tres hijos que tengo, han matado a dos de ellos, y del otro no se nada. ¿Cómo no he de estar pronto a morir para reunirme con ellos?"*

Y por fin al Sr. Jalón, al que desconoce e igualmente abraza diciendo: *"Permítame que le abrace, pues, aunque no tengo el honor de conocerle y saber si es usted católico, con este abrazo se sellará este primer encuentro."*

"¡Soy católico!", contesto orgulloso el desconocido Sr. Jalón, *"aunque no lo soy tanto como usted".* A lo que el líder tradicionalista le contesta sin dejar de estrecharle entre sus brazos: *"Solo Dios lo sabe, por lo que le suplico y le encarezco que se recoja un momento y diga el acto de contrición".* Asintió Jalón, y bajando la cabeza, quedo como ensimismado para, a renglón seguido, animar

a los presentes a que lo rezasen todos con él. Pero el Sr. Maura se interpuso diciendo: *"Recemos antes todos y en voz alta el Padre Nuestro".*

Y se recitó en tal forma, con la entereza y tal unción, que jamás se ha oído rezar un Padre Nuestro ni ha llegado tan al alma como el que allí se rezaba.

Entonces Leopoldo Matos comenzó el acto de contrición y mientras lo rezaban dejaron de pensar en el mundo, convencidos de que muriendo por Dios y por la Patria terrenal, Éste les daría como premio la Patria celestial.

No se oyó un solo sollozo. Ninguno de los trece asesinados se emocionó traicionado por la sensibilidad del momento, sino que, purificadas y aptas ya sus almas para volar al cielo, solo pensaban y se recreaban en se momento feliz de poder perdonar a sus asesinos…

Ahora, sí. ¡Encender los cirios! Que alumbren el camino del cielo a tantos patriotas que dejaron aquí su sangre para que la Patria pudiese resistir las puñaladas abiertas.

"El árbol de la raza ha florecido.
Primavera como ésta ¿Quién la ha vivido?"

He querido plasmar mis palabras con esta invocación escénica tan conmovedora como cristiana de estos españoles católicos que fueron fusilados e inmolados a manos de aquellos que renegaban de Dios y que con saña y odio perseguían a traición todo vestigio católico, nacional y patriótico.

Con dichas palabras queda justificado el por qué en las lápidas que los recuerdan en su pleno y hondo significado de caídos por Dios y España. Y no sólo porque ellos, nuestros seres inolvidables, nos dieron para siempre una pauta y un ejemplo sino porque nosotros, sus familiares, debemos acomodar nuestra conducta a una norma que debe estar siempre en nuestros pensamientos: Amar a Dios y a España con todo lo que ello implica. Amar a Dios para no ofenderle con nuestra conducta. Amar a Dios por habernos hecho mejores en nuestro dolor, amar a Dios porque Él nos manda perdonar. Ese perdón y ese amor que ellos, estamos bien seguros, les otorgaron en su último instante cuando aquellos facinerosos del Frente Popular dispararon sus cartuchos de odio y de muerte. Y amar a España; si amar a España, que esta palabra entrañable penetre hasta lo más

hondo de nuestros pensamientos, que sea faro de luz, limpia y pura que depure nuestras acciones, que no es sólo una palabra que nos hable de una Patria hermosa y bella de gratas sorpresas y viejos rencores, de sonrisas y muerte, sino de esfuerzos y trabajo para hacerla con nuestro quehacer cada día mejor.

Nuestra geografía es plena de placas conmemorativas en recuerdo de todos los que lucharon por Dios y por España y no pudieron gustar el sabor de la Victoria. Son como enseñas gloriosas que nos refrescan una memoria aún caliente del día en que fueron elevados a la categoría de héroes de la Patria y mártires de la fe.

La mayoría de las veces nuestra admiración solo nos induce a rezar una oración al buen Dios para que les acoja benigno en su reino. Otras, anonadados ante tanto honor y tanta gloria, no encontramos las palabras, y sólo nos cabe guardar un respetuoso silencio por los que hicieron el más alto sacrificio. Y después, con gran serenidad, recordar los versos vibrantes y escalofriantes de un amor consagrado a la Patria:

Lo demandó el honor y obedecieron,
lo requirió el deber y lo acataron;
con su sangre la empresa rubricaron
con su esfuerzo la Patria engrandecieron.

Fueron grandes y fuertes, porque fueron
fieles al juramento que empeñaron.
Por eso como valientes lucharon,
y como héroes murieron.

Por la Patria morir fue su destino,
querer a España su pasión eterna,
servir en los Ejércitos su vocación y sino.

No quisieron servir a otra Bandera,
no quisieron andar otro camino,
no supieron morir de otra manera.

Puestos a testimoniar con orgullo estas “voces” escritas en las lápidas de los caídos por Dios y por España, no tengo más remedio que haceros participes de la que con desgarradora voz gritan escritos

en la placa que contienen los versos del gran poeta y escritor Antonio Rey Soto, y que están en la primera columna en la catedral de Orense -lado del Evangelio- y que dice:

"Caminante: Esa lámpara votiva
que a los pies del Señor monta la guardia
con la alabarda de oro
eternamente enhiesta de su llama,
simboliza el recuerdo, inextinguible
en la tierra orensana,
de aquellos inmortales campeones
que, heroicos, dieron a la madre España
la sangre que hacía falta a su bandera
de vergüenza y dolor amoratada...
Caminante: la tierra de esos mártires
te pide un "Padre Nuestro" por sus almas".

No pude menos que emocionarme y conmoverme al leer estos versos que me movieron, al finalizar su lectura, como espero ocurrirá a quienes los lea con amor y dolor, a rezar la plegaria que los mártires nos piden.

Y ahora, para finalizar, junto al ¡Viva España! Loor a cuantos hicieron oblación de sus vidas en el servicio a España. Y sea esta oración, escrita por Sánchez Mazas, nuestra súplica y nuestro recuerdo permanente:

"*Señor, acoge con piedad en tu seno a los que mueren por España y consérvanos el santo orgullo de que solamente en nuestras filas se muera por España y de que solamente a nosotros honre el enemigo con sus mayores armas.*

Víctimas del odio, los nuestros no cayeron por odio, sino por amor, y el último secreto de sus corazones era la alegría con que fueron a dar sus vidas por la Patria.

Ni ellos ni nosotros hemos conseguido jamás entristecernos de rencor ni odiar al enemigo, y tú sabes, Señor, que todos estos caídos mueren por liberar con su sacrificio a los mismos que les asesinaron, para cimentar con su sangre joven las primeras piedras en la reedificación de una Patria libre, fuerte y entera.

Ante los cadáveres de nuestros hermanos, a quien la muerte a cerrado los ojos antes de ver la luz de la victoria, aparta, Señor, de nuestros oídos las voces sempiternas de los fariseos, a quienes el misterio de toda redención ciega y entenebrece, y hoy vienen a pedir con vergonzosa urgencia delitos contra delitos y asesinatos por la espalda a los que nos pusimos a combatir de frente.

Tú no nos elegiste, Señor, para que fuéramos delincuentes contra los delincuentes, sino soldados ejemplares, custodios de valores augustos, números ordenados de una guardia puesta a servir con amor y valentía la suprema defensa de una Patria.

Esta ley moral es nuestra fuerza. Con ella venceremos dos veces al enemigo, porque acabaremos por destruir no solo su potencia, sino su odio. A la victoria que no sea clara, caballeresca y generosa, preferimos la derrota, porque es necesario que mientras cada golpe del enemigo sea horrendo y cobarde, cada acción nuestra sea la afirmación de un valor y de una moral superiores.

Aparta así, Señor, de nosotros todo lo que otros quisieran que hiciésemos y lo que se ha sólido hacer en nombre de un vencedor impotente de clase, de partido o de secta, y danos heroísmo para cumplir lo que se ha hecho siempre en nombre de un Estado futuro, en nombre de una cristiandad civilizada y civilizadora. Tú solo sabes, con palabras de profecía, para qué deben estar aguzadas las flechas y tendidos los arcos.

Danos ante los hermanos muertos por la Patria perseverancia en este amor, perseverancia en este valor, perseverancia en este menosprecio hacia las voces farisaicas y oscuras, peores que voces de mujeres necias.

Haz que la sangre de los nuestros, Señor, sea el brote primero de la redención de España, en la unidad nacional de sus tierras, en la unidad social de sus clases, en la unidad espiritual en el hombre y entre los hombres, y haz también que la victoria final sea en nosotros una entera estrofa española del canto universal de tu gloria. Que así sea, Señor".

Con lo anteriormente narrado, parece como si solo fuesen mártires los cristianos españoles que murieron por Dios y por España. ¿Y los que murieron por la República y por la libertad?

Con lo anteriormente narrado, parece como si solo fuesen mártires los cristianos españoles que murieron por Dios y por España. ¿Y los que murieron por la República y por la libertad?

En la misma pregunta está implícita la respuesta, aunque para mejor comprenderla es necesario que, si bien es verdad que la totalidad de los españoles cayeron lo fueron por España, diferenciemos el sentido que tenía para cada uno de los bandos la Patria. Unos la querían entera y Católica, los otros rota y roja, de ahí la persecución religiosa y los mártires, testigos de la fe, que con todo derecho figuran en las placas como caídos por Dios y por España. Epígrafe que no podrá jamás figurarse en las placas de los sin Dios. Seria incongruente y falso, pues no murieron por el honor de Dios, ni gritando ¡Viva Cristo Rey!, sino ¡Viva Rusia! y disparando contra el cielo.

Para dar punto final y en memoria de cuantos murieron por Dios y por España, mal que pese a quienes debería pesar, termino este recuerdo emocionado rezando con un poeta que tanto amaba a Dios y España. Con Paul Claudel.

"En esta hora de tu crucifixión Santa España.
En este día, hermana España, que es tu día,
llenos los ojos de entusiasmo y de lágrimas
te envío mi admiración y mi amor…

Doce Obispos, siete mil sacerdotes asesinados
¡Y ni una sola apostasía!
Como uno que hace que duerme…
Y luego de repente
¡Siete mil mártires!
Las puertas del cielo no bastan para tanta gente…

Cuando todos los cobardes traicionaban,
tú si, tú una vez más
¡no quisiste aceptar!
Como en tiempos de Pelayo y de El Cid,
tú una vez más has sacado la espada…

Y ha llegado el momento por fin
de saber el color de nuestra sangre".

XXIV

LA BANDERA

Aún recuerdo como si fuese ayer, aquella mañana de junio de 1958, donde, bajo un sol de plomo, bese emocionado los pliegues de la enseña nacional. Esa Bandera bicolor que es el sagrado símbolo de nuestra Patria. Ese estandarte santificado por la sangre de tantos mártires sacrificados en el altar de primaveras, que representa a la totalidad de la nación en sus hombres y en sus tierras. Allí, acariciada por el viento, estaba la Bandera de la Patria alzada airosa como un reto permanente al viento de las montañas. La misma que flamea arrogante en los barcos españoles sobre la espuma orientadora de su estela, la misma que se alza airosa en embajadas y consulados para recordar al emigrante o al viajero que allí, donde está izada, hay un trozo de España.

Aquel día primaveral, en el silencio de la sierra rodeado de barracones de madera humedecida e hinchada por el roció mañanero de la sierra, se elevaba solemne una tribuna, construida expresamente para aquel acto el juramento a la bandera, desde donde le presidirían las autoridades castrenses y religiosas. Allí estábamos formados por Compañías, en posición de firmes, los reclutas del Batallón, aguardando sumisos y ansiosos el supremo instante de depositar, como testimonio del acto voluntario que íbamos a jurar, un beso eterno en los pliegues de aquella bandera que era como si se lo diésemos a la Patria.

Al toque de corneta reglamentario y tras de pasar revista a la Tropa, el Coronel del Regimiento saludo a la bandera y dirigiéndose a un pódium colocado frente a la Tribuna, subió a él, y con gran apostura saludó a las autoridades militares, eclesiásticas y civiles, después de una pequeña pausa, envuelta en un silencio absoluto, se dirigió a nosotros, A los reclutas que íbamos a jurar la bandera, y levantando su brazo derecho nos mostró con su mano la Bandera de España, la saludó inclinando ceremonialmente su cabeza., y con voz vibrante, pausada comenzó una arenga que jamás podré olvidar:

"¡Ahí tenéis la enseña de la Patria!
Izada en la raíz de nuestra tierra,
apoyada en la fe de nuestra raza,
enarbolada en altar de primaveras,
fecundada por la savia de la historia,
en gestas gloriosas allende las fronteras.

¡Ahí está nuestra bandera!
Dos ríos de sangre hispana
en un mar de olas amarillas.
¡Que nadie ose profanarla!
Ni siquiera que roce sus orillas,
a no ser que cante sus victorias
y la bese postrado de rodillas"

Y tras tan emocionante introducción, y unas palabras alentadoras y explicativas al acto que íbamos a protagonizar nos exhorto:

"¡Soldados! ¿Juráis por Dios y prometéis a España, besando con unción su bandera, obedecer y respetar las Leyes Fundamentales del Reino y a vuestros jefes, no abandonarles nunca y derrama hasta la última gota de vuestra sangre en defensa de la Patria?"

¡¡¡Si, lo juro!!! Contestamos todos los soldados.

Y en con ese grito de asentimiento, pronunciado con ardor militar, se hicieron presentes en mi memoria esa mezcla de gestas y aconteceres históricos que, en versos juramentados, Emilio Romero han sido los elevados a la categoría de sublimes es este poema que no puedo sustraerme a transcribir:

¡Sí, juramos!
La Patria unida y la bandera al viento,
nuestro mapa en la tierra.
Este sitio y no otro; bajo el cielo,
el rojo y gualda de nuestra bandera.
Una Nación. Una Patria. Un Pueblo.

¡Sí, juramos!
El destino común de nuestra raza,
su deslumbrante historia,
ese relato atroz que es la Gran Marcha
de la que todos siempre hacen memoria,
cuando más mundo unos cuantos fundaron.

¡Sí, juramos!
Las vides, los pinares y el trigo
y el aceite y la naranja,
y las nieves perpetuas, y el estribo
con Europa y dos mares y África;
siendo brisa, plataforma y camino.

¡Sí juramos!
No dejarnos vender por servidores
de intereses de fuera,
no postrarse ante dudosos santones,
o al impulso de un fulano cualquiera.
No perder ni identidad, ni blasones

¡Sí, juramos!
No dividirnos en pequeñas patrias,
en tribus regionales,
en regresión a las antiguas razas,
a las viejas razones ancestrales.
Nos une a todos, solamente, España.

¡Sí, juramos!
Barrer de nuestro suelo a los agentes
de los colonizadores.
Limpiar de nuestra compañía la aparente
cordialidad de tantos opresores;
quitar de nuestro lado, mala gente.

¡Sí, juramos!
Amar de España su historia y su destino,
sus hombres, sus mujeres,
su tradición, su futuro, su estilo,

sus muertos, todos sus aconteceres;
eso que ha sido su gloria y su martirio.

¡Sí, juramos!
No traicionarnos como muertos de hambre,
tampoco desdecirnos.
Alta la frente, buen talante,
ni orgullosos, ni soberbios, ni mínimos;
abierto el corazón y buen semblante.

¡Sí, juramos!
Que no hay pueblo mejor que nuestro pueblo,
ni Patria más hermosa,
ni hay credo mejor que nuestro credo.
Solamente o, tal vez, por una cosa:
porque es más luminoso y más azul el cielo.

¡Sí, juramos!
La libertad, la Patria, y la Justicia.
nuestro solar fecundo,
el arte, la cultura y la milicia,
nuestra huella gloriosa por el mundo,
y del viejo humanismo su noticia.

¡Sí, juramos!
No perecer bajo ninguna bota,
no sucumbir bajo ningún tirano,
no jurar ante Dios su ley en vano.
no aceptar una España pobre y rota.
Y si por nuestra culpa vence la derrota
que Dios nos deje siempre de su mano.

"Si así lo hacéis, la patria os lo agradecerá y premiará, y si no, mereceréis su desprecio y su castigo, como indignos hijos de ella. ¡Soldados!, ¡Viva España!! Concluyo el Coronel.

Y así, en presencia de nuestra Bandera, ondeando sobre la mirada en lagrimada de muchos y enarbolada en el corazón de todos los que acabábamos de besarla y prometido defenderla hasta perder la última gota de nuestra sangre, en compromiso perpetuo de que con

ese juramento de sumisión más que de obediencia había brotado de lo más profundo de nuestro ser, sellamos, este acto inolvidable, el reto consciente de que la conservación y el engrandecimiento de de la Patria dependería siempre de nuestros actos.

Al menos, para mí, estos fueron mis vivencias: cuando me acerqué a besarla, no pude hacerlo obligado, sino rendido y subyugado como un novio ante el amor de su amada, acatando toda responsabilidad del deber y la entrega de toda mi alma. Sabedor que en ese beso había quedado empeñada mi palabra de entregarme en plenitud más allá de la vida y de la muerte. Y así, pleno de conocimiento, bese la Bandera, sabiendo que en ella estaba poniendo mis labios en las mejillas de España. Fue un beso limpio en caricia prolongada sobre aquellas sedas rojas y doradas que almacenaran, para siempre, en sus pliegues, mi cortejo y mi palabra, para que Dios me la premie si la cumplo y la guardo con fidelidad a mi Patria. Y, os digo, que en aquel juramento deseado y perpetuo me consagré total y voluntariamente a la Patria.

En ese preciso momento de besar a la enseña nacional, me convertí en soldado raso de España, que soy a perpetuidad, porque cuando un hombre jura, lo hace "in eternum", como los ríos que no tienen marcha atrás. Muchos somos los que hemos besamos la bandera bajo el compromiso de testimoniarlo y confirmar nuestra la lealtad a la palabra dada, de luchar y morir bajo la sombra de este glorioso Blasón, cuando el cumplimiento de ese juramento sea una exigencia d la Patria.

Porque la vida es lucha y sacrificio, y el deber y obligación de todo español, aunque seamos soldados rasos, es velar por la integridad de la Patria, por su grandeza y su libertad. Y se sirve a Dios y se sirve a España con la entrega total y cotidiana en el servicio y en el trabajo. Porque en la paz, es el trabajo lo que engrandece a los pueblos y los eleva a su grandeza y prosperidad. Y son los nobles ideales los que empujan a los pueblos alentándolos a las grandes gestas y a l máxima perfección.

Cuando en los momentos tristes o alegres nos apoyamos en la fe de nuestros mayores. Cuando tratamos de ayustar nuestras conductas a la recta línea que con suavidad que marcan los evangelios. Cuando sentimos en el fondo del corazón la necesidad del amor a la Patria y la generosidad de entregarnos a su servicio con lealtad y con constancia; cuando comprendemos la virtud del trabajo y la exigencia de obrar con justicia. Cuando un muchacho impetuoso

sella su juventud con un juramento de fidelidad a la Bandera se pasa a ser todo un hombre, a sabiendas de que acaba de empeñar su palabra y su vida para cumplir con fidelidad cuando la Patria lo exija, incluso con el sacrificio de su propia vida, porque cuando los ideales que nos empujan son puros y sublimes, Dios sabe premiar con las mejores recompensas a quienes, en toda ocasión, saben afrontar con valor sereno los recios embates de la vida, cumpliendo siempre como un hombre. Y lo que es más importante, para Dios no existen héroes anónimos.

Pero hoy corren malos vientos por nuestra Patria. Se quiere desarraigar del corazón de los hombres la fe en Dios y el amor a España. Se quiere hacer ver a la juventud que estos sublimes ideales son ya algo viejo y caduco, en desuso, que el honor, la lealtad, la familia, la austeridad y la honradez son ya conceptos que hay que arrinconar en los desvanes del pasado y que necesariamente se han de olvidar.

El espíritu, que está por encima de la materia, es quién distingue realmente al hombre de los animales. En él se condensan las virtudes y lo más elevados ideales, y en él vibraran de emoción cuantos ratifiquen el juramento a la Patria con un beso respetuoso a la Bandera, y que hemos de renovar cada año, para que no desmayemos ante las duras adversidades y los obstáculos que en la vida encontramos. Por eso os digo a vosotros, los que aún no habéis hecho este juramento, y os increpo a hacerlo, para que en unión a los que hemos besado esta gloriosa Bandera bicolor, rubriquemos todos juntos el compromiso de defenderla contra toda clase de enemigos, interiores o exteriores; estando siempre de centinelas para defender la integridad de la Patria en paz, su unidad sagrada, su libertad y su independencia, bajo el signo sagrado del estandarte jurado.

Amor a Dios y a la Patria; honor y respeto a la Bandera; lealtad a los más nobles ideales y fidelidad al recuerdo de quienes cayeron en el correr de la Historia Patria, y que tuvieron como último honor el bajar a tumba llevando la Bandera como sudario, y el convencimiento de que reposan en los brazos de la Patria, porque la Bandera es España.

XXV

LA DECADENCIA ESPAÑOLA

Cuando España se olvidó de su grandeza teológica puesta al servicio de la cruz, y la monarquía española se vanagloriaba y se enorgullecía de sí misma, en el crepúsculo de su trono, es cuando el pueblo español se autoenvenenaba con el liberalismo imperante, y daba paso y comienzo a la triste decadencia española coincidiendo, punto por punto, con su apartamiento de la Santa Madre Iglesia.

Muchos son los grandes enemigos de la cristiandad que han aterrizado en al solar patrio. De entre ellos, el primero surgido en el corazón de Europa fue el protestantismo, adversario perenne de la hispanidad, que a pesar de estrellarse contra el baluarte de nuestra Patria y no poder prosperar abiertamente como en otras naciones, sí que dejó semillas librepensadoras entre los llamados instruidos, quienes, sin llegar a proclamarse explícitamente liberales, dejaron germinar el librepensamiento para preparar el camino de la decadencia española, no solo de desgracias y desprecios, sino debilitado en su interior por todos los elementos dispares de que estaba constituido, en medio de aquella monarquía de Borbones que se inaugura con Felipe V y que se caracterizó por su absolutismo y su falta de religiosidad, y en donde el egoísmo regio menospreció y despojó a la Iglesia con violencias y agresiones, hasta el punto de que Clemente XI se disgustase con el Monarca que, en represalia, expulsó al Nuncio haciendo aumentar las divergencias existentes hasta el célebre Concordato de 1753 entre Benedicto XIV y Fernando VI, por el que éste último quedó en posesión del Patronato Universal. Pero el mal de fondo continuó en borrasca adversa con el reinado de Carlos III, quien, con la expulsión de los jesuitas, la Causa del Obispo de Cuenca, la tentativa de desamortización eclesiástica y la prohibición de publicar las bulas Pontificias sin el Regium exequatur, aumentaron las discrepancias contra la autoridad espiritual.

Mientras, todo este desaguisado se cocía en las altas esferas, España, la Grande, se va empequeñeciendo al ir perdiendo las colonias y, lo que fue aún más doloroso, su influencia moral y espiritual sobre las mismas fue reducida a mínimos.

Detrás del absolutismo borbónico, aquellas semillas pródigas de ilustración germinaron y produjeron estragos propios que el demoliberalismo acuña en el seno de la Cristiandad. Las célebres Cortes de Cádiz introdujeron oficialmente el espíritu enciclopedista con la voluntad de derrocar hasta los cimientos de la España Católica, de la España tradicional, de borrar, como predecía en sus cartas el Conde Cabarús, los errores de veinte siglos. Y España descuajada en su vida pública y privada de la Iglesia que le daba unidad y grandeza, fue decayendo de de tumbo en tumbo durante más de un siglo, conociendo las ingratitudes y traiciones de los propios gobernantes, que vendían la grandeza del país al capital extranjero, mientras activaban las matanzas de frailes y las quemas de iglesias, tan célebres algunas de ellas como las de los años 1834 y las de 1870.

Y la Nación, dueña del mundo, se convirtió en la fregona desgraciada del mundo, escarnio y mofa de los pueblos, juguete de las intrigas de conciliábulos secretos y hazmerreír de los enemigos de siempre. Bien es verdad que la vitalidad católica no desapareció, sino que se concentró, gracias a Dios, en la Comunión Tradicionalista del Carlismo que durante más de un siglo de bastardía política supo mantener intacto el depósito sagrado de verdades que pueden salvar a los pueblos. Y lo sigue manteniendo con el ardor bélico, primeramente, del requeté que va a luchar por España, porque lucha por su Dios, y en segundo lugar porque ha permanecido fiel a sus principios. Pero el liberalismo triunfó y el Carlismo se quedó como fuerza de reserva para el momento fijado en los designios providenciales que regirían el curso de la historia, surgiendo a primera fila, en la vanguardia de nuestra Cruzada de Liberación Nacional, donde la mejor de las generaciones supieron ofrendar sus vidas.

Y en un pueblo tan realista como es el nuestro, es decir que sabemos llevar a las últimas consecuencias y realizaciones concretas el ideal más alto, que por lo mismo no sabemos de hipocresías ni farsas ni términos medios ni desdoblamientos, el liberalismo, aunque triunfador, no pudo prender en nuestras raíces profundas y así, ni siquiera pudo dar los frutos de aparente grandeza que aunque efímera, artificial y falsamente ha podido producir en los países capitalistas disgustos y preparados previamente por el protestantismo.

Y nuestra Patria, en su vida pública proclamada liberal, sin serlo, continúo católica y el liberalismo no penetro en los raigones del pueblo, se deslizó por la historia como un país mediocre e inmerecido, disminuido aun en su interior por toda esa amalgama de elementos antagónicos a nuestro ser patrio, más extranjerizantes que novedosos en el intento de adueñarse de su ser. Y menos mal, que a pesar de la mala monarquía democrática, cierto orden permaneció en esos restos desunidos y anárquicos dispuestos a estallar, sirviendo de tapón para impedir la efervescencia de esos elementos diversos que podrían explotar con furia enloquecida el periodo dictatorial de Primo de Rivera, quien tras un paréntesis de progreso sin continuidad, se proclamó nuevamente la II República, sin el respaldo mayoritario y legal de las urnas, en el despacho de un dentista, como si de una enfermedad se tratase. Fueron cinco años de República vergonzante, anticipo del gran crimen que se estaba a punto de cometer entregando a la Patria, a los judíos, sus eternos enemigos y que desde Moscú querían dirigir los destinos de todos los pueblos. Y así, al estudiar los hechos históricos con un sentido auténticamente realista vemos que todos los intentos republicamos, de todas las gamas posible, desde los republicanos católicos, tipo Miguel Maura o Alcalá Zamora, pasando por los radicales anticlericales de Azaña hasta los comunistas intransigentes de Largo Caballero, no podían finalmente concretarse sino en una república anarco-comunista uncida al carro de Moscú.

No porque no sea posible en abstracto un régimen republicano que contemple las justas prescripciones de la moral católica, sino que, por diversas causas emanadas de ciertos Protocolos, cuyo estudio sería largo y propio de otra extensa disertación, la República del 14 de abril del 31 se presentó siempre como una bandera de rebelión contra el destino y ser de la Patria. De hecho, como hemos expuesto al hablar de la grandeza de España, ésta se concretó en la profesión pública de la Fe Católica y en destino también público del pueblo en servir como brazo fuerte al sostenimiento la Civilización Cristiana. Y es que somos un pueblo que jamás hemos sabido comprender otra grandeza que la que marcha por los caminos de Dios.

La República se proclamó entre el humo de los incendios y se presentó como anticatólica, anticlerical y antimonárquica, es decir como una anti-España. Y lo era en el sentido material de la palabra. Porque desde el día de su advenimiento emprendió la tarea de

demoler todo cuanto podía evocar la grandeza de la España eterna. Por ello los Obispos pudieron denunciar en documento público cómo la revolución comunista que pregona la República, era el mismo ardor con el que devasta y arruina esencialmente el ser de España, pasado al no ser o anti-española. La obra destructora se realizó a los gritos de "*viva Rusia*", a la sombra de la bandera internacional comunista. Las inscripciones murales, la apología de personajes forasteros, los mandos militares en manos de jefes rusos, el expolio de la nación en favor de extranjeros, el himno internacional comunista, son prueba sobrada del odio al espíritu nacional y al sentido de la Patria.

Y por la compenetración que de hecho y en concreto existía entre los todos los católicos, la revolución, además de cruel, inhumana y bárbara debía ser, eminentemente anti-cristiana, como así lo denunció la Jerarquía en la Carta Colectiva del Episcopado: *"No creemos, decía entre otras, que en la historia del Cristianismo y en el espacio de unas semanas se haya dado explosión semejante, en todas las formas del pensamiento, de voluntad y de pasión, del odio contra Jesucristo y su religión sagrada. Tal ha sido el sacrílego estrago que ha sufrido la Iglesia en España que el delegado de los rojos españoles, enviado al Congreso de los sin-Dios en Moscú, pudo decir: "España ha superado en mucho la obra de los Soviets, por cuanto la Iglesia en España ha sido completamente aniquilada..."* El odio a Jesucristo y a la Virgen llegó al paroxismo y en los centenares de Crucifijos acuchillados, en las imágenes de la Virgen bestialmente profanadas, en los pasquines del Norte en que se blasfemaba sacrílegamente de la Madre de Dios, en la infame literatura de las trincheras rojas, en que se ridiculizan los divinos misterios, en la reiterada profanación de las Sagradas Formas, podemos adivinar el odio del infierno encarnado en nuestros energúmenos comunistas. Ejemplo de ello fue el grito de aquel marxista*: "Te tenía jurado vengarme",* dirigiéndose al Señor encerrado en el Sagrario y encañonando la pistola disparó contra él, diciendo*: "Ríndete a los rojos, ríndete al marxismo."*

Por tanto hablar de una República moderada, tolerante y condescendiente en nuestro suelo es hablar de una nueva memoria histórica, algo puramente irreal, ya que desde el primer momento se la vio el "plumero", que dice los castizos, con la implantación de un anarco-comunismo, última etapa de todo el proceso de corrupción que es el mundo moderno. Para gloria del genio español, que es un

genio fuerte y varonil, los términos medios y las adaptaciones no son posibles. Y se comprende que en el suelo del Apóstol llamado Hijo del Trueno, que maneja espada y embraza adarga, con un timbre altísimo de gloria, y en un ardiente e impetuoso arranque de exaltación, y no tolerando que los samaritanos rechazasen al Salvador, se le acercó con su hermano Juan para decirle: *«Señor, ¿quieres que digamos que baje fuego del cielo y los devore?"*

XXVI

REENCUENTRO DE GIGANTES

Pero era necesario que España conociese el abismo abominable de degradación que señala la barbarie comunista para que despertase, en un puñado de valientes, el sentido de su grandeza. Y al igual que Dios escribe derecho en renglones torcidos, así, yo creo que hemos de proclamar como cosa bendita esta desgraciada República del 31, porque sirvió, por su misma absurda y radical barbarie, para devolver en un instante a nuestra Patria el sentido de su propia ser. Y ahí está el dilema: o España es católica a machamartillo o España sucumbe en la barbarie comunista. El ser de España es grande como fue forjado por los Reyes Católicos o España desaparece de la tierra en la nada del no ser en la hecatombe republicana. No hay término medio. Que así lo entiendan los europeizantes literatos de tragaldabas; que así lo entiendan también los políticos de verborrea cerebral o la propia democracia, como si nuestra Patria no tuviese una tradición política propia inmensamente superior que todos estos originales blanduzcos que se han querido imponer como el menos malo de los sistemas. "*Los españoles*, dice un viejo adagio, *somos como un péndulo, o nos comemos a Cristo por los pies o ensalzamos al Anticristo hasta levantarle un monumento en el corazón del Retiro madrileño"*. España o Anti-España.

Pero en España teníamos algo único en nuestro patrimonio, una fuerza anidada en las tradicionales provincias de Navarra y de Castilla, que con terquedad que caracteriza a nuestros compatriotas, no habían querido contaminarse ni con el demoliberalismo ni con el socialismo, sino que vivían íntegramente de su fe católica y que no querían conocer otra grandeza para nuestra Patria que no fuese la basada en la Unidad Católica, y concienciados de que sus mayores enardecidos por la tradición de aquella misión histórica, hace un siglo, precisamente cuando un Rey débil quiso adaptar España a la corriente liberal y progresista de los tiempos modernos, surgiesen un día alzándose valientemente contra la descendencia de Fernando VII, y consecuentes de su estirpe ancestral sostuvieron la causa de Don Carlos por la única razón de que éste era porta estandarte de los

derechos de Dios y de España, e Isabel en cambio encarnaba el progresismo liberal y laicista de los tiempos nuevos. Pues bien, como digo surgieron nuevamente estas milicias intrépidas de requetés, que iban a ofrecer los primeros contingentes de bizarros muchachos lanzados al combate por su Dios y por su Patria. Precisamente por ahí debía comenzar la nueva reconquista, porque allí se concentró siempre la fiereza del león hispano. A esas fuerzas se les unió la Falange de las J.O.N.S. aportando a esa unión el ímpetu, la renovación, la disciplina, el anhelo imperial. Fuerzas movidas con un fervor incontenible de servir a España y de expulsar para siempre de su suelo a la hidra marxista. Y a la cabeza de estas fuerzas Dios nos suscitó un Caudillo, predestinado para esta hora, que acaudillo asimismo al Ejército y a los contingentes de milicias combativas que llegaron como fuerza arrolladora en avalancha de ese "movimiento" que se llamó exactamente "Nacional" con la que ambición de formar parte de esta heroica Cruzada contra el comunismo ateo. Y ese movimiento nacional determinó una corriente de amor que se concentró alrededor del nombre y de la substancia histórica de España, con aversión de los elementos forasteros que acarreaban la ruina. Y como el amor patrio cuando se ha sobrenaturalizado por el amor de Jesucristo, nuestro Dios y Señor, toca las cumbres de la caridad cristiana, vimos una explosión de verdadera caridad que ha tenido su expresión máxima en la sangre de millares de españoles, muchos de ellos canonizados en los últimos tiempos, que dieron sus vidas al grito de "*Viva España*» y «*Viva Cristo Rey*».

Y así se entabló una lucha, no entre el Ejército rebelde y el sufrido pueblo trabajador, como una propaganda maléfica divulgó, sino entre el pueblo auténtico, levadura que expandió a la España nacional de toda la resaca y podredumbre que había producido un siglo de demoliberalismo y comunismo y el pueblo falseado y engañado, que había perdido su conciencia y su dignidad de hombres y de españoles; El pueblo, en ambos bandos, eran todos, clero, intelectuales, militares, industriales, obreros, comerciantes y campesinos. No se piense que en bando Nacional eran, como han comercializado la propaganda liberal, terratenientes, vaticanistas y duques, no, eran tan albañiles y tan jornaleros como los que en un principio se alistaron, no en el Ejército republicano inexistente al haber sido eliminado por Azaña en la Remonta unos meses antes del 18 de julio, sino en las milicias rojas, como así gustaban de auto

llamarse los milicianos, que partían a los frentes como si fuesen de una romería o a tomar café, pensando que los rebeldes, como gustan siempre llamar despectivamente a los nacionales, no tuviesen ni "media guantá". Graso error, que les costó, al cabo de cierto tiempo ser considerados como la ignorante chusma que no asimiló nunca en haber mordido el polvo de la derrota.

Sin embargo, el pueblo español leal a Dios y España, en orden y perseverancia se arrojó con heroísmo a una lucha que no fue sino la reconquista, palmo a palmo, del propio suelo arrancándole de las garras de esa morralla roja. Y esta lucha de heroísmo fue posible por un espíritu verdaderamente cristiano. Nada más elocuente en este sentido que la epopeya del Alcázar de Toledo, cumplida por una protección especial de la Madre de Dios, como dio testimonio de ello el propio General Moscardó, nuevo Guzmán el Bueno, ni nada más elocuente que la ensalzación pública, en todas horas y entonos los frentes de la España Nacional, ni menos locuaz que el lenguaje blasfemo de los campamentos rojos. Nada más elocuente que el heroísmo de los trece Obispos, siete mil sacerdotes y nueve mil religiosos inmolados por la fe amen de los trescientos mil laicos sacrificados por su amor y lealtad a Dios y a España, y sin ninguna apostasía.

Nuestra guerra fue una guerra heroica y una guerra santa, porque no solo se luchó por algo político o económico, ni siquiera simplemente cultural o filosófico, la lucha se entabló en un frente teológico y se luchó por algo inmensamente superior como es el Reinado Social de Nuestro Señor Jesucristo o el del Anticristo. Y así lo expresa fehacientemente Cardenal Gomá y Tomás con estas palabras que expresan admirablemente lo que entonces estaba en la conciencia de toda España. "*La guerra que sigue asolando gran parte de España y destruyendo magníficas ciudades no es en lo que tiene de popular y nacional, una contienda de carácter político en el sentido estricto de la palabra. No se lucha por la República... Ni ha sido móvil de la guerra la solución de una cuestión dinástica... ni se ventilan con las armas problemas inter-regionales... Esta cruentísima guerra es, en el fondo, una guerra de principios, de doctrinas, de un concepto de la vida y del hecho social contra otro, de una civilización contra otra... Cristo y el Anticristo se dan la batalla en nuestro suelo...*"

Y de ello da también magnífico testimonio el Cardenal Verdier, Arzobispo de París, cuando después de reconocer que la guerra

española es en realidad una lucha entre la civilización cristiana y la suprema civilización del ateísmo soviético, añade en periódico La Nación: «*Si esta lucha se desarrolla en España es porque los enemigos de Dios la eligieron para ser la primera etapa de su obra destructora. Pero surge una gran esperanza para su patria y sobre todo el heroísmo tan cristiano de sus hijos provoca la admiración del mundo entero, añadiendo un nuevo esplendor a la gloria caballeresca de España.*»

Nada nos sorprende que se quisiese, como ahora también se pretende, incrustar a la patria en un molde de degradación histórica, y de que se operase con la lógica inflexible del Renacimiento, esto es, a sabiendas de que se había destruido el orden sobrenatural de la gracia, el orden de la inteligencia, el orden de lo político y de la moral, el orden inferior de lo económico, y que se estaba intentando destruir, en una lucha a muerte, el Ser para suplantarle por el no ser. Todo o nada. Cristo o el Anticristo. Como vemos, cuando se guerrea en defensa del Anticristo contra Cristo, se está luchando por conceptos teológicos. Lo cual no quiere decir que todos, tanto los de uno u otro bando, tengan conciencia de ello o no se muevan parcialmente por móviles inferiores. Pero si la lucha se desarrolla en el plano teológico ¿qué carácter debía revestir en uno y otro bando? Pues de un lado debía de ser de Cristo, cristiana, y del otro del Anticristo, anticristiana; de un lado santa y del otro satánica. Y he aquí que, frente al aspecto desolador de un pueblo empeñado en triturar iglesias, en martirizar ministros de Dios, en profanar religiosas; y por otro, se ve a un pueblo desbordado de fe que no puede lanzarse a la lucha sino después de reconfortarse con el Sagrado Cuerpo de Nuestro Señor y al grito de viva Cristo Rey, ¿no es una verdadera Cruzada y un reencuentro de gigantes?

XXVII

PROGRAMAS, PERJUICIOS Y RESPETOS

Todos los hijos de España, queramos o no, esencialmente hemos sido creados para ser españoles. Y sin embargo, hoy, en los albores de siglo XXI, asistimos a la mayor de las incongruencias nacionales al conocer en muchos conciudadanos su sentimiento vergonzoso de su españolia. ¿Qué nos está acaeciendo? Desde tiempo inmemorial los enemigos de la Patria, los "mundo-Patria" que no apátridas, tienen programado, aunque aparezca en el panorama nacional como un acontecer normal, un sistema para la desintegración y destrucción de la Patria. Algo que podemos ver, si somos buenos observadores. Desde que abrimos los ojos a la vida, podemos contemplar, en todo lo que nos rodea, las obras de los programadores del no ser de la Patria, donde ponen, sin reparar en costos, todo lo que va contra la propia esencia de la Patria.

Es el cine, las revistas, los libros, las canciones, los medios de comunicación e incluso la propia educación estatal, los que, de forma despiadada, y yo creo que me quedo corto, a reducir la capacidad juvenil para asimilar el amor patrio. En una maniobra tan nefasta como diabólica, que nubla el alma del niño-patriota, haciendo de él un futuro descastado de familia y Patria, roto y alejado del amor patrio y del santo temor de Dios, en definitiva lejos de Dios, sin integridad, manejado como un pobre pelele, al que tratan, entre botellón y botellón, poco más o menos, como a un autómata mequetrefe al que llena con esas solemnidades democráticas de los maratones, el día de la bicicleta, la noche blanca…¡Viva la litrona!

Llegado a este punto, ya sin trabas, le propondrán el desafió de los perjuicios, nuevas tablas de la ley del más puro egoísmo, que imperan como las únicas que salvan del hastío a la muchedumbre machacada por el sistema. Y así nos preguntamos ¿es perjuicio respetar a un padre que solo ha vivido anhelante desde que nacimos, pendiente de nuestra salud, de nuestro desarrollo, de nuestra formación y de nuestro futuro y de nuestro éxito? ¿Es perjuicio obedecer y querer a quien nos dio el ser, y que, curtido de experiencias vividas, nos da un consejo, siempre por nuestro bien, y

que, con conocimiento de consecuencias, nos sugiere que le sigamos? ¿Es perjuicio respetar y amar a la madre? Yo me voy a permitir darte un consejo, muchacho-hombre: Si no respetas a tus padres ¿a quién vas a respeta? ¿A quiénes vas a ayudar? Y no me llames ciego retrogrado, porque ¿Quién es el ciego? ¿El que ya tiene ojos de tanto ver y sufrir o el que abre los ojos por primera vez? Al menos respétate a ti mismo, o ¿es también otro perjuicio? Si así lo ves, es que ya has perdido hasta la dignidad y eres menos que un irracional. Claro que las cosas han cambiado tanto, y se ha dado la vuelta a los valores, que ahora cuesta ver a los perros callejeros acosar a las perras, mientras que cualquier adolescente, por no decir mocoso, se desorbita por meter mano públicamente y en cualquier esquina a la primera del cambio. Ahora bien, el hombre identificado con la verdad objetiva, no con su propia verdad, es aquel que no se consiente a si mismo más acción que la virtud. Yo os aseguro, queridos jóvenes, que podréis temblar en vuestros cuerpos, pero podréis ser héroes. Podréis estar llenos de odio en vuestros corazones, pero vuestras manos podrán acariciar la respuesta del perdón. Podréis desear, pero podréis también respetar y frenaros ante las apetencias, por respeto a vosotros mismos y a esa mujer, y no penséis que es un tópico más, que, además, puede ser madre de hombres que mañana serán y merecerán vuestro respeto de padres.

¿Perjuicios a respetar? ¡Pobre engañado! Si no tenéis perjuicios, aunque os duela, donde caigáis manchareis. Los seres así son nocivos a sociedad y al propio ser. Podéis reíros, mirarme con desprecio, enmarcarme como un "carcundio rancio", desdeñar mis afirmaciones, pero, por favor, miraros por dentro y si os queda un ápice de verdad comprobaréis que estáis manchados y os daréis asco. ¡Benditos perjuicios! , que nos dieron madres santas y sin mancha. ¡Benditos perjuicios! Que hicieron de nuestras familias moradas de paz, donde nacieron hombres felices en el calor de su hogar. ¡Benditos perjuicios! Que nos hicieron respetar a la mujer, porque nos hicieron amarla, porque nos hicieron respetar a la madre de nuestros hijos. ¡Benditos perjuicios! Que nos hicieron ver a nuestra Patria, no como tierra, sino como un trozo del corazón de Dios, y a los hombres, hermanos. ¡Benditos Perjuicios! Que dignificaron nuestras vidas, y al encauzar nuestro espíritu nos encauzaron a Dios. ¡Benditos perjuicios! Que hicieron de nosotros los patriotas que hoy deseamos seáis mañana vosotros

Como vemos, hoy existe una reivindicación negativa que pretende convertir a nuestra juventud en manada, en rebaño; y ellos, nuestros hijos, tienen derecho a ser personas dignas, con decencia, con principios que barran la podredumbre, lo inviable, lo amoral y las aberraciones que llevan al hombre a su propia destrucción y a su desaparición. Hoy solo existe un pensamiento y una pretensión en los mayordomos del poder sin rostro, que consiste en sustituir el ser por el no ser, demoliendo la virtud, verdad del espíritu del hombre.

Claro que se nos dirá desde los estamentos de las cabezas parlantes: *"Aquí se respeta al hombre".* Ese precisamente es nuestro primer principio democrático. Pero esa afirmación se hace con la boca pequeña y para la galería de votantes, porque si se lleva al hombre contra el hombre ¿hay respeto al hombre? Y si se le condena sin haber nacido ¿hay también respeto al hombre? Y si se facilita o se pretende facilitar, con leyes perversas e inmorales, la destrucción en su más sagrado rincón patrio: la familia, es también ¿respeto al hombre? Al igual que se perdona al que delinque y roba, primero rebajándole la pena y aumentándole la bolsa, porque hasta la fecha, que yo sepa, ninguno de estos "dignos ladrones de carné y guante blanco del bien ajeno", han devuelto un solo euro a las arcas del Estado ni a las personas afectadas. Si ya sé que ser progresista es ser generoso con lo ajeno, pero por favor ¡devolver lo robado! ¿Es respeto al hombre? Perdonar, no por amor sino por temor, al asesino que mata por la espalda. Eso sí, son muy dignos, tan dignos que venden la dignidad que les sobra a mejor postor. Y como base de tanta contradicción, el odio al que quiere ser verdadero, el odio al patriota, y por añadidura buscando siempre la destrucción de la Patria, objetivo principal de los que, presumiendo de progresistas, continúan anclados en el pasado de una derrota no digerida, y que pretenden ocultar con la mentira, el engaño y la añagaza de cambiar su propia vergüenza ofuscándose en ese cambio ¿es también el respeto?

¡Respeto al hombre! ¿Y la ley que ampara el adulterio? ¿Y el engaño y la mentira como arma normal de combate? ¿Y el mal que se da como carta natural de bien?

¡Respeto al hombre! ¿Es el ensañarse a propósito con los descapitidisminuidos oligofrénicos embarcándolos en un utópico matrimonio al país de ir y no volverás? ¿Existe algo más cruel que el tener que regresar el reino de Jauja? Porque estad seguros que regresarán.

¡Respeto al hombre! ¿Os habéis dado cuenta de que ni ellos mismos se creen lo que dicen? La falta de credibilidad política, no cabe duda, será unas de las causas principales del ocaso liberal. La Libertad no es la llave de la Verdad, sino que es la Verdad la que nos hará libres. Que no se olviden que de Dios nadie se burla.

Pobre juventud, sin fe, sin virtud, sin conceptos claros, contrahecha, sin futuro y despojada de su dignidad, porque la cizaña del poder oculto se ha anidado en sus corazones, y, lo que es aún peor, el hombre de nuestra generación, en el quehacer contemporáneo, no ofreció nada de la mejor espiga. He ahí la gravedad de nuestro pecado, que sabiendo lo que es la justicia, nuestro propio egoísmo adulteró el pan de la verdad, y no supo o no quiso dar soluciones convincentes. Y algo aún más grave que incidió también en la juventud y que trajo la muerte a la vida, me refiero al frenazo dado a la proyección del bien del hombre para mejorar, acoplando a nuestros hijos al consumo de un goce ficticio proporcionado por la falsedad y ambición de la vanagloria y de la defraudación. Por otro lado, la maniobra de estos infames seres corrompidos, en el trueque de insensibilización actual, donde dan lo inmoral como norma, a cambio de la sencillez y la ingenuidad del joven, al que, en una mezcla de egoísmo y soberbia sin freno, destruyesen su fe y su virtud. Es el estamento muerto a la vida, quien cansado de vivir hace que lo podrido se encarne con facilidad en seres dispersos y disolutos con mirada vacía, inservibles para el trabajo, negados al bien común y humillados hasta lo insaciable por los del "respeto al hombre".

Que Dios perdone tanta ignominia y nos haga abrir los ojos para que salgamos al paso de lo aún es viable y en un futuro próximo será inviable.

Piensa español en este desgarrador retrato de nuestra juventud. Léelo despacio y, si te convence la verdad de lo expuesto, ven a formar parte del haz de amor a la Patria, él será la esencia de nuestra filosofía, y de él se recobrará a España, a la España durmiente, a la España maniatada, a la España que muere, o mejor, a la que están matando, mientras callas. No te dejes idiotizar. Abre los ojos y mira a tu alrededor. Primero anularon la corrección obligada a los hijos; una clase de necios hablaron de traumas causados por la paternidad tradicional, y nuestros hijos crecieron indolentes y memos, porque mientras crecían, les hicieron beber la copa del veneno más repugnante. Y llegó a hombre deshecho, maltrecho y destruido,

ingobernable y sin dignidad. Este es el resultado, en muchos casos conseguido, y en el que el espíritu más ecuánime se desespera. La culpa de tan diabólica manobra se la echa a los padres y a la sociedad. ¡Pobres ciegos! No hay padre que quiera a un hijo canalla, y la sociedad que está formada de padres y de abuelos, por tanto, no pueden ser los enemigos del joven-hombre, sino que son los mismos culpables de siempre, los que en los distintos periodos de la revolución toman el mando de los títeres de turno y ponen en marcha la nueva filosofía: el padre no es cabeza de familia, el matrimonio es disoluble, el amancebamiento, el adulterio y los mariconesmonios, son lo normal. Ni las bestias permiten dentro de su organización tan aberrante filosofía.

Español, abre tus ojos, no dejes engañar, no te fíes de la dialéctica ni de las encuestas y sobre todo no establezcas dialogo. Pues ellos son muerte y su arma la mentira, su único objetivo, la destrucción de la vida. Airean el imperfecto humano de otros sistemas, que es además natural, para trabajar en la más repugnante maniobra que en el mundo ha habido.

¿Qué hacer? El reino de Dios espera. Él es el único paraíso humano y a él hay que dirigirse sin claudicaciones, sin cobardías, sin más obediencia que a la verdad y sin temor a nada ni a nadie.

XXVIII

LOS GRUPOS DE PRESIÓN

Tu historia, Patria mía, es la que no me deja desfallecer y atreverme nuevamente a proclamar tus bondades. Cuando se abren las páginas de tu historia, de tu verdadera historia, y no la que escribió la Leyenda Negra ni la que se está editando por desmemoriados gilipollas, vemos la sangre española que ha regado generosamente los campos patrios.

Si pudiésemos abrir los cielos y mirar desde allí a la piel de oro ¿Qué veríamos? Desde los cielos, veríamos paradójicamente muertos a los héroes inmortales resucitados en nuestra memoria, a tullidos y mancos que, ante el asombro del mundo, han escrito obras imperecederas y composiciones musicales que alegran la nostalgia. Veríamos los campos, las montañas, los ríos, los pueblos, los monasterios, las iglesias y campanarios presididos siempre por la cruz. Descubrimientos, conquistas, evangelización. Históricamente el cielo está abierto porque muchos han creído y han muerto por testificar esta certeza. El cielo se abre para todo aquel, que de buena voluntad mira en su interior con los ojos del corazón, de la mente, del espíritu.

¡Español, atrévete a mirar a España! Puedes y debes. Puedes porque en tu interior tienes los ojos que necesitas para mirar a la Patria. Debes por tanto mirarla para que su visión haga vibrar tu españolia.

¡Bendita mirada! No cierres tus ojos, no tengas miedo, la realidad y las circunstancias están para vencerlas. ¿Cuánta canallada has visto? Haznos partícipes, infórmanos y haznos sabedores de tu descubrimiento. Cuéntanoslo antes de que la soberbia de unos grupos de hombres malvados, inmersos en otros muchos seres comprados, tergiversen tu libertad de expresión. Por si te sirve y puedas con esta información preservar tu integridad de la realidad, te trasmito la clasificación de estos grupos: Un primer grupo, el anárquico, donde su propio ser desprecia su esencia, por la carencia de norma y de freno ni bueno ni malo y que engendra la destrucción de la Patria. Un segundo grupo, el totalitario, que limitando la libertad al bien del hombre, sienta principios ajenos a su ser, tratando

de moldearle con leyes ajenas a su esencia, haciendo vivir esclavizados a los seres que viven fuera de su órbita, y suplantando a la Patria quieren identificarla con su dominante y absolutista autoridad. Hay un tercer grupo, el más peligroso, el más terrible, quien conociendo y admitiendo para sí mismo el ser del hombre, le ataca de lleno; es el grupo de los soberbios que endiosados en su mal acometen despiadadamente al bien. Siendo su lucha siempre a muerte, porque juega con todos los triunfos en su poder. Por ello si habla, su faz no muestra el odio que le produce la Patria y los patriotas. Jamás combaten de frente, pues para ello hace falta el valor que nace del amor a los hombres, la justicia del corazón y una mente pura y entregada al bien común; y al carecer de estas virtudes, huyen hacia delante y se escabullen para asesinar por la espalda o con la ventaja de diez contra uno. Su forma de actuar es la de caricaturar a la justicia para que se vea desfigurada. A la par, señalan despiadadamente los defectos normales en cualquier sistema, hasta que el ciudadano de a píe, por su propio amor a la justicia, odie y le repugne el propio sistema que le da amparo y le permite la vida. Además, usan de las más horribles mentiras y de los más tremendos engaños como armas tradicionales. Y cuando su maldad va a ser descubierta siempre, para falsear sus hechos ante la opinión pública, tratan de implicar a los patriotas en los mismos y otros que provocan o inventan.

El hombre es virtud, porque en su esencia de hombre es virtud, pues hay que confundirle con el contrapeso de la carne, para que viva según la carne. El patriota es ecuánime, que en nada tiene que ver con lo igualatorio ni con los repartos proporcionales, pues se le maneja de tal modo que solo vea la igualdad y la fraternidad. En cuanto a la libertad al bien, se le embota y se le hace ver que la libertad es hacer lo que uno quiera y cuando quiera, aunque esto sea la antítesis de la libertad, es la proyección desordenada el ser llevada al extremo de la razón humana, soberbia tanto en el pensar como en el obrar, es la insensatez del odio y de la envida, de la locura, es el libertinaje. Libertinaje, que engendra pensamientos, ideas o ideales vacíos donde su propio ser sufre y desparrama su vida, e intereses desenfrenados, sin respeto a nadie ni a nada. Es, en fin, un obrar sin ley, destruyendo y trillando cuanto a su paso encuentra, amparado por su antojo.

Lo más grave de este grupo de soberbios, los anticristos de la Patria y de la Civilización Cristiana, es su gran poder y fortaleza

sobre los hombres. Dominan todas las fuentes de información, las agencias de noticias, los periódicos, la moda, la música, la publicidad, la televisión, la radio, la literatura, y así la opinión pública, no es tal, sino el manejo desbordarte de este grupo capitaneado por el Gobierno Sin Rostro.

Pero tú, español que te asomas al cielo abierto de la Patria, y ves lo que ves, reflexiona. Los grupos de presión son grandes y su fuerza tremenda, pero si permaneces fiel a tus principios cristianos y estás con Dios, encontrarás que en tus manos está la victoria. No temas, porque, llegado a este límite, lo único que importa es vivir con dignidad de hombre, de hijo de Dios.

Cuéntanos lo que has visto en el solar patrio y por bien tuyo y de la Patria ni seas un tonto útil, ni mártir sin necesidad. Jamás cometas el error de enfrentarte a ellos en las tinieblas. Lucha en tu terreno y con la verdad de la luz y con la luz.

XXIX

EL "CAMBIO"

Estamos inmersos, mal que nos dula, en una sociedad antropocéntrica amenazada de la apostasía inmanentista, que se deja arrastrar por un movimiento de abandono o de abdicación general bajo pretexto de renovación, ecumenismo o adaptación a los tiempos del "Cambio".

Los católicos nos enfrentamos a una grave crisis, ya que con el nombre de la nueva Iglesia post-conciliar, el "progresismo" desafiante, imbuido del error filosófico del "cambio", trató y trata de establecer una Iglesia distinta de la de Jesucristo. Los efectos ante esta actitud insólita por parte de la Jerarquía eclesiástica, fueron de tolerancia en unos y de complacencia en otros, lo que permitió al arrollador movimiento progresista que negase y contradijera públicamente uno a uno todos los dogmas de la fe católica, alterar los sacramentos, desvirtuar la moral cristiana y crear un clima de anarquía litúrgica y de indisciplina eclesiástica, que desembocó en nuestra Patria con dos de sus más graves efectos: la secularización del orden sobrenatural, con su exigencia de una "Iglesia de base", y la sustitución de los principios católicos por esa especie de religión humanista, pluralista, mundanizada, ecuménica, liberal, evolucionista, apóstata y blasfema que progresivamente ha ido sustituyendo el culto a Dios y a la inmutabilidad de la fe por el culto al hombre y el credo laicista de la "democracia", el "dialogo", la "solidaridad", la "igualdad", la "paz", la "filantropía", el "consenso", la "fraternidad universal", etc.

Solamente desde este error filosófico del "cambio" podemos explicar las cosas que han sucedido y sigue sucediendo en nuestra propia Patria, como por ejemplo el "cambio" de los Obispos españoles, donde puede contrastarse el anverso y el reverso de sus posturas, por un lado, las bendiciones al Estado Confesional Católico en la Carta Colectiva del Episcopado Español al comienzo de nuestra Cruzada de Liberación Nacional y las decisiones de la Asamblea Conjunta Permanente del Episcopado después del Vaticano II en su afirmación comprometedora del Estado aconfesional o laico de la constitución atea de 1978, suscrita por un

Rey católico y asumida , sin ningún reparo, por la mayoría del episcopado español, cuando conjuntamente declararon: "*No se dan motivos determinantes para que identifiquemos o prohibamos a los fieles una forma de voto determinada*". Por ello, salvo honrosas excepciones, la mayoría de los Obispos españoles fueron responsables, al aconsejar votar esa Constitución "*moralmente lícita*", cuando realmente no solo es aconfesional sino atea , sin referencia a Dios ni a sus leyes, sin garantías de protección a la familia y al matrimonio, a la enseñanza cristiana y al derecho de los padres a la formación católica de los hijos, sin veto al execrable crimen del aborto, favoreciendo a la inquisición de maricones y tortilleras, a la manipulación de embriones, a las nacionalidades, al cataclismo nacional y a la herida perforada en el ser de la Patria. Desde entonces a la hora actual, no solo siguen siendo los responsables de haber confundido al pueblo católico español con el mal menor, sino de que el "cambio" haya propiciado una Nación divorcista, abortista, laicista, apostata y atea, y en breve, pues ya es abanderada, la eutanasia. ¿Hay quién de más por "tragar" con el mal menor?

Para mayor abundamiento de los setenta Obispos españoles, sesenta votaron afirmativamente la Constitución del 78, incluso se hicieron múltiples declaraciones de alabanza unas, y comedidas otras, antes y después de que el cardenal Cassaroli, a instancias del Vaticano, impusiese obligatoriamente el cambio de una Ley Fundamental del Fuero de los españoles, como he expuesto anteriormente, lo que produjo la ruptura de la unidad religiosa en la Fe Católica, conseguida en 8 de mayo de 589 por el Rey Recaredo en el III Concilio de Toledo y mantenida durante catorce siglos.

No es de extrañar, por tanto, primero, que los textos oficiales emanados de la comisión encargada con ocasión del decimocuarto centenario de la Unidad Católica de España, dijeran con carácter oficial que se daban por definitivamente cerrados y superados los tiempos de la Unidad Católica. Y, segundo, que el pueblo español no haya tomado parte en las Jornadas de la Reconquista de la Unidad católica, que a tan importante acontecimiento celebran las Uniones Seglares de Católicos españoles en Toledo en 1.982, ni tan siquiera se hayan enterado de tal efemérides, ya que los medios de difusión, incluido los eclesiásticos, silenciaron la noticia.

Y es que en nuestra España atentar a su unidad religiosa, es atacar a lo más profundo de la esencia nacional y esa es la explicación de

lo cruel de los embates que padecemos. Es, por consiguiente, el Catolicismo un elemento intrínseco y esencial en la constitución real y legal del ser de la Patria y de la sociedad española; es la Unidad Católica, sin duda alguna, el eje sobre el que debe girar nuestra legislación y toda nuestra vida social. En España la pérdida de la Unidad Religiosa es a breve plazo la pérdida de la unidad nacional, con la siembra de ideales contradictorios, con la reaparición de separatismos regionales, guerras intestinas y retorno al individualismo celtibérico, que terminaría con una directa o indirecta transformación del ser al no ser de la Patria.

Observemos que en estos años de ingratitud y desagradecimiento a los Mártires de la Cruzada, algunos de nuestros Obispos y curas progresistas -gracias a Dios cada vez menos-, que les deben la mitra y ordenación a la sangre derramada de los 13 Obispos y 7000 sacerdotes asesinados sin una sola apostasía, les repugne oír hablar de la Cruzada, y mucho más recordar al hombre que libro a muchos de una muerte segura y que con su Victoria sobre los enemigos de la Iglesia y de la Civilización Cristiana, entre otras, les devolvió las propiedades robadas por la República, les ayudo a reconstruir las Iglesias y Monasterios, les abrió los colegios y dejó en sus manos la enseñanza y formación de la juventud española. ¡Y que hoy se avergüencen de ello!, e incluso se nieguen a oficiar y ofrecer una misa por su eterno descanso, es tan inusitadamente tan inaudito como que los perros muerdan las manos de los que les dan de comer. Y dudo, muy mucho, de que duerman tranquilos al estar concienciados de su pedigrí: "*es de bien nacidos ser agradecidos*". Pero ¡ah!, por el "cambio" y no por exigencias de autenticidad o de mayor fidelidad al espíritu cristiano, sino porque variaron las circunstancias, se olvidaron del juramento antimodernista, decretado por San Pío X, del que hicieron voto, al menos todos aquellos que recibieron el orden sacerdotal antes del 1962, y que, no tengo conociendo de que nadie les haya dispensado del mismo, puesto que era obligatorio para la validez de su ordenación sacerdotal; o tienen una conciencia muy laxa o muy modernista, importándoles un bledo perjurar y enfundarse en el sistema liberal y ateo que les empuja a contemporizar con todo lo que ese sistema político implanta, dedicándose desde esa "Iglesia de situación" a rendir vasallaje a los políticos anticristianos y a omitir el mandato de "*Id y predicad el Evangelio*", por preferir la regla necesaria impuesta por el actual sistema dialogante de "*Id a consensuar el pasteleo democrático*"; y

así, consensuan, sonríen y pactan con los enemigos de Dios, e incluso corren a fotografiarse con ellos, prefiriendo el cambio de la Confesionalidad Católica por la Apostasía.

Hechos que procediendo de quienes provienen hacen mucho más daño al ser de la Patria, que el que los propios enemigos le procuran. Y ello es así, porque duele más, y hace mucho más mal y más daño, un desprecio de un hijo que la puñalada un canalla.

XXX

ACONFESIONALIDAD Y LAICISMO

Desterrando tópicos, recordemos aquí y ahora, que en nuestra Patria se está aplicando la fórmula mágica del "Estado aconfesional", que el Liberalismo influenciado por sus coetáneos filósofos de la Ilustración, de tan nefasta memoria, para liberarse de la obligación de promover la Religión, idearon un término, una fórmula que se hizo rápidamente famosa: "aconfesional", y que nuestros políticos, hijos del Liberalismo, la han hecho suya como remedio previo, una vez rota la Unidad Católica, para, primeramente, encerrar a la Iglesia Católica en las sacristías, para en segundo lugar y en argot taurino, darla la puntilla y su consiguiente aniquilación. Sin embargo, esa fórmula asombrosa no es la panacea deseada que resuelve estas cuestiones ni significa lo que pretende, sino que es un absurdo metafísico y ético que se muerde, como la pescadilla, su propia cola, y ello, es así, porque quien no se confiesa religioso se proclama antirreligioso, en nuestro caso quien no se declara católico, está confesando que es anticatólico, y al igual que el agnóstico que, aun autodefiniéndose increyente, cree que no pode llegar a conocer a Dios, se está afirmando y creyendo en su propia ignorancia, del mismo modo quien se dice aconfesional se está afirmando y definiendo como confesional de su propia confidencia. Y es que, al elegir siempre se está con o contra algo. No se puede, por tanto, por muy materialista, relativista, nihilista o agnóstico que se sea, autodefinirse como aconfesional, sino confesional de lo que defiende, profesa y obra. Lo mismo ocurre con el Estado español, sobre todo cuando nos está demostrando con sus hechos, que es manifiestamente anticatólico, en sus leyes, en su visceral odio a todo lo que la Iglesia Católica es y representa, en su progresismo decadente y anclado en los "talleres" del cartabón y el compás, en su apostasía inaceptable por justicia y en su traición a la concomitancia del ser tradicionalmente católico el pueblo español.

El mito de la aconfesionalidad queda proscrito, y proclamar la aconfesionalidad de un Estado es éticamente inadmisible pues todos, absolutamente todos, los Estados son confesionales. ¿Puede un Gobierno, por muy socialista o pepero que sea, prescindir de un bien

tan grande para sus súbditos como es el bienestar espiritual y dejarlos en la nada sin permitirles estar religados con Dios?

De todo lo anterior hemos de concluir que todo Gobierno, que es siempre "confesional", debe privilegiar la religión verdadera, y esto por dos razones: por ser mandato expreso derivado de la Ley Natural primaria, y porque la Religión además de ser el mayor bien social, lo es del hombre en particular. Y añadimos que en nuestra Patria si se la separa de la Religión Católica en la que se ha forjado su unidad, queda reducida a una mera utopía territorial.

Por otra parte, el laicismo del Estado que estamos padeciendo la inmensa mayoría de españoles por nuestra catolicidad, como consecuencia de esa aconfesionalidad camuflada en un anticlericalismo redomado y amaestrado por el Poder sin rostro, oculto y emanado de las tinieblas, lo definió Pío XI como "*la apostasía de la sociedad moderna que pretende alejarse de Dios y de la Iglesia*". Los actuales distingos entre "laicidad" y "laicismo" no es más que el tratar de desfigurar lo inaceptable por justicia. El laicismo de Estado ejercido como política nacional por los diferentes gobiernos, autoproclamados laicos, que hasta la fecha nos han gobernado, incluso los conservadores, es un pecado mortal contra la Verdad divina y una traición a la identidad y ser de nuestra Patria tradicionalmente Católica.

El laicismo representa el desprecio de Dios como fundamento de todo acto de gobierno, privando a nuestro pueblo y a nuestra sociedad el vivir acorde a la Ley de Dios, al tiempo que dificulta obstaculizando la educación de nuestros hijos en el fundamento de la Doctrina Cristiana, que debe regir y ser aceptada cuando nuestra sociedad en su inmensa mayoría es cristiana, a pesar de un Ministro Socialista dijera que "*a España no la iban a conocer ni la madre que la parió".*

Se nos dirá que existe la libertad religiosa, pero una cosa es que puedan existir diferentes credos y ser profesados en libertad sin imposición ni proselitismo y otra muy distinta equiparar cualquier secta, y lo digo sin ánimo despectivo, en condiciones de igualdad a la católica, porque es como poner en un mismo plano el error y la verdad. Y lo que es aún peor, que, al no considerar el hecho mismo de la existencia de una única religión verdadera, impide la formación religiosa en el conocimiento de la Verdad moral, parte esencial de su educación integral para alcanzar su bienestar espiritual.

La laicidad y el laicismo coarta la capacidad intelectiva de las personas que deberían recibir una formación y una información religiosa orientada hacia el conocimiento de Dios y de su Verdad. En definitiva, el laicismo y la laicidad, sin distingos, sea cual fuese la careta adjetiva que se le quiera poner para desfigurar su irreligiosidad, coarta la capacidad intelectual de las personas, llegando a embrutecer y adormecer la conciencia moral de los hombres inmersos en una sociedad enferma que pretende vivir sin Dios.

XXXI

DIVISION PATRIA

¿Qué decir de la Regiones? Si nuestra Patria, en un sentido amplio, es lo universal del pueblo español, sin fronteras de tiempos ni espacio, compuesta de multiplicidad de grupos geográficos e históricos, con sus lenguas, su culturas, sus tradiciones y su encanto regional, que son las pequeñas patrias, fruto de la falta de universalidad en la mente y en el corazón de los españoles, y a las que hemos de considerar por necesidad ineludible, de su existencia ineludible, la necesidad ineludible no solo de su sostenimiento sino también el compromiso ineludible de amarlas y respetarlas, porque ese respeto y ese amor son prolongación principal ascendente y total al amor y respeto a la Patria, puesto que son claves vitales de su ser. Además, sin opción a discusión, puesto que es un axioma, al igual que quienes aman al todo aman a cada una de sus partes, los que odian a la Patria odian también las pequeñas patrias.

La Regiones españolas, patrias chicas -mal llamadas nacionalidades- son tan entrañablemente españolas y tan sentimentalmente hermanas, que fraccionarlas de la Patria sería el mayor crimen de ese monstruo sin cabeza llamado separatismo que en su maldad y pequeñez quiere convencernos con engaños y falacias, intentando hacernos ver que sus peticiones son ajustadas al derecho porque, según su veneno rencoroso y racista, han estado oprimidos por otro. Esta reclamación es una mentira que siempre utilizan para exigir un privilegio, puesto que, ya que no tienen fundamentos históricos, étnicos, jurídicos, ni tan siquiera lógicos, para continuar fingiendo una patria que nunca existió, ya que incluso San Pablo nos habla de su venida a España y no a Vascongadas o Cataluña, pero estos politiquillos ignorantes hacen de su exacerbado provincialismo un nacionalismo inexistente e imposible. Jamás hubo una patria vasca o catalana, ocupada y destruida por España, sino que muy al contrario han sido las regiones más privilegiadas y en donde las mayores riquezas económicas han sido invertidas, mientras que, en otras, tan españolas como Toledo, aún existen casas de adobe.

Los llamados, no sé por qué, nacionalistas, lo que pretenden es que sus conciudadanos se sientas distintos de los del resto, haciéndoles pensar que, desde el poder central, se les roba, menosprecia y persigue y que sus reivindicaciones como la recuperación de su idioma regional o sus costumbres, el cuidado del medio ambiente, la salvaguarda de sus libertades, etc., no van a ser escuchadas sino por ellos mismos cuando consigan la independencia. Los separatistas, envidiosos y faltos de argumentos, se olvidan de la liturgia impregnada de sentimiento poético, no solo en sus manifestaciones, sino en sus mismas canciones, queriendo hacernos creer que lo que convierte a los pueblos en naciones son tales o cuales características de raza, de lengua o de cultura, olvidando que lo que verdaderamente da a un pueblo la jerarquía de nación es el haber cumplido un destino universal. La Patria es una unidad de destino, un conjunto de voluntades capaces de cumplir un destino común en el universo. La Patria no es el soporte cívico de nuestra cuna. No es eso. La Patria no es nuestro centro espiritual por ser nuestro centro, ni por ser físicamente la nuestra, sino que somos españoles porque hemos tenido la suerte incomparable de haber nacido en una Patria que se llama España, y que ha cumplido un gran destino en lo universal, y que aún debe seguir cumpliéndolo. Por eso, nosotros nos sentimos hermanados indestructiblemente a España, porque queremos participar en su destino. Los que manifiestan su odio y su rencor con su puño cerrado y con su boca abierta gritando "¡Muera España!", son las sabandijas perjuras, que un día besaron la bandera de la Patria, en la total práctica de vivir en lo español, y ahora mordidos por los alacranes de la envidia, el odio y el rencor, se cuestionan su identidad y buscan otra nacionalidad por la soberbia de pensar que solo es español el que no puede ser otra cosa. Pero es evidente, que estos malos españoles con sentido hostil separatistas, paradójicamente son en lo más profundo de su ser antivascos y anticatalanes, llenos de un sentimiento de asco hasta de su propia andadura. Quieren ser una nación diferente, pero, como os he dicho antes, al igual que para ser persona y superar la cualidad nativa de individuo tenemos que ser otro, es decir, tenemos que ser distintos de los otros, y lo seremos cuando no los neguemos, sino que los afirmemos como diferentes, así para que esas Regiones sean independientes, además de la raza, el lenguaje y la tierra es primordialmente necesario y esencial que tengan una empresa en lo universal distinta a la de España.

Ahora bien, ¿Cuál ha sido la empresa universal del pueblo vasco o catalán? ¿Han cumplido un destino en lo universal distinto al de España? La respuesta es clara: Han cumplido el mismo destino universal de España. Las Provincias vascongadas han dado al mundo una colección de almirantes que son una gala para el mundo entero. El pueblo vasco ha dado un San Ignacio de Loyola tan español como santo. Los vascos han dado un Maeztu y un Unamuno que enardecen las mejores cabezas de siglo pasado. El pueblo vasco ha dado esos genios al mundo precisamente cuando encontró un signo de nación indestructiblemente unido a todos los pueblos de España, y así cumplió su destino en lo universal encontrando una providencia tan diligente en abastecerla de destino universal, que aquel mismo año de 1.492 asumió la empresa de descubrir, conquistar y evangelizar un nuevo mundo. Así el pueblo vasco superó su vida primitiva, de su señorío, de su vida de pesca y de caserío, justamente cuando fundió su destino al de la unidad de España.

Igual pluralismo podemos decir del gran pueblo catalán que incorporó su historia, su sedimento poético, su manifestación artística y sus canciones sentimentales al folklore, cultura e historia del destino universal de España. Amén de los intelectuales y obispos paladines de la hispanidad, quienes reaccionando contra los que quieren para Cataluña una "Nación de Tenderos" dentro de una República Federal, escribieron con Eugenio d'Ors:" España *es una idea que no puede morir y que sabe viajar*". Refiriéndose a los testigos del 36 y a los que evangelizaron medio mundo.

Pues bien... Cuando en los pueblos vasco y catalán estaban más integrados y unidos al destino universal de la Patria, incongruentemente surgieron unos tutores del pueblo, unos mezquinos ramplones generalmente mediocres y de vocación ruin, que decidieron renegar con perjurio de la unidad histórica lograda con tanta sangre derramada, perjurando del signo hispano bajo cuyo poder mágico lograron entrar en la Historia, y así deseando desgarrar a España, y volver a los reinos de Taifa, a las tribus regionales, a la regresión de las antiguas razas, a las viejas culturas ancestrales, devolviendo al pueblo lo primitivo y lo espontáneo, resultando un futuro de límites chatos y con las puertas cerradas al destino universal del pueblo español.

Y además, esta ralea de protervos españoles, mal llamados nacionalistas, acomplejados e incapaces de abrirse al prójimo más allá de un hábitat, concéntrica en ellos mismos, y viviendo

desazonados su propia cobardía, al visionar a los que ellos mismos sitúan al otro lado de su entorno, como enemigos incompatibles y de los que han de guardarse y protegerse a toda costa. Y es precisamente por ese miedo a enfrentarse consigo mismos, que en todo cobarde aflora cuando su hombría se siente desenmascarada, por el que recurren a justificar su pánico, sobresalto y temor, falsificando la auténtica Historia de España, inventando desafueros inexistentes y omitiendo deliberadamente los hechos históricos e incuestionables de sus propias regiones, ya que, si llegasen al conocimiento de sus correlegionarios, serían pruebas fehacientes de su españolia y quedarían al descubierto sus complejos psicológicos y fantasmales .

Como bien es sabido, España era una realidad histórica en el siglo VI, que existía como Nación mucho antes de que , tras la invasión musulmana propiciada con la ayuda de la judería y de los traidores Julianes e hijos de Witiza, y se perdiese gran parte de su territorio poniendo en peligro su Unidad en aquel desafortunado año 711, en el que, los ocupantes islámicos, fijos sus pies en el suelo patrio, no llegaron a controlar debidamente a la población, que dispersa y fragmentada en pequeños núcleos cristianos, y al correr del tiempo, ocasionaron comunidades políticas diferenciadas circunstancialmente en su envoltura, pero no en su núcleo, esencia y ser, puesto que jamás dejaron de vislumbrar el horizonte de recuperar la unidad perdida.

Y además, podemos comprobar en los libros de Historia, durante toda la reconquista, la insistencia en emplear, tanto por los cronistas como por los historiadores medievales, a lo largo y ancho de esos siglos, el uso de vocablo "*Hispaniae*", adjetivando con él situaciones, como la de Covadonga: "*Salus Hispaniae*", y títulos reales como el de "*Hispaniae Rex*" a Alfonso III de León, "*Imperator totius Hispaniae*" a Alfonso VI y a su sucesor Alfonso VII, al que, dicho sea de paso, se declararon vasallos los reyes de Navarra y de Aragón y el Conde de Barcelona, sin olvidar que a Ramón Berenguer I , Conde de Barcelona, se le conocía como "*Hispaniae subjugator*". Amén de las afirmaciones reales de Jaime I, quién al habar de su padre el Rey Don Pedro, le llamaba "*el Rey más franco de cuantos hubo en España*", y a sus huestes las consideraba "*como las mejores de España*", y hablaba de Cataluña como "*el mejor reino de España*" y "*la más honrada de España*", así como cuando se presentó ante el Emperador de Alemania

enorgulleciéndose de "*ser un caballero español*", en tanto que se presentaba a la Emperatriz como "*el Conde español al que llaman Conde de Barcelona*".

En cuanto a los señoríos vascos, recordemos para refrescar la memoria de los olvidadizos separatistas, que, en el siglo XIII, el rey Alfonso XIII, recibió a una Comisión de la Junta General de Guipúzcoa venida a ofrecerse para siempre a la Corona de Castilla. Y que, desde entonces, como pude comprobarse en los libros de Historia, los guipuzcoanos se interesaban más por la prosperidad y empresa castellanas que por las propias. Y que esa misma Junta en 1.468, hizo jurar y prometer a Enrique IV de Castilla que "*jamás enajenaría de su Corona las villas, pueblos, lugares ni a Guipúzcoa misma*". Algo similar ocurrió con Álava, que en 1332 se incorporó definitivamente a Castilla, previo juramento del Rey, que obligaba a sus sucesores, a mantener todo el territorio unido a la Corona.

Todas estas y otras muchas exposiciones ejemplares son más que suficientes para dejar constancia de una conducta convergente de las distintas regiones y pueblos de España, en un obrar común, alcanzaron la unidad territorial de esta realidad nacional llamada España, que nuestros mayores nos entregaron una y entera, y que nosotros, debemos cuidar, mantener, sostener, y mejorar, ahora y siempre, para poder entregarla a las generaciones futuras.

Por esa razón trascendental creo que la misión de España en este trance no es averiguar por qué estatuto o por qué artículo de la Constitución, estas regiones tan entrañablemente españolas, se pueden desgajar de la Patria, además de la totalidad del pueblo español debe socorrer al pueblo vasco y al pueblo catalán para libarlos de ese falso designio al que pretenden llevarle estos insignificantes y rebotados tutores, enanos de alma que se han olvidado que Vascongadas y Cataluña tienen un destino común con todos las regiones españolas, y que sus gestas están escritas en el libro de oro de la Historia junto a la gloria de la mejor Patria del mundo: España.

Desgraciadamente muchos españoles, aun teniendo conciencia de todo ello, "pasan" sin detrimento como si fuese un mal sueño que no quieren recordar ni hacer frente, basta con asomar nuestra curiosidad en las calles, leer el periódico, escuchar la radio, ver la televisión, hablar con las gentes, para comprobar que muchos españoles han renunciado a la idea de Patria con su destino sublime, como espacio y como empresa común. Muchos de nuestros

compatriotas tienen una pusilánime indiferencia o una pereza incapaz de amar, si de amar nuestra Historia y nuestro si no, nuestros hombres, nuestras mujeres, nuestras tradiciones, nuestro futuro y nuestro estilo, todos nuestros muertos, todos nuestros aconteceres, y todo lo que ha sido nuestra gloria y son nuestro martirio. Y así resulta que, desde el poder de las altas jerarquías de la Nación, hasta el propio Sistema han dado la espalda a España, firmando tratados del "paraíso" europeo, renunciando a la oportunidad de recobrar su destino y olvidándose de que solamente llueve cuando Dios quiere. Si vosotros, los jóvenes, no sois capaces de gesticular, de daros cuenta que en nuestra Patria se pierde la conciencia de su propio ser y de su propia identidad, entonces España se perderá en el anonimato y en la figura de los mapas. Por ello, os pido que despertéis y que hagáis vuestras las palabras de ese gran pensador, rector de la universidad de Salamanca, que fue Don Miguel de Unamuno:

"*Pues sí, ¡soy español! Español de nacimiento, de cuerpo, de espíritu, de lengua, y hasta de profesión y oficio; español sobre todo y, ante todo. El españolismo es mi religión y el cielo en que quiero creer es una España celestial y eterna, y mi Dios es un Dios español, el de nuestro señor Don Quijote. Un Dios que piensa en español, y en español dijo: ¡Sea la luz! Y su verbo fue verbo y en español"*.

Ahora debemos desencantarnos de esa frustración miserable de nuestra realidad española, material y chata, de esa superficialidad e inconsecuente sociedad de nuestros días que silenciando nuestro destino se hace eco de unos estatutos tan destructores como secesionistas, y que amparándose en la Constitución aspiran al no ser de la Patria, a la que, en frase vigente, seguimos amando porque no nos gusta.

Por último, quiero añadir, para que no se olvidéis jamás, que ser español es una de las pocas cosas serias que se pueden ser en el mundo, que debemos estar orgullosos de ello para que cuando nos llegue la hora postrera, camino de la Patria Celestial, y nos presentemos al juicio de Dios, podamos llevar las manos, no vacías del cisma autonómico. Sino llenas de haber cumplido nuestro universal destino.

Recordad, y lo remarco nuevamente con el deseo y la esperanza de que no caiga en saco roto: "*por encima de la Constitución, por encima de los votos y de la misma Democracia, por encima de la voluntad de muchos o de pocos, la Unidad Territorial de España no se negocia ni se discute, simplemente se defiende".*

XXXII

PATRIOTISMO CONSTITUCIONAL

¿De dónde vienen estos males a la Patria? Según la vara con que se mide, el abanico de opiniones es múltiple, pero ¿para qué andarnos por las ramas?, de todos es sabido, porque es "vox pópuli", que la enfermedad y todos los males que sufre la Patria traen causa, desde el punto de vista jurídico-político, de la Constitución aprobada en 1978. Afirmamos por tanto, sin incongruencias, que los Padres de la Patria que parieron las ordenanzas constitutivas fueron unos "patriotas constitucionales" sin fe en Dios y sin amor patrio, que llenos de un laicismo rabioso, tan sutil como perverso, arrebataron de un tajo la Unidad Católica que desde aquel 8 de mayo de 589 fue emblema y divisa del ser de la Patria, dejando también abierta la puerta de la Unidad Territorial, al anteponer la Constitución a España, para que las nacionalidades salgan de ella desmembrándola e hiriéndola de muerte. La institución monárquica quedó reducida a una "caricatura mingotesca" del apéndice gangrenoso del cuerpo del Estado, privado no sólo de los atributos del "ordeno y mando" estatal, sino incluso reducido su papel de mediador moderador. Las libertades forales se sacrificaron a un caciquismo tan tradicional como avariento, que multiplico el centralismo, que se pretendía anular, aumentado los costes, la vagancia y la abulia de múltiples empleados que no producen, y como derivación consiguiente los excesos de 50 nuevos centralismos regionales, que están perpetuando una situación constituyente a la que no se sabe dar un indeterminado texto fundamental. Un mal infestado por el repugnante Liberalismo cuyo fruto se caracteriza por dar rienda suelta a la norma que en buena lógica debería servir de fundamento de todos las demás. Y lo más gracioso fue que, sin estar legalmente elegidas unas Cortes constituyente, se cambió el texto constitucional en un nuevo régimen que en sentido material configuró al pueblo español, con un conjunto de normas, instituciones y principios sociales que consecuentemente son utilizadas consciente e intencionadamente como herramientas destructivas de la tradición nacional y de la forma de vida del pueblo español.

Normas liberal-socialistas que ahogan, en beneficio de la partidocracia, el patrimonio y el afable sonido de nuestra Patria España, grande como un continente y hermosa en la multiplicidad de sus regiones, y que nos acoge y arropa, sin distingos, hasta el final de nuestros días.

Instituciones ingeniadas, improvisadas y aprovechadas por los mal llamados nacionalistas para ahogar, con unos estatutos constitucionales de autonomía, el solar patrio y el amor a nuestra Patria chica a beneficio de unos cuasi-Estados, del reparto de poder y de la partidocracia local, tan paleta como los "enanos" acomplejados de tal inferioridad que se autoendiosan avarientos de su propio enriquecimiento, embaucando y enredando a la Patria chica, soporte, receptáculo y con-causa de la Patria grande, para que desfermentadas las dos caras de esa misma moneda que forman nuestra personalidad desde su originario destino universal irrepetible, hasta la custodia y fermento creciente del más noble de los horizontes, donde la familia y el entorno más arraigado de recuerdos e ilusiones de nuestro ser individual se desarrolla hasta culminar la vida, enraizada en el mayor y más profundo amor patrio que hace crecer el árbol frondoso de la tradición.

Principios desleales que ahogan a la Patria, que aún late con fuerza bajo la costra materialista del ocio como modo de vida, a pesar del intento de destruir hasta los cimientos cualesquiera vestigios de patriotismo y de religiosidad que vayan quedando en España, al tiempo que impulsan a la lucha para debilitar al máximo la institución familiar como pilar básico del tejido social, asfixiándola económicamente con impuestos desorbitados que imposibilitan el ahorro y por ende cualquier inversión del patrimonio.

Son esas normas, esas instituciones y esos principios los que, en ese "patriotismo constitucional", encontramos sin freno y marcha atrás tratando de romper y desmembrar nuestro entorno inmediato de pertenencia sellándolo en la noche si aliento y para siempre.

Si, ese "patriotismo constitucional" prueba el fracaso de la Constitución liberal; querer frenar el secesionismo periférico con este falso patriotismo es un fraude y ahonda nuestros males. Ahogando a la Patria con falsas soberanías nacionales. Hiriéndola con unas Autonomías delegadas del Estado, multiplicadoras del gasto del erario público, caldo de cultivo de vanidades colectivas, de más estado, más partidocracia local y estatal.

El "patriotismo constitucional", a pesar de tener todos los triunfos en sus manos, ha quedado reducido a una gigantesca bandera izada en la Plaza de Colón de Madrid; y es que muy a pesar de cuantos se han esforzado en florituras al "patriotismo constitucional", siempre lo han hecho actuando contra el contenido o ser de la Patria, e inevitablemente es así, por la simple razón de que la Constitución de 1978 implica una Nación sin Patria y por ello una Nación falsa y a la deriva. Prueba de lo anterior es que cundo ETA mata, no asesina propiamente a un demócrata; cuando ETA mata, asesina sobre todo a un español, y con él quiere acabar con la Patria española, sin embargo, como la Constitución no tiene propiamente Patria, solo se habla de asesinatos contra la democracia liberal. ¡Eh ahí, el grave error!

A diferencia de la Constitución -consensuada en el 78- la Patria es una herencia recibida por derecho natural, y no un mero pacto, acuerdo o convención voluntarista. La Patria es algo natural no ideológico, que solo se la conoce por amor. Se forma en larga cadena de generaciones, siendo los padres la realidad sustentante y originaria, en vez del producto de la propaganda del momento. La Patria es anterior a la Constitución, está dada, y solamente hace falta descubrirla con rectitud y con amor. La actual Constitución produce desamor a la Patria. Y ello es así porque, en última instancia, ha prescindido de Dios, por ello, ni se habla de Patria ni se la ama. Y es que para amar a la Patria en cuanto tal con amor sobrenatural según el cuarto mandamiento, exige previamente el amor a Dios. Es más, debido a la específica configuración del ser de España, fundamentado en la Unidad Católica, conlleva que amar a España exige amar a Dios.

Esta es la realidad de la enfermedad que padece nuestra Patria. Como vemos el mal y la razón de fondo es la oposición y desacuerdo existente entre el sentido formal y sentido material de la Constitución de 1.978.

No cabe la menor duda de que este "patriotismo constitucional", en definitiva, mutila la realidad nacional, pues cada texto positivo instaura una heterodoxia pública fuera de cuyo ámbito sólo existe la exPatriación, expresada en formas más o menos violentas. Cada nuevo Código proscribe parte de las realidades de la sociedad civil, relegándolas al pasado, declarándolas definitivamente superadas en aras de un abstracto ideal de progreso, que tan sólo se define por vía negativa, es decir como lo contrario a aquello que se quiere

aniquilar. Y lo que es aún más grave: condenar a las generaciones venideras a vivir sin la esperanza de alumbrar una sociedad mejor.

Frente a este concepto espiritualmente genocida de la Patria, en el que el legado heredado de nuestros mayores se despilfarra irremediablemente ante la pasividad de la silenciosa mayoría y el regocijo de unos pocos, que ven en la inanición de la juventud su más soñada victoria, nosotros, los que seguimos amando a España aunque no nos guste, hemos de levantar el depósito de virtudes del pueblo español enarbolando la bandera de todos los valores nacionales y eternos junto a la herencia religiosa que nos ha mantenido vivos durante siglos en el tumultuoso peregrinar de la historia y de la huella gloriosa dejada por el mundo, con el impagable ejemplo de hombres ilustrados, inteligentes, santos y mártires que han forjado la identidad que nos atrevemos a detentar y formar un frente patriótico de amplitud noble y generosa, para que contrarreste el dominio del no ser, anulándolo y abandonándolo en la nada, para que la Patria vuela de nuevo a ser el alma de una sociedad donde, una vez reconquistada la Confesionalidad Católica del Estado y proclamada la Unidad Católica Española, los infanticidios queden fuera de la ley, y el nacido en el seno de una familia no sea perseguido por el Estado y al ser educado dentro de los valores cristianos, pueda ejercer un trabajo merecido, sin explotación sindical-laboral, al tiempo que pueda acceder a una vivienda digna y casarse – hasta que la muerte los separe- con una mujer, sin ser multado por no ser maricón, y formar una nueva familia, donde sus hijos además de revindicar la igualdad de derechos sin diferencia del lugar de nacimiento, puedan educarse en ideas veraces y claras y con valores cristianos bajo la guía de sus padres y el respeto por parte del Estado, quien cuidará afanosamente de que la Unidad Territorial y social de España, apoyada por todas sus regiones, garantice y mejore el legado recibido.

¡He ahí el desafió que espera a nuestra generación para superar este cáncer dimanante de un constitucionalismo liberal y obsoleto, que, de paso definitivo al verdadero perfeccionamiento de Cristo, que en vanguardia del decisivo progreso nos guía por el camino de la Patria terrena a la bienaventuranza de la Patria Celestial.

¡Patriotas españoles! Seamos cada vez más españoles y más patriotas. Retomemos la antorcha de nuestra misión, una misión interrumpida por el espíritu de una Constitución liberal y anticristiana, retomemos de nuestra tradición, su mística, su religión,

su moral, su derecho, su política, su arte, su cultura y su milicia, su función civilizadora y proyectémonos a la construcción de un futuro mejor.

XXXIII

LIBERDAD CON IRA

¿Tiene razón el Liberalismo cuando dice que la sociedad es para el hombre y no el hombre para la sociedad? Siempre que se dicen verdades a medias se escamotea la otra mitad: que el hombre que se refugia en su "interés privado" y se pone como horizonte el "bien particular" desentendiéndose del Bien Común está violando su dignidad de hombre y da la espalda a la tarea ética que le correspondería en cuanto hombre digno.

Por ello, jugar a beneficiarse del ser de la Patria es el mayor de los egoísmos. Egoísmo que se da en todos aquellos españoles que mirándose en el espejo de su egocentrismo no ven más imagen que la de su propia pequeñez, a la que tratan de agrandar disminuyendo la grandeza de la Patria. Estos elementos son las mismas sanguijuelas que en todo tiempo y lugar han proliferado con gran perjuicio para el ser español. El daño que causan es producido por anteponer sus intereses a cualquier otro del signo que sea si no es el suyo propio.

Existen, sin embargo, también otros españoles indiferentes al ser o la nada de la Patria, son los que desposeídos de toda sensibilidad no tienen capacidad de vibración ante las gestas Patrias, porque su abulia vaga es tan ciega como carente de valores categóricos e ideales de destino común, y son el pasto preparado para los explotadores usureros que bajo la bandera de la libertad se adueñan, amparándose en la libre concurrencia, de las propiedades y sudores de los obreros.

El Liberalismo en su afán avariento y desproporcionado en el mundo económico no tiene ni quieren relación alguna con lo social, lo religioso, lo político y lo moral. Por consiguiente, ni el Estado, ni la Iglesia, ni religión, ni moral alguna, ni el bien público pueden limitar su autonomía o su libertad absoluta, sin límite alguno, a la que consideran la suprema soberanía del individuo.

No cabe duda que el Liberalismo ha contribuido notablemente al desarrollo de la ciencia económica, al progreso de la industria y el comercio, al amento de riqueza, a la creación de las grandes empresas, a la gran producción, tal y como ocurriera en segundo

cuatrienio el Gobierno Aznar, en donde el dinero paso al primer escalón de los valores actuales, pero a costa de ensanchar, de forma muy solapada, el cauce del libertinaje hasta la parusía artificial del Gobierno progresista actual en el que el desenfreno, la inhonestidad, la liviandad, la inmoralidad, la impudicia, la disipación, la desvergüenza y el vicio son la antesala de esta España caduca y sin futuro, donde se roza, con tal promiscuidad, los límites del individualismo como jamás ha existido algo parecido en nuestras plazas, calles y lo que queda de nuestros hogares.

El Liberalismo inventor de la democracia constituye la encarnación luciferina de los grandes errores emanados de considerar al hombre libre sin trabas ni límites como el valor más alto, incluso sobre la vida, que hace al ser humano dueño y señor de obrar según su omnímoda voluntad con total independencia de la ley de Dios y de su autoridad; lo que le hace soberano de la sociedad con absoluta independencia de cuanto nace de ella misma; soberanía nacional, esto es, el derecho del pueblo para legislar y gobernar con absoluta independencia de todo criterio que no sea su propia voluntad, expresada por el sufragio universal abocada a la mayoría parlamentaria, lo que supone negar tácita o implícitamente la de Dios y su Soberanía. Esta democracia liberal, que es la que estamos padeciendo, proclama los derechos humanos con simultánea negación de los derechos de Dios, y por tanto los derechos que tenemos los católicos de dar a Dios lo que es de Dios: todo honor y toda gloria.

Los liberales, en su fondo común iluminados sobre todo por su propio engendro democrático, declaran la supremacía del Estado en sus relaciones con la Iglesia, es decir, una profunda secularización que la lleve a la no intervención en la vida pública, verdadero ateísmo social que conduce invariablemente a nuestra Patria descristianizada a la apostasía más radical que hasta la fecha hemos padecido los españoles, a los que se nos apoda clericalitas, teócratas, ultramontanitas, meapilas, retrógrados, vaticanistas, etc.

No hemos de olvidar que bajo la bandera de la libertad, no la de elegir el bien, sino la de hacer y deshacer lo que venga en gana, está la primera fuerza que dirige el mundo: la mentira, haciendo parecer a los liberales como dueños y amos de ese estandarte por el suspiran todos los esclavos del mundo, esperando que los que enarbolan dicho estandarte son pródigos despilfarradores gratuitos de esas libertades que pueden anegar sus deseos y los de quienes sintiéndose

ansiosos de libertad aspiran a que un buen gobierno democrático y liberal unido a la buena suerte, les haga llegar, en el devenir de sus votaciones al logro de lo prometido, aunque los más ecuánimes descubren y llegan a la conclusión de que sólo los estúpidos pueden confiar en quienes siendo la segunda profesión más antigua de la tierra, y guardando una gran semejanza con la primera, puedan, por muy "progres" que sean, cumplir sus promesas , ya que solamente son generosos para sí mismos.

Eso es el Liberalismo teórico, en cuanto al Liberalismo práctico es algo más que ese poder de elección ficticio, es el mundo de Luzbel, un mundo completo de modas, artes, literatura, diplomacia, leyes, maquinaciones, máximas y atropellos enteramente disfrazado, hoy día, con los rimbombantes ropajes de libertad y democracia es la radical oposición y lucha contra la sociedad de los hijos de Dios, nuestra Santa Madre la Iglesia de Jesucristo.

Los grandes beneficiados de su "democracia" han sido y son la Masonería, y el Socialismo, a cuyos desalmados miembros les importa un pito su militancia en la izquierda o en la derecha, con tal de estar vinculados en uno de los dos paradigmas que campean en España, haciendo y deshaciendo a su arbitrariedad y capricho, mientras muchos de nuestros compatriotas, haciendo caso omiso a la frase famosa de "*dejad hacer, dejar pasar*", que resumen su espíritu, su doctrina y su actuación, permanecen ignorantes y perplejos ante todos los acaecimientos y sucesos que diariamente acontecen, que no son circunstanciales ni improvisados, sino perpetrados a conciencia para lograr su objetivo principal: destruir el ser de la Patria.

Para cuantos deseen profundizar en el tema liberal reseñar que, al aparecer la primera declaración de los derechos del hombre, donde están condensados todos los desatinos de este librepensamiento, fue condenada por Pío VI. Y que a pesar de ello, esta funesta doctrina fue ampliada y aceptada por casi todos los Gobiernos de Europa, tomando en nuestra Patria el nombre con que todo el mundo la conoce hoy de Liberalismo, y desde aquí esta denominación se extendió a todo el mundo, predicándose y practicándose en los gobiernos constitucionales, lo que hizo publicar a Gregorio XVI la condenación explicita del Liberalismo en su Encíclica "*Mirari vos*" y por León XIII en su "*Immortale Dei"*, la Encíclica explicita de la exposición sobre la constitución cristiana de los Estados. Sin embargo, los sicarios de esta avasalladora corriente de ideas tan

funestas, se enmascaró en el Catolicismo de tal forma que muy a pesar del Pontífice, azote del Liberalismo, Pio IX, intentó de desenmascarar en diferentes alocuciones y poniendo el último sello condenatorio con el "*Syllabus*", no pudo tampoco contener a Satanás, quien es malvado pero no tonto, y viendo muy claro a donde iba a parar derechamente golpe tan certero, y con el profundo rencor que le quema y abrasa, siendo como es el padre de la mentira, se puso a trabajar tan enconadamente, y con él a todos sus pérfidos y camuflados agentes, para que el fuego el infierno ardiese en ellos de tal forma que hiciesen cambiar el curso del Rin hasta desembocar en el Tíber, y así con el engaño que le caracteriza, antes de que el Pontífice San Pío X denunciara abiertamente en la Encíclica "*Vehemente nos"* la separación de la Iglesia y el Estado y de que la Encíclica "*Quadragesimo Anno*" de Pío XI descubriese al mundo el resumen crítico del sistema Liberal, el fuego infernal fue abriendo enormes grietas en los muros del Vaticano para dar paso al humo de Satanás, haciendo que el acontecimiento más importante que hemos vivido los católicos en el siglo XX, se aplicase en los años posteriores con unos resultados tan insospechados como inexplicables.

Y es que los peligros que en estos tiempos corre nuestra fe son tantos y tan graves que es una labor ardua enmarcaros uno a uno en su encuadre correspondiente, por lo que, digámoslo así, los pondremos en su denominador común el Liberalismo, llámese Masonería o Socialismo que serán siempre por su condición y esencia misma, la negación franca o artera, pero radical, de la fe cristiana, y en consecuencia importa evitarlo con diligencia, como importa salvar a los españoles y a España.

Una palabra más para animaros en esta lucha permanente que hemos de mantener contra los enemigos de España, y que es la última y la más importante: dejémonos del diálogo democrático, signo luciferino, con el que tratan de engañar a sus interlocutores llevándoles a un consenso preparado con la traición a la primera de cambio, y pongámonos de rodillas y oremos al Señor, porque como decía Vázquez de Mella: "*gana más batallas un hombre de rodillas que mil soldados*", y tengamos confianza de que la victoria final nos la dará Aquel que todo lo puede, porque como nos dice el Apóstol: "*Cuando fui a vosotros, no llegué anunciándoos el testimonio de Dios con superioridad de palabra o de sabiduría, porque me propuse no saber entre vosotros otra cosa sino a Jesucristo y Éste*

crucificado. Y, efectivamente, llegué a vosotros con debilidad, con temor, y con mucho temblor. Y mi lenguaje y mi predicación no consistieron en discursos persuasivos de sabiduría humana, sino en manifestación de espíritu y de poder; para que vuestra fe no se funde en sabiduría de hombres, sino en una fuerza divina" Es imposible poner mayor elocuencia sobrenatural en estas líneas en donde se niega toda elocuencia y donde se nos exhorta a no ejercer de la palabra elegante y sonora de la humana sabiduría liberal y parlamentaria, sino de la manifestación del espíritu y la virtud de Dios con el fervor religioso característico de la oración, para que exponiendo las palabras de la verdad, no prediquemos de nosotros mismos, sino de Cristo crucificado.

Hagamos caso a Jesucristo: "¡*Id y predicad el Evangelio*…!", esto es, ¡*Id y hablad de las cosas de Dios*…!, y no acudamos a citas banales y por añadidura consensuar como imbéciles.

XXXIV

MASONISMO SIN PATRIA

Según el Contrato Social de Rousseau -hecho para la masonería y que sirvió para la Declaración de los Derechos del Hombre- "*sólo es libre el que quiere lo que la voluntad general quiere. Nadie debe reconocer a ningún otro soberano fuera de dicha voluntad general, porque al hacerlo, pierde su libertad. Sólo existe el pueblo, o sea, la voluntad de la humanidad. Para él no hay ley, ni autoridad, ni gobierno; porque él es para sí mismo, gobierno, ley y autoridad. Fuera de él, toda ley, autoridad y gobierno es usurpación y tiranía. El derecho de insurrección es sagrado"*. Este es, en resumen, el código social roussoniano en el orden político y civil, confeccionado para la masonería y adoptado por todos los revolucionarios del mundo, por el que frente a la obediencia obligada a los "Poderes Ocultos Superiores" nada representan los intereses supremos de la patria, ni el bien general del pueblo, ni el respeto a la conciencia religiosa de los demás, ni los sentimientos de honor o de la propia estimación. Por sobre todas las creencias, por sobre todas las razas, por sobre todas las nacionalidades, de existencia bastante efímera, está el lema perenne e inmutable de la francmasonería: libertad, igualdad, fraternidad. Sobre la idea del amor al suelo en que se nace, está la idea de la "humanidad" que tiene como enseñanza la masonería universal. Las ideas de Patria y de patriotismo son antimasónicas, pues; son particularismos que, según ellos, se contraponen a la universalidad de sus doctrinas. Son restricciones que encadenan su libertad absoluta, desequilibran su igualdad y matan su fraternidad. No nos extrañe, pues, que el patriarca de la masonería y fundador del iluminismo, Weishaupt escribiese: "*Resfriad y dejad de lado el amor a la patria, ¿qué derecho tiene esa multitud a imponer su voluntad? Seamos más bien ciudadanos del mundo. Apreciad la igualdad y no os acongojéis cuando veáis arder a Roma, París, Madrid, Londres o Viena a la que llamáis vuestra patria"*. Masónicamente hablando, hasta los sentimientos más íntimos, más delicados y más generosos de familia, de hogar y de nacionalidad deben callar cuando un "*interés humano llama a la*

masonería al cumplimiento de su deber". Para la Masonería, según Dicert, el historiador de la secta: "*Entre otras enseñanzas el hombre no tiene alma, no hay Dios, la religión es el cómplice de los burgueses y capitalistas, la propiedad es un robo, los sacerdotes son unos ogros que hay que degollar, el gobierno es el mal que hay que extirpar, el hombre y la mujer deben vivir en el amor libre, el militarismo que defiende la Patria: ese baldón de ignominia sustentado por la soldadesca bajo el pendón rojo y amarillo que nosotros renegamos y maldecimos. Nosotros tenemos otro emblema, el rojo, que por la violencia y la lucha que sintetiza, ha de redimir al mundo. "*

El fin que se propone la masonería es, por lo tanto, dominar totalmente el mundo, aniquilar toda idea de patria rompiendo su ser y fundar el Estado Universal sin ley humana ni divina. Así lo afirma también Clavel, cuando dice que "*la gran empresa intentada por la masonería es borrar entre los hombres la distinción de creencias, de opiniones y de patrias*. Y es que los masones, en su proverbial cinismo se adaptan a cualquier legislación, y constitución a condición de que el veto masónico sea su becario correctivo, es decir la masonería no conoce fronteras pues tiene por patria el mundo y por nación la humanidad, ya que por sentencia unánime los "sublimes" maestros, la masonería reniega de la patria y anula todas las obligaciones del patriotismo, condonándolo como insensatez y criminal atentado de lesa humanidad, y engrandece además la traición a la patria como virtud la más heroica. Basten como ejemplos la influencia masónica en España con Carlos III y sus ministros, y con las Cortes de Cádiz y gobiernos subsiguientes, la mediocre y aterradora II República, pasando por el paréntesis franquista en donde, al igual que el verano de San Sebastián de 1930 fue el preludio del siguiente 14 de Abril, el contubernio de Múnich lo fue para la Constitución atea del 1978, donde se instala la ciudadela de la masonería haciendo confundir la crónica de España con la crónica de la masonería.

Los masones, en su proverbial cinismo son los camaleones que se adaptan a cualquier legislatura, pues como leemos en la Cadena de Unión "*Todas las constituciones y todos los partidos democráticos son buenos, a condición de que el veto masónico sea su necesario y saludable correctivo"*. Esta y no otra es la política de la masonería: política del parricidio, del derecho a la insurrección, de la demagogia, de protección al Socialismo, a la anarquía, al

Comunismo, y de odio a las sanas tradiciones sociales, a la propiedad y a la familia. Política masónica de entronizamiento de la razón y de omnímoda independencia y endiosamiento de la humanidad; política de mentira, de hipocresía, de corrupción y de inicua propaganda de irreligiosidad y de ateísmo; política de secularización y tiránico monopolio de la enseñanza; política desmitificadora de su envoltura filantrópica donde reserva su carácter anticlerical y político de tu triple meta: la destrucción de la Iglesia Católica, la destrucción de las Monarquías tradicionales y la destrucción del verdadero Ejército Patriótico-Nacional; y todo ello para conseguir su último fin principal: el dominio mundial. Política masónica ya ha conseguido dos de sus propósitos y ahora atacará a la Iglesia con el saqueo de sus bienes y obligándola una serie de impuestos antes de relegarla a las sacristías, para seguidamente pasar al atropello y supresión de los institutos y órdenes religiosos, la desamortización consiguiente y exteriorización de su política de opresión e inhumana persecución a la Iglesia de Cristo hasta conseguir su exterminio, para inaugurar el soberano imperio de Satanás sobre todas las naciones y tribus de la tierra; política de enseñar una nueva religión laica: el humanitarismo, que presentándose como compasiva de las desgracias ajenas substituye a Dios por el hombre, y se le pone al servicio del Estado aquilatando y afianzando el gobierno maquiavélico y positivista del Nuevo Orden Mundial.

La masonería, que miente más que habla, y como prueba ahí tenéis al jesuita José Antonio Ferrer Benimeli, de antigua ascendencia judía aragonesa, que se afilio a la masonería nada más ser legalizada en España por el gobierno aperturista de Adolfo Suárez, y que cada vez que abre su boca es para desmitificar el concepto masónico, eso si, se nos presenta, como el resto de sus hermanos en los medios de comunicación, con la sonrisa al mundo y con una faz risueña proclamando el amor al género humano, sin referencia a Dios, exaltando los principios fascinadores de esa filantropía con los que alucina y deslumbra a la gran masa; esto explica, hasta cierto punto, el singular impulso que arrastra hacia ella a tantos hombres engañados, como en el presente Gobierno actual que presidente Rodríguez Zapatero, donde según D. Ricardo de la Cierva, ocho de sus Ministros son masones. Sin embargo, la masonería, en contra del criterio de muchos que piensan que se trata de una sociedad cultural, deportiva y filantrópica, como los Boys

Scouts, los Juegos Olímpicos y la Cruz Roja, es esencialmente una organización atea, perversa y desalmada que desconoce total y absolutamente el derecho a la libertad de los pueblos, de los hombres y de las conciencias.

La masonería lleva en sus entrañas el odio a la Patria. Este odio es condición necesaria de su existencia, impulsor de sus empresas políticas y sociales y tenebroso secreto de nuestro gobierno; porque el "hermano", cuanto más venal es, más traidor y desalmado antipatriota, mejor masón. Solo tenemos que ver los frutos de la democracia en nuestro rededor: aborto, divorcio Express, clonación, manipulación de embriones, exaltación del deshecho, postergación de lo natural, persecución a la Iglesia y a cuanto a la Patria se refiere, irrupción de banderas masónicas, destrucción de nuestras familias, creación de estatutos separatistas a "gogo" para la desmembración territorial y la consiguiente desunión entre compatriotas, inquisición homosexual, pistoletazo en la nuca y atentados sin castigo, injusticia, deslealtades, corrupciones, robos etcétera, etcétera, etcétera... Para los "hermanos" de las sectas masónicas sin Dios y sin Patria, y para todos sus compañeros de ruta, nada hay tan odioso como una acción cimentada en la unidad de sus tradiciones heroicas y cristianas, y como una sociedad equilibrada en que el mismo proletariado -en lugar de perder sus últimas libertades y sus últimos bienes morales siguiendo falsificadas banderas de redención internacional- se aferra a la Fe de sus mayores y al amor de su tierra.

XXXV

SOCIALISMO Y COMUNISMO

La diferencia que existe entre una Democracia Capitalista y una Democracia Popular es la misma que hay entre poder llevar una camisa o que te la pongan de fuerza. Como vemos, la esencia de la Democracia despojada de camisas capitalista y popular queda descamisada en simple y sola Democracia, esto es, dos lobos y un cordero votando para que la mayoría decida sobre quienes se comen a la minoría. El resultado será solamente un aborto del ser, que se caracteriza por los conceptos y leyes de conveniencia propia de este práctico sistema, sin fronteras de tiempo ni de límites, hasta que arriban otras nuevas elecciones en la que los políticos prometen daros cosas a costa de otros, y cuando los votas, no tienes derecho a quejarte cuando cojan tu dinero y se lo den a otro, incluyendo a ellos mismos, porque están haciendo exactamente lo que han prometido: dar cosas a otro. Y es que a los políticos les interesan los votantes como a las pulgas les interesan los perros.

Aparcando ironías y retintines, demos luz para ver con claridad la filosofía marxista, resalando que es la síntesis de las consecuencias de todo Liberalismo, pues sin él jamás hubiese existido el Socialismo ni el Comunismo. Todo él se sustenta en el materialismo dialéctico, siendo la cuestión del ateísmo la esencia de su ser, y no la cuestión obrera de la que tanto alardean. Intrínsecamente el Marxismo socialista o comunista es incompatible con el cristianismo, por ser esencialmente materialismo-ateo, pues antes que nada la encarnación del ateísmo es su fundamento y su nueva Torre de Babel, que la construye sin Dios porque no aspiran a alcanzar el cielo desde la tierra, sino que aspira a bajar el cielo la tierra. Vez en qué consiste el utópico paraíso comunista: En el establecimiento o realización en la tierra del ateísmo más radial y del ateísmo organizado, un colosal reino o imperio universal anticristiano.

Pero no penséis, ni por un momento, que el ateísmo es cualidad exclusiva o propia del Socialismo y del Comunismos como abanderados del Marxismo, ya que lo es también del Liberalismo y su Democracia, con la sola diferencia de que los marxistas son más

radicales y más consecuentes que el Liberalismo. Fijemos nuestra mirada en la España democrática. ¿Qué vemos? En el plano ateo de resolver la Gobernación del Estado tanto la UCD, como el PSOME (la M de Marxistas, aunque fue substituida después, continúa presente en toda su militancia), el PP o el PSOE, partidos que han gobernado y están gobernando, solamente apuntar que no podrán jamás resolverle, porque el problema es el propio Gobierno. Y sino ¿por qué la UCD y el PP tan conservadores y tan aparentemente católicos no ha defenestrado el aborto y el divorcio? Si no recuerdo mal fue durante la legislatura ucedista y con el ministro de Justicia Fernández Ordóñez cuando se legalizo el divorcio, y con el Socialismo la despenalización del aborto, y en la segunda legislación de los Populares, aun teniendo la mayoría, no solo no se abolió el divorcio y el aborto, sino que se amplió. ¡Por eso, precisamente, son "conservadores"! Estas anotaciones, tan someras y superficiales, son pinceladas sueltas de lo que más se ve, pero existen otras más locuaces e intrínsecas, objeto de otro libro, que son las que aclaran que todos están jugando la misma partida, en la misma mesa, con las mismas cartas y con la misma finalidad: Rechazar el Cristianismo en España, a la vez que se sirven de él para sus fines políticos electoralistas o propagandísticos, aunque, despojándolo de todo sentido sobrenatural y trascendente. Y lo peor de todo ello es que muchos católicos o están en Babia o en una minoría jugando también la misma partida. Una última nota, a tener en cuenta, que entre el Liberalismo y el Marxismo, no hay solución de continuación, sino plena continuidad, es decir, natural tránsito o continuidad el primero al segundo.

En plano económico, creativo o empresarial son la inteligencia del servicio personal, que impide bloqueando a los hombres emprendedores y capaces de crear puestos de trabajo, para, así, convertir a la Patria en una pobre medianía, reverso de la que fue con aquel hombre prudente, porque Dios así lo quiso, con las imperfecciones y "peros" que le queráis poner, con el que nuestra Patria alcanzó el noveno puesto mundial, y en donde además de camisa podíamos llevar corbata y chaqueta.

Decidle a cualquier socialista o comunista ¿por qué no creas o no montas una empresa con tus amigos marxistas bajo la enseñanza del sistema socialista? Si es veraz y sincero confesará que sus amigos son capaces de hablar insensatamente de lo que ellos organizarían, de comentar lo que harían, de formar algún que otro

piquete, de repartir lo que gana otro, pero que carecen de capacidad creadora. La triste realidad es que, si en ambos sistemas se crease una empresa mielera, el socialista se comería el panal, malvendería la colmena y desaparecería a Suiza, en tanto que el comunista se comería al panal, destruiría la colmena y para subsistir, convertiría a los obreros en esclavos, sin futuro ni libertad. Esa es concisamente la esencia económica de ambos sistemas.

¿Qué estoy equivocado? si así fuera vuelvo a preguntar ¿son capaces los comunistas de dar sueldos equilibrados, permisos y libertad? Rotundamente, no, porque no tienen capacidad. En primer lugar, un empresario nace no se hace, y, en segundo lugar, porque su sistema está fuera de la justicia y por consiguiente fuera de la esencia de los hombres. En cuanto a los socialistas, ¿es que son capaces de crear una sola empresa que produzca, que rinda equidad para aumentar las vacaciones, un sueldo mejor remunerado y participación de los beneficios? ¡Inútiles! Un empresario es cabeza, corazón y arquetipo humano. Y además ¿quién os impide crear empresas? Está bien claro: vuestra incapacidad. Sois buenos charlatanes, envidia no os falta y odio derramáis por doquier, en el mejor de los casos os sobra utopía. Y vosotros comunistas, dentro del evolucionismo Darwiniano, sois el último eslabón para la supervivencia, pero de indigna supervivencia, porque inmoláis al hombre, porque vuestra mejor arma, exceptuando la mentira, es enseñar los defectos de los demás, cuando los vuestros son verdaderas monstruosidades; habláis de libertad, cuando sois la total negación de lo que es la libertad en el obrar y en la proyección total del hombre; habláis de democracia, cuando realmente sois totalitarios aberrantes, sin el espíritu que os podría dulcificar; habláis de justicia y no soportáis la equidad, y ¿qué ensalzar del paraíso comunista, si lo tenéis cerrado entre espinos para que no escapen del infierno que habéis creado?; protestáis de la opresión y sois la opresión más terrorífica y criminal que en la historia ha existido; acusáis de asesinos a los que juzgan y condenan el crimen y el terror, cuando ellos tienen que desenterrar de las fosas comunes a sus familiares y amigos asesinados sin juicio previo. ¿Haber si sois capaces de recordar los millones de muertos de las purgas rusas, a título de eutanasia social? ¿Cómo? ¿Que jamás habéis oído hablar de los 10.000 asesinados en Katín? Entonces, ¿tampoco recordaréis los 12.000 asesinados en Paracuellos del Jarama? Eso os pasa porque o bien no habéis preguntado al protagonista Santiago Carillo el por

qué y el cómo de tan horrenda matanza, o porque no os habéis permitido leer la Causa General, donde se os está pidiendo justicia y exigiendo el buen hacer a España. ¿Cuántos millones de muertos tiene a su cargo el Comunismo? ¿Cuántos espíritus y cuerpos crispados por el sufrimiento y por la desgracia? Según las estadísticas solamente en el periodo revolucionario en Rusia, murieron de muerte violenta 4.800.000 seres humanos. ¿Hasta cuándo? No me digáis, para justificaros, que Franco también mató. Franco, bien sabéis, no era un asesino, porque se sentenció a muerte a los asesinos, a los que criminalmente habían asesinado, sin previo juicio, en los barcos prisión, en los amaneceres del Madrid rojo, en los innumerables "paseos", en los homicidios en masa, en los tiros de gracia a vuestros propios correlegionarios en el frente… ¡Asesinos! Preguntad e inquirir, hablad con algún hombre sincero que conozcáis y que viviera en el Madrid del 36 al 39, o de cualquier otro lugar de nuestra geografía, que malviviese bajo el terror rojo, preguntarle por la verdad, por el verdadero pan que alimenta, no los que preparáis para engañar, que os cuentes lo que hicieron esos canallas al asesinar a la gente que no había hecho nada malo, a los que asesinaron por satisfacer el odio y la envidia, a los que mataron con saña y el desprecio más absoluto de la dignidad humana; preguntar a los que vivieron la angustia y el horrible sufrimiento de las checas, preguntad y no os quedéis conformes con esto, preguntad en Polonia, Hungría, Rusia, Checoslovaquia, Cuba, en cualquier país donde el Comunismo se implantó a la fuerza, porque jamás lo habéis hecho en victoria limpia. Todos los regímenes comunistas no fueron ni son una infortunada aberración, una desviación histórica del ideal socialista, son la expresión mayor, libre de presiones democráticas y electorales, de lo que el Socialismo realmente es, en pocas palabras, el Estado lo es todo y el individuo no es nada, y, si no, daros un paseo por Cuba, a ver si encontráis esa libertad que tanto pregonáis; claro que según están las cosas, a lo mejor ganáis el próximo premio Príncipe de Asturias; mirad a los cubanos con un sueldo de ocho o diez dólares al mes, cuando solamente merendar en una cafetería de la Habana vale diez dólares, y en donde no se permite a los nativos ni a entrar en hoteles ni restaurantes reservados para turistas, donde las manifestaciones que nos muestras los medios de comunicación infectas de cubanos, lo están porque previamente han sido obligados a su asistencia con banderita incluida; el paraíso cubano en donde no existe la propiedad privada

y en donde se repite, machaconamente, al pueblo, una y mil veces, que si el Comunismo existe es porque hay pobreza, cuando ellos mismos saben que es al revés, porque con ellos vive ese dictador que posee una de las nueve fortunas más grandes del universo. Y de China, ¿qué os voy a decir que no sepáis? Únicamente que allí la función marxista continúa siendo el sufrimiento en su más alto nivel. En China no hay forma de conseguir buena comida para llevar a casa y en Cuba los habanos están racionados. Eso es todo lo que necesitamos saber sobre el Comunismo y aunque mucha gente ha creído en la izquierda por el bien que prometía; muchos más han aprendido a juzgarla por el daño que ha hecho.

Ante este panorama tan devastador con terrorífico, pregunto: ¿Qué será de nuestra Patria ante esta nueva invasión bárbara? Os daría la respuesta, pero prefiero que la deis vosotros, teniendo presente que lo único que se necesita para que triunfe el mal es que los hombres buenos no hagan nada.

Para terminar, una última estampa escrita: Los marxistas, más que les duela, no están dispuestos a reconocer que también los nazis son socialistas. Pero como dice F.A. Hayek: "*Totalitarismo es la nueva palabra que hemos adoptado para describir las inesperadas pero inseparables manifestaciones de lo que en teoría llamamos Socialismo*".

XXXVI

LA INJUSTICIA O EL NO SER DE LA PATRIA

Siendo como es la libertad el espacio vital del hombre, y si la libertad hacia el bien es la justicia, y sus caminos, por tanto hacia ella, son la inteligencia y la sabiduría, qué duda cabe de que ese patrimonio daría una sociedad, en apariencia perfecta, y sin embargo el ser de la Patria pide más porque siente necesidades superiores como son el ser amada, el pedir perdón y el perdonar, llave eterna de la convivencia de los hombres, que, a semejanza de Dios, pueden practicar la misericordia en su auténtica dimensión.

No se trata de ser alguien, de llegar a ser, sino de que el hombre por el hecho de ser hombre, en esa dimensión, alcance su mayor dignidad en la propia identidad con su esencia, que es la que determina su verdadera jerarquía.

Y para ello y como condición previa es que miremos a la Patria, y al mirarla verla dándonos cuenta de lo que es, cuerpo del Ser, que estando bajo la misma bandera, blanca y pura de la Cruz, sufre y padece por mantener la justicia. Como segunda condición analicemos y luchemos siempre por ser igualmente justos, dándonos cuenta de que es la única forma de ser dignos, a pesar de que la lucha por alcanzar nuestra propia esencia, que es justicia, nos lleve también a una cruz. Pensemos que nuestra Patria, madre de todos los españoles, necesita leyes de convivencia, que han de nacer de su propia esencia, es decir del espíritu de Dios, y ellas no pueden ser otras que leyes de justicia, que no entienden de proletarios ni de capitalistas. Una misma ley con las mismas oportunidades y los mismos caminos, con los desniveles propios de la naturaleza humana, que no implican, en esencia, indignidad ni injusticia, ya que toda ley debe apoyarse, en conceptos justos, para que sea justa y la que no sea, como principio del nacer del verdadero ser de la Patria, debe ser abolida por ser fuente de iniquidades e injusticias, pues estando preñada del no ser solo puede parir la muerte.

Una filosofía clara de la dignidad, nacida de nuestra propia esencia, es la que expresa los conceptos dimanantes en leyes que

tiene que crear nuestra Patria. Y para ello, lo primero ha de elegirse, en justicia, a los hombres que capaciten esa posibilidad, y apoyados en la verdad de la Patria no tengan jamás cabida al engaño, a la maldad y a lo falso. No será una promulgación de leyes ni de derechas ni de izquierdas, sino puro cristianismo, que solo entiende de hermandad en relación a la justicia. No se trata de un programa original nacido del gobernante de turno, se trata del programa de Dios; quienes pretendan cambiar la faz de la Patria fuera de los designios de Dios es humo, es paja que se convierte en humo; el no ser esta vacío y produce únicamente vaciedades, porque no está entroncado con el Ser, que es la fuente de Inteligencia y de Sabiduría.

Miremos con sinceridad a nuestro alrededor, y ¿qué vemos? Un Comunismo criminalizado, paja que se convierte en humo y que da muerte, desgracia y tristeza. No hay Comunismo sin piquetes de ejecución, sin alambradas, odio, lucha de clases y hombres bestializados, porque no creen que la esencia del hombre es espiritual y partícipe de la Justicia, porque se niegan a creer en quien Es, por los siglos de los siglos, Él solo vida.

Muy cercanos a estos, vemos a los socialistas: freno del hombre y freno del mundo, injusticia, sin Dios, porque no les cabe en su propia utopía o en la envidia de su corazón, que el hombre tiene diferenciada si su propia naturaleza en cuanto a su espíritu, a su corazón, a su mente y su fuerza; y cada uno, dentro de la justicia ha de vivir según él.

También vemos, en nuestro mirar, otro miembro desgajado, el Liberalismo: hombres libres en un "paraíso" de luces y colores, sin encontrarse a sí mismos, porque tienen parcelada la justicia por la pura conveniencia, como si la justicia tuviese fronteras. ¡Pobres imbéciles! Vuestra bandera temporal pretende prevalecer lo injusto, hasta el punto de que vuestra injusticia cala hasta el corazón de vuestros mercenarios soldados, que ni saben ni tienen valor de defender esa inicua bandera del albedrío, que se tambaleará hasta que sea arriada antes de llevar a la Patria al abismo de no ser nada. Y es que solamente la maldad y la imbecilidad son capaces de crear un "paraíso" sin Dios.

¿Quién domina a nuestro pueblo? ¿Quién está interesado en que esté pervertido? ¿Cuántas familias, hogares de luz y calor, están en tristeza y desgracia? ¿Cuántas mujeres "liberalizadas" no son sino meros seres objeto? Y ¿cuántos hombres deambulan como bestias

condenados a la dependencia? ¿Quién se ocupa de esos hijos esclavos del dolor y del sistema? ¿Dónde está tu justicia democracia, que permite asesinar a los que te hablan de verdad mientras permanecen sin castigo los que asesinan? ¿Dónde tu ejemplo y tu ética? ¿Quién demuestra la falta de humanidad de las llamadas democracias? Su propia inhumanidad marcada en los índices estadísticos por ella misma creados: miles de abortos, mayor número de divorciados que de casados, niños desgraciados por faltas de amor y de indisolubilidad, mujeres objeto y hombres sin identidad definida, uniones contra natura, manipulación de embriones, clonación, etc. ¡Qué asco de civilización!

El mundo necesita un arquetipo y la llamada democracia no lo es; le falta el techo, los principios, como pilares bases y únicos en sus leyes y en su constitución; por el contrario, le sobra el mar menor, aportación de una parte de los Pastores olvidadizos y descastados, que suplantan la jerarquía por el voto.

Trastocados los valores, por falta de justicia y de humanidad, hace su aparición el aborto del ser: el dominio del oro que en manos del inicuo compra peleles, porque al hombre no se le puede comprar más que con la verdad y con la justicia. Y así vemos, no sin asombro, a los holgancillas aprobar leyes que rompen el equilibrio, porque sus dueños saben que consecuentemente se romperá la ley de la justicia.

Y así, dar el beneficio a quién no lo merece: una injusticia. Robar la propiedad justa del ser: una injusticia. Remplazar la familia por un sucedáneo de meretrices y maricones: una injusticia. Subvencionar sindicatos para que la clase media se empobrezca: una injusticia. Inventar o falsear la Historia: una injusticia. Atropellar a quién quieras porque no le quieres: una injusticia. Vivir del esfuerzo y riesgo acumulado de tu hermano: una injusticia. Vivir de la palabrería sin rendir: una injusticia. Abusar de tu falta de valía o de tu sobra maldad con necia demagogia para enriquecerte: una injusticia. Destruir la Patria: una injusticia. Pide y desea justicia, ¡coño!, pero no arrolles. Cada uno ha de vivir según su propio esfuerzo, según su rendimiento. Cada uno que puede llegar a ser, puede llegar a tener, según su sabiduría. Es necesaria la dignidad para no exigir otro merecimiento. Los que odian y ansían la destrucción de la Patria son los utópicos que no ven más allá de un palmo de su injusticia, porque al ser incapaces de trabajar para sostenerse a sí mismos, si son capaces para ser socialistas. Hasta aquí un vistazo a los socialistas nacidos de la injusticia, porque existen

otros nacidos de la envidia, de la pedantería, el odio, de la incapacidad, que no merecen si un solo renglón ya que llevan su propia autodestrucción en el castigo de su propio vivir.
Resumiendo: vivamos en estado de conceptos y leyes de justicia, según nuestro propio rendimiento, teniendo derecho al trabajo, y que ese derecho a justicia sea su amparo, su seriedad, su responsabilidad, su dignidad, rindiendo a la sociedad en los servicios que le rinde. Y que en esa sociedad justa y sin compartimentos estancos, sin monopolios destructivos, situémonos libremente, sin explotar y sin permitir ser explotado, para que nuestro estatus de vida sea equiparable a nuestra capacidad de producir, y aquellos que no obran en esa justicia, lo único que demuestran es su propia incapacidad. No bloqueemos a los españoles emprendedores y capaces, porque convertiréis a la Patria en una pobre indigente, tomad ejemplo de ese hombre, quiérase o no, dentro de sus limitaciones imperfecciones, al correr de los años nos permitió llevar a la Patria a lo más alto. Dejemos que los mejores y más dignos lleven "siempre p'alante" a la Patria. Tú, si quieres, profundizando en dignidad y perdiendo en injusticia, puedes ser uno de ellos.

XXXVII

MENSAJE A UNA PATRIA EN PELIGRO

De todos es sabido la anécdota de dos pobres sedientos que, arrastrándose por la arena del desierto bajo un sol abrasador, hasta que encuentran una botella con un poco de agua, y el optimista exclamó: "¡*Gracias a Dios, una botella casi llena de agua*", en tanto su compañero pesimista murmura tristemente: *"¡Qué lástima, una botella casi vacía!"*

Andar por la vida desesperanzado es mirar solo el lado negativo de las cosas. Y no es así como debemos enfrentarnos a la realidad, aunque también es verdad que tampoco podemos ser tan optimistas que, por deformación visual, veamos la media botella de agua como una espléndida y fresca botella de cerveza.

Por el panorama actual que seguidamente os voy a exponer, no me gustaría que me encasillaseis en alguno de los dos extremos referidos, dado que solo trato de ser realista y los términos de pésimo u óptimo se han de aplicar no al sujeto sino al objeto de estudio.

Pongamos, por tanto, los pies en el suelo y contemplemos los avances y logros conseguidos, donde nuestros semejantes y nosotros mismos progresamos movidos por un ambiente de comodidad y de facilidades que hace cincuenta años para nuestros padres constituía un horizonte inalcanzable.

Pero, continuando con los pies en tierra, y a pesar de que nuestra Patria nos la muestran sonrosada en sana economía y en progreso ¿no estamos viendo que los cimientos de ese avanzar no tienen la firmeza y consistencia necesarias para que dejemos de escuchar los crujidos que dan las grietas peligrosas que pregonan los fallos del conjunto en una grave herida?

Hagamos un alto en el camino y seamos objetivos; hagamos un rápido análisis de las varias vertientes por donde discurren nuestras vidas y vea cada uno qué puede hacer para mejorar y sanar esa lesión ocasionada en el ser de la Patria por la falta de religiosidad, de patriotismo, de ideales y de principios, que son las fisuras y rendijas que hacen titubear sus cimientos, para después, si nos faltara el coraje y la capacidad de rellenarlas con el sacrificio de nuestra firmeza y de nuestra consistencia en un desbordante amor patrio, no

presenciaremos, como ha ocurrido en otras civilizaciones, que tras el lujo, la molicie, los placeres, la injusticia y la inmoralidad sucumben aparatosamente y sin remedio.

Nunca debemos opinar sobre lo que no entendemos, pero la verdad es que siempre escuchamos una voz interior que nos avisa con una señal de alerta. Siempre se nos ha dicho renovarse o morir, pero ¡ojo!… evolución discreta, no cambios radicales que nos lleven al estupor y a la extrañeza. Y esa renovación que se está realizando en el ser de nuestra Patria ¿es para formar iguales conciencias el día de mañana? Que Dios quiera que las nuevas Iglesias desnudas de santos, las movidas canciones de guitarras en vez de armoniosas y recogedoras melodías de órgano, la democrática presencia en la calle en mangas de camisa del Sacerdote que ayer reverenciamos con su vestidura talar; la tolerancia en fin, hacia nuevas formas y prácticas no desvíen la fe a los fieles, y que la sinceridad y pureza de éstos no se vea manchada por las licenciosas costumbres que dañan grandemente a su formación religiosa, indispensable y necesaria para su desarrollo y convivencia.

Demos un vistazo al Ejercito, ayer brazo armado del pueblo y defensor perpetuo de la Patria, y hoy vacío de esas generaciones de jóvenes españoles que llenaban sus cuarteles y en donde se les enseñaba a amar y a defender a España. Ya sé que el amor y la defensa de la Patria, el verdadero patriotismo, no exige -salvo circunstancias extremas- coger un arma y vestir uniforme, porque el patriotismo está en la labor callada y continuada de cada día en la entrega de cada uno a su trabajo, en desinteresado sacrificio para elevar el prestigio de la nación, en colaborar en defensa de la paz y el orden que debe regir toda sociedad organizada; pero el Servicio Militar, como su propia denominación indica, era una escuela de dadiva generosa a la unión de todos y a la unidad de Patria; era la labor patriótica en equipo y era olvidar la pregunta que muchos, por desgracia, se formulaban equivocadamente: ¿Qué me da a mí la Patria a cambio?, o ¿Qué puedo yo sacar de la "mili"? cuando la pregunta debería ser noble y honda, como la ha de formularla un hombre íntegro: ¿Qué debo darle yo a la Patria? ¿Qué esfuerzo solicita de mí la Nación? Desgraciadamente los jóvenes de hoy no se hacen hombres en los cuarteles, porque al haberse suprimido el Servicio Militar obligatorio no se les inculca las virtudes tradicionales que se enseñaban en los cuarteles como son la disciplina, la obediencia y el sacrificio, todas ellas necesarias en la

vida civil, porque sin disciplina no se aprende a obedecer para saber después mandar y sin sacrificio no se valora el coste de lo logrado. En fin, una Nación con un Ejército de mercenarios es tan débil como la soldada de sus tropas, porque al eclipsarse el patriotismo necesariamente se desvanece el ser de la Patria.

Otro eslabón básico de nuestra Patria al que estamos obligados a analizar es la Familia, quizás, el elemento fundamental que está más resentido en la época actual, porque no se la ha ayudado a mantenerse unida con leyes positivas emanadas del Derecho Natural, sino que se la ha reprimido negativamente con leyes tan inicuas como la separación de bienes, la despenalización del adulterio, el divorcio… se la están cargando, cortado toda clase de ayudas y subsidios económicos, despreciando a las familias numerosas y fomentando en amancebamiento para provocar su aniquilación.

Los apátridas, es decir los hombres sin Patria que desconocen la suya con el falso argumento de ser ciudadanos del mundo, saben que la familia es la célula principal y asiento fundamental de la sociedad, y si a ésta se la destruyese se desintegrará la Patria. Por ello, a la familia se está hiriendo de muerte, y la causa no es precisamente por la desaparición de la mesa camilla, sino por motivos planificados previamente a tan nefasto objetivo. España era diferente al mero contrato de hombre y mujer existente detrás de los Pirineos, aquí la fidelidad era una obligación sagrada que llegó a más: ni tan siquiera a desear la mujer del prójimo, ni admirarla con deseo impuro, alejando toda carne que no fuese nuestra carne, hasta que obligatoriamente llegó la adaptación al sistema europeo, en la que se equipararon los impuestos pero no los sueldos, lo que provocó un desequilibrio económico en la mayoría de las familias, induciendo, con la excusa de aunar dos sueldos y superar así el desastre económico, a salir a las mujeres a trabajar fuera de sus hogares, para que igualándolas con los hombres compitiesen con ellos en trabajos y profesiones. ¡Qué bien estudiado! Primero, se descabeza a la familia desautorizando al padre para que el timón de la nave familiar quede a la deriva; segundo, se ausenta a la esposa del hogar para que se aumenten las tensiones y dificultades en la vida marital y así lograr una inexistencia conyugal, que comienza a hacer aguas, aviso previo a su autodestrucción. Problema que podía haberse solucionado con un salario justo del marido. Pero no, había que destruir a la más hermosa Patria desintegrando previamente a la

familia, desatando lo atado y lo más defendido: el vínculo sacramental. Para ello, nada mejor que sublimar y encumbrar la doctrina atea que practican los anticristos de este mundo, y que enseñan demócratas, socialistas, comunistas y centristas -avergonzados de ser derecha-, consistente en que la unión de hombre y mujer es un contrato, un simple trato; mientras me guste, mantengo el compromiso y cuando el hastío me provoque bostezos se terminó. ¡Qué fácil y que sencillo! ¡Qué importa la palabra dada de hasta que la muerte nos separe! Un compromiso mutuo de respeto y de fidelidad sagrada y una obligación, al fruto del amor, de instrucción permanente a los hijos. ¡Todo, pamplinas! El egoísmo puro y duro es el acelerador que en el descenso al cieno sin dignidad.

Después se va más lejos con el hombre, pues una vez abolido su mando como cabeza de familia, se le libra o libera de su dignidad, induciéndole al cambio de parejas, donde la carne de su carne, que es poesía y templo santo, cuyos senos han alimentado a sus hijos, y cuyas manos han acariciado con ternura de madre y esposa al besar con amor a la carne de su carne, se la degrada hasta convertirla en el ser repugnante y despreciable, y por el marido más que por nadie; y convencida de su ignominia y humillación proclama que ella es la única dueña de su cuerpo, y que puede hacer y deshacer, de él a su antojo, todo cuanto se oponga a su "realización" en libertad, sin ataduras de hijos y de marido, y al levantarse legalmente la veda del adulterio y del aborto, si viene un hijo se le mata impunemente, como si fuera un bicho malo y maloliente; ni las bestias de especie alguna cometen este aberrante crimen. ¡Criminales! Y pretendéis hacernos creer que amáis tanto al hermano que abolís la pena de muerte. Si Dios me diese mando, mi ira justa no encontraría castigo suficiente para escarmentar a los que cometen el más repugnante crimen que puede cometerse. Porque es tu hijo, sí, pero también es mi hermano.

Y así atropellada la mujer-esposa hasta convertirse en el fango perfumado de Chanel, sin la dignidad siquiera de una prostituta, aborta, equivocando el amor con la lascivia, y substituyendo la maternidad con el más horrendo y desdichado de los crímenes, quedando así marcadas y dispuestas para acelerar la separación y el divorcio con una rotura del lazo familiar, creando una nueva dimensión: la del amor libre en la esclavitud el amor.

Si a la emancipación de la mujer, añadimos el ansia egoísta que se ha estimulado en los hombres, ampliando su egocentrismo hasta

límites insospechados, en los que echando de ver en cualquier dirección, solo salen ellos en la fotografía, y si incrementamos a esta situación los conflictos generacionales y los fallos humanos de padres y de hijos, acrecentados por la pérdida del respeto y la falta de educación, queriendo justificar lo inaceptable del incumplimiento de la Ley de Dios, llegamos a una imposible y normal convivencia entre los miembros de la célula familiar que inexorablemente se desvanece y con ella, el ser de la Patria, hecho casi consumado y que si no ponemos remedio, podría en un futuro próximo no ser.

Los hijos, nuestro más próximo futuro, merecen un análisis especial. La pareja para trasmitir la vida que le fue dada y hagan vida de luz, es una carne indivisible y bendita para que los hijos no se pierdan en las tinieblas y les den gozo y alegría, y sean el báculo de su atardecer. Ellos son el fruto de responsabilidad permanente y de por vida. Nadie, que tenga hijos, deja de amarlos, aunque los tenga pródigos. Quiere el padre que castiga al hijo necio para que no se malforme, siendo el castigo fruto de su amor que busca hacer al niño el hombre justo, responsable y pleno de virtudes, encauzándole para que, como buen árbol, tenga su tronco fuerte y derecho al que los avatares de la vida no le puedan torcer.

Pero la misma y malsana filosofía del mal, se encargó, hace ya bastantes años, de propagar, que al niño había que dejarle a su aire natural; que el padre no instruyera, no hiciese sabio al hijo, que había que dejarle hacer lo que quisiera, y que en su momento ellos, los demócratas, les enseñarían. En esta diabólica maniobra estaba todo previsto, pues al no pegar ni coartar al niño-necio, éste se hizo joven-necio, porque no había que crearle complejos, nada debía imponérsele y así se crio "independiente" como un animalito. ¡Pobre muchacho! Y maldita filosofía de la destrucción que le estaba esperando, sin haber pasado por el crisol del padre, quien veía como se le escapaba su hijo de la mano con el corazón y la mente vacíos de sabiduría y llenos de las ideas destructivas que flotan hoy en el ambiente.

La educación y el respeto, que antaño guardamanos a nuestros padres se ha evaporado de tal suerte que encontrar un niño-hombre solo es posible en las familias unidas y completas de gracia. Había que romper la moral, y ¿dónde mejor que en la mujer? Si hay que deshacer la virginidad, pues se la destruye de su cuerpo y de su mente. Y apoyándose en las modas que hacen a la mujer exhibir su cuerpo, como zorra de salón, excitando a los hombres, las cambian

para hacerlas más deseables y más despreciables. Muchas jovencitas van por las calles y plazas, no solo insinuando sino enseñando sus encantos en tono tan provocador como carente de misterio. Pero esto tampoco parece suficiente. Hay que cambiar y cambiaron la forma de acompañar a una mujer, no se pasea cogidos de la mano o del brazo o del talle, no, no, sino que se la abraza como lo hace una serpiente enroscada desde los pechos a las nalgas, para que todo el factor de inminentes pasiones ciegas se funda en los dos o tres mil besos concubinos antes de despedirse de lo morboso a lo erótico. ¿Qué dejan para después? En los clubes sicodélicos se puede ver el retroceso de las violentas danzas de la selva. Las canciones protestas sonando estridentes y a "toda pastilla", hasta que, queramos o no, tengamos que oírlas, aunque se nos rompas los tímpanos. Bandas de jóvenes roban los vehículos, que abandonan después desvalijados y maltrechos, en tanto que otros, menos vandálicos, pero más peligrosos atracan farmacias, y comercios con el convencimiento de que les detiene la policía saldrán antes de la comisaría que el propio denunciante. El whisky invade los Clubes remplazado a nuestros tintorros, y manos secretas empujan las drogas hasta las puertas de las Universidades e Institutos y Colegios, adonde chiquillos imberbes y muchachas incipientes, caen fácilmente a la tentación por su falta de conocimiento y experiencia. ¡Toda una generación vacía llena de drogas! Atención a esta mancha de aceite que se extiende en nuestra Patria. No es un fallo educacional, es la consecuencia de un proyecto preparado desde la sombra por las mismas manos que mueven a la diestra como a la siniestra. Son manos que hacen desear un nivel de vida elevado, con una técnica y un progreso donde se puedan alcanzar cotas insospechadas de comodidad y facilidades para lograr el adormecimiento de las mentes, convirtiéndolas en masa de fácil manejo. Y no olvidemos que la paz y el orden conseguidos anteriormente han sido sustituidas por la agitación y la velocidad, y yo pregunto ¿no sentiremos algo más que nostalgia por todo lo perdido?

Las ciudades también han perdido sus peculiaridades y sus pintorescas cualidades: han crecido vertiginosamente y en sus cinturones industriales se absorben a las gentes del campo, que han abandonado sus tranquilos lugares para buscar nuevas ocupaciones en fábricas e industrias. La masificación se ha hecho ley. Suenan las voces de alerta sobre la polución atmosférica del aire que respiramos, el envenenamiento de las aguas de los ríos la

contaminación de los mares, la desertificación de los bosques quemados en busca de suelo. Las autopistas y las carreteras, en su intenso tráfico veloz producen más bajas en muertes y heridos que en una batalla. En la flora y en la fauna algunas especies se extinguen, mientras el ruido estremecedor crece por doquier y de continuo, robando al hombre el sosiego y el sueño reparador, dañando sus nervios y malogrando su descanso, todos son pródigos en esta inmolación en el que las victimas están adormecidas y anestesiadas.

En cuanto al separatismo decir que permitir el taifato, permitir la división de la Patria, despotenciándola, es injusto e inhumano como fratricidio social. Romper el ente histórico, en ente vital nacional, es romper la sagrada familia de España. Ello ni es permisible, ni tan siquiera opinable. La Patria es algo más que la chulería dimensionada en unos parámetros inexistentes carentes de la sangre y de la grandeza de alma de sus mayores. Ningún bien nacido, puede atentar contra ella, y los que así incurren son tan indignos que no merecen el trozo de cielo más pequeño de su Patria. Sepan esos desmembradores que lo que tratan de apoderarse como propio es de todos y cada uno, es el patrimonio recibido que hemos de conservar, mantener, defender y asegurar que si se pierde lo recuperaremos. Y que si por compromisos políticos, en pago a cualquier acto terrorista, se abriesen las urnas, todos y cada uno tenemos el derecho a expresar nuestro amor a la Patria.

Los españoles además de amar a nuestra Patria, amamos su geografía, y no estamos locos cuando afirmamos que nuestros son los valles y sus motes, sus ríos y sus collados, su mar y su cielo. Los hombres de España son nuestros hermanos y con las mujeres, ancianos y niños formamos la gran familia, y no amarlos o no desearlos el mejor bien, no luchar por ellos, no evitar sus mutilaciones, no luchar por su justicia hasta la muerte, no luchar por su dignidad, no luchar por sus valores y tradiciones que los sostienen y dignifican, no luchar por el ser de la Patria, no luchar por ella es propio de canallas, de seres ruines e indignos de llamarse hombres. El que no la ame, no la merece, y el que, en su aberración, la ataque, recaiga sobre él, porque en ese ataque ataca al hermano como Caín innoble, el oprobio patrio y el castigo duro y cruento que fuese necesario. Por ello aquel que ataca a su Patria, desde cualquier vertiente, debe ser irrevocablemente desarticulado y vencido. Sea el sentido común y el amor al hermano la primera arma a emplear

contra ellos, pero, si en su intento de genocidio patrio persistieran, sean las armas y la violencia los remedios hasta donde sean necesarios.

Y es que los españoles somos como un péndulo, si amamos lo hacemos hasta más allá del horizonte, y si odiamos no existan fronteras ni limitaciones. Por ello, para nosotros no hay amor como el amor religioso, ni odio como el odio a la Religión. Cuando, en la pendiente de nuestro devenir, el odio a Dios toma partido, los miembros de bandas que estaban enfrentados, separados por un abismo de pasiones desenfrenadas y en posiciones de riña permanente por los intereses avarientos que genera del poder, tanto en los municipios como en las regiones, se apiñan todos los anticlericales partidos y sus banderías para atacar en bloque al pueblo fiel y a su religión católica. Es una verdadera guerra civil permanente, instituida en ley, cuando liberales y marxistas la manifiestan como un derecho. Llegado ese momento, se hiere a la Iglesia, y en ella a la Nación portadora de los valores católicos, y en ese preciso orden; porque ellos saben que si sucumbe la Unidad Católica de España se rompe también la Unidad Territorial y material de la Nación, al tiempo que se pierde el poder del Estado desmoronándose en la anarquía, que rompe la unidad en el acaecer y la esperanza, porque donde no hay principios no puede haber recuerdos.

Sin la Unidad Católica en ninguna parte y en todas las discordias, la Patria se extinguen en el no ser y aquello que era deja de ser para pasar a la nada. Sólo quedaría su nombre aplicado a un pedazo variable del mapa.

Aún resta otra cuestión, la de los maricones, pero no merece gastar tiempo ni tinta. Todos tenemos impreso en nuestro ser el Derecho Natural. Ellos saben, igual que sabemos nosotros: Distinguir el bien del mal. Por ello, pasaremos como si fuese un mal chiste mudo: sin palabras.

De la Iglesia solo apuntar que no debemos confundir a Nuestra Santa Madre la Iglesia Católica con ese sucedáneo modernista de una minoría de sus miembros, que ya nos la jugaron antaño al forzar la perdida de la Confesionalidad Católica del Estado, causa de todos los males que, desde entonces, sufre nuestra Patria y la propia Iglesia española. Pero eso no les arredra, sino que se prestan a seguir un "tuteo" jerárquico-democrático, en el que los argumentos y peticiones no se formulan apoyados el Ley de Dios sino en los

Derechos Humanos. Cambiando el mandato evangélico de ¡Id y predicad!, por el parlamentario ¡Id y consensuar!, por el que se equipara la verdad con el error, y hace aconsejar a los ingenuos fieles a votar el mal menor, olvidándose de que el "líbranos del mal", que se reza diariamente, descalifica todo mal, sea mayor o menor. Monseñores, menos tolerancia del mal, en ese "tuteo" absurdo, y más cantar las cuarenta a esos compañeros de tertulia, que presumen de defender a los pobres obreros del hambre, prometiéndoles algunas las migajas sobrantes, al grito presuntuoso de libertad, igualdad y fraternidad. Cuando la realidad es bien otra y distinta: que les dejan la libertad, es verdad, pero la libertad de seguir hambrientos de justicia social, en esa desigualdad de sueldos y calidades de vida, solidarizándose en hermandad únicamente cuando necesitan sus votos. ¡Vaya morro! Hoy existe una gran confusión en la Iglesia oficial que trascendió e hirió; es la minoría de equivocados que ya se expulsará y desaparecerá como el error. Dios está con su Iglesia, lo siento por los judas por eso hablo así.

Demos gracias a Dios por pertenecer a la verdadera Iglesia, aunque mejor sería decir: Iglesia a secas, porque no hay más que una, santa católica, apostólica y romana y es solamente la Iglesia, la fundada por Jesucristo, de la que Él es cabeza y ella su cuerpo, y que plena de amor nos llama con toda sinceridad sus hijos, porque se siente Madre, y como Madre, con justicia divina será tratado el mundo de hoy y del mañana. Juzgue cada uno y vea a sus ministros que han dejado a su padre, a su madre y a las vanidades del mundo para predicarnos el Amor y el respeto que Cristo nos manda; juzgue cada uno y vea a esas religiosas y religiosos sacrificadas en juventud y crucificadas en vida por el Amor de sus amores; miremos en el interior de sus arcas y comprobemos que no crean moho los diezmos que la entregamos, porque da cuanto tiene. Bendita seas, Iglesia, tronco de Cristo que te sientes Madre, y como Madre te queremos tus hijos, y tratamos de librarte de esos jugadores de ventaja que en ese mencionado tuteo extraoficial lo único que persiguen es tu perdición, aprisionándote en las sacristías, expulsando a Dios de la vida pública, para poder moverse a su antojo, sin ninguna referencia a la visión que proviene de la fe en Jesucristo y a la moral que brota del Evangelio y se calle tu voz para que no llegue la Buena Nueva a los hombres de buena voluntad. Los judas necesitan verte amortajada, no por los incendios de templos e iglesias, tan abundantes y tan republicamos, porque saben que el fuego purifica,

ni con la sangre de tus mártires que son semilla germinada, sino con el ostracismo y la postergación, porque conocen, que fuera de ti, la fraternidad en lo humano es mentira, que la igualdad de dignidad es totalmente falsa y la libertad es el fruto de la verdad que tu predicas.

Por último, hablemos de la subversión, ese virus que actúa en el mundo entero con unos medios a la par tan numerosos como de toda índole y de las más extrañas formas. Y que hoy desgraciadamente estamos sufriendo en el ser de la Patria.

Siempre fue nuestra España blanco de las más infamias intrigas; sin remontarnos a los siglos anteriores donde los babosos y pestilentes enemigos de la Civilización Cristiana hincaron sus babosas y pestíferas y hediondas mentiras en la entraña de nuestra Patria, volcando toda su envidia y maldad en un pueblo que solo ha sabido dar, además de su sangre y su caridad, una cultura civilizada y cristiana, hecho en sí el más odiado por la revolución que pretende instaurar esa otra civilización atea, que surge de las tinieblas repartiendo muerte y destrucción.

En el del albor del siglo pasado, concretamente comenzando 1900 vemos los atentados anarquistas de Barcelona, la huelga del 17, la semana trágica en la Ciudad Condal, el asesinato del Cardenal Capdevila, los miles de atentados a civiles y religiosos para continuar con los asesinatos de Emilio Canalejas, Antonio Cánovas, Eduardo Dato, y de los que han sido masacrados por el furor incendiario de la República y los crímenes y atentados del Frente Popular.

Y después de la Victoria, hecho irreversible que aún no ha digerido la subversión, nos enviaron a los maquis, empujados en los Pirineos por nuevas mentiras, mientras desalojaban las embajadas por la resolución de la ONU, a instancias del Comunismo internacional, condenándonos al hambre, por el odio de los que perdieron, por la represalia de los resentidos y sus revanchistas compañeros de viaje, que por robar nuestro oro se engañaron creyendo que con él podrían comprar nuestra esclavitud, para volver de nuevo al terror y la disgregación de la Patria.

Testimonio de la subversión actual son los miles de españoles honrados a los que se les ha segado la vida desde el primer atentado de coche bomba donde asesinaron a Carrero Blanco hasta el 11-M, con la mano ejecutoria de unos terroristas tan cobardes como los que les han prometido, en pago a tan inhumana trayectoria, la desmembración de la Patria.

Después y, adueñados por una envidia rencorosa, ante una España libre en orden y en paz, la subversión persiste en su intento destructor, y comienza nuevamente, pero esta vez con otras armas más sofisticadas y mortales que las de fuego y pólvora, a infiltrar a sus malas gentes en todos los estamentos patrios, y así no es de extrañar de que algunos de éstos se imbuyeran en los seminarios bajo el disfraz de piel bondadosa del cordero, y de que otros, enmascarados también, se escabulleran en los cuarteles, en los ministerios y en los centros docentes donde impartían una educación y una cultura sin escrúpulos al mal, para repartir solapadamente odio y malestar, producto de ese rencor por su mala digestión, ante el asombro de algunos y la indiferencia de los más. Contagiando, al mismo tiempo, al pueblo de una nueva filosofía disfrazada de humanismo cristiano, en sí tan perversa como la atea, haciendo creer a los españoles, que podrían conservar su existente bienestar en orden y paz mezclándolo con esa "libertad sin ira", donde debajo de ese pomposo nombre se esconde el más puro y duro libertinaje, y que, sin apenas darnos cuenta, vicia las virtudes tradicionales, cambiando la dignidad del hombre por la infidelidad, el robo, la traición, el adulterio, la drogadicción, el amancebamiento y el crimen, mudándose en ese engendro de la masificación, donde los hombres dejan de serlo al convertirse en meras marionetas sin voluntad y sin brújula que les guíe en el camino que han de seguir unidos para alcanzar una empresa común, y así, desposeídos de su propia identidad y españolía, son el fácil despojo de su personalidad, la que se anula al tiempo que se destruye a la persona humana, base de la familia, y consecuentemente, como ocurre con las fichas de un dominó, ese primer derrumbamiento arrastra en su caída a la familia y por ende a la sociedad. Ese es su objetivo: destruir la sociedad española, o lo que es lo mismo pasar del ser a la nada de la Patria.

Los agentes de la subversión saben manejar con generosidad las drogas, pues saben que la juventud es el mejor campo donde pueden prender el vicio y la degeneración. Aparte de las drogas, buscan toda clase de conflictos, que siempre existen, para exacerbarlos y crear víctimas, provocando previamente la intervención de la fuerza pública, para buscar mártires que han de manejar después como banderín de enganche. Encienden los regionalismos extremos buscando la desunión, creando malestar con falsas noticias y provocaciones, repartiendo bulos por doquier e incitando a despedazar, desgajando provincia a provincia, a España.

Y aún hay más, en los últimos años con la tolerancia del mal se ha creado una crisis de valores que ha permitido asistir en nuestra Nación a una ruptura sin precedentes de todos los modelos tradicionales que la han convertido en la primera del mundo en atentados jurídicos extremadamente graves contra el Orden Natural, despenalizando el aborto, la eutanasia, las bodas entre homosexuales con derecho a la adopción de niños, la experimentación con embriones, la clonación humana… y si no lo impedimos en un futuro próximo la equiparación de los monos a la categoría de persona humana.

¿Qué cómo se ha llegado a esta situación? Permitidme que os aconseje y ruegue que seáis vosotros mismos los que, profundizando en el estado actual de nuestra Patria, os contestéis sinceramente a esa pregunta, una vez analizada hondamente nuestra sociedad y el cambio producida en ella, como si se tratase de un campamento aislado, y en cada estamento, en cada organización, para que en cada parte de ella nos mantengamos alerta como seguros centinelas, porque la seguridad de la sociedad está en ello y en mantener la unión indestructible de todos, y la mejor forma de luchar contra la subversión, e incluso destruirla y anularla, es defendernos con plena justicia y amor, pero defendernos con dientes y uñas cuando está en juego el ser o no ser de la Patria, procediendo en todas partes y en todos los frentes, en todos los escalafones y en todos los momentos, sin descanso y sin dar un paso atrás o un mal paso en falso, y recordando siempre el sublime mandamiento de amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos. ¡Ah!, un último apunte, no os escondáis en una sencilla modestia, porque por poco que os consideréis, por muy humilde que sea vuestro puesto en la sociedad, por fácil que sea vuestra misión es posible que sea tan necesario e incluso aún más eficaz que la del primer mandatario, por lo que ruego a todos actuar como lo hicieron nuestros mártires: con justicia y con amor, pues ese es el bálsamo que consuela y purifica. ¡Amor y justicia! son la sólida coraza en la que no puede penetrar el puñal del odio, del rencor y de la subversión.

Y para que sepamos, de una vez por todas, a quien nos enfrentamos, escuchemos la respuesta dada por el enemigo cuando le preguntamos: "¿Quién eres?"

"*Yo no soy*, nos contesta, *lo que se cree. Muchos hablan de mí y pocos me conocen. No soy ni el carbonarismo... ni el iluminismo…ni el botín... ni la huelga, ni la sublevación, ni la manifestación, ni la*

insurrección, ni la turbación, ni la revuelta, ni el motín, ni el combate en las barricadas, ni la guillotina, ni el linchamiento, ni la substitución de una dinastía por otra, ni el Golpe de Estado, ni el cambio de la Monarquía en República. No soy ni los aullidos de los jacobinos, ni los furores de los amotinados, ni los gritos del silencio, ni las blasfemias de los condenados, ni el minuto callado de los pusilánimes, ni los secretos de la logia, ni las sonrisas lascivas de los infanticidas, ni los falsos testimonios de los perjuros, ni las voces aturdidas de las checas, ni las angustias de los campos de concentración, ni los asesinatos en masa. No soy ni el terror, ni el miedo, ni el espanto, ni el pillaje, ni la bilis, ni el hedor, ni la infección, ni la hiel, ni la peste, ni la mala baba, ni la cloaca, ni la rabia, ni la gangrena, ni el pozo negro, ni el incendio, ni la usura, ni el chantaje, ni la impotencia, ni el fraude, ni la disgregación, ni la podredumbre, ni el racismo, ni la corrosión, ni el ahogamiento, ni la infidelidad, ni el hedonismo, ni la misantropía, ni la corrupción, ni la obscenidad, ni la infamia, ni la blasfemia, ni la calumnia, ni la traición. No soy ni la leyenda negra, ni la Internacional, ni los acuerdos de Yalta, ni la Constitución atea, ni los Protocolos de los Sabios de Sion, ni la New Age, ni el Nuevo Orden, ni la globalización, ni el poder sin rostro, ni siquiera la misma mentira. No soy ni Herodes, ni Judas, ni Calígula, ni Atila, ni Opas, ni Don Julián, ni Witiza, ni Bellido Dolfus, ni Maquiavelo, ni Cromwell, ni Lutero, ni Cranmer, ni Rousseau, ni Marat, ni madame Guillotina, ni Roberpierre, ni Babeuf, ni Weishaupt, ni Riego, ni Bolívar, ni Rasputín, ni Mendizábal, ni Marx, ni Hitler, ni Lenín, ni Trotsky, ni Negrín ,ni las brigadas del amanecer, ni las checas, ni Carrillo, ni Churchill, ni Roosevelt, ni Stalin, ni Mao Tse-tung, ni Castro, ni Ben Laden, ni la inquisición homosexual, ni Bush, ni Zapatero, ni Hugo, ni Carod-Rovira, ni el más osado de los mortales. Todos esos hombres son mis hijos y todas esas cosas mis efectos, no soy un estado permanente. Soy el odio de todo orden que no haya sido establecido por el hombre y en el cual él no sea a la vez rey y dios, que culmina en la ciudad individualista, igualatoria y centralizadora. Soy la proclamación de los derechos del hombre sin importar el honor y los derechos de Dios. Soy la fundación del Estado religioso y social en la voluntad del hombre en lugar de la voluntad de Dios, Soy Dios destronado y el hombre en su lugar. He ahí por qué me llamo Revolución, es decir Subversión..."

XXXVIII

ESPAÑA, TIERRA DE MARÍA SANTÍSIMA

¡Quién sabe, si nuestra Patria tienen que agradecer a la bondad inagotable de la Virgen María la conservación de la fe católica, en la peligrosa crisis que venimos atravesando!

Altísima significación encierra para todo entendimiento sereno la afirmación de que España es la tierra de María Santísima.

Así como la principal característica de nuestra españolia radica en ese denominador común que es España, de igual modo podemos proclamar que España es la Patria que es y no otra, porque María la visitó en carne mortal y dejo impresa su huella permanente en el suelo español.

Podemos afirmar sin ningún temor a equivocarnos que cuando el Mártir del Calvario, antes de abandonar esta vida mortal, coronó el poema inenarrable de la Redención, enviando a la humanidad desde lo alto del árbol de la cruz el bálsamo eficaz que había de curar las más intensas heridas, llevando por doquier la savia fecunda de la regeneración y la vida, al pronunciar delante de su madre y del discípulo amado estas dulcísimas palabras:"¡*Mujer, he aquí a tu hijo!-¡He aquí tu Madre!"* Desde ese mismo instante, la Santísima Virgen María, que perdía a su Hijo, al Amor de sus amores, adquiría como hijos adoptivos a todos los hombres, representados en San Juan; y, a su vez, la humanidad recibía por madre a la excelsa Madre de Dios. No pudo llegar a mayor extremo el amor de Dios hacia los hombres, y del cual participaba María.

Desde ese mismo instante, el culto supremo y la dignificación de la Virgen Madre quedaron para siempre proclamados, como proclamados quedaron también, por toda la eternidad, el reinado de esperanza en el mundo y la soberanía indestructible de la virtud, alentada y mantenida en los espacios purísimos de ese hermoso cielo sin nubes que se apellida fe católica.

María recibió entonces el cetro soberano de la ternura, porque allí donde palpita el corazón de una madre, allí se alza el altar consagrado a Dios. Y ese corazón de madre es el que se adueñó de nuestra tierra. Ese palpitar por España es por el que vino en cuerpo

y alma a conocer a sus hijos y a formar el nido de sus purísimos amores en el alma heroica, soñadora y sublime de nuestra Patria.

Aparentemente parece una afirmación sin fundamento, un alegato gratuito, pero la historia gloriosísima de nuestras victorias indelebles son la historia de las diferentes avocaciones españolas de la Virgen Madre, quien apoderándose maternalmente de nuestra peculiar naturaleza nos hizo partícipes de esos caracteres, bien definidos y perennes, que aflorando en nuestra peculiar ser nacional, nos orientan y guían a nuestro ser al verdadero fin y a la misión que nos ha sido dada realizar en el concierto de los pueblos civilizados.

No dudó en presentarse viva entre nosotros, toda ternura y todo cariño desbordante de amor, para confirmarnos que el catolicismo no puede morir, ni podrá morir jamás., mientras exista en el mundo la mujer con su exquisito tesoro de sentimientos maternales. Declarándonos con el acento firme de la inteligencia creadora que allí donde palpita el corazón de una madre, allí se alzará su templo con un altar consagrado a Dios, sin que sean parte a destruirlo ni menoscabarlo las arteras acechanzas de la herejía, los menguados tiros de la impiedad, los locos empeños del egoísmo febril o los ataques incesantes del hijo del maligno.

En lo que sí hizo hincapié, fue en aclararnos la razón de su venida a España, reafirmando con su presencia la dádiva divina del Redentor, que nos dio a su Madre para que no permaneciéramos huérfanos, razón por la que vino a nosotros en persona para permanecer entre los que, no solo creemos en la existencia de Dios sino en su misericordia.

¡Preguntad a cualquier aragonés sobre la venida de María en carne mortal a Zaragoza! ¿Y qué os responderá? Que su Santa Patrona la Virgen del Pilar se presentó junto al Ebro para cambiar nuestro ser patrio, al infundir la esencia católica que Santiago se encargaría de propagar e irradiar en nuestra Península, a la que, desde entonces, se la conocería como la Tierra de María Santísima.

La Virgen del Pilar es aragonesa pero también española, pues ha sido siempre vínculo de unión entre nosotros. De tal forma nos une, que no existe en toda nuestra geografía ni solo pueblo, por pequeño que sea, en el que no se venere a la Virgen del Pilar. Devoción que, traspasado nuestras fronteras, instalándose más allá de los mares, en donde no se ponía el sol.

¡Preguntad! a San Leandro, aquel coloso arzobispo de Sevilla, cómo supo inculcar en su sobrino el Rey Recaredo, el espíritu de la

verdadera fe, y a los diez meses de su reinado, y después de haber hecho cuanto estuvo en su mano para armonizar, desde el punto de vista religioso, a los arrianos visigodos y a los católicos hispanorromanos, declaró que abrazaba el catolicismo, aquel 8 de Mayo de 589, abjurando, bajo la advocación de la Virgen de los Reyes, del arrianismo en el III Concilio de Toledo y que completó el ser de la Patria en una Unidad Católica, que ha perdurado con altibajos, es verdad, hasta que la traición eclesial logró arrancarla de la esencia nacional con una Constitución atea el 6 de Noviembre de 1978.

¡Preguntad! al héroe de nuestra gloriosa reconquista, Don Pelayo, el Caudillo de la España perdida, ¿por qué once años después de haber sido derrotados en la Batalla de Guadalete allá por el año 711, cuando el Estado Visigodo se vino abajo por otra traición, perdiéndose la Civilización Cristiana ante 20.000 bereberes, logró, con un centenar de guerreros creyentes, abatir las falanges sin número de hijos del Islán, en la famosa Batalla de Covadonga al tiempo que la cueva, donde se encontraba la Santina, se iluminó con el resplandor de su corona? Y os responderá de hinojos que allá en Las Cumbres del Auseba, la figura sacrosanta de Nuestra Señora había venido personalmente a prestar aliento y fuerza en la lucha a aquellos españoles, fervorosos soldados de Cristo, que sabiéndose hijos de Nuestra Señora y bajo su protección comenzaron la reconquista, no solo de la unidad territorial sino de la Unidad Católica.

¡Preguntad! a Reyes y soldados, al pueblo llano y a la Jerarquía, a los que mayor crédito os den, ¿quién fue la protectora en aquellos ochocientos años de luchas sin treguas ni descanso, cuando las huestes cristianas fueron conquistando palmo a palmo las tierras de nuestra geografía, hasta que, una vez conquistada Granada el 2 de Enero de 1492, por los Reyes Católicos se alcanzara la unidad territorial de nuestra Patria? La respuesta se nos dio aquel mismo día cuando la Soldadesca, la Grandeza y los Reyes de España además de improvisar una ofrenda floral, cantaron en acción de gracias a la Reina y Madre de Granada, Nuestra señora de las Angustias,

¡Seguid preguntando y no os cortéis! ¿No es cierto que la carabela Santa María fue la que, tras la más grande epopeya jamás alcanzada del descubierto del Nuevo Mundo el 12 de Octubre de 1492, y a su regreso trasportó a los dos primeros indios que, aquel

29 de julio de 1496, y a los pies de la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, recibieron el sacramento del bautismo en España? Retrato histórico e innegable, que, tras el restablecimiento de la Unidad Católica en esta tierra de María Santísima, quedo grabado en el ser de la Patria para siempre con estas dos palabras: Catolicidad e Hispanidad, divisa y norte de nuestro destino universal.

¡Preguntad sin cansancio! al Rey católico por antonomasia, que fue Felipe II, el más grande de cuantos monarcas ha habido, quien con su personalidad prudente definiría la historia no sólo de España sino del mundo de la segunda mitad del siglo XVI, y gracias a su catolicismo recio y fervoroso, fue fiel defensor de la fe y el valedor de la Batalla de Lepanto, donde su hermano, Don Juan de Austria, Almirante de la flota papal derrotó al turco el 7 de Octubre de 1571, librando a Europa de la invasión musulmana y por ende salvando a la Civilización Cristiana, como reza en el Estandarte de la Virgen del Rosario, que en mala hora entregara Pablo VI al Gobierno Turco en 1962.

¡Preguntad a la heroica Agustina de Aragón por qué responde con el ruido ensordecedor de la metralla de sus cañones a los gritos estridentes del invasor cobarde!, y os dirá que su Santa Patrona, la Pilarica, es quien presta brío a su pecho y fortaleza de gigante a su débil brazo. Y si lo queréis más claro escuchar el desafío que en la Puerta de Santa Engracia cantaban los gigantes de alma y recios inamovibles de voluntad anonadando con su jota al invasor:

"*Patria y Virgen es mi lema.*
Patria y Virgen, mi cantar.
Mi Patria es España entera,
mi Virgen, la del Pilar".

¡Preguntad a muchos que hoy aún viven y que herederos de aquellos siglos, continuaron su andadura católica, entre ataques liberales y asaltos de los librepensadores, sin que su ser se resistiese, hasta que fueron frenados en seco aquel 14 de Abril de 1931 por la confabulación masónica-comunista, que se adueñó de la situación nacional con el propósito de anularla! Os dirán cómo surgió nuevamente la idiosincrasia del pueblo español emanada de su propia esencia para, como fue reconocida por la Iglesia y el propio Papa Pío XII, en Cruzada Nacional heroica para devolver a la Patria la catolicidad de su ser. Y a las órdenes de Francisco Franco, el

Caudillo de España, alcanzó sus últimos objetivos militares haciendo correr a la tricolor cautiva y desarmada aquel 1º de Abril de 1939, en el que estallo la paz, el orden y el bienestar hasta casi completar catorce siglos de Unidad católica. Gracias a aquella victoria, irreversible en la historia, el Jefe del Estado devolvió el Patronazgo que había suprimido la II República, a la Inmaculada Concepción.

¡Preguntad a los industriales catalanes, a los infatigables agricultores valencianos, cual sea su historia respectiva, donde cifra sus esperanzas, donde puede admirarse el dorado templo de sus gloriosas tradiciones, y ofreciéndoos la imagen venerada de Nuestra Señora de Montserrat, los unos y de Nuestra Señora de los Desamparados los otros, os contestarán con sobria y significativa elocuencia: "*Lo que fuimos, lo que somos, lo que seremos se lo debemos a María, porque Ella es el objeto de nuestros amores, de nuestras penas y alegrías, de nuestra vida entera*".

Esta misma frase, grito del alma español, podréis oírla en todos los restantes Regiones españolas. Únicamente cambiará, según los lugares y trabajos, la advocación con la que se venera en ermitas y santuarios a Nuestra Madre la Virgen María. Porque si vuestro pensamiento se detiene en observar un poco nuestra trayectoria mariana, advertirá claramente, que aquí en España, la Tierra de María Santísima, en la guerra como en la paz, en las rudas faenas del taller como en las dulces compensaciones de la familia unida, en la ciudad populosa como en el humilde caserío, en la tierra como en el mar, en todas partes, no existe clase social que deje de confiar la orientación de sus peculiares fines a la advocación y patronato de la Santísima Virgen.

Así se explica que las aguerridas huestes militares agrupen sus gloriosas banderas en torno de la Purísima Concepción y de Nuestra Señora de las Batallas y de Covadonga; que los valientes aviadores se inclinen ante la imagen de la Virgen de Loreto; y que los bravos marinos se postren ante el altar de Nuestra Señora del Carmen, ofreciendo a la Estrella de los mares un corazón valeroso e intrépido; mientras que el noble pueblo español deposita por entero su corazón en esas Imágenes sencillas y paradójicamente grandiosas, que arrancan en sus almas suspiros inefables, y que se apellidan: Academia, África, Almudena, Ángeles, Angustias, Anunciación, Antigua, Aránzazu, Arconada, Asunción, Atocha, Barca, Begoña, Bien Aparecida, Blanca, Buen Suceso, Cabeza, Caldas, Candelaria,

Camino, Carmen, Capilla, Cinta, Codes, Concepción, Concha, Consolación, Consuelo, Coro, Covadonga, Cristal, Cueva Santa, Desamparados, Desposorios, Dolorosa, Esperanza, Estibaliz, Estrella, Fuencisla, Fuensanta, Gracia, Guadalupe, Henar, Iniesta, Jávea, Loreto, Lledó, Llunch, Macarena, Mar, Majestad, Mayor, Merced, Mercado, Misericordia, Montaña, Mont, Monte, Toro, Montserrat, Natividad, Nieva, Nieves, Nuria, Ojos Grandes, Paloma, Pastoriza, Peña, Peregrina, Piedad, Pilar, Pino, Portería, Prado, Presentación, Pueyo, Regla, Remedio, Reyes, Roció, Rosario, Salceda, Sagrario, Salud, Sopetrán, Soterraña, Tejada, Uxue, Val, Valvanera, Vega, Victoria, Vid, Villaviciosa, Visitación… Virgen de la Calle…de San Lorenzo, etc. Y es que España es un auténtico jardín de María, en cada ciudad, en cada pueblo y aldea Ella, hermoseada flor sin igual, se erige como Patrona y Madre con su manto protector.

Ahora bien, si todas esas respuestas se quebrasen y comenzaran a no tener el sentido que durante siglos han mantenido en la raigambre nacional, porque unas circunstancias políticas, sociales y eclesiásticas, hayan dinamitado en la progresía una ascendencia relativista preñada del más rabioso laicismo, en menoscabo de una perseverante devoción a nuestra Madre, podríamos insistir preguntando: ¿Qué nos está pasando para en tan poco espacio de tiempo todo ese despliegue amor, esa gran devoción tradicional la desechemos voluntariamente convirtiendo al ser de la Patria en un ente mediocre y desconocido? ¿No os parece que un pueblo que como España siente tan hondo; que una nación que ha fundido todas sus grandezas, sus triunfos todos en el crisol purísimo de su inquebrantable fe religiosa, no puede ni debe prescindir de su ferviente amor a su Madre Sacrosanta, ni menos que pueda dejar de llamarse Tierra de María Santísima e hija predilecta, defensora incondicional de María?

¿Por qué, pues, si María Inmaculada representa la génesis de nuestra personalidad y el horizonte diáfano de nuestros ideales más puros, si es la Virgen Santa nuestra amantísima Madre, por qué en estos momentos crueles de nuestras negras amarguras, de nuestros dolores acerbos, de nuestras incesantes y nebulosas desdichas no acudimos a Ella?

¡Oh! Si España calmará las hondas inquietudes de su espíritu conturbado, y proclamará con entusiasmo las excelencias el culto sacrosanto de la Virgen-Madre, España entraría, seguidamente, en

el camino de su positiva regeneración, reconquistando aquellos prestigios de su mágica naturaleza, soñadora unas veces, cegada otras por la peculiar flaqueza de su ardor, lanzada siempre a grandiosas aventuras de la Catolicidad y la Hispanidad, que elevaron y abrillantaron la Historia entera de la Humanidad.

Es cierto la devoción a María, Nuestra Madre, a lo largo del tiempo, no ha cambiado; el profundo amor por nuestra excelsa Patrona y el celo por extender su gloria, no olvidando que Ella es y será siempre el amparo de España es la que nos hace proclamar que, si la tierra de España es de la Virgen, la Virgen es de España.

XXXIX

SANTO ÁNGEL CUSTODIO DE ESPAÑA

No nos acordamos de Santa Bárbara hasta que truena. Este es un signo inequívoco de que estamos en España, tierra de Santa María, donde no buscamos al médico hasta que la enfermedad parece irreversible. Siendo conscientes de que en tiempos que corremos nuestra Patria sube la penosa cuesta del más desgraciado presente de su historia, es cuando, nos acordamos de solicitar la ayuda del su Ángel custodio. Y por el mismo motivo que la Iglesia reza constantemente a su protector angelical, el Arcángel San Miguel: "*Tú, príncipe de la milicia celestial, sepulta en infierno a Satanás y a los demás espíritus malignos que andan dispersos por el mundo para la perdición de las almas.",* nosotros debemos encomendar a la Patria a su Ángel custodio para que la libre de los principados, las potestades y los dominadores de este mundo tenebroso.

Pero realmente ¿existe ese Ángel o es otra pura invención de sacristía? Para contestar a esta pregunta solamente es necesaria la fe, y yo la tengo. Y así como el Ser o Creador de todo hace existir a otros seres haciéndoles partícipes de su Ser (verdad ontológica que no necesita ser demostrada), de igual forma puede en acto de generosidad y de libertad, porque el Ser es libre, encomendar a cada nación su correspondiente Ángel custodio. Y pensado y hecho, porque en el Ser querer es poder, desde entonces existe el Ángel custodio de nuestra Patria, destinado a guardarla contra todo peligro, siendo el tutor que vela perpetuamente en desviar de nuestra tierra a toda criatura que pueda perjudicar y en desvanecer los perniciosos intentos de los espíritus malignos, siempre inclinados a hacerle el mal. ¿Cuántos son los servicios que hace a la Patria, la ha hecho y la puede hacer? Presérvala de mil peligros, libarla de mil males, solicitar para ella todo género de bienes, beneficios y gracias, defendiéndola de sus enemigos y amparándola en todo tiempo y lugar, observando y guiando todos sus pasos, tratando de enderezarla cuando se la intenta torcer, alumbrándola en las dudas, determinándola en las perplejidades y siempre su custodia es permanentemente alentadora de confianza.

Trascurridos los años en los que nuestra Patria había alcanzado el cenit espiritual, gracias a la guía de su Ángel custodio, nos olvidados de tan providencial y efectiva custodia, y comenzamos a subir una cuesta dándonos cuenta de que España, amordazada y adormecida, subía la pendiente de los años más desgraciados de su historia, mostrando su grave estando en trance de desaparición, y nos sensibilizamos de que es ahora cuando, al ser conocedores de sus necesidades, debemos retomar y retomamos conciencia de nuestra negligencia, reconociendo que nuestra fuerza está en las armas espirituales, por ello hemos de recurrir de nuevo a solicitar la protección del Ángel custodio de España para alcanzar nuevamente la salvación de la Patria..

Reconozcamos que es una incuria incomprensible el olvido al que le tenemos relegados. ¿Cómo no hemos de redoblar nuestras oraciones a él hoy que nuestra España se encuentra agitada y combatida por las sectas del infierno, que tratan de arrebatarle el tesoro de su fe? Las circunstancias críticas de España, empobrecida y humilla, reclaman acudir a su Ángel custodio.

Honremos hoy al Santo Ángel custodio de España y pidámosle que la defienda de sus enemigos para que se vea siempre libre de todo lo que sea adverso.

Si tienes ocasión, y siempre hay ocasión cuando se quiere, os recomiendo hacer una visita a la iglesia de San José, en la calle de Alcalá, 43 de Madrid, donde en un altar lateral se encuentra la imagen del Santo Ángel custodio de España, vestido en oro y rojo portando un escudo donde se pueden ver representados los antiguos reinos de Castilla, León, Navarra y Aragón, y en la parte inferior numerosos escudos de las provincias y ciudades españolas, y allí, frente a frente, decidle en confidencia y confianza: "*Oh, bienaventurado espíritu celestial, a quien la Divina Misericordia se ha dignado confiar el glorioso Reino de España, para que lo defiendas y custodies; postrado ante ti y en amorosa unión contigo doy al Señor humildes y fervientes gracias por haber tenido para con mi Patria la misericordiosa providencia de ponerla bajo tu protección, y en la esperanza de que en estas horas cruciales en las que se debate el ser o no ser de España sea salvada, debiéndola de sus enemigos y guardándola de tanto castigo y de tanta maldad, al tiempo que pedimos por tu intercesión perdón al Padre eterno y ayuda para que España vuelva a ser Mariana y que nos de la paz de Dios. Amen."*

XL

ESPERANDO JUSTICIA

Ser justo es ser perfecto y en éste ansia de perfección queremos elevar a la Patria hasta llegar a establecer en el mundo el Reino de Dios.

¡Justicia! El deseo de todo hombre de que él y cuanto le rodea sea perfecto. Este es el equilibrio matemático que deseamos para la Patria. No es la exactitud numeraria solamente, es el medir su ser por el número y el amor globalizante que hace nacer el juicio resultante de sus circunstancias.

¿Dónde está la justicia deseada para la Patria? Esta sería el respeto a los patriotas. Hoy la gran batalla satánica se cierne profunda y cruelmente sobre ellos, tratando de aniquilar su esencia, siendo su arma principal la imperfección humana. Buscan las sinrazones de lo razonable, la injusticia de la justicia, lo absurdo de lo perfecto, y lo agrandan de tal manera que el patriota, por amor a la Patria, deja de amar la justicia desechándola por una injusticia donde lo injusto deliberadamente se le oculta, mostrándole lo que pudiera tener aparentemente de bueno.

Es locura perversa querer hacer a los españoles, cuyo amor a la Patria es de equilibrio y de justicia, incapaces de discernir lo armónico de lo inarmónico, lo bello de la fealdad, lo noble de lo vil, lo justo de lo injusto. Y digo que es locura porque al español de bien se le asesina mientras al asesino se le perdona. Al soldado caído en el frente, silencio y una esquela de fallecimiento. Al asesino el respeto a su vida y a su crimen. ¿No es esto locura? Todo está trastocado. Somos un pueblo encadenado por la mentira, la falsedad y el engaño, pero no somos un pueblo castrado, sino que nuestra valentía está vestida de prudencia. No hay que confundir la mansedumbre con la cobardía. A cada cochino le llega su "sanmartín".

Ese sanmartín pudiera estar en la esperanza puesta en los jueces y magistrados de España, a los que elevaríamos sobre el gran altar de la Patria, cuando, libres de la Ley, en la verdad, único camino que nos hace libres, garantice la cobertura de Gobierno, la protección del ser de España y la salvaguardia de su desenvolvimiento. Acabad, les

pedimos, con los moldes que anarquizan a los españoles y destruyen su proyección y su hacer Patria.

Basta ya de moldes que yugulen y esclavizan el ser de España, creando esa monstruosidad donde lo español deja de ser proyección de su tradición hispana y cristiana.

Basta ya de asesinos, basta de soberbios enmascarados, locos de última generación que pretenden anular el ser de la Patria segregando otras nuevas al amparo de la coacción, el engendro falsario, la quimera y la muerte.

Basta de matar, con el patrocinio de ese nuevo calificativo democrático de "presuntos".

Basta de extorsionar al amparo de gravámenes revolucionarios.

Basta de enloquecer a los indefensos familiares de las víctimas.

Basta de seguir aprovechándose de los creen en la armonía, la lógica, la virtud, la familia y la Patria, porque un día, en el devenir diario de tantas muertes innecesarias, a los amigos y a los familiares de las víctimas se le caerán las escamas de los ojos y preguntarán quien se las puso, quien les hizo perder esas vidas y pedirán justicia o la tomaran por su propia mano.

Esperamos que los tribunales, cual templos sagrados, deben ser majestuosos como la Ley, con ordenaciones equilibradas, a tenor de la gran misión que desempeñan, y han de ser el lavatorio penitencial de los malignos que intentan destruir y aniquilar el ser de la Patria.

XLI

CAMINO DE LA RECUPERACIÓN

Gritemos a una sola voz ¡no al Comunismo!, por absurdo y criminal. Su sistema ateo como sistema es torpe y necio al envilecer la carne y anular el espíritu, corrompe la Patria y es intrínsecamente perverso. El trabajador español es tan digno como el más titulado y no merece vivir de limosnas, sin más ni más, sino según el equilibrio, y si le dan de más o de menos, deja de ser digno y honrado porque hay carencia de justicia, y la injusticia lleva a la destrucción.

Ese grito de negación dado al Marxismo, se lo damos también al Socialismo, igualmente ateo, obtuso y estúpido, rayando con la imbecilidad, porque el sistema socialista es doblemente injusto, no solo con el recibe sino también con el que intenta crear, porque le quita el premio de su sobrecarga y lo anula al destruir su capacidad de creación; y al que recibe, pretendiendo darle lo que no le corresponde -ejemplo galáctico es el sueldo de los diputados- , anulando su capacidad de ejecución y por ende de producción.

El mismo grito se lo damos al repugnante Liberalismo capitalista, por especulador y ladrón; lo que vale cinco, no pude valer veinte según las circunstancias. Es verdad que este sistema conlleva un riesgo, pero no es menos verdad que aprovechándose del esfuerzo, del fruto del trabajo se acumulan beneficios, y que de las fatigas del sobre-trabajo, de la sobre-entrega, el injusto capitalismo lleva al utópico Socialismo, y después del doble fracaso viene, por gravedad, el Comunismo o una solución de emergencia. Todos estos sistemas, judas de la Patria, son las alternativas de la justicia.

Yo no soy capitalista, ni comunista, ni socialista. Ni demócrata encuadrado en las izquierdas o en las derechas. Soy español y católico, dos títulos gratuitos de los que me siento más orgulloso que si los hubiese adquirido en las aulas universitarias, y ni entiendo ni quiero entender de proletarios ni adinerados. Creo en Dios y en su justicia, y por tanto creo que todos somos hermanos de una misma familia y como en las familias, unos llegan y otros se quedan en el camino, unos alcanzan el triunfo y tienen, en tanto que otros a pesar del esfuerzo no tienen, pero su padre les dio las mismas oportunidades, a los que llegaron, a los que triunfaron y a los

indigentes, pero todos tienen conviven con el mismo apellido, porque son hermanos.

Yo creo rotundamente y lo afirmo -desde lo más profundo de mi ser, con la sinceridad que me caracteriza, y sin más pretensiones que la verdad, y hablo para ti ¡oh Patria! a la que amo más allá de mi vida- que solo un orden político cristiano regenerador de verdades y justicias, en lo pequeño y en lo grande, es capaz de solucionar la convivencia de todos los hermanos portadores de los apellidos: españoles y católicos.

España, madre sangrante de injusticias, que, por haceres y quehaceres, que, por la deshumanización de tus hijos, tienes en tu ser la solución a tus problemas. Crea, Patria mía, el Orden Político Cristiano de tu indivisibilidad territorial y de unidad Católica, que nos obligue, no por imposición sino por sumisión, a la verdad, para que no se pueda criminalizar asesinando al espíritu y al cuerpo, y para que estando protegida la vedad, el que delinque contra ella, por el mal gravísimo que produce, sienta el temor del castigo, y si su corazón falla, por el temor, no peque contra ella. Necesitamos que ese Orden Político Cristiano figure en letras de oro, para que nuestros hijos sean educados en la verdad, en el amor a ella como fuente de vida, que deberán trasmitir a sus deudos, y por último haz que figure en la Ley y en la inmersión educativa en el amor como base de convivencia, la misericordia y como base de obligación, el perdón como llave que viene de lo Eterno.

XLII

ORDEN POLÍTICO CRISTIANO

El desorden político anticristiano que estamos viviendo, en manera plena, en este siglo llamado de la "muerte de Dios" y de la divinización el hombre como centro del universo, y en donde los Derechos Humanos han sustituido al Decálogo, al tiempo que el humanismo cristiano ha logrado meter a Dios en lo profundo de las conciencias separado de los Estados laicos, como ha ocurrido en nuestra Patria al suplantar al Estado Confesional Católico por otro que pasará a la posteridad marcado por el estigma de la apostasía. Y como colofón a este sombrío panorama, la Europa, de raigambre cristiana, se ha confeccionado una Constitución laica-atea. Todo ello programado por el "Poder sin Rostro", desde la sombra y en lo oculto, para sustituir la Civilización Cristiana de enfoque Teocéntrico, constituida por los que aman a Dios hasta el desprecio de sí mismos, por una nueva religión relativista y antropocéntrica formada por los que amándose a sí mismos desprecian a Dios.

La creación, según Santo Tomás de Aquino, es como una salida de Dios y la historia de una vuelta a Dios. Ahora bien, si el hombre viene de Dios y vuelve a Dios como principio y fin, forzoso será que él se rija por la Ley natural que Él ha agravado, con carácter indeleble, en su naturaleza. Y de esa Ley arranca el orden humano que es bipolar, porque por un lado subordina la sociedad al hombre y por otro el hombre a la sociedad. ¿Cómo compaginar ambos extremos en apariencia contradictorios? Ese es el problema y el fondo de la política

El hombre tiene dos facetas, una individual con una esfera de acción propia y autónoma, dentro de cuya órbita no se dirige, ni se ordena, hacia la comunidad política, pues su campo de acción no es parte, ni actúa como parte, ya que tiene fines propios e independientes; y otra social con una esfera de acción común, dentro de la cual se ordena hacia la comunidad política, en la que es parte y actúa como parte, porque no tiene fines propios sino aquellos que son comunes a la sociedad, a la cual va ordenado como la parte al todo. Esta bipolaridad de la persona, como individuo y como miembro social, va trascendiendo a cada una de las colectividades

que engendra, y así vemos, que el hombre y la mujer se asocian entre sí formando la familia, y las familias uniéndose entre sí constituyen el municipio, y agrupados éstos forman la comarca, que congregadas entre sí forma la región, y las regiones al unirse entre sí forman la nación.

De la primera unidad económica que es la familia se va desplegando el gran árbol de la economía por la división del trabajo, para satisfacer las necesidades comunes, que cada comunidad económica, por sí sola, no podría satisfacer. Así surgen los oficios y las profesiones que originan las clases sociales, las cuales proceden de la división del trabajo para complementar en conjunción armónica y solidaria una tarea común, y siguiendo una línea horizontal desarrollan su campo de acción a través de municipios, comarcas, regiones y nación, al tiempo y de manera análoga siguiendo un orden ascendente las comunidades municipales se integran en las comarcales, y estas en las regionales, las que a su vez se integran en la nación. Vemos, pues, que entre las personas y el Estado existe una cadena ininterrumpida de cuerpos intermedios, unos de carácter necesario que se agrupan en vertical desde la familia hasta la nación, y otras de carácter libre como son los oficios y las profesionales, producto inmediato del ejercicio de la libertad humana, aun cuando su causa última y remota sea la necesidad material o espiritual.

Los cuerpos intermedios de carácter necesario son los que constituyen la base de la estructura política natural; a saber, la familia, el municipio, la comarca, la región. Observamos e ellas dos notas características; la primera es el orden vertical, ascendente, graduado e integrador, que media entre ellos y que va de abajo arriba desarrollándose armónicamente por grados de menor a mayor, al tiempo que se vinculan o conexionan unas con otras, respetándose los derechos de cada una. Por ello el Estado que violenta el desarrollo natural de la familia, del municipio, de la comarca, de la región, encajándolos en un orden vertical, que en lugar de ir de abajo hacia arriba fuese de arriba hacia abajo, arrancando desde la cúspide hasta llegar a la base, alteraría la jerarquía entre ellas, y no las integraría sino que las absorbería y aun cuando con la etiqueta de autonomías, las concediese una cierta independencia económica, seguirían concentradas bajo el poder del propio Estado, que produciría la asfixia, no solo de esos medios intermedios, sino de la misma máquina estatal, y consiguientemente el colapso nacional.

Como vemos no se trata de regular las funciones de esas comunidades intermedias, sino de reintegrarlas y devolverlas sus derechos, sus atribuciones y sus libertades usurpadas. Y el procediendo no es dictar nuevas leyes, sino todo lo contrario, ir derogando gradualmente las disposiciones que las ahogan coartando su desarrollo natural.

La segunda nota característica de estos cuerpos intermedios es que, siendo anteriores al Estado, por tiempo y naturaleza, son la causa de donde nace, procede y brota su existencia, y por ello deben ser los que fijen al Estado sus límites naturales externos.

Los cuerpos intermedios además de tener vida propia, tienen actividades autónomas en las están integradas las clases sociales, y que, antes que existiese el Estado, con su personalidad política colectiva constituyen lo que se llama soberanía social. Y esas mismas colectividades integradas entre sí formando un cuerpo orgánico estructuran esa sociedad de sociedades que llamamos nación, necesitan una soberanía política, que al tiempo que las integra en una unidad superior, las orienta y dirige sus intereses hacia el interés general. Y esa soberanía política, que puede adoptar diferentes formas, adquiere su perfección en la unidad de poder, es decir en la Monarquía donde se funde la titularidad con la efectividad de mando; en una palabra, donde el Rey reina y gobierna.

La monarquía tradicional en el desarrollo de sus funciones, en orden al bien común, encuentra en las Cortes, representantes de la Soberanía Social, los cauces legítimos que de un lado delimitan las atribuciones del Estado, y por otro los encauzan hacia ese bien común que ellas mismas representas. Los cuerpos intermedios, a modo de vasos comunicantes, además de amortiguar la fuerza de la acción estatal, actúan entre la persona y el estado, de tal forma que los contactos se producen de forma jerárquica entre los valores contiguos: persona-familia-municipio-comarca-región-Estado. Por tanto, la autoridad suprema, la acción el Estado, recae de manera inmediata de uno a otro desde la región hasta llegar a la persona, que no será un enano ante la potencia descomunal del Estado gigante, sino que se encontrará protegida por todas las barreras que el Estado encuentra a su paso. No siendo fácil que un Estado Totalitario pueda aplastar a la persona, ni tampoco que las personas puedan socavar los cimientos de un Estado Liberal, porque esas mismas barreras, que amortiguan el despotismo el Estado, son las que amortiguan también los posibles desafueros de la libertad individual.

En estas dos notas características de los cuerpos intermedios, observamos que la bipolaridad de que hablamos al principio es en las que se levantan los dos principios del orden naturales: el de totalidad y el de subsidiaridad.

El principio de totalidad que integra las partes en el todo, en cuanto que cada comunidad intermedia es parte de la comunidad intermedia superior y en cuanto parte le está subordinada, tiene por objeto el bien de ese todo, esto es bien común, fin del Estado y de todas las comunidades inferiores

Ahora bien, como el bien común está integrado por dos elementos, uno de orden moral donde radica el derecho de los ciudadanos dentro de un clima de paz, de armonía y seguridad, y otro de orden material, consistente en la promoción de bienes materiales a favor de la comunidad y de sus miembros y dado que de entre esos dos elementos hay un orden o jerarquía en la que la economía está subordinada a lo político, lo político a lo social, lo social a lo personal y lo personal a lo moral, el orden material debe estar subordinado al orden espiritual. Y esto es así, porque a pesar de que todos los Estados de concepción materialista hayan invertido los valores, colocando a la economía, último peldaño de la escala de valores, en el primero, que estaba ocupado, según el principio de totalidad, por la moral; y al valorar el bien común, no a través de a moral, sino que midan la civilización por la renta per cápita, y calculen la elevación social de un país por el número de fábricas, de carreteras, de rascacielos o por las drogas que consumen, la medida que la prosperidad material aumenta, pero también aumenta la degradación moral, porque esa inversión de valores, al ser contradictoria al principio de totalidad, que basa la integración de las partes en el todo ha de tener por base la moral, la cual ha de trascender a su fin que s el Bien común.

Por su parte el principio de subsidiaridad, que respeta la libertad y la autonomía de las colectividades intermedias, en el ejercicio de sus propios fines, condiciona y limita la acción del Estado de tres maneras, correspondientes las tres situaciones en que puede encontrarse la sociedad.

En la primera situación el cuerpo social por sí a por sus grupos, satisface cumplidamente todas sus necesidades, se autogobierna y resuelve sus conflictos internos cumpliendo los dos elementos del bien común. Entonces el Estado no debe intervenir ni directa ni indirectamente, sino limitarse a respetar y proteger el cuerpo social

La segunda situación se da cuando el cuerpo social no puede por sí o por sus grupos satisfacer todas sus necesidades, y solicita al Estado le preste ayuda sin interferencia ni suplantación, sino que intervenga con una acción directa de la misma naturaleza y proporcional de la necesidad hasta que, tan pronto la comunidad pueda satisfacerse por sí o por los grupos, pone término a la intervención y ayuda del Estado

La tercera situación se da cuando la sociedad se encuentra en situación conflictiva, bien porque se haya roto la paz, la armonía y el orden; surgiendo violencias, luchas de clases sociales y la sociedad por sí sola no pude hacer frente a su resolución, no le quedándole otra salida que solicitar al Estado que intervenga con acción directa para resolver esta situación conflictiva.

Tanto en la segunda como en la tercera situación ha de ser siempre la sociedad quien solicite la intervención o el cese del Estado, para que no ocurra lo que sucede actualmente, que tomando la iniciativa el Estado entre en terreno de conquista y plantados sus reales se quede allí para siempre.

En estos dos principios se basa el equilibrio y la armonía dentro del cuerpo social entre la autoridad y la libertad. Este binomio es el conjunto de todos los problemas que presenta la política en el pasado, en el presente y el futuro. Porque si se resalta el extremo Libertad, se desvirtuar o se niega el otro extremo Autoridad, y se desembocará en el Liberalismo, el cual, al cifrar el origen del derecho en la libertad humana desconectada de la Ley Natural, siembra los gérmenes de la descomposición y la anarquía, terminando por desintegrar la sociedad. En cambio, si se resalta la Autoridad, se desvirtúa o se niega el extremo Libertad, desembocando en el estatismo o totalitarismo, en cualquiera de sus versiones, ya sea fascista, marxista o hitleriano, que, considerando al Estado, a la Nación y a la Raza, como valores absolutos, sacrifica en sus aras a la persona.

Para guardar el equilibrio entre los desfases de estos dos principios se ha de buscar una armonía en los principios de totalidad que integra las partes en el todo, y el de subsidiaridad que espeta los derechos de las partes dentro del todo. Siendo la Tradición Española quien más fielmente ha logrado ese equilibrio, que empezó a naufragar cuando la autoridad de los Borbones del siglo XVIII degeneró en el despotismo, haciendo que se tanto la autoridad como la libertad se desgajasen del tronco común que las sostenía y

armonizaba, de la Ley Natural, reflejo de la Ley eterna de Dios. Roto el vasallaje del hombre hacia su Creador, la libertad se rebela contra la Autoridad, a la cual debe de estar subordinada. La autoridad se rebela contra la sociedad, a cuyo Bien Común sirve de instrumento. Y la sociedad se rebela contra la persona, a cuyo fin trascendente sirve de medio.

En este desorden político anticristiano de nuestra España, la ciudad de los hombres ha reemplazado a la Ciudad de Dios, y está tratando en vano de reconstruir el orden político, marginando de la sociedad al Autor de la misma, adquiriendo el actual y hondo dramatismo que sufre nuestra Patria, cuya sabia vital, cuya contextura histórica, cuya unidad nacional, cuyo destino providencial, se basa, se cimienta y se identifica con la Fe católica. Y es por esa identificación que la Fe y la política siguen rutas paralelas, es por lo que al desintegrarse la Unidad Católica produce la desintegración de la unidad nacional española y la desviación del sentido vertical y jerárquico de la Fe hacia el pluralismo doctrinal horizontal, desvirtúa la fuerza de la Autoridad inclinándola hacia un patrón igualatorio de tipo nivelador y antijerárquico que produce la descohesión del cuerpo social. Este es Liberalismo, cuya versión política es la democracia.

Por último, al eliminarse el sentido trascendente de La fe, convertida en compromiso, anula la definitiva valoración cristiana de la persona, como sujeto de un destino eterno, para transformarla con una dimensión tecnológica, en un número, en una pieza más que gira al compás de la máquina estatal. Este es Totalitarismo.

Pensemos que nuestra situación actual es muy difícil solucionar, puesto que acabamos de ver como la degeneración política de nuestra Patria tiene su origen en la degeneración religiosa de su fe católica, y los promotores de su descomposición religiosa han sido siempre, a través de la historia los mismos que hoy, son los promotores de la destrucción política. Los que primero traicionan a Dios, terminan siempre traicionando a su Patria.

Ante esta perspectiva, tan desoladora, en la que el sistema democrático actual es un sistema de Libertad sin Autoridad, puede dar pie, por reacción, al sistema Totalitario de Autoridad sin libertad, ya que habiéndose eliminado el sentido trascendente de La fe, convertida en compromiso, anula definitivamente la valoración cristiana de la persona, como sujeto de un destino eterno, para

transformarla con una dimensión tecnológica, en un número, en una pieza más que gira al compás de la máquina estatal.

Y es que, al perderse el equilibrio entre autoridad y libertad, que es la Tradición española, se produce la desintegración del orden social, ya sea por la desintegración fruto de la Democracia, ya sea por la absorción del Totalitarismo, la cuestión es que los efectos son los mismos: la aniquilación de la Patria.

Pero tengamos esperanza, porque entre las penumbras políticas y eclesiásticas que hoy cercan a nuestra Patria, está la Mano de Dios, que ya marcó a España con un destino providencial en el concierto de las naciones, y cumplirá sus designios por encima y en contra de los designios de los hombres. Restableciendo dentro de ella el orden Político derivado del Derecho Natural, que es la Justicia, y culminara este Orden con la Caridad, que es la Soberanía Social de Jesucristo, como Dios y como hombre, para extender después su Reinado universal.

XLIII

RAZA PRIVILEGIADA DE MARTIRES

Yo estoy seguro de que España saldrá victoriosa enarbolando la bandera roja y gualda, que muchos hemos sellado con los labios, o morirá en el empeño, inmersa en la Bandera de la Cruz, que no sería un morir, sino un vivir más cercano, más próximo al Corazón de Cristo, siendo más Patria y más España

¡Morir! ¿Qué importa morir? Lo que importa es vivir con dignidad, y si hemos de luchar, hagámoslo como lo hicieron nuestros mayores en nuestra Cruzada, para vencer, no para morir.

Vosotros y yo, queridos españoles, juramentémonos hasta la muerte, para que nuestras esposas, nuestros hijos, hombre y mujer, puedan ser españoles de bien. Juramentémonos hasta morir para que el Reino de Cristo se establezca en nuestra Patria y en el mundo entero, sin más armas que el amor, y que lo cruento sea únicamente como defensa, pero sin retroceder, sin dar un paso atrás, ni un mal paso adelante, siempre con amor; y si hemos de defendernos, hagámoslo atacando, sin dar respiro al inicuo, al mal español o al extraño que trate de aniquilar a la Patria indivisible.

Formemos un frente único con la mente y con el corazón de todos los españoles de bien, dejado protagonismos y liderazgos, olvidando sueños personales y, con vocación de segundones, mantengamos con firmeza y decisión lo que a todos nos une: el amor a España y el respeto a todos los españoles de bien; pero que nadie dude que a la violencia se contestará con la violencia, sin la saña del que asesina, sin el furor que engendra la crueldad, sin la ira del odio, sino con la ira justa y santa, que ante la maldad, subleva al espíritu y al corazón, y se impone como medio necesario, para no ser aniquilados. Si, la usaremos con tanta y cuanta fuerza fuera precisa para que la Patria y los españoles sigamos siendo partícipes de esa unidad de destino en lo universal que llamamos España. Agrupémonos y organicémonos para llevar adelante ese destino común que fortalecerá el ser de la Patria, porque la unidad de cuantos sentimos ese puesto tradicional que ennoblece y vivifica a nuestra querida España es el mismo que nuestros ancestros cultivaron en catorce

siglos en el cáliz sagrado de nuestra unidad, defendiéndola contra el sarraceno, los gabachos y los enemigos de la Civilización Cristiana.

Porque no crean los ciegos que los videntes son cobardes; no crean los insensatos, los necios, que a los prudentes y a los sensatos les falta el valor para proyectar su justa ira ante el ataque que trata de aniquilarlos y a los que ellos aman por encima de su muerte. ¡Ciegos! ¿Cuándo ha corrido un justo? Solo la perversidad pude destruir, asesinar, robar, convertir al ser en podredumbre y destruir. Pero ¿quién tiene derecho a destruir al hombre, su virtud, su fe? ¿Quién tiene derecho a destruir su economía y su patrimonio? ¿Quién tiene derecho a destruir a la familia y sus buenas costumbres? ¿Quién tiene derecho a destruir la Patria? No es posible tolerarlo, y por ello, hablo en dialogo pacífico y en esa paz que da la razón, pero, por descontado, si la violencia se me pone como barrera, defenderé el patrimonio del espíritu y de la Patria.

¡Ciegos sois los que tratáis de destruir a Dios, en quien no creéis! Moriremos todos, y Dios seguirá siendo Dios. La Patria española seguirá siendo Patria, y el ser español, seguirá siendo hijo de Dios e hijo de España. Porque en la mente, en el corazón, en el espíritu y en el ser de la España única y eterna esta Dios, sin enclaves, sin fronteras posibles y sin limitaciones. España es y seguirá siendo la familia hispana con muchos hermanos desmembrados, es verdad, pero, aunque estemos lejos unos de otros, en el fondo de nuestros corazones aspiraremos siempre a la Madre-Patria hispana, en cuyas fronteras se defiende lo hispano y su ser. ¡Ciegos! La Patria es una, su credo es uno y su bandera es una: roja y amarilla. Con un solo destino y una sola proyección. Con un único Dios, nuestro Padre y nuestro Bien. Un solo Ser en esencia virtud.

Quizás os riais mientras balbucís: ¿Ahora somos demócratas? Y todo ese rollo patriótico, no es sino la prueba de tu anquilosamiento en el pasado, sin visión y si futuro en la realidad española del progreso democrático. Pues sí, soy un patriota que, amando y creyendo en la Patria, os aconseja con el mayor de los respetos: Repasad y leed la verdad histórica y no pretendáis desmemoriarla con una falsificación carente de autenticidad; escuchad a los que vivieron y aprended. Sed sinceros con vosotros mismos, arrojad la envidia y el odio. No más revanchas ni desquites, aprended, de una vez por todas, a asimilar la derrota, porque la Historia no puede cambiarse. No queráis lo que no os corresponde, porque no es digno de vosotros: vuestra dignidad y vuestra grandeza está en vosotros

solo. Os recuerdo la frase de Tagore: "*No dejéis que el árbol no os deje ver las estrellas*", conformaros con arreglar las injusticias, conformaos con llevar las cosas a su mejor ser, pero por favor, no seas ni de izquierdas ni de derechas, sed hermanos míos y de todos los que tenemos plena y absoluta libertad para el bien y la justicia.

Yo no soy ni quiero ser de derechas ni de izquierdas, porque son enmarcaciones y términos que enclaustran el ser español en una dimensión mediocre, chata y enana, desprovista de españolia y universalidad. Yo amo la verdad, donde se encuentre, cualquiera que sea, y entiendo que esa verdad me lleva a la justicia, a la hermandad sin ira, y a un camino de convivencia que por haberlo vivido os lo voy a contar más adelante, pero antes quiero exponeros que para ser lo que somos, fue necesario que muchos españoles se ofreciesen en holocausto en el altar del sacrificio por Dios y por España, como mártires sagrados, muchos de ellos elevados al rango de santos, héroes de España, del verdadero ser de la Patria.

Ensalcemos a los murieron por vosotros y por mí para que el riego de su sangre, empape el paño limpio, tantas y tantas veces como fuese necesario, de nuestras almas grandes, para que jamás dejemos de ser España, y para que España jamás deje de ser de Cristo, pues en Él está, no el progreso democrático de las estadísticas y del "paraíso" inalcanzable, siempre deseado y nunca encontrado, sino el verdadero progreso que lleva de guía a Cristo, indicándonos por dónde alcanzaremos la felicidad humana, consistente en querer ser cristianos viejos y españoles anónimos que caminan hacia una Patria mejor.

Recordemos, pensemos y reconozcamos que, gracias a los mártires españoles, España puedo ser, si no perfecta, al menos honrada, digna y bendita de Dios. Que tuvimos padres que no nos abandonaron, que nuestras madres fueron santas y respetadas, para que nosotros no fuésemos asesinados en el claustro materno donde nos encontrábamos, para que pudiésemos ser libres. Que murieron para que hombres prudentes llevaran el timón de nuestra España fuera de las olas de la mayor hecatombe mundial que el hombre ha conocido.

Porque todos los muertos, sea cualquiera el bando, cuyo ideal no fue la satisfacción de un odio o secundarias maniobras diabólicas extrañas, sino que cuya ansia única y verdadera fue hacerse españoles dignos para una Patria mejor, son los que murieron para que el analfabetismo se tornara en cultura. Habla con los que

vivieron antes y sean sinceros, porque te dirán que con los que murieron murió la pobreza y nacieron los derechos, la seguridad íntegra, la justicia social, hasta el extremo de ser injusticia en el ser económico de España. ¿Que faltó mucho por hacer? Lo sé, pero no digas que fueron cuarenta años de injusticia y de opresión. El mandato el Caudillo, con las limitaciones humanas, con el imperfecto humano, fue frondoso, glorioso y justo, condenando a los que tenían las manos manchadas de sangre y firmó indultos a los que arrepentidos pidieron clemencia y misericordia, porque nos dio el pan bien cubierto, una justicia social cristiana, una paz en Dios y un vivir digno y honrado en orden. Y quien esto escribe no fue franquista hasta después de su muerte, y en su vida me marché a estudiar al extranjero, pensando que la Patria tenía que ser ¡mucho más! Ser mucho más que lo fue en la época de Franco, que, indudablemente, si sabéis historia, veréis de forma clara y terminante, fue la época más engrandecedora de nuestra Patria. No es demagogia reconocer y decir que el Gran Caudillo hizo de España la novena potencia en el concierto económico y la primera en la moral cristiana; No es demagogia decir y proclamar que gano una victoria para todos los españoles, y todo ello porque hubo héroes que ofrecieron sus vidas o su sangre, porque vieron más importante el ser cristiano del hombre y el ser de la Patria que su propia vida. No es demagogia, que en poco más de treinta años, formó en España un patrimonio de técnica y cultura en todos los niveles, a ritmo y cota totalmente elogiable; no es demagogia que España fue paz y remanso de seguridad; no es demagogia que libró a España de una guerra de sangrías irreparables, y no es demagogia que, gracias a él, por su prudencia, por su valor, por su capacidad, ganó la guerra al desorden, a la anarquía evitando la destrucción de la Patria, un panorama parecido a lo que, desgraciadamente, está ocurriendo ahora, sin olvidar, como he dicho antes, que jamás asesino ni permitió asesinatos: era hombre de honor, de justo juicio y con temor de Dios; de todo ello he sido testigo al igual que muchos españoles y todo los pueblos de España. Repito para que quede claro, y se quite el "sambenito", que sus detractores le han colgado, cuando se acabó la guerra, quién no asesino no fue sentenciado a muerte. Franco no fue un asesino, Franco fue, y es -pues le creo en el regazo de Padre- un hombre de Dios.

Para mayor abundancia de cuanto digo, preguntar cuántos fueron asesinados en el bando republicano y qué males habían hecho los

asesinados en checas, en barcos prisión, en “paseos”, en cárceles, en… por las turbas del amanecer, sin juicios y sin piedad.

Pero si no encontrareis quienes os ilustren sabed que los mártires de la Cruzada son nuestro orgullo y nuestro ejemplo. Ellos son las lágrimas de los ojos de Cristo vendados en el patio de Caifás. Ellos son los trozos de su carne arrancados en la cruenta flagelación. Ellos son el pensamiento de Cristo cuando la soldadesca se mofaba hiriéndole con la corona de espinas. Ellos son de nuevo Cristo crucificado. Ellos son el supremo testimonio de la verdad de nuestra fe y de la doctrina cristiana. Ellos dieron fidedigno testimonio llegando hasta la muerte. Ellos son los testigos de Cristo, muerto y resucitado, al que están unidos por la caridad y que ellos soportaron la muerte mediante un acto de fortaleza.

Nuestros mártires, testigos de excepción, lo fueron porque sus perseguidores los mataron por odio a Cristo y los martirizaron por ser católicos. Su sangre fue derramada como la de Cristo para confesar Su nombre y manifestar las maravillas de Su poder. Sabed que de su martirio el Señor les sacó fuerzas de su debilidad y de su fragilidad para testimoniar con su sangre, la firmeza de su confirmación en la fe.

Murieron por Cristo, perdonando como Cristo y, sin embargo, con el correr del tiempo cayó sobre ellos la niebla espesa del olvido hasta el Papa Pío XII hubo de decir: "*¿Qué les pasa a los españoles que se han olvidado de los mártires a los que yo me encomiendo todos los días*?"

Hubieron de pasar 45 años, desde 1934 a 1979, para que el Espíritu Santo nos enviara un polaco como Vicario suyo en la tierra, conocedor como nadie del marxismo, y gran admirador de la España martirizada, para que se limpiara el polvo de las Causas de los Mártires de la Cruzada depositadas en las repisas de la Sagrada Congregación de los Santos.

Con su beatificación, se honró a los campeones y a los testigos de la fe, a los que han sabido amar a Dios hasta la muerte, y muerte cruenta que ha de tener para nosotros un significado de fidelidad en el respeto a la gran prueba de la dignidad del hombre delante de Dios mismo. Es difícil, a este propósito, decir más de lo que afirma precisamente el Libro de la Sabiduría: "*Dios los probó y los halló dignos de Sí*".

XLIV

EL BANDO DE LOS MARTIRES

Trascurridos treinta años de fiel recuerdo y devoción abnegada en los mártires que habían permanecido como cirios encendidos y faros irradiados de luz en el camino del solar patrio, se anunció por la Jerarquía una magna beatificación de 598 compatriotas asesinados en la persecución religiosa del siglo XX, como si lo hubiesen sido en 100 años.

¿Qué había sucedido para omitir intencionadamente el llamar a las cosas por su nombre? ¿Por qué silenciar, como si un tabú se tratara, la Cruzada del 36 al 39? ¿A quiénes temían ofender proclamando la verdad? ¿A las fuerzas nacionales que les salvaron de una muerte segura o a la masonería en sus ramas social-comunista-anárquica y liberal-capitalista? No hay que olvidar que seis de los Jefes del Gobierno de la II República eran masones consumados.

Y es que ahora, gobernados por los herederos de aquellos masones, políticos de cualquier signo y condición, son ambidiestros y zurdos de las dos manos para atarse el mandil y diseñan con cartabón y compás. A muchos de ellos, hoy ciertos clérigos, progresistas unos y desagradecidos cobardes otros, que han cambiado el protagonismo de Dios por el suyo propio, les rinde pleitesía, como lo hicieran en incluso con Franco vivo, Tarancón, Bueno Monreal y Jubany, entre otros, sufragando los costos, con dinero de la Iglesia, de aquel "clan de la tortilla" capitaneado por Alfonso Guerra y en el que militaban Felipe González, los hermanos Solana, Rojas, Escuredo, Chaves, etc. Amén de entregar la Confesionalidad Católica del Estado al abismo vacío de la aconfesionalidad laica coronada de un relativismo sin miramientos, han aparcaron los cirios apagados de los mártires españoles, silenciado su ideología, su patriotismo y su bandera.

Fue aún peor que un sentir vergüenza, no por lo que esos mártires representan para el catolicismo tradicional español, sino porque su solo recuerdo les coloca en el primer plano de su conciencia el recuerdo de su propia ingratitud, al saberse huidos del lugar que por derecho y heredad de aquellos les correspondía

Por ello, y bajo firme propósito de un pacto previo consensuado, repiten en homilías, discursos, pastorales y sermones, venga o no venga al caso, la insostenible consigna de nada de colores o bando político de los mártires, nada de divisiones, nada de crónicas, nada que pueda ponerse al servicio de ese laicismo, como tapadera de su cobardía y traición.

Cobardía, que se empecina en no querer reconocer el patriotismo de los mártires, para así, en los presentes tiempos adversos de laicismo duro, mostrarse insípidos e incoloros ante la mirada de los verdugos y asesinos de aquellos que, sin apostatar, fueron testigos de Cristo. Traición, que, bajo el pretexto de la puesta en escena del comodín de la reconciliación nacional, ocultan además de su miedo, su desagradecimiento y su deslealtad a los que ofrecieron la generosidad de su sangre en expiación de esta traición a setenta años vista. ¿Con quién quieren reconciliarse? ¿Con el laicismo y el relativismo como del que hoy gustan llamarse los marxistas?

Vano intento, después del fracaso ensayado en 1978, cuando se colocó esa misma tapadera de la reconciliación para abrazarse con el maligno, y quebrar la Unidad Católica española de catorce siglos, al abrir, intencionadamente de par en par las puertas de la fidelidad al laicismo rígido y cruel, con la llave ingrata, egoísta y desagradecida de aquella liberal homilía, de nefasto recuerdo, pronunciada en los Jerónimos de Madrid, aquel Noviembre de 1975, cuyos autores no son dignos de figurar aquí. Amanecer trágico de una apostasía progresiva, que desde entonces se repite ininterrumpidamente con los mismos argumentos y las mismas actitudes de desagradecimiento a los mártires de la Cruzada, menospreciando su patriotismo y olvidando que gracias a ellos y otros muchos caídos por Dios y por España no se inauguraron en nuestra Patria los famosos los Gulag siberianos. Y que sus ordenaciones y consagraciones se produjeron gracias a aquellos que supieron morir para que ellos vivieran. ¡Desagradecidos! ¡A cada marrano le llega su sanmartín!

Y es que la Iglesia Española representativa y sellada con el talante democrático ha puesto exquisito cuidado y énfasis en no recordar la ideología de los responsables del genocidio, ni apuntar a que tanto PSOE, PCE y ERC, eran las siglas bajo cuyo amparo se cometieron las torturas y asesinatos. Ha fijado solamente su atención en el testimonio generoso de la fe de los mártires y el perdón que ofrecieron a quienes les persiguieron con brutal saña. Y es verdad,

pero no toda la verdad entera, puesto que ha de completarse añadiendo la parte de verdad que falta: *que éstos y otros muchos mártires, asesinados en la zona roja eran católicos combatientes en el frente de la oración, elevando sus plegarias al cielo para que los de su bando, los nacionales, los liberaran pronto de la más cruenta persecución de nuestra reciente Historia*.

Está claro que la Iglesia no recuerda a sus mártires exigiendo que se persiga con saña el recuerdo de sus represores. Nadie ha pedido que se derriben las estatuas de Largo Caballero o Prieto, nadie ha pedido que se borren los nombres de los marxistas de las calles y plazas de España, nadie ha pedido que se condene oficialmente en el Parlamento las actuaciones de los socialistas, comunistas, separatistas e izquierdistas republicanos, nadie ha pedido que se marque con hierro candente a los culpables en las páginas crueles de la historia de España, nadie ha pedido que se juzgue al asesino y genocida de Paracuellos y se le sepulte en vida, como otros quieren sacar del sepulcro a Francisco Franco para juzgarle aún después de muerto. La Iglesia no quiere ir contra nadie, sino evitar que se repitan sucesos tan funestos. Pero precisamente para evitar que la historia se repita, es necesario recordarla en su verdadera dimensión, es decir valorando el perdón infalible otorgado por los mártires que no supieron avenirse con el mundo comunista de los sin Dios, prefiriendo morir a soltar la mano del arado, sin mirar hacia atrás. ¿Quién debe perdonar a quién?

Nos quieren hacer creer, poniendo gran énfasis en ello, que los mártires de la II República y de la Cruzada eran neutros. Pero está más que demostrado que en toda guerra existen dos bandos beligerantes. Y también está claro que los mártires de la persecución roja, no murieron de tifus ni por accidente, sino violentamente masacrados por la furia de una de las partes contendientes: las hordas rojas. Ahora bien, si los asesinos pertenecían al bando de los sin Dios ¿a que bando pertenecían sus víctimas?

En línea con la Carta Pastoral de Olaechea y Múgica del 6 de agosto del 36, en la que se insistía en la obligación moral para los católicos de negar cualquier clase de ayuda a los perseguidores de la Iglesia , y tomando como base la doctrina agustiniana sobre las dos ciudades: *la de aquellos que por amor a Dios llegan al menosprecio de sí mismos* -mártires de zona roja y los cruzados en defensa del honor de Dios y del ser católico de España-, *y aquella otra que por amor a sí mismos desprecian a Dios y perseguían a la Iglesia para*

su aniquilación -representada por los milicianos rojos y los partidos del Frente Popular-, hemos de concluir que los llamados mártires del siglo XX, sin incorporación a bando alguno, no lo fueron de 100 años sino concretamente de la Cruzada y por ende, pertenecían al bando de los que defendían la supervivencia de la Iglesia en España.

Nadie con recto criterio tiene derecho a enmascarar los acontecimientos históricos dentro del ámbito en el que lucharon sin cuartel las fuerzas del Bien contra las del Mal, y mucho menos poner en entredicho la afiliación católica y patriótica de los mártires, puesto que el grito de ¡Viva Cristo Rey! fue el mismo para luchar en las trincheras que para morir asesinados, como lo es hoy y lo será mañana para cuantos creemos y combatimos por la Unidad Católica de España con el fin de implantar la total Realeza de Nuestro Señor Jesucristo. .

Existe incluso cierto gerifalte de la Iglesia, aguado como el mal vino, que se ha atrevido, para afianzar y reforzar la deleznable tesis de que los mártires no pertenecían al bando nacional, poniendo como ejemplo de su babosa y nauseabunda tesis, a un joven seminarista de 16 años, vilmente asesinado en 1936, afirmando que a esa edad, ni se tienen pensamiento político ni enseña representativa, es decir que no solo ofende a su patriotismo (cuarto mandamiento de la Ley de Dios) sino que infringe y lesiona la memoria de cuantos combatientes de esa misma edad ofrecieron sus vidas por una España católica, al tiempo que menosprecia a una juventud, quizás la mejor que haya existido, que militando en las filas nacionales posiblemente le libraran de haber sido, por su talante húmedo, el primer apostata.

Además de lo anterior, refrésquense la memoria con la Carta Pastoral de los Obispos del año 37, las alocuciones del Papa y un sin fin de declaraciones de los Obispos en y después de la Cruzada. Como por ejemplo la pronunciada por Don Cruz Laplana y Laguna, mártir en la Cruzada y obispo de Cuenca: *"Ahora nos encuentra la revolución mejor organizados que en 1931 y, además, acostumbrados no sólo a sufrir, sino también a resistir*. Y que, además, según documenta el historiador y profesor Teo Navarro, "*organizó, financió y amparó la conspiración fascista y la represión republicana en su territorio*". ¿A qué bando pertenecía éste posible santo?

Existen un sin fin de pruebas irrefutables de la militancia de los Mártires asesinados antes y durante la Cruzada, pero me limitaré a

transcribir, para mayor abundamiento, un trozo de la carta de Bartolomé Blanco Márquez, cooperador salesiano, fusilado en Jaén el 2 de Octubre de 193, escribió a su familia antes de su martirio (Summarium super martyrio, pp. 425-426): "*Al matarme me dan la verdadera vida y al condenarme por defender siempre los altos ideales de* ***Religión, Patria y Familia****, me abren de par en par las puertas de los cielos*".

Nuestros mártires de la Cruzada, los mártires de la más cruenta persecución religiosa, no cayeron muertos de un guindo ni surgieron mártires por generación espontánea, sino que, inequívocamente, fueron asesinados por causantes fratricidas del otro bando, el de los rojos, como gustaban llamarse, pertenecientes a los partidos socialista, comunista y anarquistas, muchos de ellos también de filiación masónica, y contrarios a los del bando que luchaban "**Por Dios y por España",** conforme al lema que reza esculpido en las placas de los Caídos.

Verdaderamente los mártires de la Cruzada nos han dado con sus palabras y gestos el mayor ejemplo testimonial de su fe, que lleva implícita su última voluntad de que los venguemos con la venganza del cristiano: que devolvamos mucho bien a quienes nos hagan mucho mal.

Todo un contraste con el ansia de revancha y el odio que destila los nuevos y viejos marxistas y los anónimos masones, quienes, aupados en el poder gubernamental, lejos de legislar para el bien común de todos los españoles, son partidistas, subjetivos e instigadores, no de la reconciliación a que aluden los obispos, sino de una nueva separación con nepotismo irreconciliable. Lo mejor de toda esta trama es que ésta está incitada precisamente con las mismas siglas responsables de la persecución religiosa y de los asesinatos de miles de personas, pretendiendo mostrar ahora y hacer pasar a los conspicuos totalitarios y asesinos inmisericordes por luchadores de la libertad y de la democracia.

Realmente todos sabemos quiénes fueron los revolucionarios marxistas del ¡Viva Rusia!, que querían implantar en España una dictadura del proletariado a imagen y semejanza de la Unión Soviética. Y al igual que en la Rusia de Stalin mataron a más de cien mil sacerdotes ortodoxos, en la España de la II Republica la Iglesia católica fue expoliada y perseguida tanto en sus religiosos como en sus laicos católicos, a los que asesinaron por los mismos motivos y con los mismos fines que en la Rusia comunista. ¿Quién se ha

arrepentido de todo ello y pedido perdón a la Iglesia para que la reconciliación sea de verdad y para siempre?

He de resaltar, al respecto, que nosotros estamos, gracias Dios, bien reconciliados y confesados. Si bien esperamos que esa magnífica y emotiva palabra de la "*reconciliación*", del pacto eclesial, pronunciadas, sin duda alguna, con buena voluntad, no sea como perro que vuelve a su vómito en imprudente necedad al repetir devorando el abominable y asqueroso vómito que arrojó de sí. Algo similar a lo que están haciendo los herederos de la II República que, por lo que se ve, hoy vuelven a masticar los podridos sentimientos contaminados de odio y revancha de un pasado tan doloroso, triste y cruel como fueron aquellas atroces matanzas de nuestros mártires, que hoy vomitan y engullen nuevamente sin haber aprendido nada de aquellos años de lucha fratricida.

XLV

SIN DAR UN PASO ATRÁS

España, y no es una utopía, ha sido siempre el paladín de la Civilización Cristiana. Las fuerzas del mal lo saben y que posee grandes vestigios, todavía vivos, en nuestra Patria, como igualmente saben por la historia que en su ser existen los fundamentos naturales y divinos de la ciudad católica o Civilización Cristiana, y que ésta, sin cesar, ha sido instaurada y restaurada nueva y constantemente por nuestro pueblo, cuando la revolución y la impiedad han intentado su destrucción con la Invasión musulmana, el Renacimiento paganizante, la Pseudoreforma, la terrible Revolución Francesa y con el Comunismo ateo y recientemente por el liberalismo relativista mezclado de todos esos ingrediente. Razones, más que suficientes, por las que ahora, en plena verbena laicista se pretende la destrucción de nuestra Patria desde el interior de su mismo ser, tratando de corromper la salud espiritual de los que con su ejemplo de vida y oraciones la sostienen viva con la ayuda de Dios, y pregonan su Sabiduría.

¿Qué consecuencias tendrá tan nefasto plan? Hoy solo podemos asegurar, a través de los acontecimientos diarios, que quien concibió tal artimaña destructiva la estudió muy somera e inteligentemente. Algún día sabremos con exactitud, a la luz que no puede desaparecer, todos los detalles, porque no hay sabiduría posible que destruya la Sabiduría de Dios.

Sin bajar la guardia y con crudeza os digo que en la España actual se está tapando la cara de Dios y silenciando su mensaje. Es una afirmación muy dura, pero más duras serán las consecuencias de esta falta de fidelidad, porque ¿qué duda cabe? que, del cambio de forma tajante y radial de la forma de ser en la vida de muchos españoles, sobre todo los que debían ser más sanos, más espíritu, más agua viva y sal de la tierra, dependerá el ser o no ser de la Patria. La inmoralidad, por ello en muchos casos ya no existe; es amoralidad, por entender falso lo moral, lo principios eternos, la Ley de Dios, porque ser moral se considera que es ruinoso para el hombre moderno, tanto individual como social, y para la sociedad entera.

Yo asevero con firmeza, que este vivir natural, sin Dios, ni Patria, ni dignidad, es propio de las bestias y que ha sido experimentado otras veces, a lo largo de la historia, precisamente en las últimas agonías de la Civilización Cristiana como medida de destrucción. Ahora bien, la destrucción que obliga a la decadencia está organizada, pero nunca ha llegado la liberación total, jamás ha dado el fruto humano esperado. En cambio y contrastando con la Civilización Cristiana, emblema de amor y respeto al hombre, aunque te cruce la mejilla, aunque te ofenda y te duela no se le permite una acción malvada, porque no es permisión de destrucción lo que Dios quiere, sino paciencia y prudencia hasta el límite sin transigir ni dar un paso atrás, y sin permitir apático la destrucción propia -sería un suicidio- ni la de sus hermanos, ni tampoco la que constituye el ser de su Patria. La defensa es obligada con todos los medios que la maldad obligue.

Ya hemos tenido una experiencia, en el 1.936 cuando después de que la República incendiaria buscase la aniquilación del cristianismo por la violencia sin conseguirlo; fusilaron al Corazón de Jesús en el Cerro de los Ángeles, recayendo el pecado y el mayor deshonor en este puñado de españoles, instigados por el odio y la soberbia. Si, y de aquel fusilamiento no solo mataron a Cristo-Piedra, sino que asesinaron a 7.000 Cristos sacerdotes, trozos e hijos de Dios, sin una sola apostasía. ¡Qué ejemplo para los que hoy lo son, gracias a su martirio!

Pero esto ni puede permitirse ni debe ocurrir jamás, y en medio de este odio destructor hoy exigimos leyes justas y medios capaces de hacerlas cumplir, o saldremos al paso para que no se conviertan en antileyes, ni la libertad en libertinaje, ni el orden en anarquía, ni el respeto en odio tratando de destruir nuevamente al hombre, como cristiano y patriota, a la familia como hogar cristiano y forjador de españoles, y a la Patria como indivisible lazo único de amor y de justicia.

No se olviden de que Cristo sigue en píe, porque el cristianismo no adora a un muerto sino a un Dios Vivo. ¿Cuándo perdió su vigencia? Yo os lo diré: nunca. Se canceló, porque no fuimos digna de ella.

Por favor, no me digas que también mataron los defensores de la Civilización Cristiana, inmersos en caos y la anarquía. El Ejército español, no mata ni asesina; combate y vence, con ira justa, pero sin odio, sin temor a la muerte porque no teme la vida, venciendo,

porque lucha por la justicia que tiene en su corazón y en su mente. ¡Ah! y tampoco me digas que también el Ejército Republicano era español, porque para tu información te diré que no existía tal Ejército Republicano, porque fue disuelto unos meses antes de la Cruzada por Azaña en el Cuartel de la Remonta de Madrid.

En síntesis: La Civilización Cristiana que se pretende aniquilar y sustituir por otra atea, es la fuente de la justicia real, la que no da sin tener que dar, pero que, si tiene que dar, lo da todo. Es también la que se aíra contra la injusticia y va a la justicia, sin temor ni a la vida ni a la muerte, por los caminos de la sabiduría, no por el odio, el revanchismo que son caminos de muerte. La que defiende al hombre, cualquiera que sea su situación, su color o su estado, y la que manda también que le defiendas con las armas que sean necesarias en justicia, cuando las tinieblas toman la violencia para la coerción y la muerte. Solo hay una contestación: como defiendas al hombre y a la Patria, así te defenderé. Y a la Patria que no la toquen, que no la zahieran, porque el cristiano y español, arma el brazo, para defender con la fuerza de la justicia, que es Dios, derramando su sangre y de quien preciso fuera. La prudencia tiene un límite, a partir del cual es oprobio e injusticia, es pecado.

Todo esto es también cristianismo. Tengamos las ideas claras.

XLVI

NI UN MAL PASO ADELANTE

No se puede tolerar la destrucción por el engaño ni por el decreto del mal. El ser de la Patria exige, en toda su amplitud, su ser de vida y no de muerte, como pretenden los que roban su paz con la artimaña de leyes inmorales, impuestas con aparente tolerancia, pero que quienes se niegan a su ejercicio y ejecución, se les expedienta y aparta de sus funciones de forma cruenta, lo que ocasiona un deterioro más en el ser de la Patria. Quedando al juicio de Dios para ser castigados por convertir la ira justa en tropelías y canalladas, por convertir el ansia de justicia en banderas de odio; Ellos fueron y son los culpables de la anarquía, del genocidio patrio, de la lucha fratricida. No se acuse a quien, por necesidad de supervivencia del hombre y de la Patria, impuso el orden de las armas, porque no le dejaron otra opción ni recurso humano; el Alzamiento Nacional fue exactamente, y sépanlo las nuevas camadas de curas, para la defensa de la Civilización Cristiana, para defender la vida y la economía del pueblo español. No acusemos injustamente al hombre que restableció la Civilización Cristiana en nuestra Patria y la inscribió en las leyes de convivencia en hermandad de todos los pueblos de España. Él no provocó, sino que respondió a la injusticia con justicia y al desorden con un orden como jamás se ha conocido en España. Dio a la Iglesia oficial su beneplácito a su actuación, su apoyo incondicional y su respeto. Murió fiel, como vivió, y entrego su espíritu en la esperanza de ser acogido por Dios. Entregó todos sus dones a la Patria de sus amores, y jamás se le quedó entre los dedos los bienes ajenos. Bien sabemos que no fue perfecto, pero ¿quién en lo que conocéis de vida hizo más y dio más? ¿Nombradme a uno que, por su buena voluntad, por su hombría de bien, por su valor indiscutible le dio Dios más para su Patria?

Llegado a este punto, os voy a hacer la pregunta del millón. ¿Quién tuvo la culpa de 1936? Yo os lo diré y juzgad vosotros: muchos viven aún.

Los culpables del genocidio patrio son los culpables de la sangre derrama; todos aquellos que mudaron la ira justa en odio, los que polarizaron con su lengua venenosa al pueblo cristiano español, los

que hicieron de los hombres, que queriendo la justicia sufrieran injusticia, hombres de odio, hombres ciegos de venganza, de revancha y de envidia, hombres corrompidos de vanidad, rencor y rivalidad, porque siempre ha habido canallas cobardes y exaltados malvados; vosotros, hijos de la Sinagoga de Satanás, fuisteis los que envenenasteis a los hombres de España, convirtiendo al pueblo español en una jauría de lobos sedientos de sangre, vosotros, ciudadanos del mundo, sois los responsable, sea cual sea vuestro color, vuestro credo y vuestra falta de amor a la Patria.

Id a los pueblos y ¿cuántos Paracuellos encontréis? Que se levanten de sus tumbas los asesinados, que vengan del mismo infierno los que asesinaron, que testifiquen los que provocaron y consintieron las masacres, que aún están vivos. Franco ajusticio al que asesinó, pero no busquéis contrapartida.

No penséis que toda la ira era justa, porque sin cerrar los ojos a la evidencia, decidme con las palabras que brotan del corazón ¿cuántos envidiosos, cuantos corrompidos, cuantos rencorosos no han sido siempre canallas? Quiera Dios que no se repita la historia, pero hoy hay mucha ira injusta, muchos deseos de vengar acciones que fueron justas, muchas ganas de destruir el ser de España, muchos sentimientos mezquinos y llenos de odio, muchas ansias de revancha por la incompetencia ruinosa y carente de futuro. Minorías de seres malvados dispuestos a destruir cruentamente el ser de la Patria. Son los necios de siempre, los que siguen los instintos rebotados del odio y de la envidia, los desheredados del bien por su alianza con el mal, los que aún no han digerido su fracaso, los que son el verdadero opio del pueblo, los cobardes que obedecen a los hombres antes que a Dios. Son los seres ignominiosos con la destrucción por bandera: los anticristos, permanentes enemigos milenarios de la Civilización Cristiana, verdadero progreso que hace el milagro de convertir, al hombre-carne en hombre-espíritu, al hombre-lobo en hombre de amor, a los verdugos y degolladores en hombres de buena voluntad, al mundo sangriento en familia de paz y justicia. Y ¿a ese perfeccionamiento es al que pretendéis destruir?, he de aceptar lo que se dice de vosotros, que sois como los perros rabiosos que muerden la mano al que les da de comer. ¡Necios, contra Cristo nada podéis!

Busquemos la paz, pero la paz en Dios, cumpliendo sus mandamientos, amando y respetando, en verdad, al hombre, que entre los cristianos llamamos y sentimos hermanos en Cristo.

Bendita paz, pero no a costa de la destrucción del hombre, ni de la familia, ni de la Patria, ni de los principios de la Civilización Cristiana, ni de nuestra economía, que es pan de nuestros hijos.

Bendita paz del Señor que deseamos sea siempre con todos, en respeto y amor a los hombres de buena voluntad, a su bandera y a la indivisibilidad de la Patria.

Y para que esa paz sea fructífera en sosiego, descanso y bienestar, no dejemos de trabajar por la Patria, y sobre todo no demos jamás un mal paso adelante, permanezcamos firmes y unidos en la ira justa que es nuestra fuerza, y en Dios nuestro escudo y fortaleza, para que jamás se use la violencia cruenta y sangrienta para destruir la vida, la familia, los hermanos, la Patria y la Civilización Cristiana, porque en ese supuesto nos veríamos obligados a defenderlos, con tanta violencia como hiciese falta hasta instaurar en nuestra Patria el Reinado Social de Nuestro Señor Jesucristo.

XLVII

EL CAMINO DE LA PATRIA PARA SER

Patria, tus hijos queremos que seas justicia, pero para ello se requiere que seamos como dice el evangelio hombres sin doblez. ¡Pues que Dios desde las alturas nos grite a los que te amamos: "¡*He aquí unos españoles sin doblez*!"

Esta es la primera condición para que te veamos ¡oh Patria! como cuerpo de Dios, que estás bajo su misma bandera con tu espíritu y con todo tu ser.

Una segunda condición, es que analicemos y siempre estemos en lucha para ser justos, que nos demos cuenta que la única forma de ser tus hijos, es que alancemos justicia y sepamos llevar la cruz con honor y si preciso fuera dar la vida por tu propia esencia. Pensemos que la Patria, como grupo humano, necesita leyes de convivencia, que han de nacer de su propia esencia, esto es, del espíritu de Dios, y no pueden ser otras que leyes de esa justicia que no entiende ni de proletarios ni de capitalistas. Una misma Ley, las mismas oportunidades y los mismos caminos, con sus desniveles y rampas propios de nuestra naturaleza. Que no implican, en nuestro ser, indignidad ni injusticia alguna. Por ello, toda ley, estamento y hombres intrínsecamente injustos deben ser abolidos como principio del nacer verdadero de la Patria. Las leyes deben apoyarse, para ser justas, en conceptos justos, es decir, los que emanan del espíritu, como ente superior y que ha de dominar al cuerpo ciego, siendo solamente entonces cuando en el hombre no habrá doblez y cuando la amalgama de vida, paz y orden concertaran el verdadero ser del hombre y por analogía de ser la Patria.

El mantenimiento de principios filosóficos apátridas, leyes inicuas y estamentos ajenos a nuestra esencia han de ser inhabilitados y suprimidos por ser fuentes de iniquidades e injusticias, de donde nace la muerte. Lo que ha de regirnos a los españoles de buena voluntad debe nacer de su esencia, que es virtud, no huyendo únicamente de la maldad, sino también de lo menos perfecto por ser igualmente un freno inhumano que impide el mejor vivir y que nuestras acciones, reflejo de nuestro ser, sean destrucción e imperfección. Caminemos en la Sabiduría como único camino para

que nuestras familias, nuestras empresas y nuestra Patria caminen también sabiamente con una filosofía clara, nacida de nuestra esencia de españoles, de nuestros conceptos dimanantes expresados en leyes fundamentales que robustezcan el ser de la Patria.

Pero para ello es necesario que sean elegidos españoles capaces de esta posibilidad, que sean justos, que amen la justicia y que la vivan dando mayor ejemplo que su predicación, y donde el engaño, la maldad y lo falso no tengan jamás cabida en los elegidos; y sobre todo que no sean ni de derechas ni de izquierdas, sino simplemente buenos cristianos que, sin estar encajados en los moldes democráticos, solo entiendan de hermanos en relación a la justicia.

No se trata, por tanto, de ser alguien y de llegar a ser; el hombre es por ser hecho hombre, y su mayor dignidad no es ningún título, nombramiento ni riqueza alguna, sino la propia identidad con su esencia, que es la que determina su propia jerarquía. De lo que realmente se trata, y vuelvo a insistir, es de caminar en la Sabiduría, que nos dará sus verdaderos escalones, que son la justicia de nuestras vidas y la justa proyección en el bien de los demás. Tomemos conciencia de ello, porque todo lo que no sea el mejor camino posible lo debemos desechar como hemos de eliminar el gran pecado de nuestro carácter hispano: el desparramar en muchas ocasiones inútilmente la vida. Sigamos el camino de la sabiduría sin interrupciones porque no seguirlo conlleva la muerte y la desaparición de la Patria.

Por tanto, afirmamos que el mejor camino posible para llevar la patria a su ser, no es nuestro camino sino el camino de Dios. Él es quien marca el ritmo y el gobierno para, si le seguimos, tengamos vida, paz, bienestar y felicidad humana. No se trata de nuestro programa, sino del programa de Dios, puesto que el que pretendemos hacer muchas veces fuera de los designios de Dios, es paja que se convierte en humo. No nos creamos que somos algo más que la paja y el humo, verdaderamente somos seres vacíos que producimos únicamente vaciedades. Sin Dios nada podemos y sin su Sabiduría, no lo olvidemos, que está en Él, es Él y la da a quien quiere, siempre en justicia, con infinita misericordia, pero en justicia nos ampara y nos ayuda en ese camino sabio que ha de llevar a la Patria a su ser.

XLVIII

HAZ DE AMOR

Amenos la verdad y seamos libres. Poseamos la verdad y sentiremos la inmensidad de los hijos de Dios. Proclamemos la verdad y estaremos hablando de la traición que sufre la Patria, y del padecimiento que aguantamos miles de españoles, al no poder evitar el ocaso más triste de su historia.

Perdona Patria mía, que de ti escriba tus vacíos. Perdona que me atreva a pronunciar la palabra traición. Ya se que si por ti fuera no me permitirías hablar de los que te mancillan, pero es mi obligación y deber defenderte de los enemigos externos e internos. Pero sabiendo que estás amordazada y en trance de desaparición, he de levantar mi voz para defenderte en justicia y gritar alto y claro: "*¡Patria no te mueras! ¡Te necesitamos! ¡Queremos seguir siendo españoles! "*

Voy hacer un inciso, amigo lector, para contar algo muy personal que quiero compartir contigo. Quizás pueda ocurrirte como a mí me sucedió, que encontrándome caído sentí la necesidad de pedir perdón y con gran asombro descubrí que Dios perdona siempre, porque nos ama, así como somos, hombres miserables, y en su misericordia, que es mayor que nuestra miseria, nos sale al encuentro cuando le buscamos, y, siendo como es la Palabra, nos escucha y nos perdona.

¿Qué tiene que ver todo este saber escuchar y perdonar con el no ser de la Patria? Como bien debes saber por propia experiencia, toda las conclusión dimana de una exposición y desarrollo detallado del objeto a definir, y aunque, como bien dices, lo anteriormente expuesto aparentemente no guarda ninguna analogía con el tema de la Patria, te aseguro que si me sigues leyendo con paciencia, encontrarás la relación existente entre la paradoja de que el Verbo sepa escuchar, con la realidad de que nuestra Patria, actualmente anestesiada y amordazada, pueda, no sólo escucharnos enmudecida, sino también hablarnos, si tú y yo somos capaces de despabilarla y liberarla de ese bozal liberal que la impide llamarnos a gritos para que acudamos a socorrerla. Si, españoles, el ser de la Patria está en riesgo de no ser, en peligro de muerte y para salvar su existencia yo

os emplazo a la esperanza. Leed despacio, y si os convence la verdad de lo que expongo, formemos un haz de amor a España apiñándonos en su defensa, él es la esencia de esta simple filosofía patriótica, de ese manojo de amor nacerá España, la España que hoy intentan matar mientras muchos callan.

No os dejéis idiotizar. Abrid los ojos y no os dejéis engañar ni establezcáis diálogo con lo que son hijos de la mentira y el engaño, que siempre traen muerte, y cuyo único objetivo es la destrucción de la vida. Airean la despenalización de la condena a muerte para tapar la más repugnante maniobra de muerte que en el mundo ha habido. Nos hablan de igualdad, cuando no existen dos personas iguales. Nos hablan de libertad a sabiendas que nos están esclavizando. Nos hablan de fraternidad mientras, a ojos vistos, enfrentan al hombre contra el hombre para su destrucción. Y, por último, nos hablan de dignidad, cuando la indignidad de sus obras nos muestra que existe más desigualdad, más subyugación y más muertos.

Como españoles, hombres con semejante cuerpo y espíritu, con una misma raíz y un mismo amor a nuestra madre España, sublimemos y materialicemos, según nuestras fuerzas y circunstancias, la dignidad de la Patria. Nuestra categoría se medirá con el baremo de la generosidad de nuestro amor, es decir, el empleo de nuestra capacidad de hacer el bien en lo universal. Bien que debemos hacer, contra viento y marea, sin sopesar los consejos de los malos gobernantes, que se repiten en la Historia, hoy cubiertos con "su democracia", ayer con su mediocridad y siempre con su odio, sin respetar al hombre, que es el más grave de los pecados, y consecuentemente llevándole a la triste condición económica y moral que hoy sufre nuestra nación y el estado de fondo de muestra Patria.

Respetar al ser, al hombre, es respetar la libertad al bien, sin coacciones ni imposiciones. Si logramos ese respeto, que como derecho humano nos pertenece, podemos alcanzar la alegría y con ella en grito de esperanza, despertar con él a la Patria.

XLVIII

DESPIERTA ESPAÑA

Despierta, Patria, y yérguete sobre tu bandera, sobre tu digna historia, sobre tus tradiciones nacionales, sobre tus valores eternos: Dios y lo de Dios. Despierta, España, y levántate sobre tus valores raciales: valor y sobriedad. Ellos son tu vida. Despierta y, en tu despertar, despierta lo hispano, lo nuestro, porque ellos somos nosotros, y nosotros ellos; y forma la gran Hispania, que se levante sin miedo, ría a la mañana, rinda al día con mesura y ponderación, cante a la noche y rece siempre, porque en su corazón no hay más verdad que Dios y justicia. ¡Despierta, despierta, Patria de mi alma! Y sal al paso de un Marxismo esclavizante, bien sea comunista monstruoso y asesino de libertad, bien sea socialista manilargo y sin capacidad creadora del bien. Despierta, Patria y frena al capitalismo extraño que asoma en el horizonte, que ya tocas, subyugante para despersonalizar al ser de lo sublime haciéndole masa oprobiosa e indigna. ¡Despierta, España! Y con tu corazón, con tu nobleza, con Dios en tu ser, que ilumina tú alma, grita fuerte, muy fuerte: ¡¡¡Basta!!! Sea tu grito tan fuerte y tan potente cual voz de justicia, que proclama que Dios es, que tú eres, que todos somos hermanos. Grita tan fuerte que las estrellas te oigan para que la luz del cielo venga en tu magna tarea a ayudarte. Grita con voz bronca y segura la mentira de los derechos humanos, que hablan de dignidad y bestializan al hombre, convirtiéndole en masa amorfa sin dignidad, ni honor, ni vergüenza; que hablan amor y matan al niño-hombre, y destruyen la familia; mirad como la defienden: la atacan en sus puntos vitales. Todos sabemos que no existe parcela ni tesoro más sagrado que la mujer que elegimos como carne de nuestra carne para madre de nuestros hijos, pues ellos dan luz verde al concubinato, luz verde al adulterio, luz verde al amancebamiento. Y rompamos, dicen, lo que siempre fue uno: hombre y mujer, y hagamos un contrato de conveniencia. Que el padre es el cabeza de familia, pues rompamos, dicen, su autoridad para que deje de ser pilar clave de toda organización. Que los hijos escapados de ser asesinados en el claustro materno formen parte del reino aberrante y repulsivo de la esclavitud de la maldad y de la carne. ¡Pobres hijos! Cuando

despierten no verán la luz que recibimos los que antes nacimos, sino solo las tinieblas y la oscuridad que los ciega.

Despierta, Patria y grita a los cuatro vientos la verdad de tu pretendido derrumbamiento, informa, para que el mundo sepa, que esa pretensión no es otra cosa que la consecuencia de la pérdida del alma patria en maniobras nacidas de intereses criminales de genocidas patrios secundados por canallas, miserables y repugnantes apátridas. Grita, para que tu voz quede escrita y no pueda cambiarse la historia. Que se sepa la verdad, que el mal hoy imperante en tu solar patrio, no es precisamente porque lo ganaran en lucha abierta, sino que unos perjuros y traidores canallas les abrieron las puertas ofreciéndoseles todos los canales de comunicación para que sus falsedades, sus engaños y sus mentiras confundieran al noble, bueno y sufrido pueblo español.

Despierta, Patria y grita a esos imbéciles del universo oculto, que pretenden eclipsar a la luz del mundo. ¿Acaso creéis posible apagar el sol con vuestras miserables manos? ¿Acaso creéis posible que los españoles me dejarán de amar y dejaran de amar a lo suyo, a los suyos, al ayer por ellos mismos realizado, al mañana que ha de ser por su propia sangre vivido y al presente que es su responsabilidad? Estáis locos, ignorantes ciudadanos del mundo, lo que es indivisible: el ser de la Patria, no pude romperse, y si está destrozado y herido de muerte, sabremos recuperarle, no para recibir, sino para dar, para que sea dimensionado a sus fronteras obligadas de sangre, historia y alma.

¡Oh, Patria! Lo más grande después de Dios. ¿Qué respeto merecen quienes tratan de destruirla? Exactamente a que se les aplique una ley justa, una sentencia firme que condene proporcionalmente el delito o vileza que contra la Patria y el Hijo de Dios han cometido. Y ha de ser tan ejemplar que erradique el mal de España, puesto que los infames que pretenden demoler y arruinar el ser de la Patria y la Civilización Cristiana no tienen sitio en la familia, ni en la sociedad, ni en la Patria. Lo inicuo, lo falso, lo perverso, lo que no es con arreglo a la Ley del Ser y esencia de la Patria no tiene más que un lugar donde ser respetado: el lugar donde se lleve a efecto el cumplimiento de la sentencia justa que condena su delito de lesa Patria.

Hay que respetar al que sea respetable y hay que condenar al que es condenable, y no por venganza, sino por justicia de derecho obligado para defendernos del mal y del malvado, puesto que por

Derecho Natural tenemos la obligación inexcusable de defender todo lo nuestro: los hijos, la mujer, la seguridad, el trabajo, la Patria, el pan, la justicia y a Dios.

Los condenables odian a España, porque España, por tener en el fondo de su ser la verdad cristiana, tiene la sabiduría que espacia su mente en un corazón que en verdad sabe amar y ama la luz que más aterra las tinieblas: La luz de Cristo, esa luz que resplandece dejando al descubierto el bien y consecuentemente el mal. Que ¿qué es el bien o el mal? Esto solamente puede preguntarlo un lerdo, porque un español bien nacido, no. El bien es amar la verdad, el bien es respetar, es perdonar, si cabe el perdón, el bien es amar a la familia, permaneciendo unida día a día para prolongarse en los hijos; el bien es amar a la Patria y a Dios sobre todas las cosas; el bien no es asesinar, el bien no es codiciar, el bien no es "cien años de honradez", el bien no es predicar mentiras a medias, el bien no es autorizar a matar antes de nacer, el bien no es convertir a la mujer santa, madre e hija y esposa en un libertino ser, el bien no es desgajar a la Patria con menosprecio a todos los españoles, el bien no es destruir las empresas, hornos de pan de nuestros hijos, el bien no es perdonar a los asesinos de gente honrada y buena vituperando lo que siempre ha sido digno y honrado, el bien no es convertir el orden y la paz en anarquía, el bien no es lucir su traje de poder con los zapatos manchados de sangre, porque ¿qué hay de bueno en permitir entrar en España al Marxismo, y precisamente un viernes santo, a la masonería y demás ralea pérfida y destructora por naturaleza sin consultar a España, que les ganó la guerra por llevar a Dios y a su justicia en su corazón? ¿Qué de bueno existe en quienes han destruido, por su incapacidad de crear y por su maldad innata, la labor de casi medio siglo de todos y cada uno de los españoles, del sudor del obrero, de la pugna empresarial y de la sangre derrama? Hoy todo les molesta y todo les ofende, simulando ser como frágiles doncellas cuando todos sabemos que no son solo públicas sino re-públicas, y todo les molesta, desde la bandera roja y gualda hasta los muertos que desde que España es España la mantuvieron izada, digna, temida y honrosa. Y todo ello porque, estos pobres sin valor, dignidad y absolutamente carentes de sabiduría, entraron por la puerta de la mayor traición, no a Franco, sino a España, no a la de hoy sino a la que dio luz al mundo y la paseo victoriosamente por todos los caminos de la historia. Hoy pisoteada y hollada, pero algún

día se sabrá la maniobra de la gran felonía histórica de suplantar el no ser por el ser de la Patria, queriendo suprimir con ella a Dios

¡Despierta y grita claro y alto!, con el desgarro de tu ser herido que tú eres paciente como el mismo Dios que es paciente y que ama a todos sus hijos, pero que repasen la historia y vean que Él a nadie ha defraudo jamás y que nadie se puede reír y burlarse de Él.

¡Despierta Patria mía! ¡Despierta ya, España!, para que la luz de Cristo y no las tinieblas de los innumerables profetas, cubran con su halo de amor, de luz radiante a tu verdadero ser.

XLIX

HABLEMOS

Virtud, justicia, verdad, amor, misericordia, perdón, ansia constante de perfección no son el fin de los españoles, sino que son partes de su ser, como lo son del ser de la Patria. Como lo es también el profundizar en nosotros mismos, asomándonos en nuestras almas, siendo espíritus que sepamos negarnos, para que, siendo puros en nuestras ideas, en nuestros trabajos y en nuestras acciones podamos hablar, sin temor a nada, porque Dios estará con nosotros; y agrupados, con ese espíritu valiente, icemos nuestra bandera y con ella, España puede arder en el amor.

Elijamos a los mejores, los más capaces, los que no deseen el mando, sino que solo estén dispuestos a dar su apoyo al triunfo del ser de la Patria, y aporten las mejores ideas, las más sabias, las mejores acciones; los que acepten el combate con todo el ardor y sabiduría, los que no desmayen jamás porque su voluntad de vencer llega hasta más allá de la vida, los que buscan la Verdad y la encuentran en Aquel que es además Camino y Vida.

Agrupados así, y organizados sin dejar de ser uno, aun cuando seamos muchos, expongamos nuestras ideas para que las mejores sean nuestros objetivos en ese caminar sin desfallecer ni temer a nada ni a nadie; y quede lo cruento sólo y únicamente para la defensa, sin olvidar que el ataque es la mejor defensa.

Caminemos y vayamos a llenar, con nuestras almas, el alma de nuestra Patria hasta que sea la Patria que deseamos y queremos.

Hablemos alto y fuerte, y si es preciso gritemos, para que se nos oigan hasta en las montañas, y digamos que los españoles somos virtud y que España debe ser lo que, en verdad, somos los españoles de bien: espíritu.

Hablemos claro y varonil, vociferando más allá del horizonte que la familia es la base primaria, donde, a la luz de Dios y al calor de los padres, nacen y crecen los mejores hombres de España.

Hablemos con amor y ternura, y que se escuchen nuestras voces a los cuatro vientos, porque estamos diciendo de la madre, que es poesía, sacrificio, entrega y compañera de quien quema su vida luchando por todos en la calle.

Hablemos con adoración y dilección predicando desde toda tribuna y desde todos los estamentos que Cristo Rey es solo Amor y Sabiduría, y que, sin Él, el camino es laberinto, la verdad es mentira y la vida muerte.

Hablemos templados y firmes, y hagamos saber a próximos y lejanos, que los españoles somos hermanos e hijos de Dios, y merecedores de misericordia y de justicia, y de los mismos derechos y con las mismas obligaciones de los hombres libres en moldes de verdad, para que empleen esa libertad y esa verdad en el bien, ya que según hagan uso de ellas así será su proyección en sus vidas y a la de la Patria. Pero que, en cualquier caso, aunque no los justifiquemos, debemos comprenderlos.

Hablemos con reverencia y ardor, y si es necesario voceando hasta despertar a todos los nacidos que la Patria es un trozo sangrante de Dios, que vive desmadejada y desmantelada por los infames que la están destroncando su ser del mismo Ser.

Hablemos seguros sin agotamiento y con gran devoción hasta persuadir a todos los estamentos y se enteren que estamos convencidos y dispuestos a conseguir la justicia, la libertad, el respeto y todos los principios necesarios para la subsistencia de la Patria, y que si no llegamos llegará Dios.

Hablemos con arrojo y celo, y que el eco lo repita desde España a las Españas: ¡Hispanos!, pueblos que fueron y son porque no dejaron de ser y están renovados, ayudadnos a recuperar a la Madre-Patria.

Hablemos en verdad y franqueza hasta enronquecer, que se abran todos los códices y manuscritos para llenarse de la Historia, testigo fiel de nuestro vivir, de lo que fue, lo que es y de nuestro caminar.

Hablemos sin complejos y valientemente del ser de España, de nuestro ser, del ser del pueblo, de la provincia, de la comarca, de la región, para que sean y puedan asumir su personalidad verdadera sin aberraciones, sin terrorismo, sin perjuros, sin ineficaces, sin ambiciosos, sin progresistas, sin canallas enmascarados y sin el mal.

Hablemos con la voz de la justicia o mejor gritemos con voz sincera la mentira de la justicia de los Derechos Humanos, que hablan de amor y destrozan el rincón más sagrado del niño; que hablan de amor y matan a hombre convirtiéndole en bestia sin dignidad, ni honor, ni virtud, que hablan de amor a la familia y mira como la defienden atacando sus puntos vitales, dando luz blanca al concubinato, al adulterio, al amancebamiento y a, lo que aún es más

grave, a la suplantación del matrimonio por el orgulloso consorcio antinatural de maricones o de tortilleras. Y ¡eso es el progreso! Si es el progreso hacia lo inhumano, es la regresión a la negación del ser verdadero del hombre.

Hablemos sin perjuicios de perjuros y renegados, de inútiles e ineficaces, de ambiciosos y ansiosos, de canallas enmascarados, descubrámosles su mal y su enfermiza mente.

Hablemos claro y sin pestañear a los que se manifiestan y autodefinen como ciudadanos del mundo, es decir, al odio y al rencor que hoy late en sus mezquinos corazones, tan insignificantes como soberbios; hablemos sin tapujos a los apátridas mercenarios que por una miserable propina: treinta monedas de plata y una poltrona, se venden a los poderes ocultos en las tinieblas, para destruir al ser de la Patria, al tiempo que se destruyen a sí mismos. ¡Abandonad el carro de la utopía! Vibrad al oír un "¡viva España!" y no os avergoncéis de ser españoles, sino de lo que sois. Porque, si no tenéis capacidad para salir de la ceguera y de las perversas maniobras en que estáis inmersos, un día, estad seguros de ello, tendréis que rendir cuentas a la Historia aquí y allí, queráis o no queráis, a Dios.

Hablemos sin descanso y pregonemos la verdad hasta morir. No nos importe la muerte con tal de que viva España. Estad seguros que donde no lleguemos con la voz, llegará Dios con su amor y su misericordia. Mientras tanto, hablemos con valentía y sin pelos en la lengua, convencidos de que nuestros labios están hechos con el nombre de España.

Mirémosla de frente y digámosla todas las verdades que sabemos para que el corazón de la Patria hispana no deje de latir.

Y no callemos nada hasta que caigamos exhaustos hasta que renazca España y, entonces recibiremos el premio a nuestra fe que Dios siempre premia.

Estrechad mi mano, ya somos muchos en el quehacer verdadero de la Patria. ¿Por dónde empezamos?

L

UNIDAD CATOLICA

La Unidad Católica es una situación de derecho público en que coinciden la Confesionalidad Católica del Estado y una interpretación restrictiva de la libertad de cultos. Siendo la Unidad Católica el todo, y sus partes la Confesionalidad y la restricción de la libertad religiosa.

El objeto de la Unidad Católica es el estudio de la unidad de fe en su doble proyección dogmática y moral, como eje central de la vida católica, en tanto que como sujeto el estudio habría que hacerse sobre la Nación que practica la fe católica como unidad política integrada por el Estado y el pueblo que la profesa, y bajo una perspectiva pragmática sin excluir el aspecto doctrinal en una exposición preferentemente de las conexiones existentes entre la Unidad Católica de la Fe y la unidad política de la nación.

Dentro de esta última configuración pragmática resalta por su importancia la Encíclica "*Quas Primas*", de Pío XI, en la que el Papa instituye la fiesta litúrgica de Cristo Rey como réplica católica contra el laicismo oficial del Estado, ese laicismo de tipo ecumenista posconciliar, neutral y aséptico, con el cual la Iglesia progresista se viene mostrando tan tolerante, indulgente, comprensiva y acogedora, es desenmascarado y calificado por Pío XI como "*la peste de nuestro tiempo".*

Y efectivamente, fiel a la divisa de su pontificado **"***La paz de Cristo en el reino de Cristo***",** Pío XI promueve en dicha Encíclica el Reino de Cristo, a cuyo efecto dedica la primera parte probando su realeza través del testimonio tanto de Antiguo Testamento en Daniel, Salmos del Rey David, Isaías, Zacarías como del Nuevo Testamento en las palabras del Arcángel San Gabriel a la Virgen, en San Juan y sobre todo en la afirmación categórica de su realeza dicha por el mismo Cristo ante Pilato, cuando éste le pregunta si efectivamente es Rey. En la segunda parte, Pío XI reseña primeramente el carácter de la realeza de Cristo a través de su triple potestad legislativa, ejecutiva y judicial, según consta por el testimonio de San Juan, de San Pablo y del Concilio Tridentino, y en segundo lugar el objeto de dicha realeza, que es tanto el reino

espiritual e interno sobre las almas, que exige santidad y perfección, como el reino temporal y externo sobre los Estados, que exige una legislación, una administración y una justicia inspiradas en la Ley de Divina. Siendo el silencio de este segundo apartado el que marca la diferencia y delata a los clérigos progresistas, quienes siempre, y si preciso fuere, llegado el caso, ocultan que Cristo es también, y además, Rey de la Sociedad, de las Naciones y de los Estados. Por este escamoteo, gran parte del clero, falsea y disimula que la fiesta de Cristo Rey es una fiesta dirigida hacia la política, ya que es principalmente la fiesta de la Unidad Católica, o sea, de la Confesionalidad del Estado más una interpretación restrictiva de la libertad de cultos. Toman la parte por el todo, escindiendo de las otras partes de ese todo; decir una verdad a medias, que la peor de las mentiras.

Esta misma Encíclica, expresamente fabricada contra el laicismo, como puede apreciarse por su mismo contenido, tiene el aroma y la grandeza de lo absoluto, careciendo de excepciones, no conoce fronteras ni limitaciones, e incluso su mismo estilo, dentro de la mesura propia de los documentos pontificios, se halla dosificado por un sano radicalismo propio de las afirmaciones categóricas que exigía el poder absoluto de Cristo Rey en su doble naturaleza divina y humana. En estos tiempos de enfriamiento en la Fe, de relativismos, de contemporizaciones doctrinales, con los llamados "hermanos separados", los judíos y los mahometanos, de desviaciones de la ortodoxia católica, de miedos, temores y respetos humanos, conforta el ánimo escuchar de boca del Papa Pío XI las afirmaciones categóricas y radicales de "*el deber de adorar públicamente a Jesucristo y de obedecer sus mandatos obliga no sólo a los particulares sino también a los Gobernantes y magistrados. Y que la regia potestad de Cristo exige que la sociedad entera ajuste a sus mandamientos divinos tanto el establecer las Leyes como al administrar justicia"*. De estas dos afirmaciones pontificias podemos deducir que la Unidad Católica, que desde estas páginas reivindicamos, exige la confesionalidad del Estado y la Confesionalidad de la sociedad española como miembros integrantes de una sola unidad política que es la Nación española.

Como vemos, por el ejemplo claro de esta doctrina, la Iglesia siempre ha sostenido que los Estados deben rendir culto público y colectivo a Dios y ajustar sus leyes a las del Creador, aunque si bien es verdad y por razones de prudencia política no lo ha exigido

siempre ni en todos los países con la misma intensidad, puesto que nunca la Iglesia ha querido forzar las cosas en naciones donde la Religión Católica es sensiblemente minoritaria; ha preferido ceder, entre dos posturas buenas, por la que menor mal conlleve.

La restricción de la libertad religiosa es y debe ser como el foso que protege a la muralla que rodea y defiende la Confesionalidad del Estado. Ya que, si el Bien y el Mal en su más alto nivel, que es el religioso, reciben el mismo trato legal, el Estado queda envuelto en una batahola social de teoría, todas iguales ante la ley, y no tiene más salida, en el mejor del caso, que la neutralidad de la apostasía.

Cabe preguntarse, en momento actual de los "mandileros" y ante la apostaría generalizada ¿sería o no posible la reivindicación del perímetro de libertad religiosa establecido en la primitiva redacción del Artículo VI del Fuero de los Españoles de 1945, que decía: "*La profesión práctica de la religión Católica, que es la del Estado Español, gozará de la protección oficial. Nadie será molestado por sus creencias religiosas ni el ejercicio privado de su culto. No se permitirán otras creencias externas a la Religión Católica*". Texto que fue aprobado y bendecido por las autoridades Eclesiásticas hasta que se obligó a modificarle, como más adelante veremos, en la Ley Orgánica para adaptarlo a la declaración de "libertad religiosa" del Vaticano II.

¿Cómo reconquistar la confesionalidad católica del Estado, cuando políticamente existe una Constitución poco menos que infranqueable, y religiosamente una libertad de cultos impuesta a marcha martillo en la más disparatada de las locuras? Antes de contestar a esta importantísima pregunta trascribiré la Instrucción de los Metropolitanos españoles de 28 de mayo de 1948 sobre la relación existente entre la Unidad Política y la Unidad Católica y que dice textualmente: "*Guardémonos los católicos españoles de criticar a nuestros hermanos que viven en minoría en algunos Estados y naciones porque se amparan bajo la bandera de la libertad; pero jamás nos lleve ello a conceder en tesis los mismos derechos al error y a la verdad; y guárdense los católicos de cualquier país, si quieren ser verdaderamente tales, si quieren ser fieles a las ordenanzas pontificias, de motejar a los católicos españoles o de cualquier otro país que tengan la gran fortuna de conservar la Unidad Católica, de intransigentes y retrógrados por defender dicha Unidad Católica. ¡Es imposible tener fe en la Iglesia Católica, sin desear como ideal, para toda nación y para todo*

Estado el de la Unidad Católica!". Grandes y claras enseñanzas consecuentes con el sentir tradicional de la Iglesia confirmadas y expresadas contundentemente por Juan XXIII, cuando refiriéndose a la Unidad Católica como el máximo bien nacional nos dijo a los españoles en radiomensaje al V Congreso Eucarístico Nacional de Zaragoza: "Somos *testigos de las grandes virtudes que adornan al pueblo español. Que el Señor os conserve la Unidad en la Fe Católica y haga a vuestra Patria cada vez más próspera, más feliz, más fiel a su misión histórica".* Por ello hemos de tener como meta esta empresa espiritual sagrada, en la que la preservación de la Fe, en nuestra Patria es fundamental para nosotros y también para las patrias hermanas de Hispanoamérica, hoy gravemente amenazadas al igual que nosotros por el envite de esa revolución dentro de la Iglesia que nos pone en peligro de no ser, al romper el semillero donde se cuidaban sacerdotes, misioneros, religiosos y seglares, que habían de llevar esa Fe al otro lado de los mares, trasvasándola a las naciones hermanas, y así matar todos los pájaros de un solo disparo.

Hemos de comenzar poniendo los medios necesarios para que el ser de la Patria no se nihilice en el no ser. Vida o muerte es la disyuntiva de ser o no ser en la que se encuentra actualmente España, y lo más grave es que nuestra Patria ha entrado en una dinámica de destrucción y aniquilamiento, sin que muchos españoles se estén apercibiendo de ello, por lo que, en situación tan anómala en la que puede cambiar el curso de nuestras vidas, es urgente que aunemos esfuerzos para acceder a su salvación; y para ello, nada mejor que analizar los hechos y las causas que han motivado tan grave herida, repasando en nuestra reciente Historia los acontecimientos, que aún están vivos en nuestra memoria y que han ocasionado tan funesta perspectiva.

A tal fin, rememoremos la situación previa al período actual, en el último kilómetro del camino recorrido durante catorce siglos de Unidad Católica y que está sintetizado así: "*La Nación Española considera como timbre de honor el acatamiento a la Ley de Dios según la doctrina de la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana, única verdadera, y fe inseparable de la conciencia nacional, que inspirará su legislación*".

Este texto, de la Ley de Principios del Movimiento Nacional, de 17-1-1958, refrendada por la Ley Orgánica de 10-1-1967, fue aprobado y bendecido por las autoridades eclesiásticas en múltiples ocasiones, e incluso por los Obispos españoles, quienes a su regreso

del Concilio Vaticano II y sabedores de que El Jefe del Estado había sido advertido de que dicho texto debía ser adaptado a la declaración de "libertad religiosa", emitieron un documento que se publicó en la primera edición que hizo la BAC de los documentos del vaticano II y que excluyó en las siguientes (¿por qué?), intentando tranquilizar y apaciguar a los fieles, y que entre otras decía: "*La libertad religiosa no se opone ni a la confesionalidad del Estado ni a la unidad religiosa de una nación. Juan XXIII y Pablo VI, por no referirnos más que a los dos Papas del Concilio, nos han recordado a nosotros los españoles que la Unidad Católica es un tesoro que hemos de conservar con amor*, y además nos aseguraban que la Confesionalidad Católica del Estado, que no querían perder, no estaba amenazada por la libertad religiosa y que era compatible con ésta. Lamentablemente, los hechos no ratificaron su pronóstico, ya que las fuerzas, ostensibles y ocultas, enemigas y antagónicas de nuestra Patria, aliadas con una filantrópica y solidaria parte del clero progresista y perjuro (pues todos habían jurado el juramento antimodernista de San Pio X antes de ordenarse) se empeñaron en hacer cierta y vigente aquella la frase, que asombró a propios y extraños, de "*vamos a dar la vuelta al país como si fuese un calcetín, y no le va a conocer ni a madre que le parió*". Y con ese empeño y a instancias del Vaticano llegó exprofeso a España el Secretario de Estado, Cardenal Cassaroli, obligando a la desaparición del texto constitucional arriba epigrafiado; y de esta forma, tan inusual como incomprensible, impuesta paradójicamente por la Iglesia Oficial, la Unidad Católica, tan querida y tan servida por el pueblo español, erosionada a resueltas del Vaticano II dejo de ser, y consecuentemente la Confesionalidad Católica del Estado que la rodeaba y la defendía como una muralla, fue explosionada y derribada tras catorce siglos de consistencia y consolidación. Muralla que comenzó a construirse en el siglo VI cuando el Rey Recaredo colocó oficialmente la primera piedra en el Tercer Concilio de Toledo, y que fue construyéndose durante ocho siglos con grandes acaecimientos y dificultades, pero permaneciendo su esencia en la idea impulsora de restaurar la España cristiana visigoda, que se había hundido en la batalla de Guadalete. Y esa muralla se terminó de construir con la toma de Granada por los Reyes Católicos, albergando en su seno a la Patria española y cristiana, limpia de judíos no conversos, logrando así una plena y perfecta Unidad Católica que ha permaneciendo hasta que una

Constitución atea y una legislación anticristiana la mandaron oficialmente al "traste", a tal punto que, al recibir el Bien el mismo trato legal del Estado que el Mal, al ser aplicada por la libertad religiosa iguales ante la ley, no queda otra alternativa que la neutralidad de la apostasía galopante en que está inmersa nuestra Patria, y siendo la Religión católica la inspiradora de España y la que ha informado toda su vida y todo su ser, al perderse en el oscurantismo y en silencio de los que callan estando en la obligación de predicar el Evangelio, se está perdiendo el carácter y el espíritu nacional, que otrora era el alma del ser patrio, cuando la profesión práctica de la Religión Católica, era la del Estado y gozaba de la protección oficial, y donde nadie era, entonces, molestado por sus creencias religiosas ni por ejercitar en privado el ejercicio de su culto. Y donde no se permitían otras creencias externas a la Religión Católica.

Sin embargo, si retrocedemos en la Historia observamos que tanto en la Primera Republica como en la del 31, y a pesar de que en ambas el anticlericalismo era notorio, y que incluso bajo la Presidencia del católico Alcalá Zamora, que además era masón, se quemaran los Conventos y las Iglesias, se expulsase a los Jesuitas y al Cardenal Segura, Primado de España, todos siguieron bautizándose y la Unidad Católica prácticamente ni se rompió ni se deterioró como está ocurriendo tras el avasallador embate del laicismo actual y la adhesión al liberalismo y modernismo del clero español y el impenetrable misterio de que los Cardenales Tarancón y Bueno Monreal, a partir de los años 60, subvencionaran pisos y otras prebendas a los socialistas andaluces del "Clan de la tortilla", como se le apodaba al engendrado en los Campamentos Juveniles de Frente de Juventudes y dirigido espiritualmente por el Perito Industrial y vendedor de libros Alfonso Guerra, y en el militaban Felipe González, Luis y Javier Solana, Rafael Escuredo, Manuel Cháves y Luis Yáñez entre otros, así como que la mayoría del episcopado "progre" y algún que otro Cardenal, como Jubany y los anteriores Cardenales Mecenas patrocinaran de forma secreta, oculta y reservada la presente Constitución laica y atea del 78, que es la más peligrosa y dañina de cuantas se han promulgado en España.

Y ¿a qué es debida tan cruda realidad? Al hecho de que ha sido la Unidad Católica el único aglutinante de nuestros particularismos, nuestras rebeldías y nativas diferencias; porque España debe exclusivamente su unidad política al Cristianismo; ya que los

principios que labraron la grandeza de nuestra Patria y que informaron su genio civilizador sobre los demás pueblos a lo largo de la Historia fueron la espiritualidad, la cultura y el orden católico; porque siendo el Catolicismo el elemento intrínseco y esencial en la constitución real y legal de la sociedad española, y al mismo tiempo el eje sobre el que debe girar nuestra legislación y toda nuestra vida social, se concluye que la Unidad Católica es el primer principio, la columna vertebral y la primera ley fundamental de la sociedad española, es nuestra constitución secular, raíz, base, norma y guía de toda autoridad y de todo derecho, y código supremo de toda acción y de toda doctrina; porque es símbolo de nuestras glorias, espíritu de nuestras leyes y bendito lazo de unión de todos los españoles; porque la Unidad Católica implica no sólo conformidad con los dogmas teológicos y normas morales de la Iglesia, sino que asume socialmente la cosmovisión católica que afectaba a la política, y cuyos principios se contienen en el Derecho Público Cristiano y en la Doctrina Social de la Iglesia, y que habiendo sido el primer paso firme para que la restricción de la libertad religiosa en tradición española preconciliar, se desquebrajó dando paso a la actual situación de aconfesionalidad radicalizada por un laicismo sin límites, que asfixia al Catolicismo y por ende al ser de la Patria.

Y es que siempre que España se apartó de su misión cristiana, de su política católica, perdió su carácter patrio, iniciando y acentuando su decadencia, hasta rayar en los linderos de su acabamiento y disolución nacional, como recientemente estamos viviendo, que con la pérdida de la Unidad Católica, con la siembra de ideales contradictorios y con la reaparición de separatismos regionales, enfrentamientos intestinos y retorno al individualismo celtibérico, que terminará, si Dios no lo remedia, con una directa o indirecta dominación de los poderes del mal se perderá en breve plazo la unidad nacional. Cuando ese momento llegue, la Patria morirá y la Nación sucumbirá. Y es que cuando se rompe la unidad en el presente se rompe también en el porvenir, porque si en presente la libertad religiosa equipara la diversidad y división de creencias, se produce la de sentimientos y la de prácticas morales y normas jurídicas. Y a su vez la separación de principios lleva consigo la separación de instituciones. Así, después de la caída de la Nación, se rompe el poder material del Estado que vive por algún tiempo en la fuerza y concluye por desmoronarse en la anarquía. No hay unidad en lo porvenir, porque no puede haber comunidad de esperanzas,

donde no la hay de principios, ni de recuerdos puesto que únicamente en la reconquista y restauración integra de estos valores cristianos radica la esperanza de que, merced a esa Unidad Católica de todos los españoles, España vuelva a ser una gran nación con carácter genuino, unidad propia y universalidad fecunda, y en donde el Estado deba afirmar reciamente y sin titubeos su confesionalidad católica.

Sin la unidad moral en ninguna parte y con la discordia en todas, Nación y Patria se extinguen. Sólo quedará el nombre aplicado a un pedazo variable del mapa, puesto que hoy nos están desgarrando la Patria, y si no es la primera vez que así quieren que ocurra, si que es la primera vez que el pueblo se muestra impasible e incluso escondido en un silencio autocomplaciente ante esta desmembración de España, por lo que con nuestra acción sociopolítica hemos de cambiar el panorama actual, siendo necesario que nuestra unidad de creencias y autoridad inmutable que la custodie, pues solo así se constituye nación, encienda nuestro patriotismo, independizándole del lenguaje de los medios de comunicación, para que con nuestras propias obras demos cumplimiento a la Ley Natural y al cuarto mandamiento de la Ley de Dios y reflejemos en ellas el ser de nuestra Patria, que no puede dejar de vivir, de sentir y de amar.

Claro que, aparte de estas indestructibles razones históricas, existe la primaria misión debida al Estado a la Ley Moral superior que establece y asegura las normas fundamentales de lo bueno y de lo malo, de lo justo y de injusto, sin las cuales no cabe gobernar. Ley Moral que no pude ser otra que la que se encierra dentro la verdad religiosa, revelada y mantenida viva e inalterable en el seno de la Iglesia Católica.

¡Que contrasentido el que la propia Iglesia por conseguir libertad religiosa en países de minoría católica, como en el mundo árabe donde se mendiga esa libertad, obligase a abrir las puertas a esa invasión masiva de errores en las naciones donde la Unidad Católica estaba sellada en unos concordatos acordes a la Ley de Dios!

¿No era primordial el deber de la Iglesia en un país absolutamente católico, como gracias a Dios era España, hacer todo lo posible por conservar su Unidad Católica? ¿No es un contrasentido que la actuación Pablo VI en nuestra Patria a raíz del Vaticano II impusiese al Estado español la obligación de la libertad religiosa, cuando bien sabía la el sentido tradicional de la Iglesia expresado por León XIII en la Encíclica Immortale Dei? : "*Todos los hombres hemos nacido*

y hemos sido criados para alcanzar un fin último y supremo, al que debemos referir todos nuestros propósitos, y que está colocado en el Cielo, más allá de la frágil brevedad de esta vida. Si pues de este sumo bien depende la felicidad perfecta y total de los hombres la consecuencia es clara: la consecución de este bien importa tanto a cada uno de los ciudadanos que no hay, ni puede haber otro asunto más importante. Por tanto, es necesario que el Estado, establecido para el bien de todos, al asegurar la prosperidad pública, proceda de tal forma, que lejos de crear obstáculos, dé toda clase de facilidades posibles a los ciudadanos para el logro de aquel bien sumo e inmutable, que naturalmente desean». Y dado que el obstáculo de la libertad religiosa equiparando el error de las confesiones no católicas postulando para sí en España, y actuando fuera de sus reducidos medios confesionales, ataca directamente a la Verdad y al bien inmenso que de la pacífica posesión de la única senda de salvación goza la casi totalidad de la población española, produce un mal tan grave, que cualquier prudente labor de gobierno debería por todos los medios impedir que se produzca, y con mayor motivo la Iglesia Católica.

Ahora bien, si como apreciamos en la "Declaración Dignitatis Humanae" "*deja integra la doctrina tradicional católica"* acerca del deber de los hombres y de las sociedades para con la verdadera religión y la única Iglesia de Cristo, y remite a las Encíclicas "*Inmortale Dei"* y "*Libertas"* de León XIII; la "*Vehementer Nos*" de San Pío X, a a la "*Quas Primas*" y "*Ubi arcano*" de Pio XI. ¿Cómo y quién ha cambiado la doctrina tradicional de la Iglesia?, porque los hechos contra la confesionalidad del Estado están presentes en nuestra Patria, bien al confundir un principio jurídico interior del Estado con las posibles vinculaciones jurídicas entre el Estado y la Iglesia, bien al confundir la libertad religiosa con un concepto agnóstico e indiscriminadamente permisivo de la libertad civil. En cualquiera de los casos existe no una suposición errónea del cambio sustancial de la doctrina tradicional de la Iglesia aplicada contra esa Tradición y contra la las Sagradas Escrituras, pues no en vano leemos en Mt 28, 19-20: "*Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a conservar todo cuanto os he mandado"*, es decir, las enseñanzas completadas en los Libros sagrados que hoy forman el Nuevo Testamento y cerradas con el Amén, última palabra, del Apocalipsis. Erraría , pues, quien

supusiese que la Jerarquía estuviera llamada a crear o enseñar verdades nuevas, que no hubiese recibido de los Apóstoles, sea por la tradición escrita en la Biblia, sea por la tradición oral de los mismos apóstoles; tradición que subraya San Pablo en I Timoteo cuando en el capítulo 6, 20 le dice: "*Cuida el depósito, evitando las palabrerías profanas y las objeciones de la seudociencia*", mostrándonos fielmente que el cuido del depósito es el concepto verdadero de la Tradición y que hemos de conservar fielmente lo mismo que se nos entregó en un principio, y que lo que importa no es el tiempo más o menos largo que tiene una creencia o una buena costumbre, sino que ella sea la misma que se recibió del Salvador, sin ello no habría Tradición sino ruina y apego a esas "*tradiciones de hombres*" que tanto despreciaba Jesús a los fariseos. De ahí el empeño del Apóstol porque se conserve lo mismo que se ha recibido, sin abandonarlo jamás, y mucho menos por adaptarlo a los tiempos modernos, aunque un ángel del cielo nos dijese algo distinto. Se entiende así, cómo la Jerarquía eclesiástica no es, ni puede ser, unas nueve fuentes de verdades reveladas, sino una predicadora de las antiguas, sin quitar ni poner otras y guardando fielmente el depósito de la fe si disminuir ni aumentar nada, para que los cristianos conozcamos en sus fuentes primarias ese depósito de Revelación divina. La suspensión de la reivindicación de ese principio, por quien o quienes traicionan esta doctrina tradicional son consecuentemente los responsables de la situación actual, o sea, son los garantes comprometidos de haber aceptado el hecho del pluralismo religioso. Claro está, que ello, y nos referimos a los causantes permisores de este daño, es una hipótesis de trabajo, que nos está llevando a la presente situación defectuosa y de la que hemos de salir cuanto antes, para exigir, de una vez por todas, que el Estado se ajuste a los mandamientos divinos y a los principios cristianos en la labor legislativa, en la Administración de justicia y, finalmente, en la formación de las almas juveniles en la doctrina de siempre y en la rectitud de costumbres.

Afirmar que las circunstancias actuales de la Iglesia y del mundo exigen un cambio legal en la materia que nos ocupa, es completamente personal. Y no vamos a cejar en oponernos con la mayor intransigencia al avance del laicismo, viendo la tendencia de sus piezas que, con el disimulo y ocultamiento que le caracteriza, las mueven poco a poco, amparándose entre constantes invocaciones al mal menor, avanza inexorablemente hacia posiciones límite; y

sabiendo del enramado practicado por él para con las masas, entregándolas a la diversión y a la ociosidad a cambio del fácil manejo, antes de que la Iglesia visible y oficial empiece a endurecer sus posiciones, nosotros, los seglares, debemos estar atrincherados, porque nuestra concepción de las cosas y el estilo que nace de la distinción entre una suma de pequeños logros apostólicos sectoriales, y su conjunto, que llamamos Confesionalidad Católica del Estado, es mucho más que la mera suma.

A fin de aclarar ideas y posiciones, recordaré la diferencia existente entre mezcla y combinación química. La mezcla, es la aspiración del liberalismo católico y de la democracia cristiana. En tanto que nosotros, por nuestro talante y visión anticipada a los librepensadores, enemigos perennes de la Cristo y de su Iglesia, estamos siempre en la órbita activa de un conglomerado que aglutina a los sumandos iniciales para formar algo distinto, como es una combinación química.

En nuestra andadura diaria hemos aprendido que la verdad eterna e inconmovible crea antipatías y el cabestraje, amigos. Y a pesar de ello, no nos desviarán de la verdad por seguir el parecer de la mayoría, porque duela a quien duela, pese a quien pese, y caiga quien caiga, llamaremos al pan siempre pan, y nuestros testimonios, nuestros ejemplos diarios de vida y nuestros escritos, sin medias tintas, tendrán siempre, siempre, siempre como meta esa Unidad Católica que todos hemos de reconquistar y conservar para nuestra Patria.

Dado que la conjura judeo-masónica, tan extensa como profunda, es la que está detrás de ese laicismo galopante que maneja los hilos del "pelele masa español", y la que progresa, cada vez más rápidamente, en la descristianización de nuestra Patria, y dado que los operarios son pocos para esta lucha contra el gigantesco Poder Supremo sin rostro, creo que es necesario un voluntariado de católicos, y estoy seguro los hay, para ayudar a Reconquistar la Unidad Católica de España que es la coincidencia de la Confesionalidad Católica del Estado con una interpretación restrictiva de la libertad religiosa.

Y es que, en España, atentar a la Unidad Católica, es atacar a lo más profundo de la esencia nacional y esa es la explicación de lo virulento de los embates que padecemos, porque el Poder Supremo sin rostro sabe que la Unidad Católica es el lazo que ata a la nuestra unidad territorial. Y así es expresado por Menéndez y Pelayo en el

Epílogo a "Historia de los Heterodoxos Españoles": "*esta unidad se la dio a España el Cristianismo. La Iglesia nos creó y educó a sus pechos, con sus mártires y confesores, con sus Padres, con el régimen admirable de sus Concilios. Por ella fuimos nación y gran nación, en vez de muchedumbre de gentes colecticias, nacidas para presa de la tenaz porfía de cualquier codicioso, y que el día en que acabe de perderse esa unidad, España volverá al cantonalismo de los arévacos o de los vectones o de los reyes de taifa".*

En el mismo sentido se expresar también el Obispo de Vich, Torras y Bages, en su carta pastoral "Dios y el César": *«Es, por consiguiente, el Catolicismo un elemento intrínseco y esencial en la constitución real y legal de la sociedad española; es el eje sobre el que gira nuestra legislación y toda nuestra vida social»*.

Por su parte, Monseñor Vizcarra, Obispo de Ereso, dejó dicho: *«En España la pérdida de la unidad religiosa es a breve plazo la pérdida de la unidad nacional, con la siembra de ideales contradictorios, con la reaparición de separatismos regionales, guerras intestinas y retorno al individualismo celtibérico, que terminaría con una directa o indirecta dominación extranjera»*.

Y Vázquez de Mella viene a formular el mismo pensamiento*: «No hay amor como el amor religioso, ni odio como el odio a la Religión. En la familia quedan frente a frente, separados por un abismo dos almas cuyas conciencias riñen. Desgarra el Municipio en bandos rivales, y región y nacionalidad se parten en sectas, escuelas y partidos que pelean entre sí y sólo se unen para atacar al pueblo fiel, a su doctrina religiosa. Es una guerra civil no momentánea, sino sistemática y permanente, erigida en ley, cuando la libertad de profesar todas las creencias y sobre todo de atacar las religiones se formula como un derecho.*

Cuando ese momento llega la Patria muere y la Nación sucumbe. No hay unidad ni en el presente, ni en lo pasado, ni en lo por venir. En lo presente la división de creencias produce la de sentimientos y la de prácticas morales y normas jurídicas. La separación de principios lleva consigo la separación de instituciones. Así, después de la caída de la Nación, se rompe el poder material del Estado que vive por algún tiempo en la fuerza y concluye por desmoronarse en la anarquía. No hay unidad en el pasado porque la historia general y particular de cada región con ella concorde es amada por unos y maldita por otros. No hay unidad en lo porvenir, porque no puede

haber comunidad de esperanzas, donde no la hay de principios, ni de recuerdos."

Y más recientemente el inolvidable Rafael Gambra Ciudad nos resume así su pensamiento: *"La unidad católica es la base de la unidad nacional constituye su mejor patrimonio espiritual y es inatacable. No puede producir recelos a nadie esta defensa de la unidad católica de la nación española, y mucho menos en estos tiempos en que todos los estados, aun aquellos que más pregonan la libertad y la democracia, hasta imponerlas por la fuerza a los demás, no toleran la más mínima fisura en su constitución interna (obra al fin y al cabo de los hombres, por muy sabia que subjetivamente la consideren) y obligan hasta con juramento al compromiso de no quebrantarla, incluso a quienes accidentalmente pisan su suelo. ¿Podrá presentarse seriamente pues que los católicos españoles no defendamos con igual celo nuestra santa Fe?"*

Ante esta perspectiva no queda otra solución que los católicos españoles, concienciados de que la Confesionalidad Católica del Estado es tan vital para la subsistencia de España como necesaria nuestra actuación, ya que está en juego el ser o no ser de nuestra Patria. Y por este motivo tan justo como necesario pido desde estas páginas como católico español a los señores Cardenales, Arzobispos y Obispos españoles, a todos los hombres públicos, a todos los sacerdotes y seglares españoles que se sienten hijos de la Iglesia y quieren realizar en sí lo que el Juan Pablo II pidió repetidamente para España: "*sé fiel a ti misma"*. Que hermanados en la fe dejemos constancia ante nuestros contemporáneos y ante las generaciones venideras que agradecemos a Dios Nuestro Señor el don de la Unidad Católica, que es consustancial con el ser de España, y que este ideal de la Unidad Católica es el mayor bien que podemos desear para nuestra Patria.

Y afirmamos que es justo, sin ninguna actitud utópica, porque en virtud de nuestra identidad de españoles, y en conformidad con la doctrina permanente del Magisterio de la Iglesia, hasta Benedicto XVI, y con el derecho público de la Iglesia y con toda la Teología de la Realeza de Nuestro Señor Jesucristo sobre la sociedad humana, es justo repito, que debe enseñarse y defenderse por los católicos españoles la necesidad de recuperar la Unidad Católica perdida y la configuración de un Estado Católico.

Y también es necesario porque, de no ser así, España en el transcurso de pocas generaciones dejará de ser católica y consiguientemente dejará de ser España. Porque las Españas, es decir, todos los pueblos hispanos, son un legado de Fe y Tradición católica que es lo que nos constituye como nación, llamada por Dios para evangelizar, para defender la Santa Iglesia y para ayudar a que todos los pueblos se reúnan, no en mercados comunes de intereses capitalistas, sino en un solo Rebaño, bajo un solo Pastor, en una Cristiandad.

Procuremos, pues, llevar una vida espiritual avanzada y seamos consecuentes en nuestra vida religiosa personal y en de nuestros trabajos apostólicos, y después de analizar la situación política nacional al estimar que no han variado los supuestos sociológicos y políticos que aconsejan reconquistar nuestra Unidad Católica, ni se ha perdido ninguna posibilidad de defenderla, constituyamos una unidad de combate muy firme y permanente para defender a nuestra Patria de su descristianización

Y para conseguirlo pedimos filialmente a nuestros Prelados que ejerciten por entero su sagrada autoridad sin mediatizaciones de ninguna clase, para que resplandezca en toda su pureza la doctrina cristiana. Que sea más manifiesta su independencia del actual Régimen político, que se declara laico, aparecen ante los ojos de nuestra masa católica como enfeudados a él, hasta el extremo de semejar algunos Prelados, en sus diócesis como defensores del presente sistema político-social, pese a su raíz anticristiana; también otros Prelados, en las regiones donde se desarrollan movimientos políticos separatistas, producen la impresión de ser "obispos para el separatismo nacionalista", en lugar de Pastores de la Santa Iglesia, que cuidan de todo el pueblo por encima de las banderías humanas. Y que al sector progresista que se arroga la representación de la Iglesia se le dé un buen tirón de orejas, para que no se acelere aún más el proceso de descristianización, puesto que apareciendo la potestad espiritual subordinada a las corrientes políticas del momento, que en último término están al servicio de los enemigos de la Religión como consecuencia de sus falsos principios y como abundantemente nos los enseña la Historia, aprendan que la Iglesia no se gobierna por rumores ni por oficiosidades, sino por documentos solemnes e inequívocos de nuestra tradición, de los que ninguno de ellos hemos encontrado lesivo en las vías normales del Magisterio ordinario para nuestra Unidad Católica;

Pedimos encarecidamente, pues, a nuestros Prelados, con todo el afecto de nuestro corazón, que se conmuevan ante la necesidad espiritual de nuestros pueblos y ciudades hambrientos de Dios y sedientos de agua viva, que levanten sus voces en defensa de la moral pública, hoy en gravísima crisis, que urjan medidas de saneamiento a quienes incumbe velar por una moralidad, atropellada hoy por fines inconfesables y que parece olvidada por quienes tienen la misión divina de predicarla. Les pedimos también que se prediquen Misiones, Ejercicios, Cursillos, que se potencie la enseñanza católica en centros privados y públicos, en la radio, en la TV, con una predicación catequética y misionera, para, por todos los medios posibles, reevangelizar a nuestro pueblo.

A todos nuestros compatriotas les recordamos lo que han dicho los romanos Pontífices sobre los que están entregados a las consignas de los enemigos de la Iglesia. Y por tanto exceso, pedimos también a la Jerarquía que no tolere la continuidad impune de cuantos promulgan y sancionan leyes inicuas contra la Ley de Dios, ni la creciente infiltración masónica, liberal y marxista en la Iglesia de España, para que no se condicione en modo alguno el ministerio de los sacerdotes, y para que el pueblo cristiano deje de experimentar la sensación de orfandad y sin guía tutelar a la que tiene derecho por el hecho de ser católicos y la propia constitución de la Iglesia.

Aunque parezca ficción, el daño espiritual que sufrimos los católicos seglares es incalculable y el no señalar claramente quién es y quién no es católico, en la exposición doctrinal diaria, entre sacerdotes, profesores de teología, directores de movimientos o asociaciones religiosas producen también un perjuicio espiritual muy amargo.

En esta hora difícil, de traiciones a la Fe y de apostasía nos dirigimos finalmente a todos los católicos de nuestra Patria, con la memoria puesta en nuestros mártires y santos, desde la predicación apostólica en nuestra tierra, hasta los de la última persecución religiosa y en las almas santas, que se inmolan en el secreto de su corazón, por una España Católica, para que nos unamos todos en la lucha espiritual de reconquistar España para Jesucristo.

Con la gran esperanza y oportunidad de que se puede trabajar para alcanzar tan preciada meta, y dado que la Confesionalidad del Estado tiene una importante interacción con la confesionalidad de la sociedad, hemos de procurar intencionada y conscientemente en manifestaciones religiosas públicas a cargo de nosotros mismos; por

ejemplo, la instalación de imágenes y monumentos religiosos a cualquier nivel, desde colocar las famosas placas de imágenes del Corazón de Jesús en las puertas de las casas, hasta imágenes religiosas en las cumbres de las montañas; bendecir la mesa, no sólo en casa, sino en público, en banquetes, al tiempo que hemos de insistir en hacer guardar el descanso dominical a nuestros empleados y por supuesto nosotros mismos, y sobre todo tenemos que procurar conservar lo que aún queda de religioso en el Estado ateo, como la presencia de monjas y signos religiosos en los hospitales. Y después, restaurar esas manifestaciones externas en donde fueron suprimidas, como volver a instalar crucifijos en las escuelas de donde se quitaron, sufragar gastos para colocar monumentos públicos como el colocado de la Santísima Virgen en el Parque del Oeste de Madrid, insistir en que las funerarias vuelvan a colocar las cruces en los féretros, en que permanezcan abiertas las iglesias durante todo el día, en que se vuelva a identificar al clero por el orgullo de serlo, en procurar que nuestras procesiones vuelvan a ser reflejo de la Realeza de Cristo, etc. Recoger los principios cristianos y bajo la propia responsabilidad y riesgo, aplicarlos al terreno mudable y contingente de la acción temporal; no tienen por qué implicar, ni comprometer a la Iglesia en las coyunturas de la política, que son atribución específica y libre de los católicos en cuanto ciudadanos

La confesionalidad del Estado, principio y fin del ser e la Patria, significa que la única religión reconocida y oficial es la católica, que en las leyes y en toda clase de disposición debe acoger los mandamientos de la Ley de Dios y de la Santa Madre Iglesia, que por tanto en los Colegios, Institutos y Universidades no se pueden impartirse otras enseñanzas religiosas que no sean católicas. Bien entendido que ello, no quiere decir que se oprima la conciencia de nadie, pues es libre de cada cual de practicar privadamente cualquier otra confesión religiosa con tal que no propague sus doctrinas y credos ni pretenda un lugar en la vida docente del pueblo español.

Que en ese sentido se promuevan oraciones, sacrificios, súplicas personales y colectivas al Señor, que se multipliquen los esfuerzos para formar sólidamente en la doctrina católica a hombres y mujeres con la ilusión de una España católica, y que así surjan católicos intrépidos al estilo de los grandes hombres y mujeres de nuestra Historia, como Pelayo, San Fernando, Isabel la Católica…

Que todos unidos supliquemos al Señor, que por su infinita misericordia perdone los pecados de España y por el heroísmo de

sus mártires, cruzados, misioneros y santos, nos bendiga de nuevo con el mayor don que puede tener el pueblo: santos y prudentes gobernantes y políticos que sirvan a la Iglesia en España y no se sirvan de Ella para sus propios intereses.

Que nos bendiga con políticos santos que despierten el alma de la España católica, adormecida por los democratísimos capitalistas, liberales, marxistas o pseudo-religiosos. Que se nos concedan prudentes políticos que anulen las actuales leyes de abominación que provocan el infanticidio; que castiguen ejemplarmente los crímenes terroristas, la corrupción, la traición y el perjurio; que acometan la reconstrucción del ser natural de las Españas, sin extranjerismos, con la plenitud autárquica de sus reinos, principados, señoríos, comarcas, lejos de todo centralismo ilustrado y de todo separatismo disgregador, que defiendan la Ley de Dios como ley suprema de España, en la confesionalidad del Estado.

Y entre rezo diario y lucha espiritual sin tregua, un ruego y un consejo: el ruego de que se adhieran, con toda sinceridad a esta noble causa, poniéndose valientemente en la vanguardia siendo miembros activos y testigos cotidianos de ejemplaridad y piezas fundamentales para orar en comunión, y así ser, por añadidura, sean cooperadores directos a la Universal Realeza de Cristo.

Y el consejo que os ofrezco es que no os fieis de los pusilánimes que se ríen diciendo que los que así actuamos, con ese espíritu de resistencia, no tenemos nada que hacer, porque solo perseguimos una utopía. Sepan, los que así nos enjuician, que la única utopía existente actualmente, que se cae sola, es la ridícula afirmación liberal-humanista de los que pretenden, aquí y ahora, construir un paraíso sin Dios, porque la experiencia y hechos diarios nos muestran que cuando se rechaza, se disminuye o se ponen cortapisas a la Realeza Universal de Jesucristo, es cuando los hombres, esclavos de su mala elección, se hacen más inhumanos, y su afán de crear el cielo en la tierra se convierte inevitablemente en un infierno.

Y así, os insto una y otra vez más, a que, vosotros y yo, levantemos nuestros espíritus a todos los vientos con el ejemplo de nuestra vida cristiana y con un grito de alerta común, proclamemos este programa de Unidad Católica al servicio de la Iglesia y de la Patria, llamando a todos los españoles a defender, hoy más que nunca y con redoblado ímpetu, que deseamos la implantación del Reinado Social de Nuestro Señor Jesucristo, no solo espiritual en el cielo sino total en la tierra, y que a tal fin el Estado ha de reconocer

que la Unidad Católica, patrimonio espiritual inatacable, es la base de la unidad nacional y que la Religión Católica, única verdadera, es la oficial de España, y que por ello debe proteger y ayudar a la Iglesia, dentro de la esfera de su respectiva competencia y permitir el culto privado y enseñas religiosas, sin proselitismo a las confesiones no católicas en España.

Conquistada la Unidad Católica de España habremos recobrado el ser de la Patria

.

LI

ORACIÓN POR ESPAÑA

Los españoles de hoy, como los de ayer, no vemos el Poder sin rostro del mundo multinacional, pero yo os aseguro que tiene cabeza -para la gran mayoría desconocida- oculta en las tinieblas con su cuerpo y con dos brazos visibles, el izquierdo o democracia popular, formado por el Socialismo internacional y el Comunismo ateo que son los que facilitan, con la destrucción económica y moral del ser de nuestra Patria, la oportunidad de recoger con su brazo derecho o democracia capitalista, nuestra bolsa, nuestras empresas y nuestras propiedades y así, haciéndose cargo de todo, facilitar la destrucción de los últimos rescoldos de nuestra Civilización Cristiana, que son luz y vida del ser de la Patria. Una vez apagados éstos se llevarán la plusvalía y dejarán a España descapitalizada y con ella hundirán a los españoles y a nuestras familias en lo más profundo del abismo morboso del ateísmo. Desaparecerán los adjetivos escritos en sus brazos: popular y capitalista, quedando exclusivamente escrita la palabra democracia, único sistema con el que el Poder sin rostro, esclavizará a toda la humanidad, convirtiendo, en esa desolación predeterminada, a los hombres en masa, en máquinas sin capacidad de reacción por carecer de dignidad humana, solo raza de perros que comen los desperdicios de la mesa del gran dictador.

Ahora estamos en la antesala de un momento crucial, casi en los límites de la realidad, donde, tras destruir la Unidad Católica, se nos ha pintado todo de color, embotando nuestras mentes para que no levantemos cabeza, y poder así destruir también la Unidad Territorial, último eslabón que sujeta el ser de la Patria, para que una vez roto, lo que fue dejará de ser y España pasara a no ser. Y en ese preciso momento se nos impondrá la ley dura e intransigente de una Civilización Atea, que aún no hemos conocido y que es la razón por la que aquí y ahora debemos rezar al Buen Dios para que no la conozcamos jamás.

Dadme vuestras manos y uníos en mi oración. Es hora de salir de la trinchera, que ya no defiende a España: el mal está dentro, no es hora de guerra sino de oración, de llevar la verdad al corazón de

España para que no se rompa nunca, aunque ya el mal asome con crueldad, cruentamente.

Venid conmigo, orando, mirando al cielo y hagamos Patria, sin miedo y si os dicen que caí, quizás necesite España la sangre que redime.

Es llegado el momento de que los hijos pidamos por nuestra madre. España está herida de muerte. No soy pesimista sino realista y veo, como vosotros mismos veis, que son tiempos de ruina y de destrucción, y ante la situación política, social, religiosa y moral, que atraviesa nuestra Patria, creemos que necesita, más que nunca, de nuestras oraciones, para resolver los problemas e incertidumbres que la llenan y la colman.

Padre nuestro, te pedimos una España frondosa en españoles libres, donde su proyección sea sagrada y en donde no puedan florecer como mala hierba el libertinaje, la maldad, la doblez y la canalla.

Te rogamos, ¡oh, Jesús, Hijo de Dios!, que nuestra Patria sea fruto tuyo, y en donde se asiente tu reino, para que la justicia sea santa. Te solicitamos, Señor nuestro, que nos des luz verde, para que no temamos ni a la muerte ni a la vida, y que estemos siempre dispuestos a entregártela. Que los héroes y mártires, Señor, recostados en tu seno, no vean que su sangre derramada no sirvió de nada. Que el paso dado al frente, y del que nació la guerra fratricida no sea para volver al oprobio y la anarquía. Tú sabes bien que son los desterrados por falta de humildad los que te odian y los que, de forma solapada y paulatina, quieren destruir nuestra Patria. Por un lado el gran odiador, cuyo tronco es la masonería, que aliada con el Comunismo ateo, emplean el viejo sistema del engaño y la falsedad que instauró su padre, el Príncipe de la mentira, y por otro, como doble garfio de tenaza, el Socialismo internacional y el Liberalismo hablándonos de paz, y tratando de distraernos para emplear con más holgura la violencia, su medio usual dentro y fuera de nuestras fronteras. Y por ello te pedimos confiando en Ti en la oración que nos enseñaste: Líbranos del mal ¡Oh Dios Hijo! y Señor nuestro, mientras te alabamos y damos gracias. Tú que amas a todo hombre y guías todos los pueblos, acompaña los pasos de nuestra Patria, tan difíciles hoy, pero llenos de esperanza. Haz que veamos los signos de tu presencia y experimentemos la fuerza de tu amor que nunca disminuye. Señor Jesús. Hijo del Padre y Salvador del mundo, hecho hombre en el seno de la Virgen María, te confesamos nuestra fe y te

rogamos en esta hora incógnita que tu Evangelio sea nuestra luz y vigor para nuestras decisiones personales y sociales, al amparo de tu ley de amor conduzca nuestra comunidad civil con justicia, respeto y amor, a una reconciliación de paz, con unidad católica y de todas las regiones de España en grandeza y libertad.

Y Tú, Espíritu Santo, Amor del Padre y del Hijo, que amemos al Padre como le ama el Hijo y le entreguemos nuestra voluntad a cambio de la suya, para que Él nos ame con ese amor de Padre que todo puede y todo protege. Te invocamos con la confianza de que, siendo dador de gracia, nos concedas la fuerza y el tesón para Reconquistar la Unidad Católica de nuestra Patria y la Confesionalidad Católica del Estado, para que convertido nuestro corazón veamos, con ojos limpios y penetrantes, renovada nuestra sociedad con la Instauración del Reinado Social de Nuestro Señor Jesucristo.

Virgen María, Madre de Dios y Madre nuestra, Patrona de España y Reina de misericordia, mira a este pueblo tuyo, a esta tierra que denominamos "de María Santísima", ayúdanos, y ayuda a España, Tú que le has dado a esta nación tantas pruebas insignes de tu predilección, y quisiste venir en carne mortal sobre ese pilar, sostén de nuestra hispanidad y apoyo de nuestra fe donde apuntalas y sujetas nuestra Patria, ruega por ella a tu divino Hijo, la traiga a la cuna espiritual de su antiguo esplendor, ayúdala a recuperar, bajo la luminosa estrella de la fe y de la vida cristiana, su ser y felicidad de antaño, ayúdala a abrevar en las fuentes de donde extraía antes ese vigor sobrenatural, sin el cual los más generosos esfuerzos seguirán siendo estériles. Que se unan todas sus regiones y todos los pueblos, y se arraiguen en la justicia y en la paz, de modo, que, de la armonía entre la Patria de la tierra y la Patria del cielo, nazca la verdadera prosperidad de todos los españoles y de todos los pueblos hispanos de América y de Oceanía, y muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre, para que todos los pueblos y gentes de las Españas hagamos lo que Dios quiere de nosotros que siempre será lo mejor.

Y tú, Apóstol Santiago, fiel predicador del Evangelio en la Hispania romana, e insigne mata moros en la batalla de Clavijo y abanderado glorioso con el estandarte de la Cruz en la Victoria de Brunete, aquel 27 de Julio de 1937, Patrón de España y protector perenne del pueblo español, aboga por tu patrocinada Patria, para que el Señor, que nos ama más que nosotros mismos nos amamos, no la deje y nos deje de su mano confundidos al viento de la noche

oscura y con el suspiro ahogado en fantasía, sellados en la noche y definitivamente sin remedio. Intercede por España y por los españoles que aún después de sepultados en vida te pedimos, nos des un beso que rasgue el firmamento para mover el tiempo en retroceso, y nos haga nacer de nuevo a la verdad, al camino y a la vida.

EPILOGO

Recordad que antes del diluvio universal los hombres holgaban y dormían relajados, hasta que las aguas desbordadas los ahogó. Estad alerta y luchemos con toda la capacidad de nuestro ser de españoles para que…

Si ellos deshacen al hombre, sus ideas, sus conceptos, su armonía y su equilibrio ¡Nosotros le rehagamos!

Si ellos destruyen a la familia, sus miembros y amistades ¡Nosotros la reconstruiremos!

Si ellos derrumban la economía, las empresas y organizaciones ¡Nosotros las levantaremos!

Si ellos enferman a la Iglesia, ingresando Judas dentro de ella, que confunden a los que están dentro y a los que están fuera ¡Nosotros la sanearemos!

Si ellos demuelen la paz, el orden, la seguridad y la vida ¡Nosotros la restableceremos!

Si ellos no dejan piedra sobre piedra de nuestro solar patrio ¡Nosotros le reconstruiremos!

Si ellos anulan el ser de la Patria ¡Nosotros le rehabilitaremos!

Si ellos buscan nuestra derrota ¡Nosotros alcanzaremos nuevamente la victoria!

Y si ellos tratan de destruir a la Verdad ¡Nosotros la amaremos hasta instaurar su Reino!

Para vivir en Tí y para Ti, porque vivir sin Tí es el calvario más indigno y más horroroso que pensar pueda el ser humano. Porque contigo, Señor, todo los podemos.

Estamos esperando el día en que nuestra Patria, libre y convencida, diga, pausada y pacíficamente, sin rencor pero con santa ira, iros todos los enemigos de Dios y de España, y ellos, con la cabeza cabizbaja, tengan que irse sin banderas, sin fusiles ni metrallas, como vinieron, con su engaño de la reconciliación, porque no fueron dignos de España, y con ellos, salgan también de España, de una vez por todas, los julianes, los donopas y todos los mal nacidos traidores a su raza.

Mirando todo esto, desde aquí, escribiendo en mi despacho, parece una utopía, pero estoy seguro, porque creo en Dios, que mañana nuestra Patria, recuperado su ser, unida en la justicia de

Cristo, que es el equilibrio, que no entiende ni de ricos ni de pobres, sino solo de hijos, se pasara la mano por la frente pensando en esta mala pesadilla de la historia.

¡Que Dios nos bendiga para que logremos, con su ayuda, la Unidad católica de España y Reconquistar la Confesionalidad Católica del Estado para poder sanar, honrar, enaltecer, glorificar y ensalzar el ser de la Patria!

En Brunete, a 15 de Junio de 2007, Fiesta del Sagrado Corazón de Jesús.

INDICE

Prólogo……...9
A modo de introducción……14
Dedicatoria……17
I El ser……..19
II Hablar de la Patria……..24
III A propósito de la patria……..26
IV ¿Qué es la Patria?.....45
V El ser de la Patria……...48
VI Esencia y destino……...53
VII Existencia y realidad……59
VIII El estilo de la Patria……..63
IX El principio inmutable de la Patria……66
X La nación española……69
XI Ochocientos años de reconquista……..71
XII La grandeza española……...79
XIII Los valores……82
XIV Catolicismo sin tacha……86
XV El signo de la valentía…… 89
XVI Sin límite en la realidad……... 92
XVII Autoridad preñada de Dios…….. 95
XVIII El patriotismo…….. 97
XIX El patriotismo ante el ser y el no ser de la Patria101
XX Españolidad……105
XXI El día de la raza……...109
XXII Hispanidad……..115
XXIII Caídos por Dios y por España……120
XXIV La bandera……..127
XXV La decadencia española……..132
XXVI Reencuentro de gigantes……138
XXVII Programas, perjuicios respetos……...142
XXVIII Los grupos de presión……147
XXIX El cambio……...150
XXX Aconfesionalidad y laicismo……154
XXXI División Patria……...157

XXXII Patriotismo constitucional…….163
XXXIII Libertad con ira…….168
XXXIV Masonismo sin Patria…….173
XXXV Socialismo y comunismo……... 178
XXXVI La injusticia o el no ser de la Patria…….. 182
XXXVII Mensaje a una Patria en peligro…… 186
XXXVIII España, tierra de María Sanísima…… 199
XXXIX Santo ángel custodio de España……... 206
XL Esperando justicia…… 208
XLI Camino de la recuperación……. 210
XLII Orden político cristiano…….…….. 222
XLIII Raza privilegiada de mártires…….. 219
XLIV El bando de los mártires…….……. 224
XLV Sin dar un paso atrás…… 230
XLVI Ni un mal paso adelante…….. 232
XLVII El camino de la Patria para ser…….……... 236
XLVIII Haz de amor…….……... 238
XLIX Despierta España…… 240
L Hablemos…….…… 244
LI Unidad Católica……..……. 246
LII Oración por España…….…… 265
Epilogo…… 269

;